
Norte Contra Sur

Julio Verne

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2513

Título: Norte Contra Sur

Autor: Julio Verne

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 14 de marzo de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I. A bordo del «steamer» Shannon

Florida, que había sido anexionada a la gran Federación americana en 1819, fue erigida en Estado algunos años más tarde.

Por esta anexión, el territorio de la república tuvo un aumento de 67.000 millas cuadradas; pero el astro floridiano no brilla sino con resplandor secundario en este firmamento de las treinta y siete estrellas que forman el pabellón de los Estados Unidos de América.

En efecto, la Florida sólo forma una estrecha y baja lengua de tierra.

Su poca anchura no permite a los ríos que la riegan, exceptuando el San Juan, adquirir gran importancia por su caudal de agua, con un relieve tan poco señalado, las corrientes no encuentran el declive necesario para llegar a ser rápidas. Nada de montañas en su superficie. Apenas algunas líneas de estas *bluffs* o colinas pequeñas, tan numerosas en la región central y septentrional de la Unión. En cuanto a su forma, se la puede comparar con una cola de castor que se sumerge en el Océano, entre el Atlántico, al Este, y el Golfo de México, al Oeste.

Florida no tiene, pues, ningún vecino, a no ser la Georgia, cuya frontera, hacia el Norte, confina con la suya. Esta frontera forma el istmo que une la península al continente.

En suma, la Florida se presenta como un país aparte, sumamente extraño, con sus habitantes, mitad españoles, mitad americanos, y sus indios, seminolas, bien diferentes de sus congéneres los del cabo Far West.

Si es árida, arenosa, casi toda bordada de esas dunas formadas por los amontonamientos sucesivos de arena que el Atlántico forma en el litoral del Sur, en cambio, su fertilidad es maravillosa en la superficie de las llanuras septentrionales. El nombre que lleva está perfectamente justificado. La flora es allí soberbia, poderosa, de una exuberante variedad y riqueza. Esto se debe, sin duda, a que esta porción de territorio está regada por el San Juan. Este río se desenvuelve a sus anchas de Sur a

Norte, recorriendo unas 250 millas, de las cuales 107 son navegables, hasta el lago del mismo nombre. La longitud que falta a los ríos transversales, no escasea en este, gracias a su orientación. Numerosos ríos la enriquecen, mezclándose en el fondo de las múltiples ensenadas que forman sus dos riberas.

El San Juan es, por consiguiente, la gran arteria del país. Este río le vivifica con sus aguas; es la sangre que corre en las venas terrestres.

El día 7 de febrero de 1862, el steamer *Shannon* bajaba por el río San Juan. A las cuatro de la tarde debía hacer escala en la pequeña aldea de Picolata, después de haber tocado en las estaciones superiores del río y los diversos fuertes de los condados de San Juan y de Putnam. Algunas millas más allá iba a entrar en el condado de Duval, que se desenvuelve hasta el condado de Nassau, limitado por el río, del cual ha tomado su nombre.

Picolata, por sí mismo, no tiene una gran importancia; pero sus alrededores son ricos en plantaciones de índigo, de arroz, en campos de algodón y caña de azúcar, y en explotación de madera de ciprés. Con estas condiciones, se comprende que los habitantes sean numerosos en un radio bastante extenso. Por otra parte, su situación supone gran movimiento de mercancías y viajeros. Es el punto de embarque de San Agustín, una de las principales ciudades de Florida Oriental, situada, poco más o menos, a unas doce millas sobre esta parte del litoral oceánico que defiende la larga isla de Anastasia. Un camino casi recto pone en comunicación el caserío y la ciudad.

Aquel día, por los alrededores de la escala de Picolata se hubiera podido contar un número mucho mayor de viajeros que de ordinario. Algunos rápidos carruajes, *stages*, especie de vehículos de ocho asientos tirados por cuatro o seis mulas que galopaban como endemoniadas por este camino nivelado, a través del terreno pantanoso, habían traído a dichos viajeros desde San Agustín. Se trataba de no perder el pasaje en el *steamer*, si no querían sufrir un retraso lo menos de cuarenta y ocho horas antes de haber podido llegar a sus ciudades, caseríos, fuertes o aldeas construidas a lo largo del río. En efecto, el *Shannon* no sirve cotidianamente las dos riberas del San Juan, y en aquella época no había otro que hiciera el servicio de transporte. Importaba, pues, estar en Picolata en el momento que el barco hacía escala; así es que los carruajes habían desembarcado una hora antes su contingente de pasajeros. En

este momento se encontraban unos cincuenta sobre el pontón de Picolata, y esperaban, charlando con cierta animación. Se hubiera podido notar que se dividían en dos grupos, poco dispuestos a aproximarse el uno al otro. ¿Era acaso algún grave asunto de interés o alguna competencia política lo que les había llevado a San Agustín? En todo caso, se puede afirmar, sin miedo a equivocarse, que la avenencia no había tenido lugar entre ellos. Como enemigos habían venido, y como enemigos volvían a marcharse. Esto se veía de una manera clarísima en las miradas llenas de rencor que cambiaban los unos con los otros; en la separación establecida entre los dos grupos, y en algunas palabras malsonantes, cuyo sentido provocador no podía escapar a nadie.

Entretanto, largos y penetrantes silbidos atravesaron el espacio, por la parte superior del río. Bien pronto el *Shannon* apareció a la vuelta de un recodo, en la ribera derecha, a una media milla por encima de Picolata. Espesas columnas de humo, escapándose de sus dos chimeneas, coronaban los grandes árboles que el viento del mar agitaba sobre la ribera opuesta. Su masa movable aumentaba a la vista rápidamente. La marea empezaba a retirarse y la corriente de la ola, que había retardado tres o cuatro horas su marcha, le favorecía ahora, arrastrando las aguas del San Juan hacia su embocadura. La campana del *steamer* sonó. Las ruedas, contrabatiendo la superficie líquida, detuvieron el *Shannon*, que fue a ponerse frente al pontón, dócil al llamamiento de sus amarras.

El embarque se hizo en seguida, con bastante apresuramiento. Uno de los grupos pasó el primero a bordo, sin que el otro tratara de adelantarse. Esto obedecía sin duda a que este esperaba uno o varios pasajeros que se habían retrasado, y que corrían peligro de perder el vapor. Así es que dos o tres hombres se destacaron del grupo para ir hasta el muelle de Picolata. En el punto en que desemboca el camino de San Agustín. Desde allí miraban en dirección al Este, como dominados por una visible impaciencia.

Y no era sin razón, pues el capitán del *Shannon*, situado sobre el puentecillo, gritaba:

—¡Al barco, al barco!

—Esperad unos minutos siquiera —respondió uno de los individuos que estaban sobre el pontón.

—No puedo esperar, señores.

—Algunos minutos.

—Ni uno solo.

—Nada más que un instante.

—¡Imposible! La marea baja y correría riesgo de no hallar bastante agua en la barra de Jacksonville.

—Por otra parte —dijo uno de los viajeros—, no hay razón ninguna para que nos sometamos al capricho de los retrasados.

El que había hecho esta observación era del número de las personas del primer grupo, instalado ya sobre cubierta en la popa del *Shannon*.

—Esta es mi opinión, Mr. Burbank —respondió el capitán—. El servicio ante todo. Vamos, señores, embarcad, o doy orden de soltar las amarras.

Ya los marineros se preparaban a empujar el *steamer* a lo largo del pontón, mientras que los sonoros silbidos del vapor de la máquina se apagaban.

Un grito detuvo la maniobra.

—¡Ya está aquí Texar, ya está aquí Texar!

En efecto, un carruaje que venía a todo galope apareció, dando vuelta por el muelle de Picolata.

Las cuatro mulas que componían el tiro vinieron a pararse precisamente al lado del pontón. Un hombre descendió del carruaje. Aquellos de sus compañeros que habían salido hasta el camino, se reunieron con él corriendo, y todos embarcaron.

—Un instante más, Texar, y no puedes venir con nosotros, lo cual nos hubiera contrariado mucho —dijo uno de ellos.

—Sí; no hubieras podido antes de dos días estar de vuelta... ¿En dónde? Ya lo sabremos cuando quieras decírselo a tus buenos amigos —añadió otro.

—Y si el capitán hubiese escuchado a este imprudente James Burbank

—añadió un tercero—, el *Shannon* estaría ya bastante lejos de Picolata.

Texar acababa de entrar en el barco, colocándose hacia proa, acompañado de sus amigos. Se contentó con mirar a James Burbank, del cual se hallaba separado por una breve distancia. No pronunció una palabra, pero la mirada que le lanzó hubiera bastado para comprender que entre aquellos dos hombres existía un odio implacable.

En cuanto a James Burbank, mirando también a Texar frente a frente, le volvió la espalda y fue a sentarse a mayor distancia, donde sus amigos habían tomado sitio.

—No está muy contento Burbank —dijo uno de los compañeros de Texar—. Y se comprende bien; sus mentiras no le han valido nada, y un buen recordatorio ha dado pronto buena cuenta de sus falsos testimonios.

—Pero no de su persona —respondió Texar—; y esta justicia yo me encargo de hacerla.

Entretanto, el *Shannon* había largado sus amarras. La proa, empujada por largos garfios, tomó entonces el curso de la corriente. Después, impelido el buque por sus poderosas ruedas, a las cuales la marea descendente prestaba no escasa ayuda, se deslizó con rapidez entre las dos riberas del San Juan.

Ya se sabe lo que son estos barcos de vapor destinados a hacer servicio en todos los ríos americanos. Verdaderas casas flotantes de varios pisos. Coronados de anchas terrazas, están dominados por las dos chimeneas de las máquinas; y los mástiles del pabellón, que soportan el peso de anchas lonas, sirven de tiendas. Sobre el río Hudson, como sobre el Mississippi, estos buques (*steam-boats*), verdaderos palacios marítimos, podrían contener la población de todo un caserío. Pero no es necesario tanto para atender a las necesidades principales del San Juan y de las ciudades floridianas.

El *Shannon* no era otra cosa que un hotel flotante, bien que en su disposición interior y exterior fuese, en una escala reducida, semejante a los *Kentucky* y a los *Dean Richmond*.

El tiempo era magnífico. El cielo, muy azul, sólo estaba manchado por ligeras nubes de vapor, blancas nubecillas desparramadas por el

horizonte. Bajo esta latitud del 30.º paralelo, el mes de febrero es casi tan caluroso en el Nuevo Mundo, como es en el Antiguo en los límites del Sahara. Pero una ligera y agradable brisa de mar suavizaba lo que este clima hubiera podido tener de excesivo. Así es que la mayor parte de los pasajeros del *Shannon* habían permanecido sobre cubierta, a fin de respirar los gratos perfumes que el viento traía de los inmediatos bosques ribereños. Los oblicuos rayos del sol no podían molestarles detrás de los baldaquinos de las tiendas, agitados graciosamente por la rapidez de la marcha del vapor.

Texar y los cinco o seis compañeros que se habían embarcado con él, habían encontrado oportuno bajarse a uno de los departamentos del comedor. Allí, todos ellos, bebedores acreditados, acostumbrados a los fuertes licores de los *bars* americanos, vaciaban vasos enteros de gin, de *bitter* y de *Bourbon whisky*. Era, en resumen, gente bastante grosera, de maneras poco distinguidas, de palabras duras, más vestidos de cuero que de paño, habituados a vivir mejor en los bosques que en las ciudades floridianas. Texar parecía tener sobre ellos un derecho de superioridad, debido sin duda a la energía de su carácter, no menos que a la importancia de su situación o de su fortuna. Así, puesto que Texar no hablaba, sus seides permanecían silenciosos, y el tiempo que no empleaban en hablar lo empleaban en beber.

Entretanto, Texar, después de haber recorrido con la vista uno de los numerosos periódicos que yacían amontonados sobre las mesas del comedor, acababa de tirarlo diciendo:

—Ya es viejo esto que traen los periódicos.

—¡Ya lo creo! —respondió uno de sus compañeros—. ¡Un número que tiene tres días de fecha!

—¡Y en tres días pueden pasar tantas cosas!

—Sobre todo, desde que las gentes se baten a nuestras puertas —añadió otro.

—¿En qué estado se halla la guerra? —preguntó Texar.

—En el que nos conviene más particularmente, Texar, en este estado se halla. El Gobierno federal podría, acaso, pensar en preparar una

expedición contra Florida; y por consecuencia, es preciso estar prevenidos y esperar quizá para dentro de poco una invasión de nordistas.

—¿Es cierto eso?

—Yo no sé, pero este rumor ha corrido en Savannah, y se me ha confirmado en San Agustín.

—Bien; que vengan cuando quieran esos federales que tienen la pretensión de someternos —exclamó Texar, acentuando su amenaza con un fuerte puñetazo, cuya violencia hizo saltar los vasos y las botellas sobre la mesa—. ¡Sí, sí, que vengan! Ya verán si los propietarios de esclavos se dejan despojar por esos ruines ladrones abolicionistas.

Esta respuesta de Texar hubiera hecho saber dos cosas a cualquiera que no hubiese estado al corriente de los sucesos de que América era teatro por aquella época. Primero, que la guerra de Secesión, declarada de hecho por el cañonazo disparado desde el fuerte de Sumter el día 11 de abril de 1861, estaba entonces en su período más álgido, puesto que se extendía hasta los últimos límites de los Estados del Sur; segundo, que Texar, partidario de la esclavitud, hacía causa común con la inmensa mayoría de la población de los territorios en que había esclavos.

Precisamente a bordo del *Shannon* se encontraban, enfrente unos de otros, varios representantes de los dos partidos. De una parte, siguiendo los diferentes nombres que les fueron dando durante esta larga lucha, los nordistas, antiesclavistas, abolicionistas o federales; de otra, los sudistas, esclavistas, secesionistas o confederados.

Una hora después Texar y los suyos, más que suficientemente bebidos, se levantaron para subir sobre el puente superior del *Shannon*. Habían ya pasado, por la ribera derecha del río, la ensenada Trent y la ensenada de las Seis Millas, que conducen las aguas del San Juan, la una hasta los límites de un gran vivero de cipreses, y la otra hasta los vastos pantanos de las Doce Millas, cuyo nombre indica su extensión.

El *steamer* navegaba entonces por entre dos orillas bordeadas de árboles magníficos, de tulipanes, magnolias, pinos, cipreses, encinas verdes, yucas y de otro gran número de ellos, de rica vegetación, y cuyos enormes troncos desaparecían bajo el inextricable follaje de las azaleas y serpentáceas. Algunas veces, por las aberturas de las ensenadas por las

cuales se alimentan las llanuras pantanosas de los condados de San Juan y de Duval, un fuerte olor de almizcle impregnaba la atmósfera. Este olor no procedía de esos arbustos, cuyas emanaciones son tan penetrantes bajo este clima, sino de los terribles cocodrilos ocultos entre las altas hierbas, asustados por la ruidosa marcha del *Shannon*. Otras veces eran pájaros de todas especies; picos, garzas reales, buitres, jacamares, pichones de cabeza blanca, orfeos, burlones, y cien otros, variados de formas y de plumaje, en tanto que el pájaro-gato reproducía todos los ruidos del exterior con su voz de ventrílocuo, hasta el grito del gallo, sonoro como la nota de una trompeta, cuyo canto se hacía oír hasta una distancia de treinta y cinco millas.

En el momento en que Texar franqueaba el último escalón de la escotilla para tomar asiento sobre cubierta, una mujer se preparaba a descender al interior del salón. Al verse frente a frente con este hombre, retrocedió. Era una mestiza al servicio de la familia Burbank. Su primer movimiento había sido el de una invencible repulsión al encontrarse de improviso ante aquel enemigo declarado de su señor. Después, sin pararse ante la mirada terrible que le lanzó Texar, se retiró a un lado. Él, alzando los hombros, se volvió hacia sus compañeros.

—Sí, es Zermah —dijo—; es una de las esclavas de este James Burbank, que pretende no ser partidario de la esclavitud.

Zermah no replicó. Cuando la entrada estuvo libre, descendió al gran salón del *Shannon*, sin parecer que concedía la menor importancia a estas palabras.

Texar se dirigió hacia la proa del *steamer*. Allí encendió un cigarro; después, sin ocuparse de sus compañeros, que le habían seguido, se puso a observar la ribera izquierda del San Juan con mucha atención, hacia los límites del condado de Putnam.

Entretanto, en la popa del *Shannon* se hablaba también de las cosas de la guerra.

Después de la partida de Zermah, James Burbank había quedado solo con los dos amigos que le habían acompañado desde San Agustín. Uno de ellos, su cuñado, Mr. Edward Carrol; el otro, un floridiano que vivía en Jacksonville, Mr. Walter Stannard. También ellos hablaban entre sí con cierta animación de la sangrienta lucha, cuyo resultado es una cuestión de

vida o de muerte para los Estados Unidos. Pero como podrá verse. James Burbank, para juzgar el resultado de ellas, tomaba un punto de vista muy diferente de Texar.

—Tengo prisa —decía él—, para estar de vuelta en Camdless-Bay. Desde hace dos días que hemos salido de allí, puede ser que hayan llegado algunas noticias de la guerra. Tal vez Sherman y Dupont sean ya dueños de Port-Royal y de las islas de Carolina del Sur.

—En todo caso, esto no puede tardar en suceder —respondió Edward Carrol—, y me admiraría mucho que el presidente Lincoln no pensase en llevar la guerra hasta Florida.

—No sería demasiado pronto —replicó James Burbank—. Sí; ya ha llegado el tiempo de imponer las voluntades del Norte a todos estos sudistas de Georgia y de Florida, que se creen demasiado lejanos para ser atacados jamás. Bien veis a qué grado de insolencia puede conducir esto, a gente sin profesión como este Texar, que se siente sostenido por los esclavistas del país, y los excita contra nosotros, gentes del Norte, cuya situación, cada día más difícil, sufre las consecuencias de la guerra.

—Tienes razón. James —replicó Edward Carrol—; importa mucho que Florida entre lo más pronto posible bajo la autoridad del gobierno federal. Ya me parece que tarda el momento en que un ejército unionista venga a poner la ley, pues de lo contrario, nos veremos obligados a abandonar nuestras plantaciones.

—Esto no puede ser ya más que una cuestión de días, mi querido Burbank —respondió Walter Stannard—. Anteayer, cuando salí de Jacksonville, los espíritus comenzaban a inquietarse por los proyectos que se atribuyen al comodoro Dupont, de franquear los pasos del San Juan. Esto ha proporcionado a las autoridades sudistas un pretexto para amenazar a las gentes que no piensan como sus partidarios. Si resisten en algún punto, una insurrección no tardaría en derribarlos, y esto en provecho de gentes de la peor especie.

—No me admira esto, Stannard —respondió James Burbank—. Así es que ahora debemos esperar muy malos días al solo anuncio de la aproximación del ejército federal. Pero es completamente imposible evitarlo.

—¿Qué podríamos hacer nosotros en este asunto? —replicó Walter Stannard—. Si en Jacksonville y en algunos otros puntos de Florida hay varios colonos que piensan como nosotros sobre esta cuestión de la esclavitud, no sé si son lo bastante numerosos para poder oponerse a los excesos de los secesionistas. Nosotros, para nuestra seguridad, no podemos contar más que con la llegada de los federales, y aun así, sería de desear que si su intervención es decisiva, sea lo más rápida posible.

—¡Sí, que vengan! ¡Que vengan —replicó James Burbank—, y nos libren de estos malditos!

Bien pronto se verá si los hombres del Norte a quienes sus intereses de familia o de fortuna obligaban a vivir en medio de una población de esclavistas, y a conformarse con las costumbres del país, tenían derecho para usar este lenguaje, y si no debían temerlo todo.

Por otra parte, lo que James Burbank y sus amigos pensaban de la guerra, era verdad. El gobierno federal preparaba una expedición contra Florida.

Al tomar esta determinación, no se trataba solamente de apoderarse del Estado o de ocuparlo militarmente, sino también de cerrar todos los pasos a los contrabandistas, cuyo oficio consistía en forzar el bloqueo marítimo, tanto para exportar producciones indígenas como para introducir armas y municiones. Por eso el *Shannon* no se aventuraba a recorrer las costas meridionales de Georgia, que estaban entonces en poder de los generales nordistas. Por prudencia se detenía en la frontera, un paso más allá de la embocadura del San Juan, hacia el norte de la isla Amelia, y en el puerto de Fernandina, de donde parte el camino de hierro de Cedar-Keys, que atraviesa oblicuamente la península floridiana para embocar en el golfo de México. Más arriba de la Amelia y del río Saint-Mary el *Shannon* hubiera corrido el peligro de ser capturado por los navíos federales que vigilaban incesantemente esta parte del litoral.

Por todo esto se comprende que los pasajeros del eran principalmente aquellos floridianos a sus negocios no obligaban a ir más allá de las fronteras de Florida. Todos permanecían en las ciudades, caseríos o aldeas construidos sobre la ribera del San Juan o de sus afluentes, y la mayor parte se quedaban en San Agustín o en Jacksonville. En estas localidades podían desembarcar por medio de pontones colocados en los puntos de escala, o sirviéndose de estacadas de madera colocadas a la moda inglesa, que les evitaban recurrir para su desembarque a las

embarcaciones del río. Sin embargo, uno de los pasajeros del *steamer* se disponía a abandonarlo en medio del río. Su proyecto era desembarcar sin esperar a que el *Shannon* se detuviera en una de las escalas reglamentarias y sobre un sitio de la ribera donde no se veía ni una aldea, ni una casa aislada, ni siquiera una cabaña de pescadores. Este pasajero era Texar.

Hacia las seis de la tarde el *Shannon* lanzó tres agudos y penetrantes silbidos; sus ruedas fueron poco a poco deteniéndose y se dejó llevar por la corriente, que es muy moderada en esta parte del río. Se encontraban entonces enfrente de una especie de ensenada, llamada Bahía Negra.

Esta bahía es una profunda excavación hecha en la ribera izquierda, en el fondo de la cual desagua un pequeño río que pasa por el pie del fuerte Heilman, casi en los límites de los condados de Putnam y de Duval. Su estrecha abertura desaparecía enteramente bajo una bóveda de espesas ramas, cuyo follaje se entremezcla de un borde al otro como la trama de un tejido muy apretado. Esta sombría laguna es, por decirlo así, desconocida para las gentes del país. Nadie ha intentado jamás penetrar en ella, y nadie sabía tampoco que sirviese de guarida a Texar, ni siquiera suponía que se pudiera penetrar allí. Esto obedece a que la ribera del San Juan, en la abertura de la Bahía Negra, no parece interrumpida por ninguno de sus lados. Así es que, con la noche, que caía rápidamente, era preciso un marinero muy práctico en esta tenebrosa bahía para lanzar por ella una embarcación.

A los primeros silbidos del *Shannon* un grito agudo había respondido inmediatamente por tres veces. El resplandor de un fuego que brillaba entre las altas hierbas de la ribera, parecía tener movimiento. A los pocos instantes, una lancha avanzaba para abordar al *steamer*. No era más que un esquife, especie de pequeña embarcación de corteza de árbol, y que un simple remo basta para guiar y conducir. Bien pronto el esquife se encontró a una distancia de la mitad de un cable del *Shannon*.

Texar avanzó entonces hacia el extremo de la proa, y haciendo con su mano una especie de portavoz:

—¡Eh! —gritó.

—¡Eh! —le respondieron.

—¿Eres tú, Squambo?

—Yo soy, señor.

—Llega.

El esquife llegó al costado del buque.

A la claridad de un farol colgado al extremo de su proa, se pudo ver el hombre que hacía maniobrar la piragua. Era este un indio, de tez negra, desnudo hasta la cintura; un hombre robusto, a juzgar por el torso, que mostraba a los resplandores del farol.

En ese momento Texar se volvió a sus compañeros y les estrechó la mano, dirigiéndoles un «hasta la vista», muy significativo. Después, no sin haber arrojado una mirada amenazadora hacia James Burbank, bajó la escalera situada en la parte posterior del tambor de las ruedas de babor, y se reunió con el indio Squambo.

Con algunas vueltas de rueda el *steamer* se alejó del esquife, y nadie a bordo pudo suponer que la embarcación de Texar iba a perderse entre el sombrío ramaje de la ribera.

—Un bribón menos a bordo —dijo entonces Edward Carrol—, sin preocuparse de ser oído por los compañeros de Texar.

—Sí —respondió James Burbank—, y al mismo tiempo un peligroso malhechor. En cuanto a mí, no abrigo duda alguna respecto a este punto, bien que el miserable haya podido hasta ahora salir de sus enredos por sus coartadas verdaderamente inexplicables. Pero él acabará por caer en la red.

—En todo caso —dijo Walter Stannard—, hele allí ya entrado en su bahía, y si comete algún crimen esta noche en Jacksonville no se le podrá acusar a él.

—No sé nada de esto —replicó James Burbank—. Si se me dijera que le han visto robar o asesinar a cincuenta millas al norte de Florida no me sorprendería de ello. Es verdad que si consiguiera probar que él no era el autor del crimen tampoco me asombraría, después de lo que ha pasado; pero ya es demasiado ocuparnos de este hombre. ¿Volvéis esta noche a Jacksonville?

—Esta noche mismo.

—¿Os espera vuestra hija allí?

—Sí, y tengo prisa en reunirme con ella.

—Lo comprendo —replicó James Burbank—. ¿Y cuándo contáis reuniros con nosotros en Camdless-Bay?

—Dentro de algunos días.

—Sí, venid todo lo más pronto posible, querido Stannard. Bien sabéis que nos encontramos en vísperas de acontecimientos muy serios, que pueden agravarse a la aproximación de las tropas federales. Así es que yo me pregunto si vos y vuestra hija Alicia no estaríais con mayor seguridad en nuestra habitación de Castle-House, que en medio de esta ciudad, donde los sudistas pueden llegar a entregarse a los más grandes excesos.

—¿Acaso yo no soy del Sur, mi querido Burbank?

—Sin duda alguna, querido Stannard. Pero pensáis y obráis de la misma manera que si fuerais del Norte.

Una hora después el *Shannon*, arrastrado por el reflujo, que se hacía más rápido a cada momento, dejaba atrás el pequeño caserío de Mandarín, que parecía acostado entre la verdura de una ondulante colina; después, cinco o seis millas más abajo, se pasaba cerca de la ribera derecha del río. Allí se abría un muelle de embarque apto para la carga de buques. Seguía un ligero puentecito de madera, sostenido por un pilar esbelto y suspendido en la curva de dos cables de hierro. Era el desembarco de Camdless-Bay, propiedad de James Burbank.

A la extremidad del puente esperaban dos negros provistos de linternas, pues la noche era ya muy sombría.

James Burbank se despidió de Mr. Stannard, y seguido de Edward Carrol, se lanzó al muy frágil puentecillo.

Detrás de él marchaba la mestiza Zermah, que respondió desde lejos a una voz infantil:

—Aquí estoy, Dy, aquí estoy.

—¿Y padre? —replicó la voz.

—Padre también.

Después las antorchas se alejaron y el *Shannon* volvió a emprender su marcha, cortando oblicuamente hacia la orilla izquierda. Tres millas más abajo de Camdless-Bay, al otro lado del río, se detenía de nuevo en el pontón de Jacksonville, a fin de dejar en tierra el mayor número de sus pasajeros.

Allí Walter Stannard desembarcó al mismo tiempo que tres o cuatro de aquellos compañeros de los cuales se había separado Texar hora y media antes, cuando el esquife había venido a tomarle para conducirlo a la Bahía Negra. No quedó ya entonces más que una media docena de viajeros a bordo del *steamer*; los unos con destino a San Pablo, pequeño caserío situado cerca del faro, que se eleva a la entrada de las bocas del San Juan; los otros con dirección a la isla Talbot, situada en lo más ancho de la abertura de los pasos de este nombre; los últimos, en fin, con destino al puerto de Fernandina. El *Shannon* continuó, pues, batiendo las aguas del río, cuya barra pudo franquear sin incidentes. Una hora después había desaparecido dando la vuelta a la bahía Trout, donde el San Juan mezcla sus olas, ya agitadas, a la gran ola del Océano.

II. Camdless-Bay

Este era el nombre de la plantación que pertenecía a James Burbank. Allí era donde el rico colono permanecía con toda su familia. Este nombre de Camdless venía de una de las ensenadas del San Juan que se abre un poco más arriba de Jacksonville, sobre la ribera opuesta del río. Gracias a esta proximidad, podía comunicarse fácilmente con la ciudad floridiana. Una buena embarcación, un viento del Norte o Sur, aprovechando el flujo para ir, o el reflujó para volver, y no era preciso más de una hora para franquear las tres millas que separan Camdless-Bay de dicha ciudad, capital del condado de Duval.

James Burbank poseía en este sitio una de las más hermosas propiedades del país. Por otra parte, rico por sí mismo y por su familia, su fortuna se completaba todavía con diversos inmuebles, situados en el Estado de Nueva Jersey, próximo al de Nueva York.

Esta plantación, situada en la ribera derecha del San Juan, había sido oportunamente escogida para fundar allí un establecimiento de considerable importancia.

A las felices disposiciones concedidas ya por la naturaleza, parece que no hubiera tenido nada que añadir la mano del hombre.

El terreno se prestaba por sí mismo a todas las necesidades de una vasta explotación.

Así, la plantación de Camdless-Bay, dirigida por un hombre inteligente, activo y en toda la fuerza de la edad, secundado admirablemente por su personal y al cual no faltaban los recursos, era natural que estuviese, y estaba, en buen estado de prosperidad.

Un perímetro de doce millas, una superficie de cuatro mil acres^[1]; tal era el extenso terreno que ocupaba la plantación. Si existía alguna más grande que ella en los estados del Sur de la Unión, no había otra mejor cuidada y administrada. Casa-habitación, cuadras, establos, alojamientos

para los esclavos, edificios para la explotación, almacenes destinados a contener los productos del suelo; obradores, talleres y fábricas; ferrocarriles convergentes desde la periferia del dominio hasta el pequeño puerto de embarque; caminos para los carros, todo estaba maravillosamente comprendido bajo el punto de vista práctico y de utilidad. Que era un americano del Norte el que había concebido, ordenado y ejecutado todos estos trabajos, se comprendía al primer golpe de vista.

Solamente los establecimientos de primer orden de Virginia o de ambas Carolinas, hubieran podido rivalizar con el dominio de Camdless-Bay. Además, el suelo de la plantación comprendía diferentes clases de terreno: *high-hummoks*, altas tierras, naturalmente apropiadas para el cultivo de los cereales; *low-hummoks*, tierras bajas que convienen más especialmente para el cultivo de los cafetales y del cacao; y *marshes*, especies de sabanas saladas donde prosperan los arrozales y las cañas de azúcar.

Sabido es que los algodones de Georgia y de Florida son muy apreciados en los diversos mercados de Europa y América, gracias a la longitud y a la buena calidad de sus hebras. También los campos de algodoneros, con sus plantas dibujadas en líneas regularmente espaciadas, sus flores amarillas en que se encuentra la palidez de las malvas, producían también uno de los más importantes ingresos de la plantación. En la época de la recolección, estos campos, de una superficie de un acre o acre y medio, se cubrían de chozas, donde se albergaban entonces los esclavos, mujeres y niños, encargados de recoger las cápsulas y sacar de ellas los copos; trabajo muy delicado, pues para ser impecable no deben destruirse ni alterarse las fibras. Después, este algodón secado al sol, purificado en una máquina, por medio de ruedas, dientes y rodillos; comprimido en la prensa hidráulica y colocado en balas o pacas sujetas con círculos de hierro, se almacenaba para la exportación. Los barcos de vela o de vapor podían llegar a tomar el cargamento de estas balas en el puerto mismo de Camdless-Bay.

A la vez que los algodoneros. James Burbank explotaba también vastos campos de cafetales y de cañas de azúcar.

Aquí estaban las reservas, de mil a mil doscientos arbustos, altos de quince a veinte pies, cuyos frutos, gruesos como una cereza pequeña, no había más que extraer y hacer secar al sol. Allí estaban las praderas, que podrían creerse pantanos, erizadas de millares de estas largas cañas,

altas de nueve a dieciocho pies, cuyas panojas se balanceaban, siendo objeto de los cuidados más especiales de Camdless-Bay. Esta recolección de caña daba el azúcar, bajo la forma de un licor que la refinería adelantada en los Estados del Sur transformaba en azúcar de primera calidad; después, como productos derivados, los jarabes que sirven para la fabricación de la ratafía o del ron, y el vino de caña, mezcla del licor sacarino con el jugo de ananás y naranjas.

Aunque menos importante si se le compara con el de los algodones, el mencionado cultivo no dejaba de ser muy productivo. Algunos cercados de cacao, campos de maíz, de batatas, de patatas, de trigo de la India, de tabaco, doscientos o trescientos acres en arrozales, daban también pingüe beneficio al establecimiento de James Burbank.

Pero se hacía también otra explotación, que rendía ganancias considerables, por lo menos iguales a las de la industria algodonera. Era el desmonte de los bosques inagotables, de que la plantación estaba cubierta. Sin hablar del producto que daban los árboles de la canela y de la pimienta, de los naranjos, de los limoneros, de los olivos, de las higueras, ni del rendimiento de todos los árboles frutales que se conocen en Europa y muchos otros de América, cuya aclimatación es rápida y fácil en Florida, estos bosques eran objeto de una tala regular y constante. Qué de riquezas en campeche, gazumas u olmos de México, empleados ahora en tantos usos; en baobabs, en madera de coral, con tallos y flores de un rojo sanguíneo, en castaños de flores rojas, en nogales negros, en encinas verdes, en pinos australes, que proveen de admirables muestras de madera para las construcciones y mastelería de los buques; en paquirieros, cuyos frutos hace estallar el sol del mediodía, como si fuesen petardos; en pinos quitasoles, en tulipanes, pinos, cedros, y, sobre todo, cipreses, este árbol tan esparcido por toda la península, que forma en ella bosques cuya longitud varía de sesenta a cien millas. También James Burbank había establecido varias sierras mecánicas en distintos puntos de la plantación; grandes presas, construidas en algunos de los ríos tributarios del San Juan, convertían en caída su curso apacible, y estos rápidos daban con exceso la fuerza mecánica que se necesitaba para la construcción de postes, maderos y plantas, de los cuales cien buques hubieran podido llevar cada año cargamentos enteros.

Es preciso citar también vastas y verdes praderas que alimentaban infinidad de caballos, mulas y numerosos rebaños, cuyos productos

subvenían a todas las necesidades agrícolas.

En cuanto a los volátiles de especies tan variadas que poblaban los bosques y corrían por los campos y llanuras, se imaginará difícilmente hasta qué punto pululaban en Camdless-Bay, como en toda la Florida, por supuesto. Por encima de los bosques se cernían las águilas de cabeza blanca y cuello largo, cuyo agudo grito se parece al ruido de una trompeta cascada, buitres de una ferocidad poco ordinaria, alcaravanes gigantes, de pico puntiagudo como una bayoneta. Sobre la ribera del río, entre las grandes cañas que en ella crecen, bajo el cruzamiento de gigantescos bambúes, vivían entre flores grandes ibis, completamente blancos, que se hubiera creído arrancados de cualquier monolito, pelícanos de talla colosal, millares de vencejos y golondrinas de mar de todas especies; de cangrejas, vestidas con una hopa y una pelisa verde; de grullas con plumaje de púrpura y plumón oscuro manchado de puntos blanquecinos; de jacamares, especie de martín-pescadores, con reflejos dorados; todo un mundo de anfibios, gallinas de agua, patos de la especie de los sílvidos, cercetas, pardales, petreles o pájaros nadadores, pufines, picos de tijera, cuervos de mar, gaviotas, colas de paja, a las cuales un golpe de viento bastaba para arrojar hasta la superficie del San Juan, y algunas veces hasta exóctos, o peces voladores, que son rico bocado para los golosos. A través de las praderas pululaban las becasas y becatias, los chorlitos, las limosas, mamióseas, las gallinas sultanas, con plumaje a la vez azul, verde, amarillo y blanco, como una paleta volante, los gallos de fresa, las ardillas parduscas, las perdices o *colins-onix*, los pichones de cabeza blanca y patas rojas; después y respecto a cuadrúpedos comestibles, había conejos de cola larga, especie intermedia entre el conejo y la liebre de Europa, gamos y ciervos por manadas. En fin, ratones lavadores, tortugas ieneuinónidas, y también, por desgracia, muchas serpientes de especie venenosa.

Tales eran los representantes del reino animal en este magnífico dominio de Camdless-Bay, sin contar los negros, varones y hembras, sostenidos para las necesidades de la plantación. ¿Pues qué otra cosa hace de los seres humanos esta monstruosa costumbre de la esclavitud, si no es animales, comprados y vendidos como rebaños o bestias de carga?

¿Cómo James Burbank, partidario de las doctrinas antiesclavistas, un nordista, que no espera más que el triunfo del Norte, no había dado la libertad a los esclavos de su plantación? ¿Dudaría en llevarlo a cabo en el

momento que las circunstancias se lo permitieran? No, ciertamente. Y esto no era ya más que cuestión de semanas, de días acaso, puesto que el ejército federal ocupaba ya algunos puntos próximos del Estado limítrofe, y se preparaba a operar en Florida.

Ya, por otra parte, y desde hacía largo tiempo, James Burbank había tomado todas las medidas que podían mejorar sensiblemente la suerte de los esclavos. Eran estos unos setecientos negros de ambos sexos, limpia y cómodamente alojados en anchas chozas, tratados con cariño, alimentados convenientemente, no trabajando más que lo que el límite de sus fuerzas consentía. El capataz general y los sub-capataces tenían orden de tratarlos con justicia y suavidad. Así, los diversos servicios se encontraban mejor desempeñados. Rara vez había que castigar a alguno, y desde hacía largo tiempo los castigos corporales estaban abolidos en Camdless-Bay; contraste notable con las costumbres seguidas en las otras plantaciones floridianas, y sistema que no era visto sin disgusto por los vecinos de James Burbank. De esto provenía, como puede comprenderse, que su situación fuera difícil en el país, sobre todo en esta época en que la suerte de las armas iba a resolver la grave y espinosa cuestión de la esclavitud. El numeroso personal de la plantación estaba albergado en chozas sanas y cómodas. Agrupadas de cincuenta en cincuenta, estas chozas formaban una docena de caseríos llamados barracones, aglomerados a lo largo de las orillas del río. Allí estos negros vivían con sus mujeres y sus hijos. Cada familia se hallaba, en todo cuanto era posible, destinada al mismo servicio de los campos, de los bosques o de las fábricas; de manera que los miembros de ella no tuvieran que dispersarse y estar separados durante el trabajo. A la cabeza de estos diversos grupos, un sub-capataz, haciendo las funciones de gerente, por no decir de alcalde, administraba su pequeña colonia, que dependía de la capital del cantón. Esta capital era el dominio privado de Camdless-Bay, encerrado en un perímetro de altas empalizadas, y cuyas estacas gruesas y puntiagudas, muy juntas unas con otras, se ocultaban a medias bajo la verdura de la exuberante vegetación floridiana. Allí se elevaba la habitación particular de la familia de James Burbank.

Mitad casa, mitad castillo, esta habitación había merecido y merecía el nombre de Castle-House.

Desde hacía largo tiempo, Camdless-Bay pertenecía a los antecesores de James Burbank. En una época en que las devastaciones de los indios eran

muy de temer, sus poseedores creyeron debían fortificarla, sobre todo la vivienda principal. No estaba muy lejano el tiempo en que el general Jessup defendía aún Florida contra las invasiones de los indios semínolas. Durante un buen número de años los colonos habían tenido que sufrir horriblemente con los ataques de estos nómadas; no solamente eran despojados por medio del robo, sino que el asesinato ensangrentaba sus habitaciones, las cuales eran destruidas después por el incendio. No solamente las aldeas, sino las ciudades mismas, estuvieron más de una vez amenazadas por la invasión y el pillaje de los indios. En algún sitio se elevan todavía las ruinas que estos sanguinarios indígenas han dejado tras de su paso. A menos de quince millas de Camdless-Bay, cerca del caserío del Mandarín, se enseña todavía la «Casa de la sangre», en la cual un colono, M. Motte, su mujer y tres hijas jóvenes, habían sufrido el terrible martirio de que les arrancaran la piel del cráneo, siendo después degollados por estos salvajes. Pero la guerra de exterminio entre el hombre blanco y el hombre rojo ha quedado terminada. Los semínolas, vencidos definitivamente, se han visto obligados a refugiarse en puntos lejanos, hacia el oeste del Mississippi. Ya no se oye hablar de ellos, salvo algunas bandas que vagan errantes todavía en la porción pantanosa de la Florida meridional. El país no tiene, por consiguiente, nada que temer de estos feroces indígenas.

Con estos antecedentes, se comprende que las habitaciones de los colonos hubiesen sido construidas de manera que pudieran resistir un ataque repentino de los indios, y estar en seguridad hasta la llegada de los batallones voluntarios, formados entre los habitantes de las villas y demás poblaciones del contorno. De este modo y con estas condiciones había sido construida en la plantación de Camdless-Bay la habitación de Castle-House.

Castle-House estaba situada sobre una ligera elevación del suelo, en medio del parque reservado, en una superficie de tres acres, que se cerraba a algunos centenares de yardas de la ribera del San Juan. Una corriente de agua, especie de foso bastante profundo, rodeaba este parque, cuya defensa se completaba con una alta y sólida empalizada, sin otro acceso que un puentecillo suspendido sobre este río circular.

Detrás de esta muralla, multitud de magníficos árboles agrupados en racimos cubrían las vertientes del parque, al cual daban hermosura con su vegetación. Una fresca avenida de bambúes, cuyos tallos se cruzaban con

nervaduras ojivales, formaba una larga nave, que se extendía desde el desembarcadero del pequeño puerto de Camdless-Bay hasta las primeras praderas de la plantación. En el interior, sobre todo el espacio que quedaba libre entre los grandes árboles, se extendían los verdes céspedes entre anchas avenidas de árboles, bordeadas con barreras blancas que terminaban en una explanada de arena delante de la fachada principal de Castle-House.

Este castillo, bastante bien construido, ofrecía mucha variedad y capricho en el conjunto de su construcción y no menos fantasía en sus detalles; pero para el caso en que los asaltantes hubieran forzado las empalizadas del parque, se hubiera podido, cosa importante sobre toda ponderación, defenderse por sí solo y sostener un sitio de algunas horas. Sus ventanas del piso bajo estaban defendidas por fuertes rejas de hierro; la puerta principal de la fachada anterior tenía la solidez de un rastrillo. En ciertos sitios, a manera de murallas construidas con una especie de piedra marmórea, se alzaban varias garitas con ángulos salientes, que hacían la defensa más fácil, puesto que permitían atacar por el flanco. En suma, con sus aberturas reducidas a lo estrictamente necesario, su torreón central, que le dominaba y sobre el cual se desplegaba el pabellón estrellado de América, sus líneas de almenas de que estaban provistos ciertos muros, la inclinación de estos sobre su base, sus techos elevados, el espesor de sus paredes, a través de las cuales se cruzaban acá y allá cierto número de cañoneras y troneras, hacían parecer la vivienda más un castillo fuerte que una quinta o casa de recreo.

Pero, como ya se ha dicho, había sido preciso construirla así para la seguridad de los que la habitaban en la época en que se hacían aquellas salvajes incursiones de los indios en el territorio de Florida. Existía además una especie de túnel subterráneo que, después de pasar bajo la empalizada y el río circular, ponía a Castle-House en comunicación con una pequeña bahía del San Juan, llamada «Bahía Marino». Este túnel serviría para alguna secreta evasión, en caso de necesidad y de grave peligro.

Ciertamente, en los tiempos actuales, los seminolas, rechazados fuera de la península, no eran ya de temer; pero ¿quién sabe lo que podía suceder en el porvenir? Y el peligro que James Burbank no tenía que temer por parte de los indios, ¿no podría temerlo de sus mismos compatriotas? ¿No era nordista aislado en el fondo de los Estados del Sur, expuesto a todos

los golpes de una guerra civil, que había sido hasta entonces tan sangrienta y tan fecunda en represalias?

Sin embargo, esta necesidad de atender a la seguridad de Castle-House no había perjudicado a la comodidad en el interior. Las salas eran vastas, los departamentos suntuosamente amueblados. La familia Burbank encontraba allí, en aquella residencia admirable, todas las comodidades, todas las satisfacciones morales que puede dar la fortuna cuando va unida a un verdadero sentido artístico en los que la poseen.

En la parte posterior del edificio, o sea, en el parque reservado, magníficos jardines descendían hasta la empalizada, que desaparecía bajo la verdura exuberante de los arbustos y plantas trepadoras y los sarmientos de granadillas, donde los pájaros moscas revoloteaban a millares. Macizos de naranjos y grandes grupos de olivos, de higueras y granados; pontederías con sus *bouquets* azules; grupos de magnolias, cuyos cálices, del color del marfil antiguo, perfumaban el aire; infinidad de palmeras esbeltas agitaban al aire sus flexibles ramas, como abanicos que mueve la brisa; guirnaldas de cobéas con sus matices violáceos, grupos de tupeas con rosetas verdes, yucas que emiten ruidos como de sables acerados, rododendros rosas, infinito número de plantas de mirtos y pamplemusas, o naranjos agrios; en fin, todo cuanto puede producir la flora de una zona que toca en el trópico, estaba reunido en aquellos deliciosos parterres para los goces del olfato y el placer de los ojos.

En el límite del recinto, bajo la bóveda formada por altos cipreses y corpulentos baobabs, estaban situadas las cuadras, las cocheras, las habitaciones para los perros y los lugares destinados a la lechería y a la cría de aves de corral. Gracias al espeso ramaje de estos hermosos árboles, que hacía que el sol no pudiese penetrar jamás allí ni aun en esta latitud, los animales domésticos no tenían nada que temer de los calores del estío. Procedentes de los ríos vecinos, algunos arroyuelos mantenían allí un fresco sano y agradable.

Como se ve, este dominio privado, especial para los dueños de Camdless-Bay, era un refugio maravillosamente emplazado en medio del vasto establecimiento de James Burbank. Ni el estrépito que formaban las fábricas de algodón, ni los chirridos de las sierras mecánicas, ni los choques del hacha sobre los troncos de los árboles, ni ninguno de estos ruidos que lleva consigo una explotación tan extensa e importante, ninguno llegaba a traspasar la empalizada del recinto. Sólo los mil

ejemplares de pájaros de todas clases en que es tan rica la ornitología floridiana, podían traspasarla revoloteando de árbol en árbol. Pero estos cantores alados, cuyo plumaje rivaliza con las brillantes flores de esta zona, no eran menos bien acogidos que los perfumes de que la brisa se impregnaba al acariciar las praderas y los bosques de la vecindad.

Tal era Camdless-Bay, la plantación de James Burbank, una de las más ricas, hermosas e importantes de Florida Oriental.

III. En qué estado se hallaba la guerra de secesión

Digamos algunas palabras acerca de la guerra de secesión o separatista, a la cual esta historia va íntimamente enlazada en todos sus detalles.

Y antes que todo, hagamos constar y dejemos bien establecido lo siguiente. Así como lo ha dicho el antiguo ayudante de campo del general McClellan, en su notabilísima historia de la guerra civil en América, esta guerra no tuvo por causas ni una cuestión de tarifas ni una diferencia real de origen entre Norte y Sur. La raza anglosajona dominaba igualmente sobre todo el territorio de los Estados Unidos; por consiguiente, la cuestión comercial no ha sido jamás puesta en juego en esta terrible lucha librada y sostenida entre hermanos. La esclavitud fue la que, prosperando en una mitad de la república, y abolida en la otra mitad, había llegado, por este solo hecho, a crear dos sociedades hostiles. Esta institución había modificado profundamente las costumbres de la población en que dominaba, dejando no obstante intactas las formas aparentes del Gobierno. Esta es la que fue, no sólo el pretexto y la ocasión, sino la causa íntima del antagonismo que surgió entre las dos partes de la república, y cuya consecuencia inevitable fue la guerra civil entre los Estados del Norte, federales y antiesclavistas, y los del Sur, confederados y esclavistas.

En estos últimos Estados existían tres clases sociales. Abajo, cuatro millones de negros esclavizados, o sea, la tercera parte de la población. Arriba, la casta de los propietarios, relativamente poco instruida, rica, desdeñosa, que se reservaba absolutamente la dirección de los negocios públicos. Entre estas dos clases, hallábase la clase inquieta, perezosa y miserable de los blancos pobres. Estos, contra todo lo que se esperaba, mostráronse ardientes partidarios de la esclavitud, por temor de ver a la clase de negros liberados elevarse a su nivel.

El Norte debía, pues, encontrar la oposición no solamente de los ricos propietarios, sino también de estos blancos indigentes que, sobre todo en las campiñas, vivían en medio de la población esclava. La lucha, por

consiguiente, fue espantosa. Produjo tales disensiones, hasta en el seno mismo de las familias, que se vio a los hermanos combatir, uno bajo la bandera de los confederados, y otro bajo el pabellón federal. Pero un gran pueblo no debía dudar en destruir la esclavitud hasta en sus raíces. Ya en el último siglo, el ilustre Franklin había pedido, la abolición. En 1807, Jefferson había recomendado al Congreso «que prohibiera un tráfico cuya desaparición pedían de consuno la moralidad, el honor y los más caros intereses del país». El Norte tuvo, por consiguiente, razón en marchar contra el Sur y reducirle. Por otra parte, de esta lucha iba a surgir una unión más íntima y estrecha entre los elementos de la república americana, y el desvanecimiento de esta ilusión tan funesta, tan amenazadora, de que cada ciudadano debía, primero, obediencia a su propio Estado, y después, solamente después, al conjunto de Estados que forman la gran federación americana.

Además, precisamente en la Florida fue donde se suscitaron las primeras cuestiones relativas a la esclavitud. A principios de este siglo, un jefe indio mestizo, llamado Oscéola, tenía por mujer una esclava cobriza nacida en los terrenos pantanosos del territorio floridiano conocidos por *Everglades*. Un día, esta mujer volvió a ser presa como esclava y llevada por la fuerza.

Oscéola sublevó a los indios, comenzó la campaña antiesclavista; reducido a prisión, murió en la fortaleza en que le encerraron. Pero la guerra continuó y, dice el historiador Thomas Higginson, «la suma de dinero que se consumió en una lucha semejante fue tres veces más considerable que la que se pagó a España en otra época por la adquisición de la Florida».

Tales habían sido los principios de esta guerra separatista; veamos cuál era el estado de las cosas durante el mes de febrero de 1862, época en que James Burbank y su familia iban a sufrir golpes tan terribles, que nos ha parecido oportuno hacer de ellos objeto de esta historia.

El día 16 de octubre de 1859 el heroico capitán John Brown, a la cabeza de un reducido número de esclavos fugitivos se apodera de Harpers-Ferry, en el Estado de Virginia. La manumisión de los hombres de color era su deseo. Así la proclamó alta y públicamente. Vencido por las compañías de milicia, y hecho prisionero, después de heroica y prolongada resistencia, fue condenado a muerte y ahorcado en Charlestown el día 2 de diciembre de 1859, con seis de sus compañeros.

El día 20 de diciembre de 1860, un Congreso se reúne en Carolina del Sur y adopta con entusiasmo el decreto de secesión o separatismo. El año siguiente, día 4 de marzo de 1861, Abraham Lincoln es nombrado presidente de la república. Los Estados del Sur miran su elección como una amenaza para la institución de la esclavitud.

En el día 11 de abril del mismo año el fuerte Sumter, uno de los que defienden la rada de Charlestown, cae en poder de los sudistas, mandados por el general Beauregard; Carolina del Norte, Virginia, Arkansas y Tennessee se adhieren inmediatamente al acto separatista. El Gobierno federal organiza un ejército de 75.000 voluntarios. Primeramente se ocupó de poner a Washington, capital de los Estados Unidos de América, al abrigo de un golpe de mano de los confederados. Se abastecen de víveres y armas los arsenales del Norte, que estaban vacíos, mientras que los del Sur habían sido abundantemente provistos bajo la presidencia de Buchanan. El material de guerra se completa a costa de extraordinarios esfuerzos. Después, Abraham Lincoln declara los puertos del Sur en estado de bloqueo.

Los primeros hechos de armas tienen lugar en Virginia. McClellan rechaza a los rebeldes al Oeste. Pero el 21 de julio, en Bull-Run, las tropas federales bajo las órdenes de McDowell, son derrotadas y huyen hasta Washington. Los sudistas no pueden abrigar temor alguno por Richmond, su capital; pero en cambio los nordistas tienen grandes motivos de alarma por la capital de la república americana.

Algunos meses después, los federales son derrotados otra vez en Ball's Bluff. Pero este desgraciado hecho de armas es recompensado bien pronto por diversas expediciones que hicieron caer en manos de los federales el fuerte Hatteras y Port-Royal-Harbour, posiciones importantes de las cuales los separatistas no volvieron a ser dueños.

Al final de 1861 es nombrado para el mando de las tropas de la Unión el mayor general McClellan.

Sin embargo, este año, los corsarios esclavistas han recorrido los mares de ambos mundos, encontrando acogida en los puertos de Francia, de Inglaterra, España y Portugal; falta grave que reconociendo por este hecho los derechos de beligerancia a los esclavistas dio por resultado envalentonarlos en su obstinada opinión y prolongar de este modo la guerra civil.

Después vienen los sucesos marítimos que tuvieron tan gran resonancia. Estos son el *Sumter* y su famoso capitán Semmes; la aparición del *Manassas*, el combate naval librado el día 12 de octubre a la entrada de los Pasos del Mississippi; el apresamiento, el día 9 de noviembre, del *Trent*, navío inglés, a bordo del cual el capitán Wilkes captura a los comisarios confederados; hecho, por cierto, de tal gravedad, que estuvo a punto de producir la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos del Norte.

Durante este tiempo, los abolicionistas y los esclavistas se entregan a sangrientos combates, con alternativas de triunfos y reveses; en el Estado de Missouri, Lyon, uno de los principales generales del Norte, es muerto, lo cual trae consigo la retirada de los federales a Rolla y la marcha de Price con las tropas confederadas hacia el Norte.

Se combate en Frederictown, el día 21 de octubre, en Springfield el 25, y el 27 Fremont, con las tropas federales, ocupa esta ciudad. El día 19 de diciembre, el combate de Belmont, entre Grant y Polk, queda indeciso. En fin, el invierno, tan riguroso en estos países de la América septentrional, pone término a las operaciones.

Durante los primeros meses del año 1862 se llevan a cabo esfuerzos verdaderamente prodigiosos por una y otra parte.

En el Norte, el Congreso vota un proyecto de ley que pone sobre las armas 500.000 voluntarios (al fin de la lucha serán un millón), y aprueba un empréstito de quinientos millones de dólares. Se crean los grandes ejércitos, principalmente el del Estado de Potomac. Los generales son: Banks, Butler, Grant, Sherman, McClellan, Meade, Thomas, Kearney y Halleck, para no citar sino los más célebres. Todas las armas y servicios van a entrar en función. Infantería, caballería, artillería e ingenieros son repartidos en divisiones poco más o menos uniformes e iguales.

El material de guerra se fabrica a toda prisa; constrúyense carabinas Minié y Colt; cañones rayados de los sistemas Parrott y Rodman; cañones de ánima lisa, sistema Dahlgren; cañones obuses, cañones revólveres, obuses Shrapnell, parques de sitio. Se organiza la telegrafía y la aerostación militares, el noticierismo de los grandes periódicos, los transportes, que serán hechos por veinte mil carros, tirados por ochenta y cuatro mil mulas. Se reúnen provisiones de todas clases, bajo la dirección del Comisario federal de guerra. Se construyen nuevos navíos según el

modelo del *Manassas*; los *rams*, del coronel Ellet; los *gunboats*, o cañones del comodoro Foote, que aparecen por vez primera en una guerra marítima.

En el Sur, el ardor bélico no es menos grande. Hay gran número de fundiciones de cañones en Nueva Orleans, en Memphis y en Tregodar, cerca de Richmond, que fabrican los Parrotts y Rodmans. Pero esto no puede bastar. El Gobierno confederado recurre a Europa. Lieja, Birmingham y otras ciudades que envían cargamentos de armas, piezas de los sistemas Armstrong y Whitworth.

Los buques que logran burlar el bloqueo para buscar a vil precio el algodón en sus puertos, no obtienen esta materia sino a cambio de material de guerra. Después, el ejército se organiza. Sus generales son: Johnston, Lee, Beauregard, Jackson, Critenden, Hoyd y Pillow. Se añaden cuerpos irregulares tales como milicias y guerrillas, a los 400.000 voluntarios enrolados por tres años como máximo, y un año cuando menos, que el Congreso separatista, interesado en abreviar la lucha, concede el día 8 de agosto a su presidente Jefferson Davis.

Sin embargo, estos preparativos no impiden volver a emprender la guerra en la segunda mitad del invierno. De todo el territorio esclavista, el Gobierno federal no ocupa más que Maryland, Virginia Occidental, Kentucky en parte, casi todo el Missouri y ciertos puntos del litoral.

Las nuevas hostilidades comienzan primeramente en el este de Kentucky. El día 7 de enero, Garfield derrota a los confederados en Middle-Creek, y el día 20 son de nuevo batidos en Logan-Cross, o Mill-Springs. El día 2 de febrero, Grant se embarca con dos divisiones en varios grandes vapores de Tennessee, y va a sostener la flotilla acorazada de Foote. El día 6, el fuerte Henry cae en su poder. De esta manera se rompe un anillo de esta cadena «sobre la cual, dice el historiador de esta guerra civil, se apoyaba todo el sistema de defensa de su adversario Johnston». Cumberland y la capital de Tennessee estaban amenazados muy directamente, y en breve plazo caerían en poder de los ejércitos federales.

Por esta causa Johnston busca el medio de concentrar todas sus fuerzas en el fuerte Donelson, a fin de encontrar un punto de apoyo más seguro para la defensiva.

Durante este tiempo, otra expedición compuesta de un cuerpo de ejército

de 16.000 hombres, a las órdenes de Burnside, y una flotilla de veinticuatro vapores armados en pie de guerra, con cincuenta transportes, desciende por el Chesapeake y llega a Hampton-Roads el día 12 de enero.

A pesar de las violentas tempestades, llega a las aguas del Pimlico-Sound el día 24 de enero, para apoderarse de la isla Roanoke, y reducir la costa de Carolina del Norte. Pero la isla está fortificada. El canal, al Oeste, está defendido por una barrera de cascos de buques sumergidos. Baterías y obras de campaña hacen muy difícil el acceso a él. Cinco mil o seis mil hombres, sostenidos por una flotilla de siete cañoneros, están prontos a impedir todo desembarque. Sin embargo, a pesar del valor de sus defensores, en la noche del día 7 al 8 de febrero la isla cae en poder de Burnside, con veinte cañones y más de 2000 prisioneros. Al día siguiente, las tropas federales se apoderan de Elizabeth-City y de toda la costa del Albemarle-Sound; es decir, de toda la parte norte de este mar interior.

En fin, para acabar de describir la situación hasta el día 6 de febrero es preciso hablar de este general sudista, este antiguo profesor de química, Jackson, el soldado puritano que defiende Virginia. Después del llamamiento de Lee a Richmond, él manda en jefe el ejército confederado. Deja a Winchester el día 1 de enero, y con sus 10.000 hombres atraviesa las montañas Allegheny para tomar Bath, sobre el ferrocarril de Ohio; pero vencido por el clima, molesto por las tempestades de nieve, se ve obligado a volver a Winchester sin haber logrado el objeto de su expedición.

Y ahora veamos lo que había ocurrido en lo que concierne más especialmente a las costas del Sur desde Carolina a Florida.

Durante la segunda mitad del año 1861, el Norte poseía buques bastante rápidos para llevar a cabo cumplidamente la vigilancia de sus mares, aun cuando no hubiese podido apoderarse del famoso *Sumter*, hasta que en enero de 1862 vino a Gibraltar a reconocer las aguas europeas.

El *Jefferson Davis*, queriendo escapar a la persecución de los federales, se refugia en San Agustín, en la Florida, y perece en el momento en que se aproxima al puerto. Casi al mismo tiempo, uno de los buques empleados como cruceros en Florida, el *Anderson*, captura al corsario *Beauregard*. Pero nuevos buques son armados en Inglaterra para servir de corsarios. Entonces una proclama de Abraham Lincoln extiende el bloqueo a las costas de Virginia y de Carolina del Norte, aunque sea un bloqueo

ficticio, un bloqueo sobre el mapa, puesto que comprende nada menos que 4500 kilómetros de costa. Para llevarlo a cabo, no se tienen más que dos escuadras: una para el bloqueo del Atlántico, otra para el golfo de México.

El 12 de octubre intentan los confederados por vez primera hacer levantar el bloqueo de las bocas del Mississippi con el *Manassas*, primer buque de guerra blindado durante esta lucha, sostenido por una flotilla de brulotes. El golpe no da resultado, y la corbeta *Richmond* pudo salir del lance sana y salva. Pero el 29 de diciembre un pequeño vapor, el *Sea-Bird*, logra apoderarse de una goleta federal a la vista del fuerte Monroe.

Sin embargo, era necesario tener un punto que pudiera servir de base de operaciones para los cruceros del Atlántico. El Gobierno federal decide entonces apoderarse del fuerte Hatteras, que domina el paso del mismo nombre, muy frecuentado por los que burlaban el bloqueo. Este fuerte es muy difícil de tomar. Está defendido por un reducto cuadrado, llamado Clark. Un millar de hombres y el 7.º regimiento de Carolina del Norte concurren a defenderle. No importa. La escuadra federal, compuesta de dos fragatas, tres corbetas, un aviso y dos grandes vapores, llega el día 27 de agosto. El comodoro Stringham y el general Butler atacan y toman el reducto.

El fuerte Hatteras, tras larga y tenaz resistencia, enarbola el pabellón blanco. Los nordistas tienen ya una sólida base de operaciones para toda la guerra.

En noviembre, la isla de Santa Rosa, al este de Pensacola, sobre el golfo de México, una posesión floridiana, cae en poder de las tropas federales, a pesar de los enérgicos y tenaces esfuerzos que para conservarla hicieron los confederados.

No obstante, la toma de Hatteras no parece bastante para la buena dirección de las operaciones militares ulteriores. Es preciso ocupar otros puntos sobre el litoral de Carolina del Sur, de Georgia y de Florida. Dos fragatas de vapor, la *Wasbah* y la *Susquehannah*, tres fragatas de vela, cinco corbetas, seis cañoneros, varios avisos, veinticinco transportes de carbón, cargados ahora de provisiones, y treinta y dos vapores que pueden transportar 15.600 hombres bajo las órdenes del general Sherman, se ponen a las órdenes del comodoro Dupont. La flotilla leva anclas delante del fuerte Monroe el 25 de octubre. Después de haber

sufrido un terrible viento a lo largo del cabo Hatteras, se dirige a reconocer los pasos de Hilton-Head, entre Charlestown y Savannah. Este sitio es la entrada de la bahía de Port-Royal, una de las más importantes de la Confederación americana. El puerto está defendido por el general Ripley, que manda las fuerzas de los esclavistas. Los dos fuertes, Walker y Beauregard, baten la entrada de la bahía, a 4000 metros uno de otro; ocho vapores la defienden, y su barra la hace casi inabordable a la flota sitiadora. Estos obstáculos no arredran al comodoro Dupont.

El 5 de noviembre, la armada federal reconoce y se apodera del canal, y después de cambiar algunos cañonazos, Dupont penetra en la bahía, pero sin poder todavía desembarcar las tropas de Sherman.

El día 7, antes de mediodía, ataca el fuerte Walker, y después el fuerte Beauregard, y los destroza con una terrible lluvia de sus más gruesos obuses. Los dos fuertes son evacuados; los federales toman posesión de ellos casi sin combate, y Sherman ocupa este punto tan importante para la continuación de las operaciones militares.

Esta victoria fue un golpe dado en el corazón mismo de los Estados esclavistas. Las islas vecinas caen, una después de otra, en poder de los federales, hasta la isla Tybee y el fuerte Pulaski, que domina el río Savannah y casi toda su ribera.

Al acabar el año, Dupont es dueño de las cinco grandes bahías de North-Edisto, en Saint-Helena, de Port-Royal, de Tybee y de Warsaw, así como de toda la costa de Carolina y de Georgia. En fin, el día 1 de enero de 1862, un postrer triunfo le permite destruir las obras de la Confederación construidas sobre las riberas del Coosaw.

Tal era la situación de los beligerantes al comienzo de febrero del año 1862. Tales eran los progresos del Gobierno federal hacia el Sur, en el momento en que los navíos del comodoro Dupont y las tropas de Sherman amenazaban Florida.

IV. La familia Burbank

Eran las siete y algunos minutos cuando James Burbank y Edward Carrol subieron las gradas de la escalinata sobre la cual se abría la puerta principal de Castle-House, hacia el lado del San Juan. Zermah, llevando a la niña de la mano, subió detrás de ellos. Todos se encontraron entonces en el atrio, especie de gran vestíbulo, cuyo fondo circular, a manera de cúpula, contenía la gran escalera de doble tramo que conducía a los pisos superiores.

La señora Burbank estaba allí, en compañía de Perry, el capataz general de la plantación.

—¿No hay nada nuevo en Jacksonville?

—Nada, amigo mío.

—¿Y no hay noticias de Gilbert?

—Sí; una carta.

—¡Gracias a Dios!

Tales fueron las primeras preguntas y respuestas cambiadas entre la señora Burbank y su marido.

James Burbank, después de haber abrazado a su mujer y dado un beso a la pequeña Dy, abrió, impaciente, la carta que acababa de serle entregada.

Esta carta no había querido abrirla la señora Burbank durante la ausencia de su esposo. Dada la situación de quien la escribía y de su familia en Florida, la señora Burbank había querido que su marido fuese el primero en conocer lo que contenía.

—Esta carta no ha venido por el correo, ¿es cierto? —preguntó James Burbank.

—¡Ah, no, Mr. James! —respondió Perry—. Eso hubiera sido una gran imprudencia por parte de Mr. Gilbert.

—¿Y quién se ha encargado de traerla? —preguntó James.

—Un hombre de Georgia, con cuya lealtad ha podido contar nuestro joven teniente —repuso Perry.

—¿Qué día ha llegado esta carta?

—Ayer.

—¿Y el hombre?

—Ha partido en la misma noche.

—¿Bien pagado por su servicio?

—Sí, amigo mío, bien pagado —respondió la señora Burbank—; pero pagado por Gilbert, pues el portador de ella no ha querido tomar nada de nosotros.

El vestíbulo estaba iluminado por dos lámparas, colocadas sobre una mesa de mármol, delante de un ancho diván. James Burbank fue a sentarse delante de la mesa. Su mujer y su hija se colocaron cerca de él. Edward Carrol, después de haber estrechado la mano de su hermana, se había tendido en una butaca. Zermah y Perry estaban en pie, cerca de la escalera. Los dos eran bastante apreciados de la familia Burbank para que la carta pudiera ser leída en su presencia.

James Burbank rompió el sobre.

—Es del día tres de febrero —dijo.

—¡Ya cuatro días de fecha! —respondió Edward Carrol—. Esto es mucho en las circunstancias en que nos hallamos.

—Lee pronto, padre —dijo la niña, con la impaciencia natural de su edad.

La carta decía lo siguiente:

«A bordo del *Wabash*, anclado en Edisto.

3 de febrero de 1862.

»Querido padre: Comienzo por abrazar a mi madre, a mi hermana y a ti. No olvido tampoco a mi tío Carrol, y para no olvidar nada, envié a la buena Zermah todas las ternuras de su marido, mi bravo y cariñoso Mars. Los dos estamos todo lo bien posible, y tenemos un grandísimo deseo de estar cerca de vosotros. Esto no tardara, aunque nos maldiga Mr. Perry, que debe de estar furioso viendo los progresos del Norte, como testarudo esclavista que es el digno capataz».

—También hay para vos, Perry —dijo Edward.

—Cada uno tiene sus ideas acerca de este punto —respondió Perry con la firmeza de un hombre que no entiende que deba sacrificar las suyas.

James Burbank continuó:

«Esta carta llegará a vuestras manos por conducto de un hombre del cual estoy seguro. No tengáis, en este sentido, temor ni recelo alguno. Ha debido llegar a vuestro conocimiento que la escuadra del comodoro Dupont se ha apoderado de la bahía de Port-Royal y de las islas vecinas. El Norte, pues, avanza poco a poco sobre el Sur. En vista de esto, es muy probable que el Gobierno federal trate de apoderarse de los puertos principales de Florida. Se habla de una expedición que Dupont y Sherman harán combinadamente hacia fines de este mes. Si esto es así, muy verosímilmente iremos nosotros a ocupar la bahía de Saint-Andrews. Desde allí nos será fácil penetrar en el Estado floridiano.

»¡Qué prisa tengo de estar allí, querido padre, y, sobre todo, con nuestra flotilla victoriosa! La situación de mi familia en medio de esa población esclavista me inquieta indeciblemente. Pero ya se aproxima el momento en que podremos hacer triunfar altamente las ideas que han predominado siempre en la plantación de Camdless-Bay.

»¡Ah! Si pudiese escapar, aunque no fuese más que durante veinticuatro horas, ¡con qué placer iría a veros! Pero esto sería demasiado imprudente, tanto para vosotros como para mí, y vale más tener paciencia, Algunas semanas todavía, y luego todos nos encontraremos reunidos en Castle-House.

»Y ahora termino preguntándome si no he olvidado a nadie al repartir mis abrazos. ¡Sí, verdaderamente! He olvidado a Mr. Stannard y a mi encantadora Alicia, a quien tengo tantos deseos de ver. Todos mis afectos a su padre, y a ella..., más que a mis amistades.

»Respetuosamente y de todo corazón, —*Gilbert Burbank*».

James Burbank había dejado sobre la mesa la carta, que la señora Burbank cogió y llevó a sus labios. Después la pequeña Dy depositó francamente un fuerte y sonoro beso sobre la firma de su hermano.

—¡Bravo mozo! —dijo Edward Carrol al acabarse la lectura.

—¡Y bravo Mars! —añadió la señora Burbank, mirando a Zermah, que apretaba entre sus brazos a la pequeña Dy.

—Será preciso avisar a Alicia —añadió la señora Burbank—, de que hemos recibido una carta de Gilbert.

—¡Oh, yo se lo escribiré! —respondió James Burbank—. Además, dentro de algunos días tengo que ir a Jacksonville, y veré a Stannard. Desde que Gilbert ha escrito esta carta han podido surgir otros sucesos y otras noticias con respecto a la expedición proyectada. ¡Ah! ¡Dios quiera que lleguen pronto nuestros amigos del Norte, y que Florida entre bajo la bandera de la Unión! Nuestra situación aquí acabará por ser insostenible.

En efecto, desde que la guerra se iba aproximando hacia el Sur, una modificación manifiesta se operaba en Florida con motivo de la cuestión que tenía en armas a los Estados Unidos, Hasta esta época la esclavitud no se había desenvuelto considerablemente en medio de esta antigua colonia española; así es que no se había lanzado al movimiento y a la lucha con el mismo ardor que Virginia o ambas Carolinas.

Sin embargo, algunos perturbadores de Florida se habían puesto a la cabeza de los partidarios de la esclavitud. Estas gentes, siempre dispuestas al motín, pudiendo ganarlo todo y no perdiendo nada en las revueltas, dominaban a las autoridades en San Agustín, y, sobre todo, en Jacksonville, donde encontraban apoyo en el más vil populacho. Por esta causa la situación de James Burbank, cuyo origen e ideas todos conocían,

podía llegar, en cierto momento, a ser comprometida y peligrosa.

Hacia ya cerca de veinte años que James Burbank, después de haber dejado Nueva Jersey, donde aún poseía algunos bienes, había venido a establecerse en Camdless-Bay con su mujer y su hijo, que entonces tenía cuatro años. Ya se sabe cuánto había prosperado la plantación gracias a su inteligente actividad y al concurso de Edward Carrol, su cuñado. Así es que tenía por este establecimiento, heredado de sus antepasados, una afición y un cariño verdaderamente inquebrantables. Allí era donde había nacido su segundo hijo, la pequeña Dy, trece años después de su instalación en el dominio.

James Burbank tenía entonces cuarenta y seis años. Era un hombre robusto y fuertemente constituido, habituado al trabajo, que nunca rehuía. Se le conocía por ser de un carácter enérgico, muy apegado a sus opiniones, que no se molestaba en ocultar a nadie, sino que, por el contrario, las exponía deliberadamente. Alto, apenas canoso, y su rostro, un poco severo, pero franco y animado, inspiraba confianza.

Con la sotabarba de los americanos del Norte, sin bigote ni patillas, era verdaderamente el tipo del legítimo yanqui de Nueva Inglaterra. En toda la plantación se le amaba porque era bueno y se le obedecía porque era justo. Sus negros le eran profundamente adictos, y esperaba no sin impaciencia que las circunstancias le permitiesen manumitirlos. Su cuñado, poco más o menos de la misma edad, se ocupaba más especialmente de la contabilidad en Camdless-Bay. Edward Carrol se entendía perfectamente con él en todos los asuntos, y participaba de su manera de pensar en la cuestión de la esclavitud.

No había, pues, más que el capataz Perry, entonces de cincuenta años, que fuese en este asunto de opinión contraria a la de todos los habitantes de Camdless-Bay. No hay que creer, sin embargo, por esto, que maltrataba a los esclavos; muy al contrario, el buen capataz, en flagrante oposición con sus teorías esclavistas, procuraba hacerles su situación todo lo feliz que le era posible.

Pero decía: «Hay territorios en los países cálidos en donde los trabajos de la tierra no pueden ser confiados más que a negros, luego los negros que no sean esclavos no pueden ser negros, y si son negros, por fuerza han de ser esclavos».

Tal era su extraña teoría, que defendía con ardor cuantas veces se presentaba ocasión de hacerlo. Se le permitía de buena voluntad sostenerla, pero sin hacer caso de ella. Mas al ver cómo la suerte de las armas favorecía a los antiesclavistas, Perry no desarrugaba el ceño. «¡Bravas cosas van a pasar aquí en Camdless-Bay, decía, cuando Mr. Burbank dé libertad a sus negros! ¡Cuántas desgracias van a acaecer!».

Lo repetimos: era un excelente hombre, también muy animoso, y cuando James Burbank y Edward Carrol habían formado parte del destacamento de la milicia llamada de los *minutemen*, «los hombres-minuto», porque debían estar dispuestos a partir en todo momento, él se había unido valientemente a ellos para combatir las últimas hordas de los semínolas.

La señora Burbank en esta época no llegaba a los treinta y nueve años de edad. Todavía se conservaba muy hermosa; y la niña, la pequeña Dy, había de parecersele mucho. James Burbank había encontrado en ella una compañera amante y afectuosa a la cual debía, en gran parte, la felicidad y el bienestar de su vida. La generosa mujer no existía más que para su marido y para sus hijos, a quienes adoraba, y acerca de los cuales experimentaba los más vivos y crueles temores cuando pensaba que las circunstancias iban a llevar hasta Florida la guerra civil.

Estos temores habían empezado a tener fundamento, pues si Dy, la pequeñuela de siete años, alegre, cariñosa, llena de felicidad y de vida, permanecía en Castle-House cerca de su madre, Gilbert no estaba ya en la mansión paterna. De aquí las incesantes angustias que la señora Burbank sufría, sin que pudiera siempre disimularlas.

Bien conocida de todos es la costumbre que tienen los anglosajones de abreviar cuanto les es posible el nombre de pila de sus hijos; así, en casa de Burbank, Gilbert no era más que Gib, como Diana, Dy. Era Gilbert un joven animoso, que tenía entonces veinticuatro años, en el cual se reunían las cualidades morales de su padre, con un poco más de franqueza, y las cualidades físicas, con un poco más de gracia y encanto. Era, además, un buen compañero, muy dado a los ejercicios corporales, y muy hábil, tanto en equitación como en navegación y en caza.

Con gran terror y angustia de su madre, los inmensos bosques y pantanos del condado de Duval habían sido demasiado a menudo teatro de sus triunfos de cazador, no menos que las ensenadas y los estrechos del San Juan, hasta la extremidad de la boca llamada de Pablo. Por consiguiente,

Gib se hallaba natural y completamente adiestrado y hecho a todas las fatigas cuando se dispararon los primeros tiros de la Guerra de Secesión. Comprendió al punto que su deber le llamaba entre las tropas federales, y pidió permiso a sus padres para incorporarse a ellas.

Por grande, por intensa y cruel que fuera la pena que esta resolución debía causar a su madre, cualquiera que fuese el peligro que pudiera correr en esta situación. James Burbank no pensó un instante en contrariar los deseos de su hijo. Creyó, como él, que esto era un deber, y el deber está por encima de todo.

Gilbert, pues, partió para el Norte, pero se guardó acerca de su partida todo el secreto posible. Si se hubiera sabido en Jacksonville que el hijo de James Burbank se había puesto al servicio del ejército nordista para combatir al Sur, seguramente hubiera tenido esto fatales consecuencias para los habitantes de Camdless-Bay. El joven había ido muy recomendado a varios amigos que aún conservaba su padre en el Estado de Nueva Jersey. Había mostrado siempre afición y gusto por las cosas del mar, y se le procuró fácilmente un puesto en la marina federal. Se ascendía rápidamente en este tiempo de luchas y combates, y como Gilbert no era de los que se quedan atrás, hizo carrera rápidamente.

El Gobierno central, por su parte, había fijado su atención en este joven que, no obstante la posición especial en que se hallaba su familia, no había dudado en ofrecer sus servicios al Norte en contra de la causa de la esclavitud. Gilbert se distinguió en el ataque del fuerte de Sumter. El valeroso hijo de James Burbank estaba sobre cubierta en el *Richmond* cuando este buque fue abordado por el *Manassas*, en la desembocadura del Mississippi, y contribuyó en gran manera a la destrucción del buque enemigo.

Después de este hecho fue nombrado abanderado, no obstante no haber salido de la escuela naval de Annapolis, como no habían salido tampoco todos aquellos oficiales improvisados que fueron sacados de la marina mercante. Entonces pasó nuestro joven a formar parte de la escuadra del comodoro Dupont, y asistió a los brillantes hechos del fuerte Hatteras, y después a la toma de Seas-Islands. Desde hacía algunas semanas, era el tercer teniente a bordo del *Wabash*, que arbolaba la enseña del comodoro Dupont, bajo las órdenes del cual se iban a forzar bien pronto los pasos del San Juan.

Este joven tenía también gran deseo de que se acabase aquella guerra sangrienta. Amaba y era amado. Terminado su servicio, volvería regocijado y ansioso a Camdless-Bay, donde debía dar su mano de esposo a la hija de uno de los mejores amigos de su padre.

Stannard no se contaba entre los colonos de Florida. Había quedado viudo con alguna fortuna y quiso consagrarse enteramente a la educación de su hija. Habitaba en Jacksonville desde cuyo punto no tenía más que tres o cuatro millas que remontar por el río para estar en Camdless-Bay, así es que, desde hacía quince años, no pasaba semana sin que fuese a hacer una visita a la familia Burbank. Se puede, por consiguiente, decir que Gilbert y Alicia Stannard se criaron juntos, y su matrimonio, proyectado a larga fecha, debía asegurar la felicidad de ambos jóvenes.

Aunque Walter Stannard fuese originario del Sur, era antiesclavista, lo mismo que otros muchos de sus conciudadanos en Florida; pero estos no eran, desgraciadamente, en bastante número para hacer frente a la mayoría de los colonos y de los habitantes de Jacksonville, cuyas opiniones se manifestaban cada día más decisivas y terminantes a favor del movimiento separatista. Por tales razones, estas honradas gentes comenzaban a ser muy mal vistas por los agitadores del condado, sobre todo, de los blancos pobres y del populacho presto a seguirles en sus excesos.

Walter Stannard era un americano de Nueva Orleans. La señora Stannard, de origen francés, muerta muy joven, había legado a su hija todas las buenas cualidades que son particulares a la raza francesa. Con estas condiciones, Alicia había dado pruebas de una gran energía en el momento de la partida de Gilbert, consolando y dando seguridad acerca de la vuelta del joven, a la señora Burbank. Aunque es verdad que amaba a Gilbert del mismo modo que este le amaba a ella, no cesaba de repetir a su madre que tal partida era un deber; que batirse por esta causa era batirse por la liberación de una raza humana, en suma, por la libertad.

Alicia tenía entonces diecinueve años. Era una joven rubia, con ojos casi negros, la tez sonrosada, de talle elegante y de fisonomía distinguida; tal vez resultaba un poco seria, pero era tan viva de expresión que la menor sonrisa transformaba su bonito y juvenil rostro.

Verdaderamente, la familia Burbank no sería conocida completamente en todos sus miembros más fieles si se omitiese describir con algunos rasgos

a sus dos servidores, Mars y Zermah.

Como se ha visto por la carta de Gilbert, este no había marchado solo; Mars, el marido de Zermah, le había acompañado. El joven no habría encontrado un compañero más afectuoso y más consagrado a su persona que este esclavo de Camdless-Bay, convertido en hombre libre desde el momento que ponía el pie en el territorio dominado por los antiesclavistas. Pero para Mars, Gilbert era siempre su joven señor, y no había querido dejarle aunque el Gobierno central formó batallones negros, donde hubiera encontrado un buen puesto entre los de su propia raza.

Mars y Zermah no eran de raza negra por su nacimiento; eran mestizos. Zermah tenía por hermano a aquel heroico esclavo, Robert Small, que cuatro meses más tarde había de arrebatarse a los confederados, en la misma bahía de Charlestown, un vaporcito armado de dos cañones, para hacer con él un regalo a la flota federal, como testimonio de gratitud y afecto a su causa. Zermah tenía, pues, a quién parecerse. Mars también. Era un feliz matrimonio que, durante los primeros años, el odioso tráfico de negros había amenazado más de una vez romper. En el momento mismo en que Mars y Zermah iban a ser separados uno de otro por los azares de una venta, entraron en Camdless-Bay en el personal de la plantación.

Veamos en qué circunstancias.

Zermah tenía entonces treinta y un años; Mars, treinta y cinco. Nueve años antes se habían casado, perteneciendo a un colono llamado Tickborn, cuyo establecimiento se encontraba a una veintena de millas más arriba de Camdless-Bay. Este colono durante algunos años, había tenido relaciones bastante frecuentes con Texar, pues este iba muy a menudo a la plantación, donde encontraba excelente acogida.

No había nada de extraño en esto, pues Tickborn tampoco disfrutaba de buena opinión ni de ninguna estima en el condado. Además, sólo poseía una inteligencia muy mediana; así es que sus negocios no habían prosperado ni mucho ni poco, y se vio obligado a poner en venta, aún a su pesar, un lote de esclavos.

Precisamente en esta época, Zermah, muy maltratada, como todo el personal de la plantación de Tickborn, acababa de dar a luz un nuevo y ya desgraciado ser, del cual fue en seguida separada. Mientras que expiaba en la prisión una falta de la que no era tampoco culpable, su hijo murió.

Puede comprenderse cuál sería el dolor de Zermah y la cólera de Mars. Pero ¿qué podían estos desgraciados contra un dueño al cual pertenecía su carne, muerta o viva, puesto que la había comprado?

Además, a esta pena había de unirse otra no menos terrible. En efecto, al día siguiente de aquel en que su hijo había muerto, Mars y Zermah, puestos a la venta, estaban expuestos a ser separados.

Este consuelo de encontrarse juntos bajo un mismo dueño, iba a desaparecer también, tal vez para siempre. Un hombre se había presentado que deseaba comprar a Zermah, pero a Zermah solamente, a pesar de que él no tenía plantación alguna. ¡Un capricho, sin duda! Este hombre era Texar. Su amigo Tickborn iba a formalizar el contrato con él, cuando, ya en los últimos momentos, otro comprador pujó más alto, y aumentó el precio.

Este era James Burbank, venido expresamente para asistir a la venta pública que se verificaba en la plantación de Tickborn. Una vez allí lo habían conmovido profundamente las lamentaciones y súplicas de la desgraciada mestiza, que pedía en vano que no la separasen de su marido.

Precisamente James Burbank tenía necesidad de una nodriza para su hija, que acababa de nacer. Habiendo sabido que una de las esclavas de Tickborn, cuyo hijo acababa de morir, se encontraba en las condiciones deseadas, no pensaba más que en comprar la nodriza; pero conmovido por el llanto y las súplicas de la infeliz Zermah, no dudó en ofrecer por su marido y por ella un precio superior a todos los que habían ofrecido hasta entonces por sólo Zermah.

Texar quiso luchar. Conocía a James Burbank, que le había arrojado varias veces de su dominio, como a un hombre de reputación sospechosa. Precisamente de esto procedía el odio que Texar profesaba a toda la familia de Camdless-Bay, y señaladamente a su noble jefe.

Texar quiso luchar contra su rico concurrente, pero fue en vano. Se encaprichó, hizo subir al doble el precio que Tickborn pedía por la mestiza y por su marido. Esto no sirvió sino para hacérselos pagar más caros a James Burbank, pero finalmente la puja fue adjudicada a este, porque Burbank hizo cuestión de amor propio lo que al principio fue sólo impulso

de compasión.

No solamente Mars y Zermah no serían separados uno de otro, sino que iban a estar al servicio del más generoso de los colonos de toda Florida. ¡Qué bálsamo tan dulce fue este para su dolor! ¡Con qué tranquilidad podían mirar ya el porvenir!

Zermah, seis años después, estaba todavía en toda la plenitud de su belleza mestiza. Naturalmente enérgica, corazón agradecido y consagrado a sus benéficos dueños, había ya tenido más de una vez ocasión, y habría de tenerla todavía, de probarles su afecto y su sacrificio.

Mars era digno de la mujer a la cual el acto de caridad de James Burbank le había unido para siempre. Era un tipo notable de estos africanos con cuya sangre se ha mezclado abundantemente la sangre criolla. Alto, robusto, de un valor a toda prueba, estaba destinado a prestar verdaderos servicios a su nuevo y querido señor, al joven Gilbert.

Por otra parte, estos dos esclavos que acababan de ser unidos al personal de la plantación, no fueron tratados como tales. Habían sido pronto apreciados por su bondad y por su inteligencia; Mars fue dedicado especialmente al servicio del joven Gilbert. Zermah fue la nodriza de Diana. Esta situación no podía menos de introducirlos más profundamente en la intimidad de la familia.

Zermah sintió a su vez por la niña un amor de verdadera madre; aquel amor que la infeliz no había podido consagrar al niño que había perdido. Dy se lo pagaba bien. Desde hacía seis años, la afección filial de la una había siempre respondido a los cuidados maternos de la otra, por cuya causa la señora Burbank experimentaba por Zermah tanta amistad como reconocimiento.

Los mismos sentimientos existían entre Gilbert y Mars. Ágil y vigoroso, Mars había contribuido mucho a hacer a su joven señor hábil en todos los ejercicios del cuerpo. James Burbank no tuvo nunca motivo para arrepentirse de la determinación que tomó al ponerle al servicio de su hijo.

Así, pues, nunca la situación de Zermah y de Mars había sido tan lisonjera;

al salir de las manos de un Tickborn y después de haber corrido el peligro de caer en las de un Texar, no podían olvidar lo que debían a Burbank y ocasiones tuvieron para demostrarle que no eran unos ingratos.

V. La bahía negra

Al día siguiente, a las primeras luces del alba, un hombre se paseaba por la orilla de uno de los islotes perdidos en el fondo de la sombría guarida de la Bahía Negra. Era Texar. A algunos pasos de él, un indio, sentado en el esquife que había abordado la víspera al *Shannon*, acababa de colocarse cerca de la ribera. El indio era Squambo.

Después de algunas idas y venidas, Texar se paró delante de un arbusto lleno de magnolias, atrajo hasta sí una de las ramas bajas, y arrancó una hoja con su tallo. Después sacó de su cartera una pequeña hoja de papel que no contenía más que tres o cuatro palabras escritas con tinta. Luego de haber enrollado bien el papel lo introdujo en la nervadura inferior de la hoja. Esto fue hecho lo bastante hábilmente para que la hoja del arbusto no perdiera absolutamente nada de su aspecto natural.

—¿Squambo? —dijo entonces Texar.

—Señor... —respondió el indio.

—Ve a donde tú sabes.

Squambo tomó la hoja y la colocó en la proa del esquife, se sentó en la popa, maniobró con viveza, rodeó la punta extrema del islote, y se hundió a través de un paso tortuoso, confusamente disimulado bajo la sombría bóveda de los árboles.

Esta laguna estaba surcada por un laberinto de canales, como un tejido de estrechos brazos llenos de agua negruzca, comparables a los que se entrecruzan en ciertos puntos de Europa. Nadie, a menos de conocer perfectamente los pasos de este profundo depósito en donde se perdían las derivaciones del San Juan, nadie, repetimos, hubiera sido capaz de aventurarse a entrar por allí.

Sin embargo, Squambo no dudaba. Allí por donde no se hubiera creído posible encontrar una salida, él empujaba atrevidamente su esquife. Las

ramas bajas que separaba a su paso, se cerraban detrás de él. ¿Quién hubiera podido decir que por allí acababa de pasar una embarcación, si no se veía ningún sitio hábil para efectuarlo?

El indio se hundió de esta manera a lo largo de una especie de tubos sinuosos, menos anchos algunas veces que esas regueras o sangrías hechas a los ríos para asegurar el verdor y el frescor de las praderas. Todo un mundo de pájaros acuáticos huían volando a su aproximación. Escurridizas anguilas de cabeza sospechosa, se entremetían bajo las raíces que sobresalían de las aguas. Squambo no se inquietaba a la vista de estos venenosos reptiles, ni tampoco a la de los caimanes dormidos, que podía despertar tropezándolos bajo las capas de limo en que yacían. Adelantaba siempre, y cuando le faltaba espacio para moverse, empujaba, apoyándose en la extremidad de un doble remo, sirviéndose de él como de un garfio.

Bajo la bóveda impenetrable de verdura que formaban los árboles, no se adivinaba si las nieblas de la noche iban desapareciendo ante los rayos del sol, o si el día estaba adelantando en su carrera. Aun en lo más brillante del día no hubiera podido penetrar allí ni un rayo de luz. Por otra parte, este fondo pantanoso no necesitaba más que una semioscuridad, tanto para los seres chirriantes que pululaban en su líquido negruzco, como para las mil y mil plantas acuáticas que sobrenadaban en la superficie.

Durante media hora Squambo anduvo así de un islote a otro, y cuando se paró, era que su esquife acababa de tocar uno de los sitios más extremos de la bahía.

En este sitio, en el cual terminaba la parte pantanosa de esta extraña laguna, los árboles, menos espesos y menos frondosos, dejaban pasar a través de sus ramas la luz del día. Al lado opuesto se extendía una vasta pradera rodeada de bosques, y un poco más elevada que el nivel del San Juan. En aquella pradera, apenas si se elevaban cinco o seis árboles aislados. El pie, al apoyarse sobre aquel suelo fangoso, experimentaba la sensación que hubiese sentido si se apoyara sobre un colchón de muelles. Algunas matas de sasafrás, de amarillentas hojas, mezcladas con una pequeña flor violeta, trazaban sobre aquel suelo árido caprichosos zigzags.

Squambo, después de haber amarrado su esquife a uno de los árboles de la orilla, saltó a tierra.

Los vapores de la noche comenzaban a disiparse, y la pradera, absolutamente desierta, parecía salir poco a poco de entre la bruma. Entre los cinco o seis árboles cuya silueta se destacaba confusamente a alguna distancia, descollaba un magnolio de altura mediana.

El indio se dirigió derechamente hacia este árbol. En algunos minutos llegó hasta él. Incluyó una de las ramas bajas, a la extremidad de la cual fijó la hoja que Texar le había entregado. Después, la rama, una vez abandonada a sí misma, se elevó, y la hoja fue a perderse entre el follaje del magnolio.

Squambo volvió entonces hacia su esquife, y entrando en él, tomó de nuevo la dirección del islote en que le esperaba su amo.

Esta «Bahía Negra», llamada así por el sombrío color de sus aguas, podía cubrir una extensión de quinientos a seiscientos acres aproximadamente.

Alimentada por el San Juan, era, como ya se ha visto, una especie de archipiélago absolutamente impenetrable para el que no conociese sus infinitas vueltas y revueltas. Un centenar de islotes ocupaban su superficie. Ni puente ni arrecife alguno los unía entre sí. Largos cordones de bejucos se tendían de unos a otros. Algunas ramas altas se entrelazaban por encima de los millares de brazos que los separaban. Nada más. Esto no era bastante para establecer una comunicación fácil entre los diversos puntos de esta laguna.

Uno de los islotes, situado poco más o menos hacia el centro del sistema, era el más importante en su extensión (una veintena de acres) y por su elevación, que era de cinco o seis pies por encima del nivel medio del San Juan, entre las más altas y más bajas mareas.

En época lejana, este islote, por sus condiciones especiales, había servido de emplazamiento a un fortín, especie de reducto; al presente estaba abandonado, al menos bajo el punto de vista militar. Sus empalizadas, ya medio destruidas por la humedad y la podredumbre, se levantaban todavía bajo los grandes árboles, magnolios, cipreses, encinas verdes, rajales negros, pinos australes, enlazados por grandes guirnaldas de cobéas y otra infinidad de especies de bejucos y otras trepadoras.

En el interior de este recinto, la vista descubría, bajo un macizo de

verdura, las líneas geométricas del pequeño fortín, o mejor dicho, de este puesto de observación, que no había servido jamás para otra cosa que la de alojar un destacamento de veinte o treinta hombres.

Estrechas troneras se veían aún a través de sus muros de madera. Techos formados por el césped le cubrían, como un verdadero caparazón de tierra. En el interior, algunos departamentos habitables en medio del reducto central hacían las veces de almacén, destinado a las provisiones de boca y guerra. Para penetrar en el fortín era preciso primero franquear el recinto por una estrecha poterna, después atravesar el patio plantado de algunos árboles; subir, en fin, una docena de escalones de tierra y maderos. Se encontraba entonces la única puerta que daba acceso al interior, y aún esta, en verdad, no era sino una antigua tronera modificada para hacerla servir de puerta.

Tal era el retiro habitual de Texar, retiro o guarida que nadie conocía. Allí vivía oculto a todas las miradas, con Squambo, fiel en extremo a la persona de su amo, pero que no valía mucho más que él, y cinco o seis esclavos que no valían mucho más que el indio, y cuidaban del islote.

Como se ve, había gran diferencia de este islote perdido en los pantanos de la «Bahía Negra», a los ricos establecimientos creados sobre las dos riberas del río. La existencia misma no estaba allí asegurada para Texar y sus compañeros, poco exigentes, sin embargo. Algunos animales domésticos, una media docena de acres plantados de patatas y batatas; una veintena de árboles frutales casi en estado salvaje; esto era todo. Es verdad que había caza en los bosques vecinos y pesca en los estanques de la laguna, cuyos productos no podían faltar en ninguna ocasión. Pero sin duda los huéspedes de la «Bahía Negra» poseían otros recursos, de los cuales solamente Texar y Squambo tenían el secreto.

En cuanto a la seguridad de la vivienda, ¿no estaba prevista por su situación misma, casi desconocida en el centro de aquel inaccesible antro? Por otra parte, ¿quién había de pensar en atacarle? ¿Por qué y para qué? En todo caso, cualquiera aproximación sospechosa hubiera sido inmediatamente señalada por los aullidos de los perros del islote, dos de aquellos mastines feroces importados de las Caribes, y que fueron en otro tiempo empleados por los españoles en la caza de los negros.

Tal era la vivienda de Texar; una vivienda verdaderamente digna de él.

Veamos ahora lo que era el hombre.

Texar tenía entonces treinta y cinco años. Era de estatura mediana, de una constitución vigorosa, robustecida en una vida de aventuras y de aire libre como había sido siempre la suya. Español de nacimiento, no desmentía su origen; su cabellera era negra y fuerte, sus cejas y pestañas espesas, sus ojos verdosos, su boca ancha, con labios delgados y contraídos, como si hubiese sido hecha de un sablazo; su nariz con las ventanas anchas como de fiera. Toda su fisonomía indicaba al hombre astuto y violento. Anteriormente usaba toda la barba, pero desde hacía dos años, que se la quemaron con el fogonazo de un tiro, no se sabe en qué negocio, se había afeitado, y la dureza de sus rasgos resultaba así más patente.

Una docena de años antes, este aventurero había ido a fijarse en Florida, en aquel reducto abandonado, del cual nadie pensó en disputarle la posesión. ¿De dónde venía? Se ignoraba por completo, y él no decía a nadie una palabra. ¿Cuál había sido su existencia anterior? Tampoco se sabía mucho más. Se decía, y esta era la verdad, que había hecho el oficio de negrero, y vendido cargamentos de negros en los puertos de Georgia y de las Carolinas. ¿Se había enriquecido en este odioso tráfico? No lo parecía mucho. En suma, no gozaba de ninguna estima, ni aun en aquel país, donde no faltaban, sin embargo, gentes de esa especie.

Pero si Texar era muy conocido, aunque no fuese en beneficio suyo, esto no le impedía ejercer cierta influencia en el condado, y particularmente en Jacksonville. Allí, es verdad, esta influencia la ejercía sobre la parte menos recomendable de la población. Iba allá con frecuencia para ciertos asuntos, de los cuales no hablaba jamás. Había buscado cierto número de amigos entre los más perdidos y detestables individuos de la ciudad. Esto se ha visto bien cuando volvía de San Agustín en compañía de una media docena de amigos, individuos todos de trazas y aire sospechosos. Su influencia se extendía también hasta los pequeños colonos de San Juan. Los visitaba algunas veces, y aunque nadie le devolvía las visitas, porque su retiro de la «Bahía Negra» era ignorado de todos, se le recibía en varias plantaciones de ambas orillas.

La caza era un pretexto natural para esas relaciones, que se establecen siempre fácilmente entre personas de las mismas costumbres y los mismos gustos.

Por otra parte, esta influencia se había aumentado desde hacía algunos años, gracias a las opiniones de las cuales Texar había querido hacerse decidido y ardiente partidario y defensor. Apenas la cuestión de la esclavitud había producido la división entre las dos mitades de los Estados Unidos, el español se manifestó el más tenaz y resuelto de los esclavistas. Oyéndole a él, ningún interés podía guiarle, puesto que no poseía más que una media docena de negros. Era el principio mismo lo que pretendía defender. ¿Por qué medios? Haciendo un llamamiento a las más detestables pasiones, excitando la avaricia del populacho y arrojándoles al pillaje, al incendio y aún al asesinato contra los habitantes o colonos que compartían las ideas del Norte. Y ahora, en esta ocasión, este peligroso aventurero no tendía nada menos que a derribar las autoridades civiles de Jacksonville, a remplazar los magistrados de opiniones sensatas, estimados por su carácter, con los más furiosos de sus partidarios; a apoderarse él mismo del mando para dar rienda suelta a sus malas pasiones.

Constituido en dueño del condado, gracias a una revuelta popular, entonces tendría el campo libre para ejercer sus venganzas personales.

Se comprende que desde entonces James Burbank y algunos otros propietarios de plantaciones no hubiesen descuidado vigilar los pasos de semejante hombre, ya muy temible por sus malos instintos. De aquí procedía este odio por un lado, y esta desconfianza por otro, que los próximos acontecimientos habían de aumentar.

Por otra parte, en lo que se creía saber del pasado de Texar, desde que había dejado de hacer la trata, había hechos extremadamente sospechosos. Cuando la última invasión de los seminolas, todo parecía probar que él tenía inteligencias secretas con ellos. ¿Les había indicado acaso los golpes que era preciso dar a las plantaciones que habían de atacar? ¿Les había ayudado en sus espionajes y emboscadas? Esto no pudo ser puesto en duda en algunas ocasiones. Así fue que a continuación de una de las últimas invasiones de los indios, los magistrados se vieron en la necesidad de perseguir al español, detenerle y conducirlo ante los tribunales.

Pero Texar invocó una coartada, sistema de defensa que más tarde debía de darle buenos resultados, y probó que él no había podido tomar parte de ninguna manera en el ataque de una plantación situada en el condado de Duval, puesto que en aquel momento se encontraba en Savannah (Estado

de Georgia), a unas cuarenta millas hacia el Norte.

Durante los años siguientes, varios robos importantes se cometieron ya en las plantaciones, ya en perjuicio de los viajeros, que se vieron atacados en medio de los caminos de Florida. Texar, ¿era autor o cómplice de estos crímenes? Esta vez también se sospechó de él, pero, faltos de pruebas, tampoco se le pudo castigar.

En fin, llegó una ocasión en que se creyó haber cogido *in fraganti* al malhechor, hasta entonces inaccesible. Era precisamente el asunto por el cual había sido llevado la víspera ante el juez de San Agustín.

Ocho días antes, James Burbank, Edward Carrol y Walter Stannard volvían de visitar una plantación próxima a Camdless-Bay, cuando a eso de las siete de la tarde, a la caída de la noche, llegaron hasta ellos gritos de espanto y de terror.

Se apresuraron a correr hacia el lado de donde partían los gritos, y se encontraron ante las construcciones de un cortijo aislado. Estas construcciones estaban ardiendo. El cortijo había sido primeramente saqueado por media docena de hombres que acababan de dispersarse; pero los autores del crimen no debían estar lejos, pues se veían todavía dos de dichos bribones que huían apresuradamente a través del bosque.

James Burbank y sus amigos, sin titubear, se lanzaron en su persecución, y precisamente en la dirección de Camdless-Bay. Todo fue en vano; los dos incendiarios lograron escapar. Sin embargo, Burbank, Carrol y Stannard habían reconocido perfectamente a uno de ellos. Era el habitante de la «Bahía Negra».

Además, había otro dato más innegable, y era que en el momento en que el fugitivo desaparecía dando la vuelta a una esquina de la cerca de Camdless-Bay, Zermah, que pasaba por aquel sitio estuvo expuesta a ser derribada por él; y para Zermah era también indudable que el individuo que corría de tal manera era Texar.

Como es fácil de imaginar, este asunto hizo mucho ruido en el condado. Un robo, seguido de incendio, es el crimen que debe ser más temido de todos los colonos, aislados como se hallan generalmente en medio de una vasta extensión de territorio. James Burbank no dudó, pues, en establecer una acusación formal, y ante su acusación, las autoridades resolvieron

proceder contra Texar.

El español fue conducido a San Agustín ante el tribunal, a fin de ser confrontado con los testigos; James Burbank, Walter Stannard, Edward Carrol, y últimamente Zermah, estuvieron unánimes en declarar que habían reconocido a Texar en el individuo que huía del cortijo incendiado. Para ellos no había error posible: Texar era uno de los autores del crimen y así lo declararon.

Pero, por su parte, el español había hecho comparecer cierto número de testigos en San Agustín, y estos dijeron bajo juramento que aquella tarde se encontraban en Jacksonville, en la tienda de Torillo, especie de posada mal reputada, pero muy concurrida. Texar no les había dejado en toda la noche. Además, detalle más afirmativo todavía, a la hora en que se cometía el crimen, el español había tenido precisamente una disputa con uno de los bebedores de la taberna de Torillo, disputa que había dado lugar a golpes y amenazas, por lo cual, sin duda, se depositaría una queja contra él.

Ante una afirmación que no se podía desmentir, afirmación que por otra parte fue corroborada por personas absolutamente extrañas a Texar, el magistrado de San Agustín no tuvo más remedio que sobreseer el proceso comenzado y dejar libre al perseguido por aquel hecho.

La coartada había sido plena y hábilmente establecida una vez más a favor del extraño huésped de la «Bahía Negra».

En estas condiciones, y en compañía de sus testigos, volvía Texar de San Agustín en la noche del 7 de febrero. Se ha visto cuál había sido su actitud a bordo del *Shannon*, mientras que el *steamer* descendía lentamente a lo largo del río.

Después, en el esquife que había venido a buscarle, conducido por el indio Squambo, se dirigió al fortín abandonado, donde hubiera sido difícil y peligroso seguirle. En cuanto a Squambo, semínola inteligente, astuto, que había llegado a ser el confidente de Texar, este le había tomado a su servicio precisamente después de la última invasión de indios, en la cual fue mezclado el nombre del español con sobrada justicia.

Texar, en la disposición de espíritu en que se encontraba con relación a James Burbank, no debía pensar más que en el modo de vengarse de él

por todos los medios posibles. Por consiguiente, en medio de las conjeturas que pudiese acarrear cotidianamente la guerra, si Texar llegaba a conseguir el cambiar en provecho suyo las autoridades de Jacksonville, llegaría a ser verdaderamente temible para los habitantes de Camdless-Bay. Que el carácter enérgico y resuelto de James Burbank no le permitiese temblar, sea; pero la señora Burbank no tenía sino razones de sobra para temer por su marido y por todos los suyos.

Y aún esta honrada familia hubiera ciertamente vivido entre angustias incesantes si hubiese podido adivinar lo siguiente: que Texar sospechaba que Gilbert Burbank había ido a formar parte del ejército del Norte. ¿Cómo lo había sabido, siendo así que esta partida se había verificado secretamente? Por el espionaje, sin duda. Ya se verá más de una vez que el espía se apresuraba a servirle.

Y, en efecto, puesto que Texar tenía conocimiento de que el hijo de James Burbank servía en las filas de los federales y aun a las órdenes de Dupont, ¿no había motivo para temer que tratase de tender algún lazo al joven teniente? Sí y si lograba atraerle al territorio floridiano y apoderarse de su persona, o denunciarle, puede adivinarse cuál sería la suerte de Gilbert entre las manos de los sudistas exasperados por los progresos del ejército del Norte.

Tal era, pues, el estado de las cosas en el momento en que comienza esta historia. Tales eran la situación de los federales, llegados casi a las fronteras marítimas de Florida; la posición de la familia Burbank en medio del condado de Duval; la de Texar, no solamente en Jacksonville, sino en toda la extensión del territorio esclavista. Si el español llegaba a lograr sus fines, si las autoridades eran derribadas por sus partidarios, le sería muy fácil lanzar sobre Camdless-Bay un populacho fanatizado contra los antiesclavistas de Florida.

Aproximadamente una hora después de haberse separado de Texar, Squambo estaba de vuelta en el islote central. Sacó su esquife a la orilla y franqueó el recinto exterior, y subió la escalera del reducto.

—¿Está ya hecho? —le preguntó Texar.

—Ya está hecho, señor.

—Y... ¿nada?

—Nada.

VI. Jacksonville

—Sí, Zermah, sí; habéis sido creada y puesta en el mundo para ser esclava —repitió el capataz, rumiando, por decirlo así, su idea favorita—. Sí, habéis nacido esclava, y de ningún modo criatura libre.

—Pues no es esa mi opinión —replicó Zermah con tono tranquilo, sin poner en su respuesta ninguna animosidad; de tal modo estaba acostumbrada a estas discusiones con el capataz de la plantación de Camdless-Bay.

—¡Pero es posible, Zermah! Suceda lo que quiera, y sean cualesquiera vuestras ideas, acabaréis por reconocer la verdad de esta afirmación: que no hay ninguna igualdad que pueda, razonablemente, establecerse entre los blancos y los negros.

—Ya está establecida, señor Perry, y lo ha estado siempre por la naturaleza misma.

—Os engañáis, Zermah; y la prueba de ello es que los blancos son diez veces, veinte veces, ¿qué digo?, cien veces más numerosos que los negros sobre la superficie de la tierra.

—Precisamente por esto los han reducido a la esclavitud —respondió Zermah—. Tenían la fuerza y han abusado de ella; pero si los negros hubiesen sido mayoría en este mundo, serían los blancos los que hubieran sido reducidos a la esclavitud. O... acaso, no; pues los negros hubiesen ciertamente mostrado más justicia y sobre todo menos crueldad.

No hay que creer, sin embargo, que esta conversación, perfectamente ociosa, impedía a Zermah y al capataz vivir en buena armonía. En este momento, además, no tenían otra cosa que hacer sino hablar.

Solamente nos será permitido creer que hubieran podido muy bien tratar un asunto más útil, y sin duda hubiese sido así, sin la manía del capataz, que le llevaba a discutir siempre la cuestión de la esclavitud.

Los dos estaban en aquel momento sentados en la popa de una de las embarcaciones de Camdless-Bay, conducida por cuatro marineros de la plantación. Atravesaban oblicuamente el río aprovechando la marea descendente, y se dirigían a Jacksonville. El capataz tenía algunos asuntos que ventilar allí por cuenta de James Burbank, y Zermah iba a comprar diversas prendas de vestir para su pequeña y amada Dy.

Era el 10 de febrero, es decir, tres días después de aquel en que James Burbank había vuelto a Castle-House, y Texar a la «Bahía Negra», después del asunto de San Agustín.

No hay que decir que al día siguiente Stannard y su hija habían recibido una esquelita de Camdless-Bay, que les había dado a conocer sumariamente lo que decía la última carta de Gilbert. Estas noticias no llegaban nunca demasiado pronto para tranquilizar a Alicia, cuya vida pasaba en una continua inquietud desde el principio de esta encarnizada y terrible lucha entre el Sur y el Norte de los Estados Unidos.

La embarcación, impulsada por una vela latina, se deslizaba entonces rápidamente a lo largo del río. Antes de un cuarto de hora habrían llegado a Jacksonville. El capataz tenía, pues, muy poco tiempo ya para acabar de desenvolver su tesis favorita, y no lo desperdició.

—No, Zermah —replicó—, no; si los negros hubiesen sido el mayor número, en nada hubiera cambiado el estado de las cosas. Y digo más; cualquiera que sea el resultado de la guerra, se volverá siempre a la esclavitud, porque es preciso que haya esclavos para el servicio de las plantaciones.

—No es esa la opinión de Mr. Burbank, bien lo sabéis —respondió Zermah.

—Ya lo sé; pero me atrevo a decir que Mr. Burbank se engaña, salvo el respeto que tengo hacia él. Un negro debe formar parte del dominio del mismo modo que los animales, y por los mismos títulos que los instrumentos de cultivo. Si un caballo pudiera marcharse cuando quisiera, si una carreta tuviese el derecho de ponerse en otras manos que las de su propietario cuando le conviniera, no habría explotación posible. Que Mr. Burbank dé libertad a sus esclavos, y verá y veremos todos a lo que queda reducido Camdless-Bay.

—Ya lo hubiese hecho —replicó Zermah—, si las circunstancias le hubiesen permitido hacerlo, vos no lo ignoráis, señor Perry. ¿Y queréis saber lo que hubiera sucedido si la libertad de los esclavos hubiese sido proclamada en Camdless-Bay? Pues que ni un solo negro habría dejado la plantación, y nada hubiera cambiado en ella, sino el derecho de tratarlos como bestias de carga. Pero como vos no habéis usado nunca de ese derecho, después de la emancipación todo hubiera quedado lo mismo que estaba antes.

—¿Creéis, por casualidad, que me habéis convertido a vuestras ideas, Zermah? —preguntó el capataz.

—De ninguna manera, señor Perry. Por otra parte, sería tarea bien inútil, por una razón bien sencilla.

—¿Cuál?

—Que, en el fondo, vos pensáis acerca de esto exactamente igual que Mr. Burbank, Mr. Carrol y Mr. Stannard, como todos los que tienen el corazón generoso el espíritu justo y la razón serena.

—¡Jamás, Zermah, jamás! Y yo pretendo que todo cuanto digo acerca de esta cuestión, es en interés de los negros. Si se les entrega a su sola y libre voluntad, perecerán todos, y la raza se perderá por completo.

—No creo nada de eso, señor Perry, aunque digáis lo que queráis. En todo caso, más vale que la raza perezca, que no estar perpetuamente destinada a la degradación de la esclavitud.

El capataz hubiese querido responder todavía, aunque acaso estuviera exhausto el arsenal de sus argumentos; pero ya se llegaba al puerto. La vela acababa de ser arriada, y la embarcación fue a colocarse en fila de la estacada de madera. Allí debía esperar la vuelta de Zermah y del capataz, los cuales desembarcaron en seguida, para ir cada cual a sus negocios.

Jacksonville está situada sobre la ribera derecha del San Juan, en el límite de una vasta llanura bastante baja, rodeada de un horizonte de magníficos bosques, que le dan siempre un hermoso cuadro de verdura. Los campos de maíz y de caña de azúcar, y los arrozales, ocupan hacia el límite del río una parte de este territorio.

Hace diez años, Jacksonville no era otra cosa que una gran aldea con un arrabal, cuyas casas, construidas con mortero y cañas, no servían más que para alojamiento de la población negra. Pero en la época actual la aldea comenzaba a hacerse ciudad, tanto por sus casas más cómodas y elegantes, sus calles mejor trazadas y sostenidas, como por el número de sus habitantes, que se había duplicado en pocos años.

Por otra parte, al año siguiente, esta capital del condado de Duval había de ganar mucho todavía uniéndose por medio de un ferrocarril a Tallahassee, que es la capital de Florida.

Ya al desembarcar en el muelle del puerto, el capataz y Zermah habían podido notar que una animación grandísima reinaba en la ciudad. Algunos cientos de habitantes, los unos sudistas de origen americano, los otros mulatos y mestizos, de origen español, esperaban la llegada de un vapor, cuya humareda se divisaba ya en la parte inferior del río, más allá de una punta baja del San Juan. Algunos, con el deseo de entablar más rápida comunicación con el vapor, se habían arrojado a las lanchas del puerto, en tanto que otros habían tomado puestos en lo más alto de los mástiles de las embarcaciones que se hallaban en el puerto y que eran conocidas por frecuentar habitualmente las aguas de Jacksonville.

En efecto, desde la víspera se habían recibido graves noticias del teatro de la guerra. Los proyectos de operaciones indicados en la carta de Gilbert Burbank eran en parte conocidos. No se ignoraba que la flotilla del comodoro Dupont debía levar anclas muy pronto, y que el general Sherman se proponía acompañarle con tropas de desembarco. ¿De qué lado se dirigiría esta expedición? No se sabía de una manera positiva, pero todo daba motivo para pensar que tenía por objeto el San Juan y el litoral floridiano. Después de Georgia, Florida estaba amenazada de una invasión del ejército federal.

Cuando el *steamer* que venía de Fernandina arribó a la estacada de Jacksonville, sus pasajeros no hicieron otra cosa que confirmar estas noticias. Añadieron, además, que probablemente sería a la rada de Saint-Andrews donde vendría a anclar el comodoro Dupont con su flotilla, esperando un momento favorable para forzar los pasos de la isla Amelia y acaso también la parte baja de la cuenca del San Juan.

Instantáneamente los grupos se esparcieron por la ciudad, seguidos de los agentes del orden público. Por todas partes se gritaba «¡Resistencia a los

nordistas!». «¡Mueran los nordistas!». Tales eran las excitaciones feroces que los agitadores, a las órdenes de Texar, lanzaban sobre la población, ya muy sobresaltada.

Hubo demostraciones en la Plaza Mayor, delante de Court-House, la casa de justicia, y hasta delante de la iglesia episcopal. Las autoridades tendrían seguramente mucho trabajo y muchos disgustos que sufrir para calmar esta efervescencia, bien que los habitantes de Jacksonville fuesen los que estaban menos divididos acerca de las apreciaciones que se hacían sobre la cuestión de la esclavitud. Pero en estos tiempos de tumultos, los que más gritan y los que más se mueven dan siempre la ley, y los más moderados acaban inevitablemente por seguirles.

Naturalmente, en las tabernas y en las casas de bebidas era donde los alborotadores, bajo la influencia de los licores fuertes, gritaban con más violencia. Los políticos y estadistas de taberna y de café desarrollaron allí sus planes, que, según su raciocinio, tenían por objeto urgente e infalible oponer una inmediata resistencia a la invasión nordista.

—¡Es preciso dirigir las milicias sobre Fernandina! —decía uno.

—¡Es preciso echar a pique los buques en los pasos del San Juan! —exclamaba otro.

—Mejor es construir fortificaciones de tierra alrededor de la ciudad y erizarlas de cañones.

—Es necesario pedir socorro por la vía del ferrocarril de Fernandina a Keys.

—Sí, pero ante todo es necesario apagar los fuegos del faro de San Pablo para impedir que la flotilla entre de noche en las bocas del San Juan.

—Y sembrar de torpedos el fondo del río. Esta máquina de guerra acababa de inventarse cuando la guerra separatista; pero ya se había oído hablar de ella, y sin saber siquiera de qué manera funcionaba, aseguraban que era conveniente hacer uso de ella.

—Ante todo —dijo uno de los más furiosos oradores de la tienda de Torillo—, es preciso poner en prisión a todos los nordistas de la ciudad y a todos los sudistas que piensen como ellos, porque pueden estar en

inteligencia con los enemigos del Norte.

Hubiera sido muy extraño que nadie se hubiera acordado de emitir esta proposición, *última ratio* de los sectarios de todos los países. Por consiguiente, apenas fue expresada, acogióse con atronadoras salvas de aplausos y burras. Felizmente para las gentes honradas de Jacksonville, los magistrados debían dudar algún tiempo todavía antes de acceder a las exigencias de este clamor popular.

Zermah, recorriendo las calles, había observado todo lo que pasaba, a fin de informar de ello a su señor, directamente amenazado por este movimiento. Si se llegaba a las medidas de violencia, estas medidas no se limitarían a la ciudad. Se extenderían más allá, hasta las plantaciones del condado, y ciertamente Camdless-Bay sería una de las primeras que experimentase el furor de las turbas.

Así, para procurarse informaciones más precisas, Zermah se dirigió a la casa que Stannard ocupaba más allá del arrabal.

Era una encantadora morada, poco importante, en verdad, pero agradablemente situada en una especie de oasis que el hacha de los taladores había reservado en este rincón de la llanura. Por los cuidados de Alicia, en el interior como en el exterior, la casa presentaba un aspecto irreprochable. Se reconocía ya una inteligente y aplicada mujer de su casa en esta joven a quien la muerte de su madre había llevado desde muy temprano a dirigir el personal de la casa de Walter Stannard.

Zermah fue recibida con gran amabilidad por la joven. Alicia habló, antes que de nada, de la carta de Gilbert, y Zermah pudo decirle los términos casi exactos en que estaba redactada.

—¡Oh, sí! No está lejos ahora —dijo Alicia—. Pero ¿en qué condiciones va a venir a Florida? ¡Y qué de peligros pueden todavía amenazarle hasta el fin de esta expedición!

—¡Peligros, Alicia! —replicó Stannard—; tranquilízate. Gilbert ha afrontado ya tantos y tan grandes durante la travesía por las costas de Georgia y principalmente en el hecho de Port-Royal, que imagino que la resistencia de los floridianos no será tan terrible ni de tan larga duración. ¿Qué pueden hacer estando delante el San Juan, que permite a los cañoneros subir hasta el corazón de los condados? Toda defensa me parece que

será en extremo difícil, si no imposible.

—¡Ojalá fuera verdad, padre mío! —respondió Alicia—; y haga el cielo que esta sangrienta guerra llegue pronto a su fin.

—Esta guerra no puede terminarse más que por el anonadamiento del Sur —respondió Stannard—. Pero esto será largo, sin duda; y temo mucho que Jefferson Davis, sus generales, los Lee, los Johnston, los Beauregard y otros resistan largo tiempo todavía en los Estados del Centro. No; las tropas federales no darán cuenta fácilmente de los confederados. En cuanto a Florida, no les será difícil apoderarse de ella. Desgraciadamente, no es su posesión la que ha de asegurarles la victoria definitiva.

—¡Con tal de que Gilbert no cometa imprudencias! —dijo Alicia cruzando las manos—. Si no pudiera resistir al deseo de ver a su familia durante algunos días, puesto que está tan cerca de ella...

—De ella y de vos, *Miss Alicia* —respondió Zermah—; ¿pues no sois vos ya de la familia Burbank?

—Sí, Zermah, por el corazón.

—No, Alicia, no temas nada —respondió Stannard—, Gilbert es demasiado razonable para exponerse así, sobre todo cuando bastarán algunos días al comodoro Dupont para ocupar Florida. Sería una temeridad sin excusa aventurarse en este país, tan exaltado a favor de las ideas esclavistas, en tanto que las tropas federales no se crean por completo dueñas de él.

—Sobre todo ahora que los espíritus están más excitados y más prontos que nunca a la violencia —dijo Zermah.

—En efecto, desde esta mañana, la ciudad está en efervescencia —respondió Stannard—. He visto y he oído a los agitadores. Texar no les deja un momento; desde hace unos ocho o diez días les empuja, les excita, y estos malhechores acabarán por sublevar a todo el populacho, no solamente contra los magistrados de la ciudad, sino también contra aquellos habitantes que no participen de su manera de ver y de pensar.

—¿No creéis, Mr. Stannard —dijo entonces Zermah—, que haríais bien en abandonar a Jacksonville, al menos durante algún tiempo? Sería prudente

no volver aquí hasta después de la llegada de las tropas federales a Florida. Mr. Burbank me ha encargado que os lo repita, diciéndome que estaría muy honrado y contento en ver a *Miss Alicia* y a vos en Castle-House.

—Sí, ya lo sé —respondió Stannard—. No he olvidado el ofrecimiento de Burbank. Pero en realidad, ¿se está en Castle-House más seguro que en Jacksonville? Si estos aventureros, vagabundos sin profesión, estos furiosos llegan a conseguir el ser aquí los dueños, ¿no se esparcirán también por la campiña? ¿Estarán las plantaciones al abrigo de sus ataques y de sus destrozos?

—Mr. Stannard —replicó Zermah, con viveza—, en caso de peligro, me parece preferible estar reunidos.

—Zermah tiene razón, padre mío —añadió Alicia—. Vale más y es mucho mejor estar todos juntos.

—Sin duda ninguna, hija mía —respondió Stannard—; así es que no rehúso la proposición de Burbank. Pero no creo que el peligro esté tan próximo. Zermah prevendrá a nuestros amigos de que tengo aún necesidad de algunos días para poner en orden mis negocios, y que, transcurridos estos, iremos a pedir hospitalidad a Castle-House.

—Así, cuando Mr. Gilbert llegue a casa, encontrará allí reunidas todas las personas que desea —dijo la esclava.

Zermah se despidió de Walter Stannard y de su hija. Después, atravesando por medio de los sitios en que más ardiente se manifestaba la agitación popular, que no dejaba de crecer, llegó hasta el barrio del puerto y a los muelles, donde ya la esperaba el capataz. Los dos se embarcaron para atravesar el río. Después Perry volvió a emprender su conversación habitual en el punto preciso en que la había dejado al desembarcar.

Al decir que el peligro no era inminente, acaso se engañaba Walter Stannard. En efecto, los sucesos iban a precipitarse, y en Jacksonville debían sentirse muy pronto las consecuencias de ellos.

Sin embargo, el Gobierno federal procedía siempre con gran circunspección, con el objeto de lesionar lo menos posible los intereses del Sur. No quería proceder sino por medidas ordenadas y sucesivas. Así es

que, dos años después del comienzo de las hostilidades, el presidente Abraham Lincoln no había decretado la abolición de la esclavitud en todo el territorio de los Estados Unidos. Más de dos meses debían transcurrir todavía antes de que un mensaje del presidente propusiera resolver la cuestión por el rescate y la emancipación gradual de los negros, antes de que la abolición fuese proclamada, antes de que fuese votada la concesión de un crédito de cinco millones de francos, con la autorización de conceder, a título de indemnización, mil quinientos francos por cada esclavo emancipado. Si algunos generales del Norte se habían creído autorizados para abolir la servidumbre en los territorios invadidos por sus ejércitos, habían sido desautorizados hasta entonces. Es que la opinión en esta época no era unánime acerca de este punto, y aún se citaban ciertos jefes militares de los unionistas que no encontraban ni lógica ni oportunidad en esta medida.

Entretanto, los hechos de armas continuaban repitiéndose, y muy particularmente en perjuicio de los confederados. El general Price, el día 12 de febrero de aquel año, se había visto obligado a evacuar Arkansas con todo el contingente de las milicias misurianas. Se ha visto que el fuerte Henry había sido tomado y ocupado por los federales. Ahora estos atacaban el fuerte Donelson, defendido por una artillería poderosa y cubierto por cuatro kilómetros de obras exteriores, que comprendían la pequeña ciudad de Dover. Sin embargo, a pesar del frío y de la nieve, doblemente amenazado por la parte de tierra por los 15.000 hombres del general Grant, y por la parte del río por las cañoneras del comodoro Foote, el fuerte caía el 14 de febrero, en poder de los federales, con toda una división sudista, así los hombres como el material de guerra.

Este era un espantoso fracaso para los confederados. El efecto producido por esta derrota fue inmenso. Como consecuencia inmediata iba a traer la retirada del general Johnston, que se vio obligado inevitablemente a abandonar la importante ciudad de Nashville, sobre el río Cumberland. Los habitantes, aterrorizados, presa de horrible pánico, la abandonaron detrás de él, y algunos días más tarde corría la misma suerte la ciudad de Columbus. Todo el estado de Kentucky había sido ya sometido, como consecuencia de esta victoria, a la dominación del Gobierno federal.

Fácilmente puede imaginarse con qué sentimientos de cólera y con qué ideas de venganza serían acogidos estos acontecimientos en Florida. Las autoridades eran impotentes para calmar el movimiento, que se propagó

de ciudad en ciudad, hasta las chozas más lejanas de los condados. El peligro aumentaba, puede decirse, de hora en hora, para cualquiera que no compartiese las opiniones de los del Sur y no se asociase a sus proyectos de resistencia contra los ejércitos federales. En Tallahassee, en San Agustín y en otras ciudades de Florida hubo varios tumultos cuya represión no dejó de ser difícil. Pero donde principalmente el populacho amenazó y estuvo a punto de cometer actos de la más incalificable barbarie fue en Jacksonville.

En tales circunstancias ya se comprende que la situación de Camdless-Bay era de día en día más inquietante. Sin embargo, con su personal, que le era muy afecto. James Burbank acaso pudiera resistir, al menos, los primeros ataques y acometidas que se dirigiesen contra la plantación, no obstante ser muy difícil en esta época procurarse municiones y armas en cantidad suficiente. Pero en Jacksonville, Walter Stannard, directamente amenazado, tenía motivos para temer por la seguridad de su vivienda, por su hija, por él mismo, por todos los suyos.

James Burbank, conociendo los peligros de esta situación, le escribía carta sobre carta. Le envió, además, varios mensajeros para rogarle que fuera sin tardanza a reunirse con él en Castle-House. Allí estaría relativamente en seguridad; y si era preciso buscar otro retiro, si era necesario ocultarse en lo más interior del país hasta el momento en que los federales hubiesen asegurado la tranquilidad moral y material con su presencia, les sería más fácil hacerlo.

Así solicitado, Walter Stannard resolvió abandonar momentáneamente a Jacksonville y refugiarse en Camdless-Bay. Partió, pues, en la mañana del día 23 tan secretamente como le fue posible y sin haber dejado traslucir nada acerca de sus proyectos.

Una embarcación les esperaba en el fondo de una pequeña bahía del San Juan, más arriba del puerto. Alicia y él se embarcaron en ella, atravesaron rápidamente el río y llegaron al pequeño puerto, donde les aguardaba la familia Burbank.

Es fácil imaginar la grata acogida que les fue dispensada. ¿No era ya Alicia una hija para la señora Burbank? Todos se encontraban ya reunidos. Los malos días, las actuales zozobras, se pasarían en compañía unos de otros con más seguridad, y, sobre todo, con menos angustias.

En suma, no se dispuso más que del tiempo preciso para abandonar a Jacksonville. Al día siguiente la casa de Stannard fue atacada por una banda de malhechores, que amparaban sus violencias bajo la bandera de un pretendido y falso patriotismo local.

Costó gran trabajo a las autoridades impedir el pillaje, así como preservar de iguales ataques las casas de otros honrados conciudadanos, opuestos a las ideas separatistas. Pero, evidentemente, se veía claro que se aproximaba la hora en que estas autoridades serían depuestas y remplazadas por los jefes del tumulto. Estos, lejos de reprimir las violencias, serían los primeros en provocarlas.

Y, en efecto, tal como Stannard había dicho a Zermah, Texar se había decidido desde hacía algunos días a dejar su misteriosa y desconocida vivienda para ir a Jacksonville. Allí había encontrado a sus compañeros habituales, reclutados entre los más detestables sectarios de la población floridiana, venidos de las diversas plantaciones de las dos orillas del río.

Estos envilecidos sicarios pretendían imponer su voluntad, así en las ciudades como en las campiñas, y estaban en correspondencia con la mayor parte de sus adeptos y semejantes de los diversos condados de Florida. Poniendo siempre como bandera la cuestión de la esclavitud y declarándose partidarios de su existencia, no necesitaban más para ganar terreno. Algunos días más y tanto en Jacksonville como en San Agustín, adonde afluían ya todos los nómadas y aventureros y todos los explotadores de bosques, tan numerosos en el país; algunos días más tarde, repetimos, y ellos serían los dueños, ellos dispondrían de la autoridad y concentrarían en sus manos todos los poderes civiles y militares. Las milicias y las tropas regulares no tardarían en hacer causa común con estos desalmados, lo que sucede fatalmente en estas épocas de turbación en que la violencia y las malas pasiones se sobreponen a los buenos deseos de las personas honradas.

James Burbank no ignoraba nada de lo que pasaba en el exterior. Varios de sus criados, en los cuales tenía confianza, le pusieron al corriente de todos los movimientos que se preparaban en Jacksonville. Sabía que Texar había reaparecido por allí, que su detestable influencia se extendía sobre el pueblo bajo, como él, de origen español.

Un hombre semejante al frente de la ciudad era una amenaza directa contra Camdless-Bay.

Así, pues, James Burbank se preparaba a todo evento, ya fuese para una resistencia, si era posible hacerla, ya para una retirada si se veía obligado a abandonar Castle-House al incendio y al pillaje.

Ante todo, atender a la seguridad de su familia y la de su amigo era su primera, su constante preocupación.

Durante estos días Zermah mostró un afecto y una buena voluntad sin límites. A todas horas se la veía vigilando los alrededores de la plantación, principalmente del lado del río. Algunos esclavos, escogidos por ella entre los más inteligentes y los más fieles, permanecían día y noche en los puestos que se les habían señalado. Toda tentativa contra la plantación hubiese sido indicada en el acto. La familia Burbank no podía ser sorprendida de improviso sin tener el tiempo suficiente para refugiarse en Castle-House.

Pero no era por un ataque directo y a mano armada por lo que James Burbank debía ser molestado más o menos pronto. En tanto que la autoridad no estuviera en manos de Texar y de los suyos, se debía guardar algo las formas. Así fue que, bajo la presión de la opinión pública, los magistrados se vieron obligados a tomar una medida que iba a dar una especie de satisfacción a los partidarios de la esclavitud, encarnizados contra las gentes del Norte.

James Burbank era el más importante de los colonos de Florida; el más rico, además, entre todos ellos, y cuyas opiniones antiesclavistas eran demasiado conocidas. Contra él fue, por consiguiente, contra quien se dirigieron los primeros tiros, haciéndole pasar por el trance de explicar sus ideas personales de emancipación y de abolición de la esclavitud en medio de un territorio de esclavos, y ante gente que era manifiestamente hostil a ellas.

El día 26 por la noche, un comisionado expedido en Jacksonville llegó a Camdless-Bay y entregó un pliego cerrado a James Burbank.

El pliego contenía lo siguiente:

«Se ordena a Mr. James Burbank que se presente en persona mañana, día 27 de febrero, a las once de la mañana en el Palacio de la Justicia ante las autoridades de Jacksonville».

Nada más.

VII. A pesar de todo

Si este aviso no era realmente el rayo, era por lo menos el relámpago que le precedía.

James Burbank no se asustó, sin embargo. Pero ¡qué inquietudes experimentó toda la familia! ¿Por qué y para qué era llamado a Jacksonville el propietario de Camdless-Bay?

Estaba claro que era una orden, no una invitación para que compareciese ante las autoridades. ¿Qué se le quería? Esta medida, ¿era acaso consecuencia de alguna proposición que tendiese a entablar proceso contra él, proceso que empezaría inmediatamente? ¿Era su libertad o su vida la que estaba amenazada con esta decisión? Si obedecía, si abandonaba Castle-House, ¿le dejarían volver? Si no obedecía, ¿se emplearía la fuerza para obligarle a ir? En este caso, ¿a qué peligros y a qué violencias iban a estar expuestos todos los suyos?

—No irás. James.

La que así se expresaba era la señora Burbank; y como se comprende, al hablar así lo hacía en nombre de todos.

—No, Mr. Burbank —añadió Alicia—. Vos no podéis pensar en separaros de nosotros.

—¡Y para ir a ponerte a merced de semejantes gentes...! —añadió Edward Carrol.

James Burbank no contestó una palabra. Primeramente, ante esta orden brutal, su indignación se había exasperado; a duras penas podía contenerse.

Pero ¿qué es lo que había de nuevo para hacer a los magistrados tan audaces?

¿Se habrían acaso enseñoreado ya de la población los compañeros y

partidarios de Texar?

¿Habrían quizá derribado a las autoridades que conservaban todavía alguna moderación y contenían el poder en sus justos límites?

¡No...! El capataz Perry, que había llegado a mediodía de Jacksonville, no había traído noticia alguna sobre esto.

—¿Será, acaso —dijo Stannard—, algún hecho de armas ventajoso para los sudistas el que mueve a los floridianos a ejercer violencias contra nosotros?

—Mucho me temo que así sea —respondió Edward Carrol—. Si el Norte ha experimentado algún revés, estos malhechores no se creerán ya amenazados por la aproximación del comodoro Dupont, y son capaces de entregarse a todos los excesos.

—Se decía que en el Estado de Tejas —replicó Stannard—, las tropas federales se habían visto obligadas a retirarse ante las milicias de Sibley y repasar el Río Grande, después de haber sufrido una derrota de bastante consideración en Valverde. Estas son, al menos, las noticias que me ha comunicado un hombre que he encontrado en Jacksonville hace poco más de una hora.

—Evidentemente —añadió Edward Carrol—, esto es lo que ha vuelto a estos bribones tan atrevidos e insolentes.

—Pero el ejército de Sherman y la flotilla de Dupont llegarán pronto —exclamó la señora Burbank.

—Estamos a veinticinco de febrero —respondió Alicia—, y según la carta de Gilbert, los buques federales no deben hacerse al mar hasta el día veintiocho.

—Y después es preciso tiempo para bajar hasta las bocas del San Juan —añadió Stannard—; tiempo para forzar los pasos, franquear la barra y llevar a cabo un desembarco en Jacksonville. Es decir, diez días todavía por lo menos.

—¡Diez días...! —murmuró Alicia.

—¡Diez días...! —añadió la señora Burbank—. Y de aquí a entonces,

¡cuántas desgracias pueden acontecer!

James Burbank no se había mezclado en esta conversación. Reflexionaba acerca de la comunicación recibida, y se preguntaba qué partido tomar en circunstancias tan difíciles y complejas. Rehusar la obediencia, ¿no era exponerse a ver cómo todo el populacho de Jacksonville, con la aprobación expresa o tácita de las autoridades, se precipitaría sobre Camdless-Bay? ¡Cuántos peligros correría entonces su familia! No, decía, más vale no exponer más que mi persona. Aunque su libertad y su vida estuvieran en peligro, debía arrostrarlo él solo.

La señora Burbank miraba a su marido con la más viva inquietud. Comprendía perfectamente que un rudo combate se estaba librando en el corazón de su marido. Sin embargo, no se atrevía a interrogarle. Ni Alicia, ni su padre, ni Edward Carrol se atrevían tampoco a preguntarle qué respuesta se proponía dar a la orden recibida de Jacksonville.

La pequeña Dy fue la que, inconscientemente sin duda, se hizo el intérprete de toda la familia. Se había puesto al lado de su padre, y este la colocó en sus rodillas.

—Padre —dijo la niña.

—¿Qué quieres, hija mía?

—¿Vas a ir a casa de esos hombres malos que quieren causarnos tanta pena?

—¡Sí...!, iré.

—¡No vayas, padre! —gritó Dy.

—¡James! —gritó la señora Burbank.

—¡Es preciso; es mi deber...!, iré.

James Burbank había hablado tan resueltamente, que hubiera sido inútil tratar de combatir su designio, del cual él había indudablemente calculado todas sus consecuencias. Su mujer, que había ido a colocarse a su lado, le besaba y le estrechaba, llorando, entre sus brazos; pero no le decía una sola palabra. Y por otra parte, ¿qué hubiera podido decirle?

—Amigos míos —dijo James Burbank—; es posible, después de todo, que exageremos el alcance de este acto arbitrario. ¿Qué es lo que se me puede reprochar? ¿De qué han de acusarme? De nada; esto es bien sabido. ¿Recriminarme por mis opiniones? ¡Sea! Mis opiniones me pertenecen. Jamás las he ocultado a mis adversarios, y lo que he pensado y sentido durante toda mi vida, no dudaría, si fuera preciso, en repetírselo cara a cara.

—Nosotros te acompañaremos. James —dijo Edward Carrol.

—Sí —añadió Stannard—; no os dejaremos ir solo a Jacksonville.

—No, amigos míos —respondió James Burbank—. A mí solo es a quien se obliga a ir ante los magistrados del Tribunal de Justicia; pues yo solo iré. Pudiera suceder muy bien que fuera detenido por algunos días. Es preciso, por tanto, que los dos permanezcáis en Camdless-Bay, pues a vosotros es a quien quiero confiar mi familia durante mi ausencia.

—¿Es decir, que vas a dejarnos, padre? —exclamó desolada la pequeña Dy.

—Sí, hijita mía —respondió Burbank con tono de fingida alegría—. Pero si pasado mañana no he venido a almorzar contigo, puedes estar segura de que vendré a comer, y pasaremos juntos toda la noche. ¡Ah!, escucha. Por poco tiempo que permanezca en Jacksonville, estaré siempre lo bastante para comprarte alguna cosa. ¿Qué es lo que más te agradaría? ¿Qué quieres que te traiga?

—A ti, padre, a ti mismo —respondió la niña. Y después de estas palabras, que expresaban perfectamente el deseo que a todos animaba, la familia se separó, no sin antes que James Burbank tomara todas las medidas de seguridad que requerían las circunstancias.

La noche se pasó sin que ocurriera nada de particular. Al día siguiente. James Burbank, que se había levantado con la aurora, emprendió su camino por la avenida que conducía al pequeño puerto de Camdless-Bay. Llegado allí, dio las órdenes necesarias para que a las ocho estuviera preparada una embarcación a fin de dirigirse al otro lado del río.

Cuando volvía hacia Castle-House, de regreso de su excursión matinal, Zermah le salió al encuentro.

—Señor —le dijo—, ¿habéis pensado bien vuestra decisión de ir a Jacksonville?

—Sin duda alguna, Zermah; y así debo hacerlo en interés de todos. Tú me comprendes, ¿no es verdad?

—¡Oh!, sí, señor, os comprendo. Una negativa de vuestra parte podría atraer las bandas de forajidos de Texar a Camdless-Bay.

—Y este peligro, que es el más grave, es el que es preciso evitar a todo trance —respondió Burbank.

—¿Quiere el señor que le acompañe?

—Quiero, por el contrario, que permanezcas en la plantación, Zermah. Es preciso que estés aquí, cerca de mi mujer y de mi hija, para el caso de que las amenace algún peligro antes de mi vuelta.

—No me separaré de ellas, señor.

—¿No sabes nada nuevo?

—No. Es cierto que algunas gentes sospechosas rondan la plantación. Se diría que la vigilan. Esta noche han cruzado también el río dos o tres barcos. ¿Sospecharán acaso que el señorito Gilbert se ha alistado al servicio de la armada federal, que está a las órdenes del comodoro Dupont, y que puede tener la tentación de venir durante la noche a Camdless-Bay?

—¡Hijo mío! —respondió James Burbank—. No; él es bastante razonable para no comprometerse con una imprudencia semejante.

—Temo mucho que Texar tenga alguna sospecha relativa a este asunto —replicó Zermah—. Se dice que su influencia aumenta cada día. Cuando estéis en Jacksonville, desconfiad de Texar, señor...

—Sí, Zermah; como de un reptil venenoso. Pero estoy con cuidado. ¡Si durante mi ausencia intentara algún golpe de mano contra Castle-House...!

—No temáis nada más que por vos. Por vos solo, señor, nada por nosotros. Vuestros esclavos sabrán defender la plantación; y si es preciso,

se dejarán matar hasta el último de ellos. Todos os quieren, todos os estiman; yo sé bien lo que piensan y lo que dicen y sé también lo que harían. Ya han venido gentes de otras plantaciones para incitarles a la insurrección. Ellos no han querido oír nada. Todos forman una familia que se confunde con la vuestra. Podéis contar con ellos.

—Ya lo sé Zermah, y con todos cuento. James Burbank volvió a su habitación. Cuando llegó la hora de partir, se despidió de su mujer, de su hija y de Alicia. Les prometió contenerse y guardar calma y comedimiento ante los magistrados, cualesquiera que fuesen, tanto ellos como los que ante ellos le condujeran, y no hacer nada que pudiese provocar violencias contra él.

—Seguramente —añadió—, estaré de vuelta en el mismo día.

Después se despidió de todos los suyos y partió.

Sin duda James Burbank tenía motivos para temer por sí mismo; pero estaba mucho más inquieto por su familia, que quedaba expuesta a tantos peligros como la amenazaban en Camdless-Bay.

Walter Stannard y Edward Carrol le acompañaron hasta el momento de embarcarse en la extremidad de la avenida. Al entrar en la embarcación, le hicieron sus últimas recomendaciones. Después, empujada por una suave brisa del Sudoeste, la barca se alejó rápidamente de Camdless-Bay.

Una hora más tarde, hacia las diez de la mañana, James Burbank desembarcaba en el muelle de Jacksonville.

Este muelle estaba casi desierto entonces. Se encontraban en él solamente algunos marineros extranjeros ocupados en descargar sus barcos. James Burbank no fue, por consiguiente, reconocido a su llegada, y sin que nadie le hubiera notado, pudo dirigirse a la casa de uno de sus corresponsales, Harvey, que habitaba al otro lado del puerto.

Harvey se manifestó bastante sorprendido y muy inquieto al verle. No creía que Burbank hubiese obedecido a la intimación que le había sido hecha, de presentarse en el Palacio de Justicia. En la ciudad no lo creía nadie tampoco. En cuanto a lo que había motivado la orden lacónica de ir ante los magistrados, Harvey no sabía nada.

Probablemente, con objeto de satisfacer a la opinión pública, se quería pedir a James Burbank explicaciones acerca de su actitud desde el principio de la guerra, dadas sus ideas, bien conocidas de todos, respecto a la esclavitud. Acaso se pensase en asegurarse de su persona, en retenerle como rehén, por ser el más rico colono nordista de toda la península de Florida. ¿No hubiese hecho mejor en permanecer en su casa de Camdless-Bay? Esto es lo que pensaba Harvey. ¿No haría mejor en volverse allí, puesto que nadie sabía aún que acababa de desembarcar en Jacksonville?

James Burbank no había ido para volverse. Quería saber a qué atenerse respecto a su situación, y estaba dispuesto a saberlo.

Teniendo en cuenta la situación especial en que se encontraba, dirigió algunas interesantes preguntas a su corresponsal.

¿Habían sido depuestas las autoridades y sustituidas con otras, partidarias de los agitadores de Jacksonville?

Todavía no, pero su posición era cada día más insostenible; de seguro, el primer motín traería su caída, impulsada por los mismos acontecimientos.

El español Texar, ¿entraba por mucho en el movimiento popular que se preparaba?

Sí. Se le consideraba como jefe del partido avanzado de los esclavistas. Sus compañeros y él serían, sin duda dentro de poco, dueños de la ciudad.

Los últimos hechos de armas, cuyo rumor empezaba a esparcirse por toda Florida, ¿habían sido confirmados?

Ya lo estaban. La organización de los Estados del Sur acababa de ser completada. El día 22 de febrero el Gobierno había sido instalado definitivamente, teniendo como presidente a Jefferson Davis y a Stephens por vicepresidente, investidos los dos del poder por un plazo de seis años. El Congreso, compuesto de dos Cámaras, estaba reunido en Richmond. Tres días después Jefferson Davis había decretado el servicio obligatorio. Desde esta fecha los confederados habían obtenido algunos éxitos parciales, aunque, en suma, de poca importancia. Por otra parte, el día 24 una gran parte del ejército del general McClellan había avanzado, según se decía, hasta el otro lado del Alto Potomac, lo que había traído como

consecuencia la evacuación de Columbus por los sudistas. Se preparaba, pues, una gran batalla sobre el Mississippi, que pondría en contacto el ejército separatista con el ejército que mandaba el general Grant.

¿Y la escuadra que el comodoro Dupont había de conducir hasta las bocas del San Juan?

Corría el rumor de que a la vuelta de unos días ensayaría el forzar los pasos del río. Por consiguiente, si Texar y sus partidarios querían intentar algún golpe de mano que pusiera en su poder la ciudad y les permitiese satisfacer sus venganzas personales, no debían tardar en hacerlo.

Tal era el estado de cosas en Jacksonville. ¿Quién sabe si el incidente de Burbank precipitaría el desenlace?

Cuando llegó la hora de comparecer ante el tribunal, James Burbank dejó la casa de su corresponsal y se dirigió hacia la plaza en que se elevaba el edificio del Palacio de Justicia. Había gran animación en las calles. La población se dirigía en masa hacia aquel sitio. Se conocía, se sentía que de este asunto, poco importante en sí mismo, podía salir un tumulto cuyas consecuencias nadie podía prever.

La plaza estaba llena de gentes de todas clases: blancos, mestizos, negros; naturalmente, todos en actitud tumultuosa. Pero el número de los que habían podido entrar en el Palacio de Justicia era bastante reducido. Sin embargo, en él se encontraban, sobre todo, los partidarios de Texar, confundidos con un número más reducido de gentes honradas opuestas a todo acto de injusticia. Pero les sería difícil resistir a aquella gente del populacho que empujaba y hacía esfuerzos para conseguir a todo trance la caída de las autoridades de Jacksonville.

Cuando James Burbank apareció en la plaza, fue inmediatamente reconocido. En el mismo instante se oyeron algunos gritos violentos, que no le eran nada favorables. Algunos generosos ciudadanos le rodearon. No querían que un hombre honrado y estimado generalmente como lo era el colono de Camdless-Bay quedase expuesto sin defensa a las brutalidades de la multitud.

Obedeciendo la orden que había recibido. James Burbank daba a la vez testimonio de dignidad y de resolución. Se hubiera podido esperar que estas cualidades le fueran reconocidas.

James Burbank, pudo, pues, abrirse camino a través de la multitud. Llegó al umbral de la puerta del salón en que el tribunal le esperaba, y se paró delante de la barra, adonde era conducido contra todo derecho.

El primer magistrado de la ciudad y los demás jueces ocupaban sus puestos. Eran todos hombres de intachable conducta, que gozaban de merecida consideración. A cuántas recriminaciones, a cuántas amenazas habían estado expuestos desde el principio de la guerra separatista, es demasiado fácil de imaginar. ¿Qué valor no les era necesario para permanecer en su puesto, y qué energía para mantenerse contra toda injusticia?

Si hasta entonces habían podido resistir a todos los ataques del partido de los alborotadores, era porque, como ya se ha dicho, la cuestión de la esclavitud en Florida no sobrecitaba tanto los ánimos como los apasionaba en otros Estados del Sur. Sin embargo, las ideas separatistas ganaban poco a poco terreno. Con ellas la influencia de la gente revoltosa, de los aventureros, de los nómadas esparcidos por el condado, se aumentaba de día en día. Y hasta para dar una satisfacción a la opinión pública, bajo la presión del partido de los violentos, los magistrados se habían visto obligados a llamar ante ellos a James Burbank, por denuncia de uno de los jefes de este partido, del español Texar.

El murmullo de aprobación por una parte, y de reprobación por otra, que acogió al propietario de Camdless-Bay a su entrada en la sala, se calmó bien pronto. James Burbank, de pie ante la barra, con la mirada serena de un hombre que ni ha tenido ni ha dado motivo para temer, con la voz firme no esperó siquiera a que el magistrado le dirigiese las preguntas de fórmula.

—Señores: habéis hecho venir a James Burbank de Camdless-Bay —dijo—. James Burbank está en vuestra presencia.

Después de las primeras formalidades del interrogatorio, con las cuales se conformó. James Burbank preguntó sencilla y brevemente:

—¿De qué se me acusa?

—De hacer oposición por palabra, y acaso por actos —respondió el magistrado—, a las ideas y a las esperanzas que deben tener ahora

principal curso en Florida.

—¿Y quién me acusa?

—Yo.

El que brutalmente había lanzado esta palabra era Texar. James Burbank había reconocido su voz. Ni siquiera volvió la cabeza hacia el sitio donde su acusador estaba. Se contentó con encogerse de hombros, en señal de desdén hacia el vil y cobarde acusador que contra él se levantaba.

Sin embargo, los compañeros y partidarios de Texar animaban a su jefe con la voz y con el gesto.

—Ante todo —dijo este—, arrojaré a la cara de James Burbank su cualidad de nordista. Su presencia en Jacksonville es un insulto permanente en medio de un Estado confederado. Puesto que él está con los nordistas por su corazón y por su origen, ¿por qué no se ha marchado al Norte?

—Yo estoy en Florida porque me conviene estar —respondió James Burbank—. Desde hace veinte años habito en el condado. Si no he nacido aquí se sabe al menos de dónde vengo. Que digan otro tanto, si es que pueden decirlo, aquellos cuyo pasado se ignora, que rehúsan vivir a la luz del día y cuya existencia privada merece ser recriminada con muchísima más razón que la mía.

Con esta respuesta, Texar se veía directamente atacado, pero no se dio por aludido.

—¿Y después? —preguntó de nuevo James Burbank.

—Después —contestó Texar—, en el momento en que el país está pronto a sublevarse por el sostenimiento de la esclavitud, pronto a verter su sangre para rechazar las tropas federales, yo acuso a James Burbank de ser antiesclavista y, sobre todo, de hacer propaganda contra la esclavitud.

—James Burbank —dijo el magistrado—, en las circunstancias en que nos encontramos podéis comprender que esta acusación es de una gravedad excepcional. Os ruego, pues, que respondáis a ella.

—Señor —respondió James Burbank—, mi respuesta será muy sencilla. Yo no he hecho jamás ninguna propaganda, ni quiero hacerla. La

acusación es falsa. En cuanto a mis opiniones acerca de la esclavitud, ruego que me sea permitido recordarlas aquí. ¡Sí, yo soy abolicionista...! Deploro la lucha que sostiene el Sur contra el Norte, y temo que el Sur se exponga a sufrir desastres que hubiera podido evitar; y en su interés mismo yo hubiera querido verle seguir otro camino, en lugar de empeñarse en una guerra contra la razón y contra la conciencia universal. Algún día os acordaréis de que los que hablan como yo lo hago en este momento, no estaban equivocados. Cuando la hora de una transformación, de un progreso moral ha sonado, es una locura oponerse a él. Por otra parte la separación del Norte y del Sur sería un crimen contra la patria americana. Ni la razón, ni la justicia, ni la fuerza están de vuestro lado, y este crimen no se verificará.

Estas palabras fueron acogidas al principio con algunos rumores de aprobación; pero estos fueron ahogados en seguida por violentos clamores de disgusto. La mayoría de aquel público, compuesto de gentes sin fe ni ley, no podía aceptarlas.

Cuando el magistrado pudo conseguir restablecer el silencio. James Burbank tomó de nuevo la palabra:

—Y ahora —dijo—, espero que se entablen acusaciones más precisas sobre hechos, no sobre ideas, y yo responderé cuando se me hayan hecho conocer.

Ante esta actitud tan digna, los magistrados no podían menos de encontrarse indecisos. No conocían ningún hecho que pudiera ser motivo de acusación contra Burbank. Su papel debía limitarse a dejar exponer las acusaciones con pruebas en su apoyo, si es que estas pruebas existían.

Texar comprendió que debía explicarse más categóricamente, o de lo contrario, no alcanzaría el objeto que se proponía.

—Sea —dijo—. Yo soy de los que no creen que se puede invocar la libertad de las opiniones en materia de esclavitud, cuando un país se levanta todo entero por sostener esta causa; pero si James Burbank tiene el derecho de pensar como le plazca en esta cuestión, si es verdad que se abstiene de buscar partidarios para sus ideas, al menos no se abstiene de buscar y sostener inteligencias con un enemigo que está a las puertas de Florida.

Esta acusación de complicidad con los federales era muy grave en aquella circunstancia. Esto se comprendió perfectamente en el rumor que corrió a través del público. Pero esta acusación era vaga todavía y era preciso apoyarla en hechos.

—¿Pretendéis que yo tengo inteligencias con el enemigo? —dijo James Burbank.

—Sí —afirmó Texar.

—Precisad: este es mi deseo.

—Bueno —replicó Texar—. Hace aproximadamente tres semanas un emisario, enviado a James Burbank, ha dejado el ejército federal, o, por lo menos, la flotilla que manda el comodoro Dupont. Este hombre ha ido a Camdless-Bay, y ha sido seguido desde el momento en que ha atravesado la plantación hasta la frontera de Florida. ¿Lo negaréis?

Se trataba, sin duda alguna, del mensajero que había llevado la carta del joven teniente. Los espías de Texar no se habían engañado. Esta vez la acusación era precisa y concreta y se esperaba, no sin inquietud, cuál sería la respuesta de James Burbank.

Este no dudó en exponer lo que no era, en suma, otra cosa que la estricta verdad.

—En efecto —dijo—. En esa época ha ido un hombre a Camdless-Bay; pero este hombre no era más que un mensajero: no pertenecía a la armada federal, y traía, sencillamente, una carta de mi hijo.

—¡De vuestro hijo! —gritó Texar—. ¡De vuestro hijo, que si no estamos mal informados, está al servicio del Gobierno unionista; de vuestro hijo, que está quizás entre el número de los invasores que marchan ahora mismo contra Florida!

La vehemencia con que Texar pronunció estas palabras no dejó de impresionar vivamente al público. Si James Burbank, después de haber confesado que había recibido una carta de su hijo, convenía y confesaba que su hijo estaba en las filas del ejército federal, ¿cómo se defendería de la acusación que se le hacía de estar en relaciones con los federales, con los enemigos del Sur?

—¿Queréis responder a los hechos que se han expuesto contra vuestro hijo? —preguntó el magistrado.

—No puedo responder a eso —replicó James Burbank con voz firme—; ni tengo, ni sé qué responder. No se trata aquí de mi hijo, que yo sepa. Yo solamente estoy acusado de haber mantenido inteligencias con el ejército federal. Yo niego esto, y desafío a ese hombre, que no me ataca más que por odio personal, a que dé una sola prueba de ello.

—¿Confesáis, pues, que vuestro hijo se bate en este momento contra los confederados? —gritó Texar.

—Yo no tengo nada que confesar, nada —respondió James Burbank—. A vos es a quien corresponde probar las acusaciones que me lanzáis.

—¡Sea! —dijo Texar—. Yo lo probaré. Dentro de algunos días estaré en posesión de la prueba que se me pide, y cuando la tenga...

—Cuando la tengáis —respondió el magistrado—, podremos dar sentencia a este juicio, pero hasta entonces no ve el Tribunal cuáles son las acusaciones a que James Burbank tenga que responder.

Al expresarse así, el magistrado hablaba como un hombre íntegro. Tenía razón, sin duda; pero desgraciadamente, hacía mal en tener razón delante de aquel público tan prevenido contra el colono de Camdless-Bay. Por consiguiente, sus palabras fueron acogidas con murmullos y hasta con protestas proferidas por los compañeros de Texar. El español comprendió bien la situación y abandonando los hechos relativos a Gilbert Burbank volvió de nuevo a las acusaciones dirigidas exclusivamente contra su padre.

—Sí —repitió—; yo probaré todo lo que he dicho, a saber: que James Burbank está en relación con el enemigo que se prepara a invadir Florida. Pero, entretanto, las opiniones que profesa públicamente, opiniones tan peligrosas para la causa de la esclavitud, constituyen un peligro público. Así, en nombre de todos los propietarios de esclavos, que no se someterán jamás al yugo que el Norte quiere imponerles, yo pido que se le detenga y se ponga en seguridad su persona.

—¡Sí, sí! —gritaron los partidarios de Texar, en tanto que una parte de la

asamblea intentaba vanamente protestar contra esta injusta pretensión.

El magistrado pudo al fin restablecer la calma, y James Burbank volvió a hacer uso de la palabra.

—Yo protesto con toda la fuerza de mi derecho —dijo—, contra el acto arbitrario al cual se pretende empujar al Tribunal. ¡Que yo soy abolicionista...! Bien, ¿y qué? ¿No lo he confesado ya? Pero las opiniones son libres, creo yo, con un sistema de gobierno fundado sobre la libertad. No es un crimen, hasta ahora, el ser antiesclavista, y allí donde no hay delito, la ley es impotente para castigar.

Numerosos murmullos de aprobación parecieron dar la razón a James Burbank. Sin duda Texar comprendió por esto que había llegado la ocasión de cambiar sus baterías, puesto que las acusaciones que había hecho hasta entonces no le habían dado el resultado apetecido. Así, no hay por qué admirarse si de repente lanzó a James Burbank el siguiente apostrofe:

—Pues bien; puesto que sois contrario a la esclavitud, dad libertad a los esclavos de vuestras posesiones.

—Sí; yo lo haré —dijo Burbank—; pero cuando llegue el momento oportuno.

—¿De veras? Lo haréis cuando el ejército federal sea dueño de Florida. Os hacen falta los soldados de Sherman y los marinos de Dupont para que tengáis el valor de poner de acuerdo vuestros actos con vuestras ideas. Eso es prudente, pero es cobarde.

—¡Cobarde! —replicó James Burbank, indignado, sin comprender que su enemigo le tendía un lazo.

—Sí, cobarde —repuso Texar—. Veamos; atreveos a llevar vuestras opiniones a la práctica. Hasta ahora, todo hace creer que no buscáis más que una popularidad fácil, para agradar a las gentes del Norte; sí: antiesclavista en la apariencia, pero en el fondo, por vuestro interés, no sois más que un partidario del sostenimiento de la esclavitud.

James Burbank se había erguido indignado al oír esta injuria. Cubrió a su acusador con una mirada de desprecio. Pero aquello era más de lo que él

podía soportar. Semejante reproche de hipocresía se encontraba por completo en desacuerdo con toda su existencia, franca y leal. Así, no hay por qué admirarse al oírle responder con una voz que fue bien oída por todos:

—Habitantes de Jacksonville: a partir de este día, no tengo ya ni un esclavo; a partir de este día proclamo la abolición de la esclavitud en todo el dominio de Camdless-Bay.

Al principio, algunos entusiastas hurras acogieron esta declaración atrevida. Sí, había, al hacerla, un verdadero acto de valor; más de valor que de prudencia acaso; pero James Burbank acababa de dejarse llevar por su indignación.

En efecto, esto era demasiado evidente; esta medida iba a comprometer los intereses de todos los demás plantadores de Florida. Así es que la reacción se verificó en el acto entre el público del Tribunal de Justicia. Los primeros aplausos otorgados al colono de Camdless-Bay fueron bien pronto ahogados por las vociferaciones, no solamente de los que eran esclavistas por principio, sino también de todos aquellos que hasta entonces habían permanecido indiferentes en esta cuestión de la esclavitud. Sin duda alguna los partidarios de Texar se hubieran aprovechado de este movimiento de la opinión para entregarse a actos de violencia contra James Burbank, si el español mismo no los hubiera contenido.

—Estad tranquilos —dijo—. James Burbank se ha desarmado por sí mismo. Ahora ya es nuestro.

Estas palabras, cuya significación se comprenderá bien pronto, bastaron para detener a todos los partidarios de la violencia y de la injusticia, de los cuales Texar era el jefe. James Burbank no fue, por consiguiente molestado, ni aun algunos instantes después, cuando los magistrados le dijeron que podía retirarse. En efecto, ante la ausencia de toda prueba no había medio de acordar la encarcelación pedida por Texar. Sin duda, el español mantenía sus acusaciones; él se había comprometido a presentar las pruebas que pondrían de manifiesto las connivencias de James Burbank con el enemigo; pero hasta entonces James Burbank debía estar libre y se le dejó en libertad.

Es cierto que esta declaración de libertad relativa al personal de Camdless-

Bay públicamente hecha, iba a ser ulteriormente explotada contra los magistrados de la ciudad y en provecho del partido revoltoso.

Pero sea lo que quiera, a la salida de James Burbank del Palacio de Justicia, a pesar de ser seguido por una multitud muy mal dispuesta en contra suya, la autoridad supo impedir que se cometiese con él ninguna violencia. Hubo gritos, silbidos y amenazas, pero no actos de brutalidad. Evidentemente, la influencia de Texar le protegía, hasta que considerase llegada la hora de obrar contra él. James Burbank pudo, por consiguiente, llegar a los muelles del puerto, donde le esperaba su embarcación. Allí se despidió de su corresponsal, Harvey, que no se había separado un momento de él. Después, poniéndose en marcha en seguida, estuvo bien pronto fuera del alcance de las vociferaciones con que los alborotadores de Jacksonville habían acompañado su partida.

La marea descendía entonces, lo cual hizo retrasar la marcha de la embarcación, que no empleó menos de dos horas en llegar al puentecillo de Camdless-Bay, donde su familia esperaba a James Burbank.

¡Qué alegría experimentaron las personas amadas al volverle a ver...!
¡Había tantos motivos para temer que le retuvieran lejos de los suyos...!

—No, hija mía —dijo Burbank a la pequeña Dy, que le besaba apasionadamente—. ¡Yo te había prometido volver para comer contigo; y tú sabes bien que no faltó jamás a mis promesas...!

VIII. Las objeciones del capataz Perry

Aquella misma noche puso James Burbank a su familia y a sus huéspedes al corriente de todo lo que había pasado en el Palacio de Justicia. La odiosa conducta de Texar fue perfectamente comprendida. La orden de comparecencia había sido dictada bajo la presión de ese hombre y del populacho de Jacksonville. Sin sus exigencias, seguramente no se habría expedido tal orden a Camdless-Bay. La actitud de los magistrados en este asunto no merecía otra cosa que elogios. A la acusación de estar en inteligencia con los federales, hecha contra James Burbank, habían respondido exigiendo la prueba en que estaba fundada. No habiendo Texar podido presentarla. James Burbank había sido puesto inmediatamente en libertad sin sufrir penas ni vejación alguna.

Pero en medio de estas vagas acusaciones el nombre de Gilbert había sido pronunciado. Parecía que ya nadie dudaba de que el joven estuviese formando parte del ejército del Norte. La negativa de respuesta a este punto, ¿no era una semiconfesión por parte de James Burbank?

Cuáles fueron desde este momento los temores y las angustias de la señora Burbank, de Alicia y de toda esta familia tan amenazada, es fácil de comprender.

A falta del hijo que se escapaba de sus manos, los forajidos de Jacksonville, ¿no se lanzarían contra el padre y le harían víctima de sus violencias? Texar se había alabado, sin duda, demasiado pronto, comprometiéndose a presentar en el espacio de breves días una prueba de este hecho; pero, en suma, no era imposible que llegase a procurársela, y la situación entonces sería inquietante hasta el más alto grado.

—¡Pobre Gilbert! —exclamó la señora Burbank—. ¡Saber que está tan cerca de Texar, y que este está decidido a conseguir su objeto!

—¿No se le podría prevenir de lo que en Jacksonville acaba de pasar? —dijo Alicia.

—Es verdad —añadió Stannard—. Convendría, sobre todo, hacerle saber que la menor imprudencia de su parte tendría las consecuencias más funestas para él y todos los suyos.

—¿Y cómo avisarle? —replicó James Burbank—. Numerosos espías circulan sin cesar en derredor de Camdless-Bay. ¡Esto es, por desdicha, demasiado cierto! Ya el mensajero con el cual Gilbert nos ha enviado su última carta, ha sido seguido a su regreso. Cualquier carta que nosotros escribiéramos podría caer en manos de Texar. Cualquier hombre que enviáramos encargado de un mensaje verbal, correría el riesgo de ser detenido en el camino. ¡No, amigos míos! No intentemos nada que pueda agravar esta situación, ¡y haga el cielo que el ejército federal no tarde en ocupar el territorio de Florida! Ya es tiempo, ya es urgente para la tranquilidad de esta minoría de gentes honradas amenazadas por la mayoría de los bribones del país.

James Burbank tenía razón. A consecuencia de la vigilancia que evidentemente debía ejercerse alrededor de la plantación, hubiera sido imprudente intentar ponerse en correspondencia con Gilbert. Por otra parte, ya estaba próximo el momento en que la familia Burbank y los nordistas de Florida se verían en seguridad, bajo la protección de las tropas federales.

En efecto, el día inmediato era el destinado por el comodoro Dupont para levar anclas del puerto de Edisto. Con seguridad antes de tres días se sabría que la flotilla había descendido, a lo largo del litoral de Georgia, y estaría anclada en la bahía de San Andrés.

James Burbank refirió entonces el grave incidente que había surgido ante los magistrados de Jacksonville; dijo cómo se había visto obligado a responder al desafío que Texar le hizo a propósito de los esclavos de Camdless-Bay. Fuerte en su derecho, fuerte en su conciencia había públicamente declarado la abolición de la esclavitud en todo su dominio. Lo que ningún Estado del Sur había llegado todavía a proclamar, sin verse obligado a ello por la fuerza de las armas, él lo había hecho libremente y de buena voluntad.

¡Declaración tan atrevida como generosa! Cuáles serían las consecuencias de ella, no se podía todavía prever.

Pero evidentemente, no era bastante para evitar que la posición de James Burbank estuviera menos amenazada y fuese menos comprometida en medio de un país esclavista como Florida. Puede ser que hasta llegase a provocar ciertos asomos o conatos de insurrección entre los esclavos de otras plantaciones. ¡No importa! La familia Burbank, conmovida por la grandeza de acción, aprobó sin reservas lo que su jefe había prometido.

—James —dijo la señora Burbank—, suceda lo que suceda, has hecho bien en responder de ese modo a las odiosas insinuaciones que ese malvado de Texar ha tenido la infamia de lanzar contra ti.

—Estamos orgullosos de vos, padre mío —añadió Alicia, dando por primera vez este nombre a James Burbank.

—Y ahora, hija querida —respondió este—, cuando Gilbert y los demás federales entren en Florida, no encontrarán ya un solo esclavo en Camdless-Bay.

—Yo os doy las gracias, Mr. Burbank —dijo entonces Zermah—, os doy las gracias en nombre de mis compañeros. Por lo que a mí hace, no me he considerado jamás esclava en vuestra familia. Vuestras bondades, vuestra generosidad, me han hecho tan libre como lo soy desde este momento.

—Tienes razón, Zermah —respondió la señora Burbank—. Esclava o libre nosotros no te amaremos nunca menos.

Zermah trataba en vano de ocultar su emoción. Tomó a Dy en sus brazos y la apretó contra su pecho.

Walter Stannard y Edward Carrol estrecharon la mano de James Burbank con efusión.

Esto era decirle que aprobaban y aplaudían aquel acto de audacia y de justicia.

Es evidente que la familia Burbank, bajo la impresión de este acto de generosidad, olvidaba las complicaciones que la conducta de su jefe podía originar en el porvenir.

Por esta razón, nadie en Camdless-Bay pensaba en censurar a James Burbank, a excepción, sin duda, del | capataz Perry, cuando estuviese al corriente de lo acontecido. Pero estaba ocupado en el servicio de la

plantación, y no debía enterarse hasta la noche.

Era ya tarde. La familia se retiró a descansar, no sin que antes anunciara James Burbank que al día siguiente entregaría a todos los esclavos su acta de manumisión.

—Nosotros iremos contigo. James —respondió la señora Burbank—, cuando vayas a comunicarles que son libres.

—Sí, todos —añadió Edward Carrol.

—¿Y yo, padre...? —preguntó la niña.

—Sí, querida mía; tú también.

—¡Ay, mi buena Zermah...! —añadió la pequeña—. ¿Acaso nos vas a dejar ahora?

—¡No, hija mía! —respondió Zermah—. ¡No! ¡Yo no te abandonaré jamás!

Después, cada uno se retiró a su habitación, habiendo tomado antes las precauciones ordinarias para la seguridad de Castle-House.

Al día siguiente, la primera persona que encontró James Burbank en el parque reservado, fue al capataz Perry. Como todavía era un secreto la manumisión de los esclavos, el capataz no sabía una palabra de la resolución que su amo había tomado. Pero lo supo en seguida de labios del mismo James Burbank, que, por otra parte, estaba ya preparado para el asombro de su capataz.

—¡Oh, Mr. James! ¡Oh, Mr. James...! —dijo este sin poderse contener.

Y el digno hombre, verdaderamente aturdido, no encontraba palabras para expresar su asombro, sus objeciones y su aflicción.

—Sin embargo, esto no puede ni debe sorprendernos, Perry —replicó James Burbank—. Yo no he hecho más que adelantar un poco los sucesos. Vos sabéis que la emancipación de los negros es un acto de justicia que se impone a todo Estado cuidadoso de su dignidad.

—¡Su dignidad..., Mr. James! ¿Qué tiene que ver la dignidad en este asunto?

—¿Vos no comprendéis lo que tiene que ver la dignidad en este asunto? ¡Sea! Digamos cuidadosos de sus intereses.

—¡Sus intereses...! ¡Sus intereses, Mr. James...! ¿Os atrevéis a decir cuidadoso de sus intereses?

—Indudablemente. El porvenir no tardará en probároslo, mi querido Perry.

—¿Pero dónde se reclutará desde hoy en adelante el personal de las plantaciones, Mr. James?

—Siempre entre los negros, Perry.

—Pero si los negros son libres para no trabajar, no trabajarán.

—Al contrario, trabajarán y con más celo que ahora, puesto que será libremente, y con más gusto también, puesto que su posición será mucho mejor.

—Pero vuestros esclavos, Mr. James, vuestros esclavos comenzarán por dejaros.

—Mucho me engañaré, mi querido Perry, si hay uno solo, entre todos, que tenga el pensamiento de hacer tal cosa.

—¡Pero entonces ya no soy capataz de los esclavos de Camdless-Bay!

—No; pero sois siempre capataz de Camdless-Bay, y no creo que vuestro empleo se rebaje porque mandéis a hombres libres, en vez de mandar y dirigir esclavos.

—Pero...

—Mi querido Perry, os prevengo que a todos vuestros peros tengo respuestas prontas y claras. Tomad, pues, vuestro partido a favor de una medida que, por otra parte, no podía tardar en realizarse, y a la cual toda mi familia, sabedlo bien, acaba de hacer la mejor acogida.

—Y nuestros negros, ¿no saben nada? —preguntó el capataz.

—Todavía nada —respondió James Burbank—; y yo os ruego, Perry, que no les habléis una palabra acerca de esto. Lo sabrán hoy mismo.

—Convocaréis a todos en el parque de Castle-House, a las tres de la tarde, diciéndoles solamente que tengo una orden que comunicarles.

Después de esto, el capataz se retiró, haciendo grandes gestos de estupefacción, y diciendo para sí:

—¡Negros que no son esclavos...! ¡Negros que van a trabajar por su cuenta...! ¡Negros que estarán obligados a atender a sus necesidades...! ¡Esto es el trastorno del orden social! ¡Esto es el desquiciamiento de las leyes humanas! ¡Esto es contrario a la naturaleza: sí, contrario a la naturaleza! ¡Vamos! ¡Esto no puede ser! ¡Mr. Burbank se ha vuelto loco...!

IX. La última esclava

En la misma mañana del día en que se preparaba la manumisión de los esclavos de Camdless-Bay, James Burbank, Walter Stannard y Edward Carrol montaron en un break y fueron a visitar la parte de la plantación situada en la frontera septentrional. Los esclavos estaban ocupados en sus trabajos habituales en medio de los campos de arroz, de caña y de las plantaciones de café. El mismo movimiento y el mismo trabajo se notaba en los talleres y sierras mecánicas. El secreto había sido bien guardado. Ninguna comunicación había podido establecerse aún entre Jacksonville y Camdless-Bay. Aquellos a quienes interesaba de una manera tan directa, no sabían nada del generoso proyecto de James Burbank.

Recorriendo esta parte del dominio en su límite más expuesto. James Burbank y sus amigos querían asegurarse de que los alrededores de la plantación no ofrecían ninguna señal sospechosa.

Después de la declaración de la víspera, se podía temer que alguna parte del populacho de Jacksonville, o de la campiña que le rodeaba, se entregase a excesos contra Camdless-Bay. Hasta entonces, sin embargo, no había sucedido nada absolutamente. No se habían visto siquiera personas sospechosas por este lado del río ni en todo el curso del San Juan. El *Shannon*, que lo remontó hacia las diez de la mañana, no hizo escala en el puertecillo provisional, y continuó su marcha hacia Picolata. Ni por la parte superior ni por la parte inferior del río, no había nada que temer para los habitantes de Castle-House.

Un poco antes del mediodía, James Burbank, Walter Stannard y Edward Carrol repasaron el puente del recinto del parque y se dirigieron a la casa. Toda la familia les esperaba para almorzar. Se estaba con más seguridad. Se habló más a gusto. Parecía que se había entablado una tregua en la situación. Sin duda, la energía de los magistrados de Jacksonville se había impuesto a los violentos del partido de Texar; y si este estado de cosas se prolongaba algunos días más, Florida sería ocupada por el ejército federal y entonces los antiesclavistas, fueran del Norte o del Sur, estarían en seguridad.

James Burbank podía, pues, proceder a la ceremonia de la emancipación, primer acto de este género que iba a efectuarse voluntariamente en un Estado esclavista.

El que debía estar más satisfecho entre todos los negros de la plantación era, evidentemente, un joven de veinte años llamado Pigmalión, más generalmente conocido por el nombre de Pig. Agregado al servicio doméstico en Castle-House, era esta la residencia habitual de dicho Pig; por esta razón no trabajaba ni en los campos ni en los talleres de Camdless-Bay. Pero... preciso es confesarlo, Pigmalión era un mozo ridículo, vanidoso y holgazán, al cual, por bondad, sus amos toleraban muchas cosas. Desde que la cuestión de la esclavitud estaba sobre el tapete, no hacía otra cosa que declamar y pronunciar frases huecas acerca de la libertad humana. Con cualquier motivo y a cada momento pronunciaba discursos pretenciosos a sus compañeros, que no se ocultaban para reírse de él. Como se dice vulgarmente, quería montar soberbios y pujantes caballos, él, a quien un pacífico asno hubiera arrojado en el acto al suelo. Pero como en el fondo Pigmalión no era malo, se le dejaba hablar. Desde luego, se comprende qué discusiones tendría con el capataz Perry cuando este se hallaba de humor para escucharle, y se puede calcular qué acogida iba a hacer al acto de liberación que le devolvía su dignidad de hombre.

A poco más de las dos de la tarde se ordenó a los negros que se presentaran con sus familias respectivas en el parque reservado de Castle-House.

Estas pobres gentes habían dejado el trabajo en los campos y talleres después de mediodía. Habían querido arreglarse un poco; lavarse, cambiar sus vestidos de trabajo por otros más limpios, según tenían por costumbre siempre que se abría para ellos la poterna del recinto. Por consiguiente, había entre ellos gran animación, cambio de preguntas y respuestas, en tanto que el capataz Perry, paseándose de un extremo a otro, murmuraba:

—¡Cuando pienso que en este momento se podría todavía traficar con estos negros, puesto que están todos en estado de mercancía, y que antes de una hora ya no será permitido comprarlos y venderlos...! ¡Sí! Lo repetiré hasta que exhale el último suspiro: Mr. Burbank puede decir y hacer lo que quiera, y con él, el presidente Lincoln, y con el presidente

Lincoln, todos los federales del Norte, y todos los liberales del mundo. ¡Esto es contrario a la naturaleza! ¡Es una aberración!

En este instante Pigmalión, que no sabía nada todavía, se encontró frente a frente con el capataz.

—¿Para qué se nos convoca aquí, señor Perry? ¿Tendría la bondad de decírmelo?

—Sí, imbécil; es para...

El capataz se detuvo, no queriendo descubrir el secreto. Pero entonces se le ocurrió una idea.

—Aproxímate, Pig —le dijo.

Pigmalión se aproximó.

—Dime, muchacho, ¿te tiro yo algunas veces de las orejas?

—Sí, señor Perry; puesto que en contra de toda justicia divina y humana, es vuestro derecho.

—Pues bien; puesto que es mi derecho, voy a permitirme usar de él todavía.

Y sin cuidarse de los gritos de Pig, aunque sin hacerle mucho daño tampoco, le tiró de las orejas, que eran ya de un tamaño regular. Verdaderamente, esto consoló un tanto al capataz, puesto que ejercía por última vez su derecho en uno de los esclavos de la plantación.

A las tres. James Burbank, su familia y sus amigos aparecieron en la escalinata de Castle-House. Delante de ellos estaban agrupados quinientos esclavos entre hombres, mujeres y niños, y hasta una veintena de negros viejos, que cuando habían llegado a ser inútiles para el trabajo, habían encontrado una existencia tranquila en las chozas de Camdless-Bay.

Un profundo silencio reinó en seguida. A una indicación de James Burbank, Perry y los demás capataces hicieron aproximar el personal, de manera que todos pudieran escuchar clara y distintamente la comunicación que se les iba a hacer.

James Burbank tomó entonces la palabra:

—Amigos míos —dijo—. Ya sabéis que una guerra civil, ya larga y desgraciadamente sangrienta, aflige hoy la población de los Estados Unidos. El verdadero móvil de esta guerra ha sido la cuestión de la esclavitud. El Sur, no inspirándose más que en lo que él cree sus intereses, ha querido el mantenimiento; el Norte, en nombre de la humanidad, ha querido que dicha institución fuese abolida en América. Dios ha favorecido a los defensores de una causa justa, y la victoria se ha pronunciado ya a favor de los que se batían por la libertad de toda una raza humana. Desde hace largo tiempo, nadie lo ignora, fiel a mi origen, he participado de las ideas del Norte, sin haber tenido ocasión de aplicarlas. Circunstancias especiales han hecho que pueda apresurar el momento en que me es posible ajustar mis actos a mis opiniones. Escuchad, pues, lo que voy a deciros en nombre de toda mi familia.

Un murmullo de emoción se escapó de toda la concurrencia, pero se apaciguó en seguida. Entonces James Burbank, con voz que se oyó clara y distinta por todas partes, hizo la declaración siguiente:

«A partir de este día, veintiocho de febrero de mil ochocientos sesenta y dos, los esclavos de esta plantación quedan emancipados de toda servidumbre. Pueden disponer de su persona. Ya no hay más que hombres libres en Camdless-Bay».

Las primeras manifestaciones de estos nuevos manumitidos fueron *hurras* que estallaron por todas partes. Los brazos se agitaron en señal de agradecimiento. El nombre de la familia Burbank fue aclamado. Todos se aproximaron a la escalinata. Hombres, mujeres y niños querían besar las manos de su libertador. Fue un entusiasmo indescriptible que se produjo con tanta mayor energía cuanto que no estaba preparado. Calcúlese cuánto gesticularía, peroraría y qué diversas actitudes tomaría Pigmalión.

Entonces, un negro viejo, el decano del personal, avanzó hasta las primeras gradas de la escalinata. Allí, irguiendo la cabeza y con una voz que revelaba una emoción profunda, dijo:

—En nombre de los antiguos esclavos de Camdless-Bay, libres ahora, recibid las gracias vos y vuestra familia, Mr. Burbank, por habernos hecho

oír las primeras palabras de libertad que se han pronunciado en el Estado de Florida.

Hablando así, el anciano negro acababa de subir los escalones de la gradería, se había aproximado a James Burbank, y le había besado las manos, y como la pequeña Dy le tendiese los brazos, él la tomó en los suyos, y la presentó a la multitud de sus camaradas.

—¡Viva, viva Mr. Burbank!

Estos gritos repercutieron alegremente en el aire, y debieron llevar a Jacksonville, sobre la ribera opuesta del San Juan, la nueva del gran acto que acababa de verificarse.

La familia de James Burbank estaba profundamente conmovida. Vanamente ensayaba a calmar las muestras de entusiasmo. Zermah fue la primera que logró apaciguarlas, cuando se la vio avanzar hacia la escalinata y tomar, a su vez, la palabra.

—Camaradas —dijo—, ya somos completamente libres, gracias a la generosidad y a la humanidad del que fue nuestro dueño, y el mejor de los dueños.

—¡Sí, sí! —gritaron cientos de voces, confundidas en la misma explosión de reconocimiento.

—Cada uno de nosotros puede, pues, ahora disponer libremente de su persona —añadió Zermah—. Cada cual puede dejar la plantación con su familia, hacer todo acto de libertad, según convenga a su interés. En cuanto a mí, yo no seguiré más que el instinto de mi corazón, y estoy cierta de que la mayor parte de vosotros haréis lo que voy a hacer yo misma. Hace ya seis años que entré en Camdless-Bay. Mi marido y yo hemos vivido dichosos en Camdless-Bay, y deseamos acabar aquí nuestra vida.

—Yo suplico, pues, a Mr. Burbank que nos deje a su lado, libres, como él nos ha tenido esclavos. Que los que tengan este deseo lo expresen...

—¡Todos! ¡Todos!

Y estas palabras, repetidas mil veces, demostraron cuan apreciado era el plantador de Camdless-Bay, y qué lazo de amistad y reconocimiento le

unía a todos los manumitidos de sus dominios.

James Burbank tomó entonces la palabra. Dijo que todos los que quisieran continuar en la plantación, podrían hacerlo en condiciones nuevas. No era cuestión más que de arreglar, de común acuerdo, la remuneración del trabajo libre y los derechos de los recién libertados. Añadió que convenía que la situación de los libertos quedase bien definida, a cuyo fin cada uno de los negros iba a recibir para su familia y para él un acta de liberación, que le permitía recobrar en la humanidad el rango a que tenía derecho.

Esto fue inmediatamente hecho por los capataces.

Como hacía mucho tiempo que James Burbank estaba dispuesto a dar libertad a sus esclavos, tenía preparadas estas actas, y cada familia recibió la suya con conmovedoras demostraciones de reconocimiento.

Después, el resto del día consagróse al regocijo. Desde el siguiente, todo el personal debía volver a sus trabajos ordinarios; pero aquel día, hasta que llegó la noche, se dedicó a las fiestas. La familia Burbank, mezclada con aquellas buenas gentes, recibió las más conmovedoras pruebas de amistad, así como las seguridades de un afecto sin límites.

Entretanto, en medio de su antiguo rebaño de seres humanos, el capataz Perry se paseaba como alma en pena; y James Burbank le preguntó:

—Y bien, Perry, ¿qué decís de todo esto?

—Digo, Mr. James —contestó—, que por ser libres estos africanos, no son menos nacidos en África, y no han cambiado de color. Luego... puesto que han nacido negros, negros morirán.

—Pero vivirán blancos —respondió sonriendo James Burbank.

Y no pasó adelante la conversación.

Por la noche, la comida reunió en la mesa de Castle-House a toda la familia Burbank, verdaderamente feliz, y, preciso es decirlo, más confiada en el porvenir que algunos días antes. Dentro de breves días, la seguridad de Florida sería completa. Por otra parte, ninguna mala noticia había llegado de Jacksonville. Era posible que la actitud de James Burbank ante los magistrados del Palacio de Justicia hubiese producido una impresión favorable sobre el mayor número de habitantes.

A esta comida asistía el capataz Perry, que se había visto obligado a tomar el partido de callar respecto de lo que no podía impedir. Se encontraba precisamente enfrente del decano de los negros, invitado por James Burbank como para mejor demostrar en su persona que la emancipación concedida a él y a sus compañeros de esclavitud no era una vana declaración en el pensamiento del dueño de Camdless-Bay. En el exterior se escuchaban los gritos de la fiesta, y el parque se iluminaba con luces de colores, encendidas en diversos puntos de la plantación. Hacia la mitad de la comida, se presentó una diputación que llevaba a la pequeña Dy un magnífico ramo de flores, seguramente el más hermoso que había recibido en su vida la señorita Dy Burbank, de Castle-House. De una y otra parte se hicieron y devolvieron cumplimientos, se dieron y se pagaron gracias con profunda y verdadera emoción.

Después todos se retiraron y la familia pasó un rato de tertulia aguardando la hora de acostarse. Parecía que un día tan bien empleado no podía menos de terminar así, perfectamente.

Hacia las ocho la tranquilidad y la calma reinaban en toda la plantación. Había motivo para creer que nada turbaría esta calma durante la noche, cuando el sonido de una voz se oyó fuera de la casa.

James Burbank se levantó en seguida, y fue por sí mismo a abrir la puerta del patio.

En la parte de afuera, y delante de la escalinata, algunas personas esperaban y hablaban en voz alta.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? —preguntó James Burbank.

—Mr. Burbank —respondió uno de los capataces—, una embarcación acaba de atracar en el puerto de Camdless-Bay.

—¿Y de dónde viene?

—De la ribera izquierda.

—¿Quién está a bordo?

—Un mensajero enviado por las autoridades de Jacksonville.

—¿Y qué quiere?

—Pide daros cuenta de una comunicación. ¿Permitís que desembarque?

—¡Ciertamente!

La señora Burbank se había aproximado a su marido. Alicia avanzó ligeramente hacia una de las ventanas del patio, en tanto que Walter Stannard y Edward Carrol se dirigían hacia la puerta; Zermah, tomando a la pequeña Dy por la mano, se había levantado. Todos tuvieron entonces el presentimiento de que iba a surgir alguna grave complicación.

El capataz Perry se dirigió al puerto. Diez minutos después, estaba de vuelta en casa con el mensajero que la embarcación había traído desde Jacksonville a Camdless-Bay. Era este un hombre que llevaba el uniforme de la milicia del condado. Fue introducido en el patio, y pidió hablar a Mr. Burbank, pues era urgente lo que tenía que decir.

—Soy yo; ¿qué me queréis?

—Entregaros este pliego.

James Burbank rompió el sobre y leyó lo siguiente:

«Por orden de las autoridades nuevamente constituidas en Jacksonville, todo esclavo que haya sido declarado libre contra la voluntad de los sudistas, será inmediatamente expulsado del territorio.

»Esta medida será ejecutada en el término de las cuarenta y ocho horas siguientes de recibida, y en caso de negativa se procederá a llevarla a cabo por la fuerza».

»Dado en Jacksonville, a 28 de febrero de 1862.

Texar».

Esto indicaba que los magistrados en quienes se podía poner confianza habían sido destituidos. Texar, sostenido por sus partidarios, se encontraba al frente de los negocios de la ciudad.

—¿Qué responderé? —preguntó el mensajero.

—Nada —contestó James Burbank.

El mensajero se retiró, y fue conducido de nuevo a su embarcación, que se dirigió hacia la orilla izquierda del río. Así, pues, por orden del español, los antiguos esclavos de la plantación iban a ser dispersados. Precisamente porque se les había hecho libres no tendrían el derecho de vivir libremente en el territorio de Florida.

Camdless-Bay iba a ser privado de todo este personal, con el cual contaba James Burbank para defender sus intereses, su familia y hasta su vida.

—¡Libre en estas condiciones! —dijo Zermah—. ¡No, jamás! ¡Yo rehúso esa libertad, y puesto que es necesario para vivir cerca de vos, prefiero volver a ser esclava!

Y tomando su acta de liberación, la desgarró en mil pedazos, arrojándolos a los pies de James Burbank.

X. Expectación

Tales eran las primeras consecuencias del movimiento generoso al cual había obedecido James Burbank dando libertad a sus esclavos antes de que el ejército federal fuese dueño del territorio de Florida.

Actualmente, Texar y sus partidarios dominaban la ciudad y el condado. Seguramente iban a entregarse a todos los actos de violencia a que su naturaleza brutal y grosera debía impelerlos, es decir, a los más espantosos excesos.

Si por denuncias vagas el español no había podido conseguir la prisión de James Burbank, no había, sin embargo, alcanzado menos su objeto aprovechándose de las disposiciones de Jacksonville, cuya población estaba en gran parte sobreexcitada por la conducta de sus magistrados en el asunto del propietario de Camdless-Bay.

Después de la absolución del colono antiesclavista, que acababa de proclamar la emancipación en su dominio; del nordista cuyos votos y cuyos deseos eran manifiesta y abiertamente a favor del Norte, Texar había sublevado a las gentes de mal vivir, revuelto la ciudad, y, conseguido esto, no le costó mucho trabajo derribar a las autoridades, ya comprometidas, reemplazándolas con las gentes más avanzadas de su partido, formando así una especie de comité en que los blancos esclavistas y los floridianos de origen español se repartían el poder. Habíase, además, asegurado el concurso de la milicia, ya minada desde hacía largo tiempo, y que fraternizaba con el populacho. Por consiguiente, la suerte del país estaba en sus manos.

Por otra parte, la conducta de James Burbank no encontraba la más mínima aprobación entre la mayor parte de los colonos, cuyos establecimientos ocupaban las dos riberas del río de San Juan. Estos, en efecto, podían temer que los esclavos quisieran obligarles a seguir el ejemplo del propietario de Camdless-Bay. El mayor número de los plantadores, partidarios de la esclavitud, resueltos a luchar contra las pretensiones de los unionistas, veían con extrema irritación el avance de

las tropas federales y querían que Florida resistiese, como resistían todavía los Estados del Sur.

Si en el principio de la guerra esta cuestión de la emancipación de los esclavos no les había hecho salir de su indiferencia, ahora se apresuraban a alistarse bajo las banderas de Jefferson Davis. Todos estaban dispuestos a secundar los esfuerzos de los rebeldes contra el Gobierno de Abraham Lincoln.

En estas condiciones no es de extrañar que Texar, teniendo a su favor las opiniones y los intereses unidos para defender la misma causa, por poca estimación y confianza que inspirase su persona, hubiera conseguido imponerse. De allí en adelante, iba a poder obrar como señor y dueño, menos para organizar la resistencia con el concurso de los sudistas y rechazar la flotilla del comodoro Dupont, que para satisfacer sus venganzas personales.

Así, a consecuencia del odio que profesaba a la familia Burbank, el primer cuidado de Texar había sido responder al acto de emancipación de los esclavos de Camdless-Bay, con la mencionada disposición, que obligaba a todos los manumitidos a abandonar el territorio floridiano en el plazo máximo de veinticuatro horas.

—Obrando así —decía—, doy pruebas de velar por los intereses de los colonos directamente amenazados. Sí; todos ellos aprobarán este decreto, cuyo primer acto será impedir la sublevación de los esclavos en todo el Estado de Florida.

La mayoría habían, pues, aplaudido sin reserva esta orden de Texar, por arbitraria que fuese. ¡Sí! ¡Era arbitraria, inicua, insostenible! James Burbank estaba en su derecho al emancipar sus esclavos; este derecho lo poseía en absoluto en todo tiempo. Podía haberlo ejercido aun antes de que la guerra hubiese dividido a los Estados Unidos sobre la cuestión de la esclavitud. Nada debía prevalecer contra este derecho. Jamás la medida tomada por Texar podía tener en su abono la justicia ni la legalidad.

Desde luego, Camdless-Bay iba a quedar privado de sus defensores naturales. En este punto, el objeto de Texar estaba plenamente conseguido.

Bien se comprendió esto en Castle-House y seguramente hubiese sido de

desear que James Burbank hubiera aguardado al día en que hubiese podido obrar sin peligro para nadie.

Pero ya se conoce lo ocurrido. Acusado delante de los magistrados de Jacksonville de estar en desacuerdo con sus principios; puesto en la alternativa de conformarse con esta acusación, e incapaz de sostener la indignación de su alma, había hecho su declaración públicamente, y públicamente también, delante del personal de la plantación, había procedido a la manumisión de los negros de Camdless-Bay.

Por consiguiente, habiéndose agravado la situación de la familia Burbank y de sus huéspedes, era preciso decidir a toda prisa lo que convenía hacer en tales circunstancias.

Y, desde luego, el primer punto que se trató aquella misma noche en Castle-House fue el siguiente: ¿Había medio de volver sobre lo acordado en lo referente al acta de emancipación? No. Esto no hubiera cambiado el estado de las cosas. Texar, en efecto, no hubiera tenido en cuenta esta tardía reparación. Por otra parte, la unanimidad de los negros del dominio al saber la decisión tomada contra ellos por las nuevas autoridades de Jacksonville, hubiera sido apresurarse a imitar a Zermah. Todas las actas de emancipación hubieran sido desgarradas. Para no dejar Camdless-Bay, para no ser arrojados del territorio, todos hubieran vuelto a su condición de esclavos hasta el día en que por una ley del Estado, tuviesen el derecho de ser libres y vivir libremente donde les agradara. Pero ¿qué se conseguía con esto? Decididos a defender con su antiguo dueño la plantación, que había llegado a ser una verdadera patria, ¿no lo harían con tanto ardor como cuando eran esclavos, ahora que habían llegado a ser libres? Sí, ciertamente, y Zermah salía garante de ello. James Burbank juzgó, no obstante, que no había medio de volver sobre lo que se había hecho. Todos fueron de su opinión.

Y no se engañaban, pues al día siguiente, cuando la nueva orden decretada por el comité de Jacksonville fue conocida, las pruebas de afecto y las demostraciones de fidelidad estallaron por todas partes en Camdless-Bay.

Si Texar quería poner en ejecución su decreto, se resistiría. Si quería emplear la fuerza, con la fuerza se le respondería también.

—Por otra parte —dijo Edward Carrol—, los sucesos se precipitan. En dos

días, en veinticuatro horas acaso, se habrá resuelto la cuestión de la esclavitud en Florida. Pasado mañana la flotilla federal puede que haya forzado las bocas del San Juan, y entonces...

—Pero... ¿y si las milicias, ayudadas por las tropas confederadas, quieren resistir...? —dijo Stannard.

—Si resisten, su resistencia no podrá ser de larga duración —respondió Edward Carrol—. Sin barcos, sin cañoneros, ¿cómo han de poder oponerse al paso del comodoro Dupont, al desembarque de las tropas de Sherman y a la ocupación de los puertos de Fernandina, de Jacksonville, de San Agustín? Ocupados estos puntos, los federales serán dueños de Florida. Entonces, Texar y los suyos no tendrán otro remedio que darse a la fuga.

—¡Ah! ¡Ojalá que, por el contrario, pudieran apoderarse de este hombre...! —exclamó James Burbank—. Y cuando esté entre las manos de la justicia federal, veremos si alega todavía algún subterfugio para escapar al castigo que merecen sus crímenes.

La noche pasó sin que la seguridad de Camdless-Bay se alterase ni un solo instante. Pero fácilmente se concibe cuáles debían de ser las angustias de la señora Burbank y también de Alicia.

Al día siguiente, 1.º de marzo, pusiéronse gente al acecho de todos los ruidos que viniesen de fuera. No es que la plantación estuviera amenazada este día. El decreto de Texar no había ordenado la expulsión sino dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes. James Burbank, decidido a resistir a esta orden, tenía el tiempo necesario para organizar las medidas que le fuera posible. Lo que se trataba de recoger eran los rumores y noticias del teatro de la guerra, pues estos podían a cada instante modificar el estado de las cosas. James Burbank y su cuñado montaron a caballo. Después de haber recorrido la ribera derecha del San Juan, se dirigieron hacia la desembocadura del río, a fin de adelantar en una decena de millas este desbordamiento de la marea que termina en la punta de San Pablo, en el sitio en que se eleva el faro. Si hubieran pasado delante de Jacksonville, situado sobre la orilla opuesta, les hubiera sido fácil reconocer si una reunión extraordinaria de embarcaciones indicaba o no alguna próxima tentativa del populacho contra Camdless-Bay. En media hora habían traspasado el límite de la plantación, y continuaron caminando hacia el Norte.

Durante este tiempo la señora Burbank y Alicia, paseando por el parque de Castle-House, cambiaban sus pensamientos y opiniones. Walter Stannard trataba vanamente de devolverles un poco de calma. Ambas tenían el presentimiento de una próxima catástrofe.

Entretanto, Zermah había querido recorrer las diversas chozas de la plantación. Aunque la amenaza de expulsión fuese ya conocida, los negros no daban muestras de hacer caso de ella. Habían emprendido de nuevo sus trabajos habituales. Decididos, del mismo modo que su antiguo dueño, a la resistencia, se preguntaban con qué derecho se les arrojaría de su país de adopción. Acerca de este punto, Zermah dio a su señora las seguridades más consoladoras. Se podía contar seguramente con el personal de Camdless-Bay.

—Sí —dijo—; todos mis compañeros preferirían la condición de esclavos, como lo he hecho yo misma, antes que abandonar la plantación y a los señores de Castle-House. Y si se les quiere obligar a ello, sabrán defender sus derechos.

No había, pues, que hacer otra cosa sino esperar la vuelta de James Burbank y de Edward Carrol. A aquella fecha de 1.º de marzo, no era imposible que la flotilla hubiera llegado ya a la vista del faro de San Pablo, dispuesta a forzar la desembocadura del San Juan. Los confederados no tendrían entonces bastante con todas sus fuerzas para oponerse a su paso, y las autoridades de Jacksonville, directamente amenazadas, no estarían en disposición de llevar a cabo sus amenazas contra los habitantes de Castle-House.

El capataz Perry hacía también su visita cotidiana a los talleres y plantíos de la posesión. También pudo percatarse de las buenas disposiciones de los negros.

Aunque no quisiera darse por convencido de ello, veía bien que si habían cambiado de condición, su asiduidad al trabajo y su cariño a la familia Burbank habían permanecido los mismos. En cuanto a resistir a lo que pudiera intentar contra ellos el populacho de Jacksonville, estaban firmemente resueltos a ello. Pero, según la opinión de Perry, más obstinado que nunca en sus ideas esclavistas, estos hermosos sentimientos no podían durar mucho tiempo. La naturaleza acabaría por reclamar sus derechos. Después de haber disfrutado de la independencia,

¿Volverían estos nuevos emancipados a la esclavitud? ¿Volverían a bajar por voluntad propia al rango que la naturaleza les había señalado, entre el hombre y el animal?

Embebido en estos pensamientos, se encontró de pronto con el vanidoso Pigmalión. Este imbécil había aumentado todavía su orgullo de la víspera y la actitud de pedantería que le era habitual.

Al verle pavonearse con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza alta, se comprendía bien que ya era un hombre libre. Pero lo cierto es que no por eso trabajaba más.

—¡Eh, señor Perry, buenos días! —dijo con tono altanero.

—¿Qué haces ahí, perezoso?

—Pues, me paseo. ¿No tengo el derecho de no hacer nada, puesto que ya no soy un vil esclavo, y llevo mi acta de emancipación en el bolsillo?

—¿Y quién te mantendrá de hoy en adelante, Pig?

—Yo, señor Perry.

—¿Y cómo?

—Pues... comiendo.

—Pero ¿quién te dará para comer?

—Mi amo.

—¿Tu amo? ¿Has olvidado ya que ahora no tienes dueño? ¡Tonto!

—No. No lo tengo, ni lo tendré más. Pero Mr. James Burbank no me despedirá de la plantación, donde, sin que sea alabarme, presto algunos buenos servicios.

—Al contrario... Te despedirá.

—¡Que me despedirá!

—Sin duda. Cuando le pertenecías podía conservarte, aun cuando no hicieses nada; pero desde el momento en que ya no le perteneces, si

persistes en no querer trabajar, te pondrá muy fresco a la puerta, y veremos entonces lo que haces de tu libertad, bobalicón.

Evidentemente, Pigmalión no había mirado la cuestión bajo este punto de vista.

—¿Cómo, Mr. Perry! ¿Creéis que Mr. Burbank sea tan cruel que...?

—Eso no es crueldad —replicó el capataz—; es la lógica de las cosas que conduce a eso. Por otra parte, que Mr. Burbank lo quiera o no, hay un decreto de las autoridades de Jacksonville que ordena la expulsión de todos los emancipados fuera del territorio de Florida.

—¿Es verdad eso?

—Tan verdad como es; y veremos cómo salís del apuro tus compañeros y tú, ahora que ya no tenéis dueño.

—¡Yo no quiero marcharme de Camdless-Bay! —gritó Pigmalión—. Puesto que soy libre...

—¡Sí, tú eres libre para marcharte, pero no para quedarte aquí! Te aconsejo, pues, que hagas tus preparativos.

—¿Y qué va a ser de mí?

—Eso... tú lo sabrás.

—Pero, en fin, puesto que soy libre... —volvió a decir Pigmalión, que volvía siempre a su tema.

—Pues bien; eso no parece bastante.

—¡Decidme entonces lo que hay que hacer, señor Perry!

—¿Lo que es preciso hacer...? Oye, escucha bien, y sigue mi razonamiento, si eres capaz de ello.

—Sí, lo soy.

—Tú estás emancipado, ¿no es verdad?

—Sí, ciertamente, señor Perry; os lo repito: tengo mi acta en el bolsillo.

—Desgárrala.

—¡Jamás!

—Bueno; puesto que rehúsas, no veo más que un remedio, si quieres continuar en el país.

—¿Y cuál?

—Cambia de color, imbécil. Cambia, Pig, cambia. Cuando te hayas vuelto blanco tendrás derecho para permanecer en Camdless-Bay. Hasta entonces, no.

El capataz, encantado de haber dado una lección a la vanidad de Pigmalión, le volvió la espalda.

Pig quedó solo, muy pensativo. Bien lo veía: no bastaba ser libre para conservar su puesto; era preciso ser blanco. ¿Y cómo diablos se puede uno arreglar para volverse blanco, cuando la naturaleza le ha dado un negro de ébano?

Así es que el pobre Pigmalión, volviendo a Castle-House, se rascaba la piel hasta hacerse saltar sangre.

Un poco antes del mediodía, James Burbank y Edward Carrol estaban de vuelta en Castle-House. No habían visto nada inquietante por el lado de Jacksonville. Las embarcaciones ocupaban su sitio habitual en el puerto, las unas amarradas a los muelles, las otras en el canal. Sin embargo, se notaban algunos movimientos de tropas al otro lado del río. Varios destacamentos de soldados confederados se habían dejado ver sobre la ribera izquierda del San Juan; pero se dirigían hacia el Norte, en dirección al condado de Nassau. Por consiguiente nada parecía amenazar a Camdless-Bay.

Llegados al límite de la marea, James Burbank y su compañero volvieron sus miradas hacia alta mar. Ni una vela aparecía en toda la extensión azul, ni el humo de un buque de vapor se elevaba en el horizonte, que indicase la llegada o la aproximación de la escuadra. En cuanto a los preparativos de defensa en esta parte de la costa floridiana, eran nulos. Ni baterías de tierra, ni trincheras de ninguna especie. Ningún preparativo para defender la entrada del río. Si los buques federales se presentaban, sea delante de

la bahía de Nassau, sea en la misma desembocadura del San Juan, podrían penetrar sin obstáculo alguno.

Solamente existía el faro de San Pablo, y este se hallaba inservible. Su linterna había sido desmontada, y no se podían alumbrar los pasos. Sin embargo, esto no impedía la entrada de la escuadra más que de noche.

Esto es todo lo que pudieron contar James Burbank y Edward Carrol cuando estuvieron de vuelta para el almuerzo. En suma, y como noticia tranquilizadora, no se observaba en Jacksonville ningún movimiento que pudiera indicar una agresión inmediata, como era de temer en Camdless-Bay.

—Sea —respondió Walter Stannard—. Pero lo que es inquietante es que la flotilla del comodoro Dupont no esté todavía a la vista. Hay en esto un retraso que me parece inexplicable.

—En efecto —replicó Edward Carrol—. Si esta flotilla se ha dado a la mar anteayer, saliendo de la bahía de Saint-Andrews, debiera estar ya a lo largo de las costas de Fernandina.

—El tiempo ha sido pésimo durante estos días —replicó James Burbank—, y es posible que Dupont haya debido alejarse de la costa por los vientos del Oeste, que pudieran haberle empujado y causado averías. Pero el viento ha calmado desde esta mañana, y no me sorprendería que esta misma noche...

—¡Que el cielo te escuche, querido James —dijo la señora Burbank—, y quiera Dios venir en nuestra ayuda!

—Mr. James —dijo Alicia—, puesto que el faro de San Pablo no puede ser encendido, ¿cómo ha de penetrar esta noche la flotilla en el San Juan? ¿Cómo podrá hacerlo?

—En el San Juan sería imposible, en efecto, mi querida Alicia —respondió James Burbank—. Pero antes de atacar las bocas del río es preciso que los federales se apoderen de la isla Amelia, y después del caserío de Fernandina a fin de hacerse dueños del camino de hierro de Cedar-Keys. Yo espero, pues, ver los buques del comodoro Dupont remontar el San Juan antes de tres o cuatro días.

—Tenéis razón, James —respondió Edward Carrol—. Creo que la toma de Fernandina bastará para Obligar a los confederados a batirse en retirada. Acaso hasta las milicias abandonarán a Jacksonville sin esperar la llegada de los cañoneros. En este caso Camdless-Bay no estaría ya amenazado por Texar y sus secuaces.

—Sí; esto es muy posible, amigos míos —respondió James Burbank—. Que los federales pongan solamente un pie sobre el territorio de Florida y no es preciso más para garantizar nuestra seguridad. ¿Hay algo de nuevo en la plantación?

—Nada, Mr. Burbank —respondió Alicia—; yo he sabido por Zermah que los negros habían vuelto a sus ocupaciones habituales en los talleres, en las fábricas y en los bosques. Asegura que están siempre dispuestos a sacrificarse hasta el último de ellos por defender la plantación.

—Esperemos todavía que no haya necesidad de poner a prueba sus buenas disposiciones. O estoy muy engañado, o los bribones que se han impuesto a las gentes honradas por la violencia, huirán de Jacksonville en cuanto los federales se hayan aproximado a las costas de Florida. Sin embargo, estemos con cuidado y tengamos precaución. Después de almorzar, Stannard, nos acompañaréis a Carrol y a mí en la visita que pensamos hacer hacia la parte más expuesta del dominio.

—No quisiera, mi querido amigo, que Alicia y vos estuvieseis expuestos a mayores peligros en Camdless-Bay que en Jacksonville; y en verdad no me perdonaría nunca el haberos hecho venir aquí, en el caso de que las cosas tuvieran mal resultado.

—Mi querido James —respondió Stannard—, si nosotros nos hubiésemos quedado en nuestra habitación de Jacksonville, es muy verosímil que a estas fechas estaríamos en gran peligro, expuestos a las exacciones de las autoridades, como todos aquellos cuyas opiniones son contrarias a la esclavitud.

—En todo caso, Mr. Burbank —añadió Alicia—, aun cuando los peligros debiesen ser mayores aquí, ¿no es mejor que todos los compartamos?

—Sí, querida mía —respondió James Burbank—. Pero tengo buenas esperanzas y creo que Texar no tendrá ni aún el tiempo necesario para poner en ejecución su decreto contra el personal de Camdless-Bay.

Durante la tarde, hasta la hora de comer, James Burbank y los dos amigos visitaron todas las cabañas de la plantación. Perry les acompañaba. Todos pudieron persuadirse de que las disposiciones de los negros eran excelentes. James Burbank no pudo contener su deseo de llamar la atención de su capataz acerca del celo con que los recién emancipados habían reanudado sus tareas. Ni uno solo faltaba a la lista.

—Sí, sí —respondió Perry—. Falta saber cómo serán hechos los trabajos ahora.

—¡Ah! En cuanto a eso, Perry, creo que estos pobres negros no han cambiado de brazos al cambiar de condición; me figuro al menos que no.

—Todavía no, Mr. James —respondió el terco capataz—; pero bien pronto notaréis que no tienen las mismas manos al extremo de los brazos.

—¡Vamos, vamos, Perry! —replicó alegremente James Burbank—. Imagino que sus manos tendrán siempre cinco dedos, y verdaderamente no se les puede pedir más.

Terminada la visita, James Burbank y sus compañeros volvieron a Castle-House. La noche se pasó todavía más tranquila que la víspera. Con la ausencia de toda noticia de Jacksonville se habían acostumbrado a esperar y a creer que Texar renunciaba a poner en ejecución sus amenazas o que le faltaba el tiempo necesario para realizarlas.

Sin embargo, durante la noche se tomaron severas y minuciosas precauciones. Perry y los sub-capataces organizaron rondas en las lindes del dominio, y más especialmente hacia las riberas del San Juan. A los negros se les había prevenido que se replegaran detrás de la empalizada del recinto en caso de alarma, y se estableció una guardia en la poterna exterior.

Varias veces, por precaución, James Burbank y sus amigos se relevaron, a fin de asegurarse de que sus órdenes eran puntualmente ejecutadas. Cuando el sol reapareció, ningún incidente había turbado el reposo de los habitantes de Camdless-Bay.

XI. Preparativos de combate

Al día siguiente, 2 de marzo, James Burbank recibió noticias por uno de sus capataces, que había podido atravesar el río a nado sin despertar sospechas, yendo y volviendo de Jacksonville.

Estas noticias, de cuya certidumbre no se podía dudar, eran muy importantes, como podrá juzgarse.

El comodoro Dupont, al rayar el alba, había venido a echar el ancla en la bahía de Saint-Andrews, al este de la costa de Georgia. El *Wabash*, en el cual estaba enarbolado su pabellón, marchaba a la cabeza de una escuadrilla compuesta de veintiséis buques, o sean, dieciocho cañoneros, dos transportes armados en guerra y otros seis transportes, en los cuales se había embarcado la brigada del general Wright.

Tal como Gilbert había dicho en su última carta, el general Sherman acompañaba esta expedición.

Inmediatamente el comodoro Dupont, cuya arribada había retardado el mal tiempo, se apresuró a tomar las medidas necesarias para forzar los pasos del Saint-Mary. Estos pasos, bastante difíciles, están abiertos a la desembocadura del río de este nombre, hacia el norte de la isla Amelia, en la frontera de Georgia y Florida.

Fernandina, la principal posición de la isla, estaba protegida por el fuerte Clinch, cuyos espesos muros de piedra contenían una guarnición de mil quinientos hombres. En esta fortaleza, en la cual era posible una defensa bastante larga, ¿harían resistencia los sudistas a las tropas federales? Todo inducía a creerlo. Sin embargo, no ocurrió así.

Según las noticias llevadas por el capataz, en Jacksonville corría el rumor de que los confederados habían evacuado inmediatamente el fuerte Clinch en el momento en que la flotilla se presentaba delante de los pasos del Saint-Mary; y no solamente habían abandonado el fuerte Clinch, sino también toda Fernandina, la isla Cumberland y toda esta parte de la costa

floridiana.

Aquí terminaban las noticias llevadas a Camdless-Bay. Inútil es insistir sobre la importancia de tales noticias bajo el punto de vista especial de la plantación. Puesto que los federales habían desembarcado en Florida, el Estado, todo entero, no podía tardar en caer en su poder. Evidentemente, algunos días pasarían todavía antes que los cañoneros de la flotilla hubiesen podido franquear la barra del San Juan; pero su proximidad impondría respeto a las nuevas autoridades de Jacksonville.

Había, pues, motivo para esperar que, por temor a las represalias, Texar y los suyos no se atreverían a emprender nada contra la plantación de un nordista tan caracterizado como James Burbank.

Esto fue verdadero motivo de tranquilidad para la familia, que pasó súbitamente del temor a la esperanza; y para Alicia Stannard, como para la señora Burbank, era la certidumbre de que Gilbert no estaba lejos de ellas, la seguridad de que verían pronto la una a su hijo, la otra a su prometido, sin que tuviesen que temer por su seguridad.

En efecto, el joven teniente no hubiera tenido que recorrer más que treinta millas desde Saint-Andrews para llegar al pequeño puerto de Camdless-Bay. Pero en aquel momento estaba de servicio a bordo del cañonero *Ottawa*, y este cañonero acababa de distinguirse en un hecho de armas del cual los anales marítimos no habían tenido ejemplo todavía.

Veamos lo que había pasado durante la mañana del 2 de marzo; detalles importantes que el capataz no había podido adquirir durante su visita a Jacksonville, pero que importa conocer para la inteligencia de los graves sucesos que iban a ocurrir.

Desde que el comodoro Dupont tuvo conocimiento de la evacuación del fuerte Clinch por la guarnición confederada, envió algunos buques de mediano calado a través de los pasos del Saint-Mary.

Pero ya la población blanca se había retirado al interior del país al abrigo de las tropas sudistas, abandonando los caseríos, las aldeas y las plantaciones de la costa. Aquello fue un verdadero pánico, provocado por las ideas de represalias que los separatistas atribuían falsamente a los jefes federales. Y no solamente en Florida, sino también en la frontera de Georgia, y en toda la parte del Estado comprendida entre las bahías de

Ossabaw y de Saint-Mary, los habitantes optaron en seguida por la retirada, para no caer en poder de las tropas de desembarque de la brigada Wright.

Sucedió, pues, que los buques del comodoro Dupont no tuvieron que disparar un solo cañonazo para tomar posesión del fuerte Clinch y de Fernandina. Solamente el cañonero *Ottawa*, en el cual Gilbert, siempre acompañado de Mars, el cariñoso marido de Zermah, ejercía las funciones de segundo, tuvo que hacer uso de sus piezas por las circunstancias siguientes.

La ciudad de Fernandina está en comunicación con el litoral Oeste de Florida, que la corta sobre el golfo de México por un ramal de ferrocarril que la une al puerto de Cedar-Keys. Este ferrocarril sigue primero la costa de la isla Amelia; después, antes de tocar en tierra firme, se extiende a través de la bahía de Nassau, por un largo puente sostenido por pilotes.

En el momento en que el *Ottawa* llegaba al centro de esta bahía, un tren entraba en el puente. La guarnición de Fernandina huía, llevando consigo todas sus provisiones. Además, iba también acompañada de algunos personajes importantes de la ciudad. En seguida el cañonero, forzando su máquina, se dirigió hacia el puente e hizo fuego con sus piezas de combate, así contra los pilotes como contra el tren en marcha. Gilbert, situado en la proa, dirigió los tiros. Hubo algunos disparos felices. Entre otros, un obús hizo blanco en el último vagón del convoy, cuyos ejes fueron rotos, así como las cadenas de amarre. Pero el tren, sin detenerse un solo momento, lo cual hubiera hecho su situación muy peligrosa, no se ocupó más del último vagón. Lo dejó abandonado, y continuando su marcha a toda velocidad, se internó en el suroeste de la Península. En este momento llegó un destacamento de federales que había desembarcado en Fernandina, y se lanzó sobre el puente. En un instante el vagón fue capturado con todos los fugitivos que en él se encontraban, principalmente, el coronel Gardner, que mandaba a la sazón en Fernandina; se tomaron sus nombres, se les detuvo veinticuatro horas, para ejemplo, en uno de los buques de la escuadra, y después se les puso en libertad.

Cuando el tren desapareció, el *Ottawa* contentóse con atacar un vapor cargado de materiales que se había refugiado en la bahía, y se apoderó de él con tres piezas de artillería.

Estos sucesos eran de suficiente importancia para esparcir el desaliento entre las tropas confederadas y los habitantes de las ciudades floridianas. Esto fue lo que aconteció, particularmente en Jacksonville, que no estaba lejos de Fernandina. La parte del San Juan que alcanza la marea no tardaría en ser forzada como lo había sido la del Saint-Mary; esto no ofrecía duda alguna. Por consiguiente, era muy verosímil que los unionistas no encontrasen en Jacksonville más resistencia que en San Agustín y en los demás puntos del condado.

Esto era a propósito para tranquilizar a la familia de James Burbank. Texar, en estas condiciones no se atrevería (al menos así debía presumirse) a llevar adelante sus proyectos. Sus partidarios y él no tardarían en ser derrotados, y esto muy en breve, por la sola fuerza de los acontecimientos. Las gentes honradas ocuparían de nuevo el poder, que un motín popular les había arrebatado.

Había, por tanto, muchas razones para pensarlo así, y por consecuencia, motivos sobrados para esperar; más tranquilos. Así fue que, desde el momento en que el personal de Camdless-Bay adquirió tan importantes noticias, que no tardaron en ser conocidas en Jacksonville, su alegría se manifestó por ¡hurra! y ¡bravos!, en los cuales Pigmalión tomó una buena parte. Sin embargo, era preciso no abandonar las precauciones que debían asegurar, durante algún tiempo todavía, la tranquilidad del dominio, es decir, hasta el momento en que los cañoneros aparecieran en las aguas del río.

¡Era preciso velar! Desgraciadamente, y esto es lo que no podía suponer ni el mismo James Burbank, iba a transcurrir toda una semana antes de que los federales estuvieran en disposición de remontar el San Juan para hacerse dueños de todo su curso. Y durante este tiempo, ¡qué de peligros habían de amenazar a Camdless-Bay!

En efecto, el comodoro Dupont, aunque ocupaba Fernandina debía obrar con cierta circunspección. Entraba en sus planes dejar ver el pabellón federal en todos los puntos en los cuales sus barcos pudieran encontrarse a la vez. Dividió, pues, en varias su flotilla. Un cañonero marchó por el río Saint-Mary a fin de apoderarse de la pequeña ciudad de este nombre, y avanzar veinte leguas adentro en el territorio. Al Norte, otros tres cañoneros, mandados por el capitán Godón, iban a explorar las bahías y a apoderarse de las islas Jykill y San Simón tomando posesión de la pequeña ciudad de Brunswick y de la de Darien, abandonadas en parte

por sus habitantes. Sus lanchas de vapor de poco calado estaban destinadas, a las órdenes del teniente Stevens, a remontar el San Juan para reducir a Jacksonville. En fin, el resto de la escuadra, mandada por el mismo Dupont, se disponía a entrar de nuevo en el mar con objeto de ocupar San Agustín, y de bloquear el litoral hasta Mosquito Inlet, cuyos pasos estarían entonces cerrados para el contrabando de guerra.

Pero este conjunto de operaciones no podía llevarse a cabo en veinticuatro horas, y veinticuatro horas bastaban para que el territorio fuese entregado a las devastaciones de los sudistas.

Hacia las tres de la tarde del citado día, James Burbank concibió las primeras sospechas de lo que se preparaba contra él. El capataz Perry, después de una excursión de reconocimiento que había hecho por el límite de la plantación, entró rápidamente en Castle-House, y dijo:

—Mr. James, se notan algunas gentes de aspecto sospechoso que comienzan a aproximarse a Camdless-Bay.

—¿Por el Norte, Perry?

—Por el Norte.

Casi en el mismo instante, Zermah, volviendo del puerto, hacía saber a su señor que varias embarcaciones remontaban el río, aproximándose a la ribera derecha.

—¿Vienen de Jacksonville?

—Seguramente.

—Entremos en Castle-House —respondió James Burbank—, y no salgáis de allí bajo ningún pretexto, Zermah.

—Está bien, señor.

James Burbank, de vuelta en medio de su familia, no pudo ocultarles que la situación comenzaba a ser inquietante. En previsión de un ataque, resultaría seguramente mucho mejor que, en aquella situación, todos estuviesen prevenidos con antelación.

—¿Es decir —dijo Stannard—, que esos miserables, en vísperas de ser

aplastados por los federales, se atreverán...?

—Sí —respondió fríamente James Burbank—. Texar no puede menos de aprovechar una ocasión semejante para vengarse de nosotros, dispuesto como está a desaparecer cuando esté satisfecha su venganza.

Y después, animándose, dijo:

—Pero los crímenes de este hombre, ¿continuarán impunes? ¿Se librará siempre? En verdad que, después de haber dudado de la justicia humana, esto sería para dudar de la justicia del cielo.

—James —dijo la señora Burbank—, en el momento en que acaso no podemos contar más que con la ayuda de Dios... no le acuses.

—Y pongámonos en guardia —añadió Alicia.

James Burbank recobró su sangre fría, y se ocupó en dar las órdenes oportunas para la defensa de Castle-House.

—¿Están prevenidos los negros? —preguntó Edward Carrol.

—Van a estarlo en seguida —respondió James Burbank—. Mi opinión es que precisa limitamos a defender el recinto que protege el parque reservado y la habitación. No podemos pensar en detener en la frontera de Camdless-Bay un verdadero ejército de gentes en armas, pues es de suponer que los asaltantes vendrán en gran número. Conviene, pues, apostar nuestros defensores en derredor de la empalizada. Si por desgracia esta es forzada y deshecha, Castle-House, que ha resistido ya los ataques de las bandas de seminolas, podrá sostenerse contra los bandidos de Texar. Que mi mujer, Alicia, Dy y Zermah, a la cual confío las tres, no salgan de Castle-House sin mi orden. En el caso de que nosotros nos veamos seriamente amenazados, es necesario que todo esté prevenido para que puedan salvarse por el túnel que comunica con la pequeña ensenada de San Marino, en el río San Juan. Una embarcación estará allí oculta entre las hierbas, con dos de nuestros hombres, y en ese caso, tú, Zermah, remontarás el río para buscar abrigo en el pabellón de la Roca de los Cedros.

—Pero... ¿y tú James?

—¿Y vos, padre mío?

La señora Burbank y Alicia habían cogido por un brazo, la una a James Burbank, la otra a Stannard, como si hubiera llegado ya el momento de refugiarse fuera de Castle-House.

—Nosotros haremos todo cuanto sea posible para reunimos con vosotras cuando la posición no sea sostenible —respondió James Burbank—. Pero es preciso que prometáis que, si el peligro llegase a ser serio, iréis a poneros en seguridad en el retiro de la Roca de los Cedros. Así, nosotros tendremos más valor y más audacia para rechazar a los malhechores y resistir hasta quemar el último cartucho.

Esto era evidentemente lo que convenía hacer, si los asaltantes, demasiado numerosos, conseguían forzar la empalizada e invadían el parque para atacar directamente a Castle-House.

James Burbank se ocupó en seguida de concentrar todo su personal. Perry y los demás capataces recorrieron las diversas chozas para reunir a todo el mundo. Antes de una hora los negros útiles para la defensa estaban en fila en los alrededores de la poterna, delante de la empalizada. Sus mujeres y sus hijos habíanse ido con anticipación a buscar refugio en los montes que rodean a Camdless-Bay.

Desgraciadamente, los medios de organizar una defensa seria eran bastante escasos en Castle-House. En las circunstancias actuales, es decir, desde el principio de la guerra, había sido casi imposible procurarse armas y municiones en cantidad suficiente para todo el personal de la plantación. En vano hubiera sido querer comprarlas en Jacksonville, y era preciso contentarse con las que habían quedado en la casa, después de las últimas luchas sostenidas contra los seminolas bastante antes de los hechos que relatamos.

En suma, el plan de James Burbank consistía en preservar a Castle-House del incendio y de la invasión. Proteger el dominio entero, querer salvar los talleres, las fábricas, los almacenes, las chozas, impedir que la plantación fuese devastada, no hubiera podido, y por consiguiente no lo pensó. Apenas había trescientos negros que oponer a los asaltantes, y aun aquellas buenas gentes estaban muy desigual e insuficientemente armadas. Algunas docenas de fusiles fueron distribuidos entre los más diestros, después que las armas de precisión fueron separadas, reservándolas para James Burbank, sus amigos, Perry y los demás

capataces. Todos se habían reunido en la poterna y habían dispuesto sus hombres de manera que pudieran oponer la mayor resistencia posible al asalto que amenazaba el recinto de la empalizada, defendida además por el arroyo circular cuyas aguas bañaban su base.

No es preciso decir que, en medio de este tumulto, Pigmalión, muy afanoso, muy atareado, iba y venía, sin prestar ningún servicio verdaderamente útil. Parecía uno de esos *clowns* de los circos, que aparentan hacerlo todo y no hacen absolutamente nada, si no es hacer reír al público con sus tonterías. Por otra parte, Pigmalión se consideraba como uno de los defensores especiales de la habitación, y no pensaba en mezclarse con sus camaradas, situados en el recinto exterior. Jamás se sintió tan apegado y tan afecto a la familia Burbank. Todo estaba dispuesto y por consiguiente se esperaban los acontecimientos. La cuestión estaba en saber por qué lado empezaría el ataque. Si los asaltantes se presentaban por el límite septentrional de la plantación, la defensa podría organizarse más eficazmente. Si, por el contrario, atacaban por el río, sería más difícil, por hallarse Camdless-Bay abierto por este lado. Es verdad que un desembarco es siempre una operación difícil de realizar. En todo caso, sería preciso un gran número de embarcaciones para transportar toda la gente armada de una a otra ribera del San Juan.

Esto es lo que discutían James Burbank, Carrol y Stannard, esperando la vuelta de los exploradores que habían sido enviados a los límites de la plantación.

No debían tardar en saber a qué atenerse respecto a la dirección que debía darse a las operaciones de defensa.

En efecto: hacia las cuatro y media de la tarde los exploradores se replegaron después de haber abandonado el límite septentrional de la plantación y dieron las siguientes noticias: Una columna de hombres armados, viniendo en aquella dirección, se dirigía a Camdless-Bay, ¿era este un destacamento de milicias del condado? ¿Era acaso una parte del populacho pagada con fondos de la ciudad, o solamente gente allegadiza y organizada para el pillaje, que se había encargado de hacer ejecutar el decreto de Texar?

Hubiera sido difícil de resolver. En todo caso, esta columna debía contar con más de mil hombres, y sería casi imposible hacerle frente con el personal de la plantación. Cabía esperar, sin embargo, que si lograban

saltar la empalizada, Castle-House les opondría una resistencia más seria y sostenida.

Lo que era evidente a todas luces, es que esta columna no había querido intentar un desembarco, que podía ofrecer bastantes dificultades en el pequeño puerto de Camdless-Bay, o sobre cualquier punto de las orillas del río, dentro de la plantación. Así es que había pasado el río por bajo de Jacksonville, con ayuda de cincuenta embarcaciones. Tres o cuatro viajes de cada una habrían bastado para efectuar el transporte de todos.

Era, pues, una prudente resolución de James Burbank haber hecho replegar toda su gente al recinto del parque de Castle-House, puesto que hubiera sido imposible disputar el límite del dominio a una tropa suficientemente armada, y de un efectivo quíntuplo del suyo.

Y entretanto, ¿quién dirigía a los asaltantes? ¿Era Texar en persona? No parecía probable. En efecto, en el momento en que se veía amenazado por la aproximación de los federales, el español podía haber juzgado temerario ponerse a la cabeza de su banda. Si a pesar de esto lo hacía, era porque, una vez su obra; de venganza consumada, devastada la plantación, la familia Burbank degollada o prisionera suya, estaba decidido a huir hacia los territorios del Sur, acaso hasta los mismos Everglades, países retirados en la Florida meridional, donde sería muy difícil cogerle.

Esta eventualidad, la más grave de todas, es la que preocupaba a James Burbank. Por esta razón es por lo que había resuelto poner en seguridad a su mujer, a su hija y a Alicia Stannard, confiadas al afecto de Zermah en aquel retiro de la Roca de los Cedros, situado a algunas millas por encima de Camdless-Bay. Si se veían obligados a retirarse y abandonar el dominio a los asaltantes, en aquel punto sería donde sus amigos y él procurarían reunirse con su familia, esperando allí que la tranquilidad estuviese asegurada, bajo la protección del ejército federal.

Una embarcación oculta entre los cañaverales del río San Juan, y confiada a la guardia de dos negros, esperaba a la extremidad del túnel que ponía en comunicación el edificio de Castle-House con la bahía de San Marino. Pero antes de llegar a esta operación, si era necesaria, era preciso

defenderse, resistir algunas horas, al menos hasta la noche. Gracias a la oscuridad, la embarcación podría entonces remontar más seguramente el río, sin correr el riesgo de ser perseguida por las lanchas sospechosas que vagaban errantes por la superficie del mismo.

XII. La noche del dos de marzo

James Burbank, sus compañeros y la mayor parte de los negros de Camdless-Bay estaban preparados para el combate. No tenían que hacer más que esperar el ataque. Las disposiciones estaban tomadas para resistir, primero detrás de la empalizada del recinto que defendía el parque particular, después al abrigo de los muros de Castle-House en el caso de que, invadido el parque, fuera necesario refugiarse en la casa.

Hacia las cinco de la tarde, algunos clamores, bastante distintos ya, indicaban que los asaltantes no estaban lejos. Por otra parte, a falta de sus gritos, no hubiera sido difícil reconocer que ocupaban toda la parte norte del dominio. En algunos sitios, espesas humaredas se arremolinaban por encima de los bosques que cerraban el horizonte por este lado.

Los talleres de aserrar habían sido pasto de las llamas, las chozas de los negros, devoradas por el incendio después de haber sido saqueadas. Estas pobres gentes no habían tenido tiempo de poner en seguridad los pocos objetos que poseían, y de los cuales el acta de emancipación les aseguraba la propiedad por toda la vida. Al tener noticia de tal hecho, varios gritos de desesperación respondieron a los rugidos de la banda de incendiarios, ¡y qué gritos de cólera! Era su único bien lo que aquellos malhechores acababan de destruir, después de haber invadido a Camdless-Bay.

Entretanto los clamores se aproximaban poco a poco a Castle-House. Siniestros resplandores, subiendo cada vez más altos, iluminaban el horizonte hacia el Norte, como si el sol se hubiese ocultado en aquella ocasión.

Algunas veces, calientes humaredas llegaban hasta el castillo. Oíanse también detonaciones violentas, producidas por las maderas secas, almacenadas en los talleres de la plantación. Bien pronto, una explosión más ruidosa indicó que una caldera de la sierra de vapor acababa de estallar.

James Burbank, Edward Carrol y Stannard se encontraban entonces delante de la poterna del recinto. Allí recibían y dirigían los destacamentos de negros que venían replegándose poco a poco.

Se esperaba ver a los invasores de un instante a otro. Indudablemente, un tiroteo más fuerte indicaría el momento en que se hallarían a corta distancia de la empalizada. Podrían hacerlo tanto más fácilmente cuanto que los primeros árboles se agrupaban a más de cincuenta metros de dicho recinto. Era, pues, posible aproximarse casi a cubierto, y las balas llegarían antes de haber visto de dónde salían los fusiles.

Después de haber celebrado una especie de consejo, James Burbank y sus amigos determinaron, por creerlo oportuno, poner su personal al abrigo de la empalizada. Allí, los negros que estaban armados estarían menos expuestos haciendo fuego por los ángulos que los extremos puntiagudos de las tablas de la empalizada formaban en su parte superior. Luego, cuando los asaltantes trataran de franquear el foso lleno de agua, a fin de tomar el recinto a viva fuerza, se lograría quizá rechazarlos.

La orden fue ejecutada; los negros se colocaron en la parte interior, y la poterna iba a ser cerrada, cuando James Burbank, echando una última ojeada por el exterior, divisó a un hombre que corría a todo correr, como si hubiera querido refugiarse entre los defensores de Castle-House.

Aquel hombre lo deseaba, en efecto, tanto, que desde el bosque vecino le dispararon algunos tiros, pero sin alcanzarle. De un salto se precipitó por el puentecillo, y se encontró bien pronto en seguridad, dentro del recinto, cuya puerta, cerrada en seguida, quedó sólidamente asegurada.

—¿Quién sois? —le preguntó James Burbank.

—Uno de los empleados de Mr. Harvey, vuestro corresponsal en Jacksonville —respondió el hombre.

—¿Es Mr. Harvey quien os ha enviado a Castle-House con alguna comunicación?

—Sí; pero el río estaba vigilado, y no he podido venir directamente por el San Juan.

—¿Y cómo habéis podido uniros a los invasores sin despertar sospechas?

—Porque vienen seguidos de toda una caterva de pillería. Yo me he mezclado entre ellos, y cuando me he encontrado en disposición de huir, lo he hecho, a riesgo de recibir algún balazo.

—Está bien, amigo mío, gracias. ¿Tenéis, sin duda, alguna carta de Mr. Harvey para mí?

—Sí, señor; aquí está.

James Burbank tomó la esquela y leyó. Harvey le decía que podía prestar toda su confianza al mensajero John Bruce, cuya fidelidad le era conocida. Después de haberle oído, Mr. Burbank vería lo que le convenía hacer para la seguridad de su familia y de sus compañeros.

En este momento, una docena de tiros resonaron en la parte exterior. No había, pues, un instante que perder.

—¿Qué me hace saber Mr. Harvey por vuestro conducto? —preguntó James Burbank.

—Primero esto: que la gente armada que ha pasado el río para venir sobre Camdless-Bay cuenta de mil cuatrocientos a mil quinientos hombres.

—No los había yo calculado en menos. ¿Y qué más? ¿Viene Texar a la cabeza?

—Ha sido imposible para Mr. Harvey enterarse —replicó John Bruce—. Pero lo que es cierto es que Texar salió de Jacksonville hace veinticuatro horas.

—¡Esto debe ocultar alguna nueva maquinación de ese miserable! —respondió James Burbank.

—Sí —replicó John Bruce—; esta es la opinión de Mr. Harvey. Por otra parte, Texar no tiene necesidad de estar allí para hacer ejecutar la orden relativa a la expulsión de los liberados.

—¡Expulsarlos! —gritó James Burbank—. ¡Expulsarlos ayudándose con el incendio y el pillaje...!

—Así es que Mr. Harvey piensa, puesto que es tiempo todavía, que haríais

bien en poner en seguridad a vuestra familia, haciéndola abandonar inmediatamente Castle-House.

—Castle-House se halla en estado de resistir —respondió James Burbank—, y mi familia no lo dejará hasta que la situación llegue a ser insostenible. ¿No hay nada de nuevo en Jacksonville?

—Nada, Mr. Burbank.

—Y las tropas federales, ¿no han hecho ningún movimiento todavía hacia Florida?

—Ninguno desde que han ocupado Fernandina y la isla de Saint-Mary.

—Por tanto, el objeto de vuestra misión es...

—Primeramente haceros saber que la dispersión de los esclavos no es más que un pretexto imaginado por Texar para devastar la plantación y apoderarse de vuestra persona.

—¿Y no sabéis —replicó James Burbank insistiendo—, si Texar está a la cabeza de los malhechores?

—No, Mr. Burbank. Mr. Harvey ha procurado saberlo, pero ha sido en vano; y yo mismo, después que he salido de Jacksonville, no he podido adquirir ninguna noticia segura de él.

—¿Se han unido algunos individuos de la milicia a esta banda de salteadores?

—Un centenar, a lo más —respondió John Bruce—; pero el populacho que lleva consigo está compuesto de los peores malhechores. Texar les ha hecho armar, y es de temer que se entreguen a toda clase de excesos. Os lo repito, Mr. Burbank: la opinión de Mr. Harvey es que haríais bien en abandonar inmediatamente Castle-House. Así me ha encargado que os lo diga y que él ponía su quinta de Hampton-Red a vuestra disposición. Esta quinta está situada a una decena de millas río abajo, a la derecha del San Juan. Allí podéis estar en seguridad durante algunos días.

—Sí, ya lo sé.

—Yo podría conducirlos secretamente allí a vos y a vuestra familia, con la

condición de dejar Castle-House en este mismo instante, antes de que toda retirada se haga imposible.

—Doy gracias a Mr. Harvey, y a vos también, amigo mío —respondió James Burbank—; pero todavía no nos hallamos en situación tan desesperada.

—Como queráis, Mr. Burbank —respondió John Bruce—; yo, de todos modos, quedo a vuestra disposición para el caso de que tuvierais necesidad de mis servicios.

El ataque comenzaba en aquel instante y vino a llamar la atención de James Burbank.

En efecto, una violenta descarga acababa de estallar repentinamente sin que se hubiese podido todavía descubrir a los asaltantes, que se parapetaban detrás de los primeros árboles. Las balas llovían sobre la empalizada, aunque sin causar gran perjuicio. Desgraciadamente, James Burbank y sus compañeros no podían contestar a las descargas sino muy débilmente, pues apenas tenían cuarenta fusiles a su disposición. Sin embargo, situados en mejores condiciones para tirar, sus tiros eran más seguros que los de algunos milicianos colocados a la cabeza de la columna; así es que un buen número de estos fueron heridos al alcanzar los linderos del bosque.

El combate a distancia duró aproximadamente media hora, en ventaja del personal de Camdless-Bay. Pero en un momento los asaltantes se lanzaron sobre el recinto para tomarlo por asalto. Como querían atacar por varios puntos a la vez, se habían provisto de planchas y maderos cogidos en los almacenes y talleres de la plantación, en aquel instante entregados a las llamas. En veinte sitios, estos maderos echados sobre el foso, permitieron a las gentes de Texar llegar hasta el pie de la empalizada, no sin haber experimentado serias pérdidas entre muertos y heridos. Entonces se colgaron de los picos de las tablas, se empujaron los unos a los otros, pero no consiguieron saltar. Los negros, exasperados contra estos incendiarios, los rechazaron con gran valor. Sin embargo, era manifiesto que los defensores de Camdless-Bay no podían acudir a un tiempo a todos los puntos atacados por tan excesivo número de enemigos. Hasta que la noche llegó, pudieron resistirles, no habiendo recibido algunos sino heridas poco graves. James Burbank y Walter Stannard, aunque no se preservaban mucho, no habían sido tocados. Sólo Edward

Carrol, herido de bala en un hombro, debió entrar en la casa, donde la señora Burbank, Alicia y Zermah le cuidaron cariñosamente.

Sin embargo, la noche iba a llegar en auxilio de los asaltantes. A favor de las tinieblas, unos cincuenta de los más determinados pudieron aproximarse a la poterna, y la atacaron con hachas. Resistió bastante y sin duda no hubieran podido derribarla y penetrar en el recinto, si un golpe de audacia no les hubiese abierto una brecha.

Como el incendio prendió en unos cobertizos apoyados en la empalizada, las llamas, devorando esta madera muy seca, quemaron también la parte de empalizada sobre la que los cobertizos estaban apoyados; el sitio estaba libre.

James Burbank se precipitó hacia la parte incendiada del recinto, decidido a defenderla.

En este momento, a la luz del incendio, se pudo ver un hombre saltar a través de la humareda y franquear el foso sobre los maderos amontonados en su superficie.

Era uno de los asaltantes que había podido penetrar en el parque por el lado del río, arrastrándose por entre las cañas de la ribera. Después, sin ser visto, se había introducido en una de las cuadras, y allí, a riesgo de perecer entre las llamas, había prendido fuego a algunos haces de paja para destruir todo aquel trozo de la empalizada.

Ya estaba abierta la brecha. En vano James Burbank y sus compañeros intentaron cerrar el paso a los asaltantes. Una masa de ellos se precipitó por entre las llamas, y el parque fue inmediatamente invadido por algunos centenares de hombres.

Muchos cayeron entonces de una y otra parte, pues se combatía cuerpo a cuerpo. Los tiros sonaban en todas direcciones. Pronto Castle-House se vio enteramente rodeado; en tanto que los negros, completamente agobiados por el número de enemigos, arrojados del parque, se veían obligados a huir a través de los bosques de Camdless-Bay. Habían luchado con decisión y valor; pero, de resistir más tiempo en condiciones tan desiguales, hubiesen sido degollados hasta el último.

James Burbank, Walter Stannard, Perry, los capataces y John Bruce, que

también se había batido bizarramente, y algunos negros, se habían visto obligados a refugiarse tras los muros de Castle-House.

Eran cerca de las ocho de la noche. Esta se presentaba sombría por el Oeste, pero hacia el Norte el cielo se iluminaba con el resplandor de los incendios alimentados por los bosques del dominio.

En este momento James Burbank y Walter Stannard se reunieron con su familia en el patio.

—Es preciso que huyáis —dijo James Burbank—, que huyáis en seguida. Sea que los bandidos penetren aquí a viva fuerza, sea que esperen al pie de la casa hasta el instante en que nos veamos obligados a rendirnos, hay peligro en permanecer aquí. La embarcación está presta. Es tiempo de partir, Zermah. Esposa mía, Alicia, yo os lo suplico, seguidla con Dy a la Roca de los Cedros; allí estaréis en seguridad, y si nosotros nos vemos obligados también a huir, os encontraremos y nos reuniremos con vosotras.

—Padre mío —dijo Alicia—; venid con nosotras; y vos también, Mr. Burbank.

—Sí, James, sí, ven —exclamó la señora Burbank.

—¡Yo! ¡Abandonar Castle-House a esos miserables! No, jamás, en tanto que la resistencia sea posible. Nosotros podemos defendernos largo tiempo todavía, y cuando sepamos que estáis en seguridad, seremos más fuertes para defendernos.

—¡James!

—¡Es preciso!

Los alaridos más terribles se oyeron en aquel momento; la puerta retemblaba con los golpes que le asestaban los asaltantes, atacando la fachada principal de Castle-House del lado del río.

—¡Partid! —gritó James Burbank—. La noche es oscura; nadie os verá con la sombra. ¡Partid! Nos paralizáis estando aquí. ¡Por Dios, partid!

Zermah se había puesto delante, llevando la pequeña Dy de la mano. La señora Burbank se vio obligada a separarse de su marido, y Alicia de su padre, y las dos desaparecieron por la escalera que conducía al sótano

para llegar al túnel de la bahía de San Marino.

—Y ahora —dijo James Burbank dirigiéndose a Perry, a los capataces y a los negros, que no le habían abandonado—, ¡ahora, amigos míos, a defendernos hasta la muerte!

Siguiendo su ejemplo, todos subieron la gran escalera del patio, y fueron a situarse en las ventanas del piso principal. Desde allí, a los centenares de balazos que acribillaban la fachada de Castle-House, respondían a su vez con disparos menos numerosos, pero más seguros, puesto que disparaban sobre la masa de los asaltantes.

Era preciso a estos llegar a la puerta principal y forzarla, bien fuese con el hacha, bien con el fuego.

Esta vez no tendrían a nadie que les abriese una brecha para darles entrada en la casa.

Lo que se había intentado y conseguido en el exterior contra una empalizada, una simple valla de madera, no podía serlo en el interior contra muros de piedra.

Sin embargo, escurriéndose del mejor modo posible en medio de la oscuridad ya profunda, una veintena de hombres resueltos se aproximaron a la escalinata de la casa. La puerta fue entonces atacada más violentamente. Era preciso que fuese bien sólida para resistir a los hachazos y a los golpes de las picas que recibía. Lo era, en efecto; y esta tentativa costó la vida a varios de los asaltantes, pues la disposición de las troneras permitía cruzar los fuegos en aquel sitio.

En este momento una circunstancia vino a empeorar la situación. Las municiones empezaban a escasear. James Burbank, sus amigos, sus capataces y los negros, que estaban armados con fusiles, habían consumido la mayor parte de ellas en las tres horas que duraba el combate. Si era preciso resistir durante mucho tiempo, ¿cómo podría hacerse cuando ya iban a ser quemados los últimos cartuchos? ¿Se verían obligados a dejar Castle-House abandonándolo en poder de aquellos forajidos, que todo lo convertirían en ruinas?

Y, sin embargo, no había otro partido que tomar si los asediantes llegaban a forzar la puerta, que ya se estremecía bajo sus golpes. James Burbank

lo comprendía bien, pero quería esperar. ¿No podría sobrevenir algún suceso imprevisto que distrajese la atención de los bandidos? Ya no había que temer por su esposa, ni por su hija, ni por Alicia Stannard. Hombres solos, como ellos eran, debían luchar hasta el último extremo contra aquella cuadrilla de asesinos, de incendiarios y de bandoleros.

—¡Todavía tenemos municiones para una hora! —exclamó James Burbank—. Agotémoslas, amigos míos, y no entreguemos nuestro Castle-House a esos bandidos.

No había acabado James Burbank de pronunciar estas palabras cuando se oyó a lo lejos una sorda detonación.

—¡Un cañonazo! —dijo con alegría.

Otra detonación se dejó oír en la dirección del Oeste, al otro lado del río.

—¡Un segundo disparo! —añadió Walter Stannard.

—Escuchemos —dijo James Burbank.

Una tercera detonación se escuchó, llevada por una ráfaga de viento bien distintamente hasta Castle-House.

—Es una señal para llamar a los asaltantes a la ribera derecha —dijo Walter Stannard.

—Puede ser —respondió John Bruce—. Acaso tengan apostados centinelas allá abajo.

—Sí, porque esos tres cañonazos no han sido disparados en Jacksonville —dijo el capataz.

—Han sido disparados por los navíos federales —exclamó James Burbank—. ¿Habrán forzado la flotilla la entrada del San Juan y remontarán el río?

En efecto, no era imposible el que el comodoro Dupont fuese en aquellos momentos dueño del San Juan, al menos en la parte inferior de su curso.

Pero no era nada de eso. Los tres cañonazos habían sido disparados por la batería de Jacksonville, lo cual era demasiado evidente, pues no se

habían vuelto a repetir. No había, pues, ningún combate entre los navíos nordistas y las tropas confederadas, ni sobre el río, ni en las llanuras del condado de Duval.

No había ya lugar a dudas de que aquella era una señal de llamamiento dirigida a los jefes del destacamento de milicia, cuando Perry, que se había asomado por una de las troneras laterales, exclamó:

—¡Ya se retiran! ¡Ya se retiran!

James Burbank y sus compañeros se dirigieron en seguida hacia la ventana del centro, que entreabrieron con cuidado.

Los hachazos no retumbaban ya sobre la puerta. Los disparos habían cesado; no se veía ya ni uno solo de los asaltantes. Sus gritos, sus últimos aullidos se oían aún en el aire, pero se alejaban manifiestamente.

Así, pues, no cabía duda de que un accidente cualquiera había obligado a las autoridades de Jacksonville a llamar sus fuerzas al otro lado del San Juan. Era evidente que se había convenido en que se dispararían tres cañonazos en el caso de que algún movimiento de la escuadra amenazara las posiciones de los confederados. Por eso, sin duda, los asaltantes habían suspendido tan bruscamente su ataque, y en aquel momento, a través de los devastados campos del dominio, seguían el camino que habían traído, iluminado todavía por las luces del incendio, y una hora más tarde repasaban el río por el sitio en que les esperaban las embarcaciones, dos millas más allá de Camdless-Bay.

Bien pronto los gritos se apagaron en lontananza, y a las ardientes detonaciones sucedió un silencio profundo y absoluto. Era como el silencio de la muerte que reinaba en la plantación.

Eran las nueve y media de la noche. James Burbank y sus compañeros descendieron al piso bajo y al patio. Allí se encontraba Edward Carrol tendido en un sofá, ligeramente herido, pero debilitado por la pérdida de sangre.

Se le contó lo que había pasado a consecuencia de la señal dada en Jacksonville. Castle-House, en aquel momento al menos, no tenía nada que temer de la banda lanzada por Texar contra los colonos de Camdless-Bay.

—¡Sí! —dijo James Burbank—; ¡pero la victoria ha sido de la violencia y de la arbitrariedad! Ese miserable ha querido dispersar mis negros emancipados, y en el momento presente están dispersos; ha querido devastar la plantación por venganza, y no quedan de ella más que ruinas.

—James —dijo Walter Stannard—, aún podían habernos sucedido mayores desgracias. Ninguno de nosotros ha sucumbido en la defensa de Castle-House. Vuestra mujer, vuestra hija, la mía, hubieran podido caer entre las manos de esos malhechores, y, no obstante, están en seguridad.

—Sí, tenéis razón, Stannard; y doy gracias a Dios por ello; pero lo que ha sido hecho por orden de Texar no quedará impune; yo sabré hacer justicia a la sangre vertida criminalmente.

—Acaso sea sensible —dijo entonces Edward Carrol—, que la señora Burbank, Alicia, Dy y Zermah hayan dejado Castle-House. Bien sé que en aquel momento estábamos muy en peligro; sin embargo, ahora desearía que hubieran estado y estuvieran aquí.

—Antes que sea de día iré a reunirme con ellas —respondió James Burbank—. Deben de estar en una inquietud mortal, y es preciso tranquilizarlas. Entonces veré si es necesario traerlas inmediatamente a Camdless-Bay o si es mejor dejarlas unos cuantos días en la Roca de los Cedros.

—Sí —respondió Stannard—; es preciso no llevar las cosas con precipitación. Acaso no esté todo concluido; y en tanto que Jacksonville esté bajo la dominación de Texar, tenemos motivos para temerlo todo.

—Ya me conduciré con prudencia —dijo James Burbank—. Perry, tendréis cuidado de que una embarcación esté preparada un poco antes del día. Bastará que un hombre venga conmigo para remontar el río.

Un grito doloroso, un llamamiento desesperado, interrumpió repentinamente a James Burbank.

Este grito venía del parque, y parecía que era del lado a que daban las ventanas de la habitación.

—¡Padre mío! ¡Padre mío!

—¡La voz de mi hija! —gritó Stannard.

—¡Ah...! Alguna nueva desgracia —dijo James Burbank.

Y todos, abriendo rápidamente la puerta, se precipitaron al exterior.

Alicia estaba allí a algunos pasos cerca de la señora Burbank, que estaba tendida en el suelo.

Ni Dy ni Zermah se encontraban allí.

—¡Mi hija! —gritó James Burbank.

A su voz, la señora Burbank se incorporó. No podía pronunciar una palabra. Extendió el brazo, señalando en dirección al río.

—¡Secuestradas! ¡Secuestradas!

—Sí, por Texar —respondió Alicia.

Y cayó también desmayada junto a la señora Burbank.

XIII. Los seis días siguientes

Cuando la señora Burbank y Alicia entraron en el túnel que conducía a la pequeña bahía de San Marino, sobre la ribera del San Juan, Zermah las precedía, llevando de una mano a la pequeña Dy. En la otra mano llevaba una linterna, cuya débil luz iluminaba el oscuro camino. Llegadas a la extremidad del túnel, Zermah, deteniéndose, había rogado a la señora Burbank que la esperasen allí. Quería asegurarse antes por sí misma de que la embarcación y los dos negros que debían conducir las a la Roca de los Cedros, estaban en su puesto. Después de haber abierto la puerta que cerraba la extremidad del túnel, se adelantó hacia el río.

Pasado un minuto, nada más que un minuto, desde que la señora Burbank y Alicia esperaban que Zermah viniese a buscarlas, notó la joven que la pequeña Dy no estaba con ellas.

—¡Dy, Dy! —gritó la señora Burbank, aun a riesgo de dar a conocer su presencia en aquel sitio.

Dy no respondió. Habituada a seguir siempre a Zermah, la había acompañado fuera del túnel por el lado de la bahía, sin que su madre lo hubiera notado.

De repente se oyeron unos gemidos. Presintiendo algún nuevo peligro, no pensando siquiera en ver si las amenazaba a ellas mismas, la señora Burbank y Alicia se lanzaron fuera, corriendo hacia la orilla del río, pero no llegaron allí sino para ver a una embarcación que se alejaba en la sombra, y oír a Zermah gritar:

—¡A mí, a mí! ¡Socorro! ¡Texar!

—¡Sí, es Texar, es Texar! —gritó Alicia; y con la mano señalaba al bandido, iluminado por el reflejo de los incendios de Camdless-Bay, de pie, en la popa de la embarcación, que no tardó en desaparecer.

Después, todo quedó en silencio.

Los dos negros, degollados, yacían en el suelo.

Entonces la señora Burbank, loca, seguida de Alicia, que no había podido contenerla, se precipitó a lo largo de la ribera, llamando a su hija. Ningún grito respondió a sus llamamientos. La embarcación se había hecho invisible, sea que la sombra la ocultase a las miradas, sea que atravesase el río para abordar sobre cualquier punto de la ribera izquierda del San Juan.

Esta exploración se prolongó inútilmente durante una hora, hasta que la señora Burbank, agotadas sus fuerzas, cayó tendida sobre la orilla. Entonces Alicia, desplegando una energía extraordinaria, logró levantar a la desgraciada madre y sostenerla, casi hasta llevarla sobre sí. A lo lejos, en la dirección de Castle-House, estallaban las detonaciones de las armas de fuego, y algunas veces llegaban hasta ellas los atronadores rugidos de los asaltantes. Era imposible dirigirse hacia aquel lado. Debía intentarse volver a entrar en la casa por el túnel, y hacerse abrir la puerta que comunicaba con la escalera del sótano. Una vez allí, ¿lograría Alicia hacerse oír?

La pobre joven condujo a la señora Burbank, que no tenía conciencia de lo que hacía. Volviendo al camino recorrido a lo largo del río, fue preciso detenerse veinte veces. Las fuerzas faltaban a la joven. Ambas estaban expuestas a caer a cada instante en poder de esas bandas de merodeadores que devastaban la plantación. ¿No hubieran hecho mejor en esperar a que fuese de día? Pero, allí, en aquella soledad, ¿cómo dar a la señora Burbank los cuidados que necesitaba y que exigía su estado? En vista de esto, Alicia resolvió, costase lo que costase, llegar a Castle-House. Sin embargo, su camino era largo, teniendo que seguir las curvas del río, y pensó que le sería más fácil ir directamente a través de las praderas, guiándose por los resplandores del incendio.

Esto es lo que hizo la joven, y así llegó a los alrededores de Castle-House.

Allí la señora Burbank cayó sin conocimiento cerca de Alicia, que apenas podía ya sostenerse.

El destacamento de la milicia, seguido de la horda facinerosa, abandonando el asalto, estaba ya lejos de aquel sitio. No se oía ningún ruido en el interior ni en el exterior. Alicia llegó a creer que los

malhechores, después de haberse apoderado de Castle-House lo habían abandonado, sin haber dejado uno solo de sus defensores. Entonces la joven experimentó una suprema angustia, y perdiendo toda su energía, cayó a su vez. Pero su último gemido, a modo de postrer llamamiento, que había lanzado, fue oído. James Burbank y sus amigos se habían lanzado fuera. En pocos momentos supieron todo lo que había acontecido en la bahía de San Marino. ¿Qué importaba que los bandidos se hubieran alejado? ¿Qué importaba que no hubiese que temer el caer de nuevo entre sus manos? Una desgracia más terrible venía a herir a la familia Burbank. La pequeña Dy, su idolatrada hija, hallábase en poder de Texar.

Esto es lo que Alicia contó con frases entrecortadas por los sollozos. Esto es lo que escuchó la señora Burbank cuando volvió en sí, anegada en lágrimas. Esto es lo que supieron James Burbank, Stannard, Carrol, Perry y algunos capataces que habían quedado al lado de ellos. Que la pobre niña había sido secuestrada, arrastrada no se sabe adónde, entre las manos del más cruel enemigo de su padre. ¿Qué podía sucederles que fuera más triste? ¿Era posible que el porvenir reservase dolores más grandes a esta familia?

Todos quedaron anonadados con este golpe.

Después se trasladó a la señora Burbank a su habitación, depositándola en el lecho, y Alicia, que se había negado a tomar ni una hora de reposo, se puso a la cabecera del lecho de la infortunada madre.

Abajo, en el patio, James Burbank y sus amigos, conteniendo su dolor, buscaban un medio de concertarse acerca de lo que convendría hacer para encontrar a Dy, y para arrancarla, con Zermah, de las manos de Texar. Sí, sin género de duda, Zermah intentaría defender a la niña hasta la muerte. Pero en poder de un miserable, animado contra ella de un odio personal, pagaría bien caro las denuncias que contra él había hecho.

Entonces James Burbank se acusaba por haber obligado a su mujer a dejar Castle-House, y por haberle preparado un medio de evasión que se tomó en contra suya. Pero ¿debía atribuirse sólo al azar el que Texar se encontrase en la bahía de San Marino precisamente en el momento de la salida de las mujeres?

Evidentemente, no. Texar, por un medio o por otro, conocía la existencia del túnel. Sin duda se había dicho que los habitantes de Castle-House

intentarían seguramente escapar por allí cuando no pudiesen defenderse en la casa; y después de haber conducido su gente por la ribera del río, después de haber forzado la empalizada del recinto y de haber obligado a James Burbank y los suyos a refugiarse detrás de los muros de Castle-House, no cabía duda de que había ido a situarse en la bahía de San Marino. Una vez allí, había sorprendido repentinamente a los dos negros que vigilaban la embarcación y había hecho degollar a aquellos desgraciados, cuyos gritos no pudieron ser oídos por nadie a causa del tumulto de los asaltantes.

Luego, el bandido habría esperado hasta que Zermah se dejase ver con la pequeña Dy a su lado, y Texar, creyéndolas solas, habría pensado que ni la señora Burbank ni su marido, ni sus amigos se habían decidido todavía a huir de Castle-House. Vio que debía contentarse con esta presa, y había secuestrado a la niña y a la esclava para conducir las a alguna guarida ignorada, donde sería imposible encontrarlas.

¡Con qué terrible golpe había ido a herir aquel miserable a la familia Burbank! Aquel padre y aquella madre no hubieran podido sufrir más si les hubiesen arrancado el corazón.

¡Horrible fue la noche que pasaron los habitantes de Camdless-Bay! Por otra parte, ¿no era de temer que los asaltantes pensasen en volver, en mayor número y mejor armados, para obligar a los últimos defensores de Castle-House a entregarse? Felizmente, esto no sucedió. El día amaneció sin que James Burbank y sus compañeros hubiesen sido atacados de nuevo.

Muy útil hubiera sido, sin embargo, saber por qué motivo se habían disparado los tres cañonazos el día antes en Jacksonville, y por qué los asaltantes se habían replegado en los momentos en que un esfuerzo apenas de una hora les habría hecho dueños de la casa. ¿Debía creerse que aquel llamamiento había sido motivado por alguna demostración que los federales hubieran hecho en la desembocadura del San Juan? ¿Serían ya dueños de Jacksonville los buques del comodoro Dupont? Nada hubiera sido más grato para James Burbank y los suyos. Entonces hubieran podido comenzar con seguridad las más activas pesquisas para encontrar a la pequeña Dy y a Zermah; atacar directamente a Texar, si este no se había marchado ya con sus partidarios del condado; perseguirle como autor de las devastaciones de Camdless-Bay, y, sobre todo, como autor del doble secuestro de la esclava y de la niña.

Esta vez no habría excusa ni subterfugio posibles, como los que el malvado Texar invocara al principio de esta historia, cuando había comparecido por una acusación de incendio ante los magistrados de San Agustín. Si Texar no estaba a la cabeza de la banda de los malhechores que había invadido Camdless-Bay, cosa que el mensajero de Harvey no había podido decir a James Burbank, el grito de Zermah había revelado bien claramente la parte tan directa que había tomado en el rapto de la niña.

Y, por otra parte, ¿no le había reconocido Alicia en el momento en que la embarcación se alejaba? Sí; la justicia federal haría bien pronto confesar a este miserable a qué sitio había llevado a sus víctimas, castigándole por los crímenes que había cometido y que no podría negar.

Desgraciadamente, nada vino a confirmar las hipótesis de James Burbank relativas a la llegada de la flotilla nordista a las aguas del San Juan. En efecto, en aquella fecha, 3 de marzo, ningún buque había dejado todavía las aguas del Saint-Mary. Esto se supo bien pronto por las noticias que uno de los capataces fue a buscar aquel mismo día a la ribera opuesta del río. Ningún buque había aparecido todavía a la altura del faro de San Pablo. Todo se limitaba a la ocupación de Fernandina y del fuerte Clinch. Parecía, pues, que el comodoro Dupont no quería avanzar sino con cierta circunspección hasta el centro de Florida. En cuanto a Jacksonville, el partido de la insurrección continuaba dominando. Texar, después de la expedición a Camdless-Bay, había reaparecido en la ciudad. Allí organizaba la resistencia para el caso en que los cañones de Stevens intentaran franquear la barra del río. Sin duda, algún falso aviso le había llamado la víspera con su banda de saqueadores. Pero, después de todo, ¿no era suficiente la obra de venganza de Texar, ahora que la plantación estaba devastada, los almacenes y los talleres destruidos por el incendio, los negros dispersos en los bosques del condado, sin que pudieran encontrar abrigo en sus chozas derruidas, la pequeña Dy secuestrada, sin que quedase el más pequeño rastro?

De esto último se convenció por completo James Burbank cuando, durante la mañana, Walter Stannard y él recorrieron inútilmente la ribera derecha del río, registrando las más pequeñas ensenadas, hasta que llegaron frente a la Bahía Negra. ¿Les sería preciso penetrar en aquella laguna en que vivía Texar? ¿No era probable, por el contrario, que Dy y Zermah no hubieran sido conducidas a este sitio, donde sería tan natural llevar las

investigaciones?

Por otra parte, ¿sería esto posible en aquel momento? ¿No sería mejor esperar a que Texar y sus partidarios estuvieran reducidos a la impotencia por la llegada de los federales? A la señora Burbank, en el estado en que se encontraba; a Alicia, que no podía separarse de ella; a Edward Carrol, obligado a permanecer en el lecho durante algunos días, ¿hubiera sido posible dejarlos solos en Castle-House, cuando era de temer un segundo ataque de los asaltantes?

Y aún era más desesperante que James Burbank no pudiera pensar en quejarse ante los tribunales, acusando a Texar de la devastación del dominio y del rapto de Zermah y de la niña. El solo magistrado ante el cual hubiera podido dirigirse, era el autor mismo de estos crímenes. Debía, pues, esperar que la justicia regular recobrase su autoridad y su prestigio en Jacksonville.

—Sí, James —dijo entonces Stannard—; los peligros que amenazan a la pobre niña son terribles; pero Zermah está con ella, y podéis confiar con que la defenderá.

—Hasta la muerte, sí —respondió James Burbank—; pero ¿y cuando Zermah falte?

—Escuchadme, mi querido James —respondió Stannard—. Reflexionando en ello, se ve claramente que no está en el interés de Texar llegar a este extremo. Él no ha dejado todavía a Jacksonville; por consiguiente, en tanto que esté allí, pienso que nuestras víctimas no tienen que temer ningún acto de violencia. ¿No puede ser la niña una garantía y servirle de rehenes contra las represalias que exigirá también la justicia federal, por haber depuesto a las autoridades regulares de Jacksonville y devastado las propiedades de un nordista? Evidentemente, sí. Su interés, por tanto, está en conservarlas, y vale más esperar a que Dupont y Sherman sean los dueños del territorio, para obrar contra él.

—¿Y cuándo lo serán? —exclamó James Burbank.

—Mañana, hoy quizá. Pero, de todos modos, os lo repito, Dy es la salvaguardia de Texar. Por eso él ha aprovechado la ocasión de secuestrarla, sabiendo bien que así os hacía padecer, mi pobre James; ¡y el miserable lo ha conseguido completamente!

Así razonaba Stannard y había serios motivos para creer que su razonamiento era justo. ¿Logró convencer a James Burbank? Evidentemente, no. ¿Le comunicó un poco de esperanza? No mucha. ¡Esto era imposible! Pero James Burbank comprendió que debía hablar delante de su mujer como Walter Stannard hablaba delante de él; de otra manera, la señora Burbank no hubiera sobrevivido a este último golpe, y cuando estuvo de vuelta en su habitación, hizo valer ante su esposa estos argumentos que no podían convencerle.

Durante este tiempo, Perry y los demás capataces visitaban los diferentes cuarteles de Camdless-Bay. Aquello era un espectáculo aterrador. Hasta parecía impresionar fuertemente a Pigmalión, que los acompañaba. Este *hombre libre* no había creído conveniente seguir a los esclavos emancipados, dispersos por las hordas de Texar. Esta libertad de ir a dormir en los bosques, de sufrir el frío y el hambre, le parecía excesiva. Así es que había preferido quedarse en Castle-House, aunque debiera, como Zermah, desgarrar su acta de emancipación para conquistar el derecho de permanecer allí.

—Ya ves, Pig —le repetía Perry—, la plantación está devastada; nuestros talleres convertidos en ruinas. Ve aquí lo que nos ha costado la libertad concedida a las gentes de tu color.

—Mr. Perry —respondía Pigmalión—, podéis creerme, no es culpa mía.

—Por el contrario, es culpa tuya y muy tuya. Si tú y otros como tú no hubieseis aplaudido a todos esos declamadores que tronaban contra la esclavitud; si hubieseis protestado contra las ideas de los hombres del Norte; si hubieseis tomado las armas para rechazar las tropas federales, nunca Mr. Burbank hubiera tenido el pensamiento de emanciparos y este desastre no hubiera venido sobre Camdless-Bay.

—Pero ¿qué debo hacer yo ahora? —replicaba, desolado, Pigmalión—. ¿Qué puedo hacer yo, señor Perry?

—Voy a decírtelo, Pig. Y lo que voy a decirte es lo que debieras hacer, si hubiese en ti el menor sentimiento de justicia. Tú eres libre, ¿no es verdad?

—Así parece.

—Por consecuencia, tú te perteneces.

—Sin duda alguna.

—Y si te perteneces, nadie te impide disponer de ti como te plazca.

—En efecto, así es, Mr. Perry.

—Pues bien; yo en tu lugar, Pig, no dudaría; iría a proponerme a la plantación vecina; me revendería allí como esclavo, y el precio de mi venta se lo mandaría a mi antiguo dueño para indemnizarle del perjuicio que le he causado dejándome emancipar.

¿Hablaban el capataz seriamente? No se sabe de cierto; tan capaz era el hombre de decir tonterías cuando la emprendía con su tema favorito. En todo caso, el infeliz Pigmalión, completamente desconcertado, irresoluto, aturdido, no respondió nada.

Pero lo que era demasiado cierto es que el acto de generosidad llevado a cabo por James Burbank había atraído la desgracia sobre su familia y la ruina sobre la plantación de Camdless-Bay. Demasiado se veía que el desastre material debía suponer una suma considerable. No quedaba nada de las chozas de los negros, destruidas por completo después de haber sido saqueadas. De los talleres y almacenes no se veía más que un montón de cenizas, resto del incendio, de las cuales se escapaban todavía humaredas grises. En el sitio de los almacenes que servían para apilar las maderas ya vendidas, en lugar de las fábricas en que se encontraban los aparatos para preparar el algodón, las prensas hidráulicas para disponerlo en balas, las máquinas para la manipulación de la caña de azúcar, no había más que muros ennegrecidos, prontos a hundirse, y montones de ladrillos enrojecidos por el fuego en el sitio en que se elevaba la chimenea de la fábrica. Además, en la superficie de los campos de cafetales, arrozales, huertas y terrenos reservados para la cría de animales domésticos, ahora degollados o dispersos, la devastación era completa, como si una manada de bestias feroces hubiese acampado en el rico dominio durante largas horas.

En presencia de este lamentable espectáculo, la indignación de Perry no podía contenerse. Su cólera se escapaba entre palabras amenazadoras. Pigmalión no se hallaba tranquilo, ni muchísimo menos, al ver las feroces miradas que el capataz lanzaba sobre él. Así es que determinó dejarle y

dirigirse a Castle-House, con el fin, decía, de reflexionar más despacio acerca de la proposición de venderse que le había hecho Mr. Perry. Y acaso el día no fue suficiente para que madurara su plan, pues cuando le llegó la noche no había tomado ninguna decisión respecto al asunto.

Entretanto, aquel mismo día, algunos de los antiguos esclavos habían vuelto secretamente a Camdless-Bay. Ya se imaginará cuál debió de ser su desolación cuando no encontraron ni una barraca en pie entre tanta ruina y despojo.

James Burbank dio las órdenes necesarias para que se atendiese a sus necesidades del mejor modo posible. Cierta número de estos negros pudo ser alojado en el interior del recinto, en la parte de los cobertizos respetada por el incendio. Se les empleó primeramente en dar sepultura a aquellos de sus compañeros muertos en defensa de Castle-House y a los cadáveres de los bandidos que habían sido muertos en el asalto, pues los heridos se los habían llevado sus camaradas. También se dio sepultura a los dos desgraciados negros degollados en el momento en que Texar y sus cómplices les sorprendieron en su puesto, cerca de la pequeña bahía de San Marino.

Después de atendidas estas obligaciones, James Burbank no podía pensar todavía en la reorganización de su dominio. Era preciso esperar a que la cuestión entre el Norte y el Sur se decidiese en el Estado de Florida. Otros cuidados mucho más graves todavía preocupaban su espíritu. Intentaba todo cuanto estaba en su poder por encontrar las huellas de su hija y de Zermah. Además, la salud de la señora Burbank estaba muy comprometida. Alicia no la dejaba ni un instante; y la cuidaba con solicitud filial. Pero era preciso hacer venir un médico a su lado.

Había uno en Jacksonville que poseía toda la confianza de la familia. Este médico no vaciló un instante en ir a Camdless-Bay en el momento en que se le avisó. Prescribió algunos remedios, sobre todo el reposo y la calma. ¿Pero era esto posible, en tanto que la pequeña Dy no estuviera al lado de su madre? Para conseguir este resultado, James Burbank y Walter Stannard, prescindiendo de Edward Carrol que se veía obligado a no salir en algunos días, decidieron explorar las dos riberas del río. Registraban uno por uno los islotes del San Juan; interrogaban a las gentes del país, se informaban en los más insignificantes caseríos del condado, prometían dinero en gran cantidad a quien proporcionara un indicio cualquiera, pero todos sus esfuerzos eran infructuosos.

¿Cómo se les hubiera podido informar de que era en el fondo de la Bahía Negra donde se hallaba oculta la guarida de Texar? Nadie lo sabía. Y por otra parte, Texar, para mejor sustraer a sus víctimas a todas las investigaciones, ¿no las habría llevado hacia la parte alta del curso del río? ¿No era el territorio bastante grande y no había sobrados escondites en los vastos bosques del centro, en medio de los inmensos pantanos de Florida, en el fondo de sus inaccesibles desiertos, para que el villano pudiese ocultar sus dos víctimas tan perfectamente que no se pudiera, ni por casualidad, llegar hasta ellas?

Al mismo tiempo, por el médico que iba a Camdless-Bay, James Burbank estaba diariamente enterado de lo que pasaba en Jacksonville y en el condado de Duval.

Los federales no habían hecho ninguna demostración nueva sobre el territorio floridiano; esto, por desgracia, era demasiado cierto. ¿Es que tal vez habían recibido instrucciones especiales de Washington, ordenando a las tropas que se detuvieran en la frontera sin franquearla? Semejante actitud hubiera sido desastrosa para los intereses de los unionistas establecidos en los territorios del Sur, y más particularmente para James Burbank, tan comprometido por sus últimos actos, que tanto habían exacerbado a los confederados. Fuese de ello lo que quisiera, era lo cierto que la escuadra del comodoro Dupont se encontraba todavía en los pasos del Saint-Mary; y si la banda de Texar había sido llamada con los tres cañonazos disparados la noche del 2 de marzo era sin duda porque las autoridades de Jacksonville se habían dejado sorprender por una falsa alarma, error al cual debía Castle-House el haber escapado al pillaje y a la devastación.

¿Pero estaría satisfecho Texar, y no pensaría en repetir una expedición que no debía considerar completa, puesto que James Burbank no estaba entre sus manos? Esta hipótesis era poco probable. Sin duda la devastación de Camdless-Bay y el rapto de Dy y de Zermah bastaban por el momento para sus fines. Por otra parte, algunos buenos ciudadanos no habían temido manifestar su disgusto y su desaprobación en el asunto de Camdless-Bay y hacia el jefe de los amotinados de Jacksonville. Pero, fuerza es decirlo: la opinión de estos no era bastante para preocupar a Texar. Dominaba más que nunca el condado de Duval y en su banda de forajidos. Estas gentes vagabundas, aventureros sin escrúpulos, se despachaban a su gusto.

Diariamente se entregaban a toda clase de fiestas, que degeneraban en orgías. El ruido de ellas llegaba hasta la plantación y el cielo reflejaba el fulgor de las iluminaciones, de suerte que se podía tomar su luz por los resplandores de algún nuevo incendio. Las gentes honradas, obligadas a callarse, sufrían el yugo de esta facción, sostenida por el populacho del condado.

Preciso es hacerlo constar; la inacción momentánea de la armada federal venía singularmente en ayuda de las nuevas autoridades del país. Estas se aprovechaban de dicha inacción para hacer correr el rumor de que los nordistas no pasarían las fronteras; que tenían orden de retroceder en Georgia y en las Carolinas; que la península de Florida no sufriría la invasión de las tropas antiesclavistas; que su cualidad de antigua colonia española la ponía fuera de la cuestión que los Estados Unidos querían resolver por la suerte de las armas, etc. En todos los condados se produjo de este modo una corriente más favorable que adversa a las ideas de las cuales se llamaban representantes aquellos partidarios de la violencia. Esto se vio bien claro en diversos puntos, pero sobre todo en la parte septentrional de Florida, del lado de la frontera georgiana, donde las gentes del Norte fueron muy mal tratadas, y los propietarios de plantaciones perseguidos, diseminados sus esclavos, sus talleres, almacenes y fábricas destruidos por el incendio; sus establecimientos devastados por las tropas confederadas, como Camdless-Bay acababa de serlo por las gentes de Jacksonville. Sin embargo, no había indicios, hasta entonces por lo menos, de que la plantación pudiera temer un nuevo ataque. Ni Castle-House un nuevo asedio. Pero ¡cuánto deseaba James Burbank que los federales fuesen dueños del territorio! En el actual estado de cosas no podía intentarse nada contra Texar ni perseguirle ante la justicia por hechos que no podrían ser desmentidos esta vez, ni obligarle a revelar en qué sitio ocultaba a Dy y Zermah, la valerosa mestiza que, como se recordará, había querido quedarse como la última esclava en Camdless-Bay.

En tal situación, ¡qué serie de angustias pasaban James Burbank y los suyos en presencia de esta tardanza tan prolongada! No podían creer, sin embargo, que los federales pensasen en estacionarse en la frontera georgiana. La carta de Gilbert decía claramente que la expedición del comodoro Dupont y del ejército de Sherman tenía Florida por objetivo. Después de esta carta, ¿habrían llegado órdenes contrarias a la bahía de

Edisto? ¿Acaso algún éxito de las tropas confederadas obtenido en Virginia o en las Carolinas obligaría al Gobierno de Washington a detenerse en su marcha hacia el Sur? ¡Qué serie de inquietudes permanentes para esta familia, castigada desde el principio de la guerra! ¡Cuántas catástrofes debía esperar aún!

Así transcurrieron los cinco días siguientes a la invasión de Camdless-Bay. Ninguna noticia de las disposiciones tomadas por los federales, ninguna noticia de Dy ni de Zermah, a pesar de que James Burbank había hecho los imposibles para descubrir sus huellas, y no hubiese dejado transcurrir ni un solo día sin intentar algún nuevo esfuerzo.

Así llegó el día 9 de marzo. Edward Carrol estaba completamente curado. Ya iba, por consiguiente, a poder acompañar a sus amigos para ayudarles en todas las investigaciones que hicieran. La señora Burbank se encontraba todavía en un estado de debilidad extrema. Parecía que su vida amenazaba marcharse con sus lágrimas. En su delirio llamaba a su hija con voz desgarradora; quería correr en su busca; y estas crisis iban seguidas de síncope que ponían su vida en peligro. ¡Cuántas veces temió la pobre Alicia que esta madre infortunada muriese entre sus brazos!

Un solo rumor referente a la guerra llegó a Jacksonville en la mañana del 9 de marzo.

Desgraciadamente, este rumor era a propósito para dar nuevas fuerzas a los partidarios de la idea separatista.

Según dicho rumor, el general confederado Van Dom había rechazado las fuerzas de Curtís el 6 de marzo, en el combate de Bentonville, en Arkansas, y después había obligado a los federales a batirse en retirada sobre Pea-Ridge. En realidad, no había habido más que un ligero tiroteo con la retaguardia de un pequeño cuerpo nordista y este éxito de los sudistas iba a ser bien pronto compensado con la brillante victoria de Pea-Ridge.

Esto bastó, sin embargo, para provocar entre los sudistas un exceso de insolencia sobre la que ya tenían, y en Jacksonville celebraron esta acción sin importancia como una completa derrota del ejército federal. De esto procedían las nuevas orgías y extraordinarias fiestas, cuyo ruido repercutía dolorosamente en Camdless-Bay.

Tales eran los hechos que llegaron a oídos de James Burbank, cuando aquel día, hacia las seis de la tarde, volvió de una nueva exploración en la ribera izquierda del río.

Un habitante del condado de Putnam creía haber encontrado huellas de Dy y de Zermah en el interior de un islote del San Juan, a algunas millas más arriba de la Bahía Negra. En la noche precedente, este hombre decía haber oído como un llamamiento desesperado, y acudía a comunicar el hecho a James Burbank.

Además, el confidente de Texar, Squambo, había sido visto navegando con su esquife alrededor de este islote. No cabía duda de que se había logrado ver al indio, y este detalle fue confirmado por un pasajero del *Shannon*, que, volviendo de San Agustín, había desembarcado cerca de Camdless-Bay.

No era preciso más para que James Burbank se lanzase sobre esta pista. Edward Carrol y él, acompañados de dos negros, entraron en una embarcación y remontaron el curso del río, aprovechando el flujo. Después de haberse dirigido rápidamente hacia el indicado islote, lo habían registrado con cuidado minucioso, pero inútilmente; sólo encontraron algunas cabañas de pescadores, abandonadas ya, que no les revelaron huella ni traza ninguna. Hasta parecía que dichas cabañas no habían sido recientemente ocupadas.

Bajo las arboledas impenetrables del interior no se descubría ni el más leve vestigio de seres humanos.

Nada había en las orillas que indicase siquiera que una embarcación había atracado allí. No encontraron al indio Squambo por ninguna parte; y si había venido a rondar alrededor del islote probablemente no habría desembarcado en él.

Es decir, que esta expedición quedó sin resultado, como tantas otras. Era preciso volver a la plantación con la certidumbre de haber seguido esta vez también una falsa pista.

Como siempre, aquel día James Burbank, Walter Stannard y Edward Carrol hablaban de su inútil expedición en el momento en que se hallaban reunidos en el patio. Hacia las nueve de la noche, Alicia, después de haber dejado a la señora Burbank un poco tranquila, más bien que dormida, en

su habitación, fue a unirse con ellos y supo de sus labios que esta última tentativa no había dado tampoco ningún resultado.

La noche era bastante oscura; la luna, que se hallaba en su primer cuarto, iba a desaparecer bajo el horizonte hacia el Oeste.

Un profundo silencio reinaba en Castle-House, en la plantación y en toda la extensión del río. Los negros que habían vuelto, retirados a los cobertizos y acostados sobre la paja, que remplazaba las camas de sus viviendas, comenzaban a dormirse. El silencio que reinaba sólo era turbado por clamores lejanos, por detonaciones de fuegos artificiales que venían de Jacksonville, donde se celebraba con gran algazara el éxito de los confederados.

Cada vez que estos ruidos llegaban hasta el patio, era un nuevo y doloroso golpe asestado a la desgraciada familia Burbank.

—Será preciso —dijo Edward Carrol—, saber de una vez lo que ha sucedido, y asegurarse de si los federales han renunciado a sus proyectos sobre Florida.

—Sí, es preciso —respondió Stannard—. No podemos vivir más tiempo en esta incertidumbre.

—Tenéis razón. Yo iré a Fernandina mañana mismo, y de este modo sabremos a qué atenernos.

En este momento golpearon ligeramente en la puerta principal de Castle-House, del lado del río.

Un grito iba a escaparse del pecho de Alicia, que se lanzó hacia la puerta. James Burbank la contuvo. Y como no habían respondido al primero, un nuevo golpe resonó más distintamente.

XIV. Durante algunas horas

James Burbank avanzó hacia el umbral. No esperaba a nadie. Pero ¿quién sabe si sería alguna importante noticia de Jacksonville, llevada por John Bruce, a quien ya en otra crítica ocasión había enviado su corresponsal, Mr. Harvey?

El que llamaba lo hizo por tercera vez, con más impaciencia.

—¿Quién está ahí? —preguntó James Burbank.

—Yo —respondieron sencillamente.

—¡Gilbert! —exclamó Alicia.

No se había engañado al escuchar la única palabra que fuera de la casa se había pronunciado. Pero ¿cómo Gilbert en Camdless-Bay? ¡Gilbert, apareciendo de repente en medio de su familia, feliz sin duda por venir a pasar algunos días con ella, y sin saber nada de los desastres que la habían herido!

En un instante, el joven teniente estuvo en los brazos de su padre, en tanto que un hombre que le acompañaba cerraba la puerta con cuidado, no sin haber echado antes una mirada de exploración hacia fuera para convencerse de que nada les amenazaba.

Era Mars, el marido de Zermah, el cariñoso criado del joven teniente Gilbert Burbank.

Después de haber abrazado a su padre, Gilbert se volvió, y reparando en Alicia, le cogió las manos y se las estrechó en un irresistible movimiento de ternura.

—¿Y mi madre? —dijo—. ¿Dónde está mi madre? ¿Es verdad que está moribunda?

—¿Acaso sabes ya... hijo mío...? —preguntó James Burbank.

—Sí, lo sé todo; la plantación devastada por los bandidos de Jacksonville; el ataque de Castle-House, mi madre muerta tal vez.

La presencia del joven en el país, donde corría personalmente tantos peligros, se explicaba ya.

Lo que había pasado era lo siguiente:

Desde la víspera, varios cañoneros de la flotilla del comodoro Dupont habían subido algo por encima de las bocas del San Juan; después de haber remontado parte del río, se vieron obligados a detenerse ante la barra, a cuatro millas más abajo de Jacksonville. Algunas horas más tarde, un hombre que decía ser uno de los guardas del faro de San Pablo, llegó a bordo del cañonero del comandante Stevens, en el cual Gilbert desempeñaba el cargo de segundo. Allí este hombre habló de todo lo que había pasado en Jacksonville, así como de la invasión de Camdless-Bay, de la dispersión de los negros y de la situación de la señora Burbank, acaso moribunda. ¡Júzguese lo que pasaría en el alma de Gilbert al escuchar la relación de tan deplorable acontecimiento!

Entonces sintió un irresistible deseo de ver a su pobre madre. Con permiso del comandante Stevens, dejó la flotilla y entrando en un esquife, acompañado de su fiel Mars, pudo pasar inadvertido (o al menos él así lo creía), en medio de tinieblas, y tomar tierra, media milla más abajo de Camdless-Bay, a fin de evitar el desembarque en el pequeño puerto de la plantación, que acaso estuviera vigilado, y acababa de aparecer bruscamente en medio de la familia.

Pero lo que él ignoraba, lo que no podía saber, era que había caído en un lazo tendido por Texar. Este, a toda costa, había querido procurarse esta prueba que le faltaba para los tribunales de justicia; la prueba de que James Burbank estaba en correspondencia con el enemigo. Así fue que, con este objeto, a fin de atraer al joven teniente a Camdless-Bay, un guarda del faro de San Pablo, que se le había vendido, se encargó de hacer conocer a Gilbert una parte de los hechos de que Castle-House acababa de ser teatro, y más particularmente del estado de su madre. Gilbert partió en las condiciones referidas, y fue espiado durante todo el tiempo que empleó en remontar el río; pero al introducirse por entre los cañaverales que cubren por aquella parte la ribera del San Juan, había logrado, sin darse cuenta de ello, despistar a las gentes de Texar

encargadas de seguirle. No obstante, si estos espías no le habían visto desembarcar en el sitio que lo hizo por bajo de Camdless-Bay, esperaban confiados apoderarse de él a su vuelta, puesto que toda aquella parte de la ribera se encontraba encomendada a su vigilancia.

—¡Madre mía, madre mía! —exclamó Gilbert—. ¿Dónde estás?

—Heme aquí, hijo mío —respondió la señora Burbank.

Al decir esto, apareció en el descansillo de la escalera del patio; bajó lentamente apoyándose en el pasamanos, y se dejó caer sobre un diván, sostenida por Gilbert, que la cubría de besos.

Por adormecida que estuviese, la enferma había percibido la llamada en la puerta de Castle-House. En seguida, reconociendo la voz de su hijo, se había encontrado con bastantes fuerzas para levantarse, bajar, unirse a Gilbert y llorar con él y con todos los suyos sus desgracias.

El joven la estrechaba entre sus brazos.

—¡Madre, madre mía! —exclamaba—. ¡En qué estado te vuelvo a ver! ¡Qué enferma estás! Pero, vivirás; nosotros te curaremos, sí; todos estos malos días van a terminar pronto, y pronto también estaremos reunidos todos. Nosotros te devolveremos la salud. No temas nada por mí, madre mía. Nadie sabrá que Mars y yo hemos venido aquí.

Conforme hablaba Gilbert, que veía a su madre debilitarse, ensayaba a reanimarla con sus caricias.

Entretanto, Mars parecía haber comprendido que Gilbert y él no conocían en toda su extensión la desgracia que había herido a la familia. James Burbank, Carrol y Stannard, silenciosos, inclinaban la cabeza. Alicia no podía contener sus lágrimas. Además, la pequeña Dy no estaba presente, ni Zermah tampoco, que hubiera debido adivinar que su marido estaba en la sala y había llegado a Camdless-Bay, y que la esperaba.

Con estos pensamientos, con el corazón oprimido por la angustia, mirando a todos los rincones del patio, se dirigía a James Burbank para preguntarle:

—¿Qué hay, además, señor?

Pero en aquel instante se levantó Gilbert.

—¿Y Dy? —exclamó—. ¿Es que Dy está acostada? ¿Dónde está mi hermanita?

—¿Dónde está Zermah? —dijo Mars.

Un instante después, el joven oficial y Mars lo sabían todo. Según subían por la ribera, frente a Camdless-Bay, desde el sitio en que habían dejado su esquite, habían visto perfectamente, a pesar de las sombras de la noche, todas las ruinas acumuladas sobre la plantación.

Pero habían llegado a creer que todo se limitaba a algún desastre material, consecuencia de la emancipación de los negros. Ahora ya no ignoraban nada. El uno no encontraba a su hermana en la casa, el otro no hallaba tampoco a su mujer. ¡Y nadie para decirles en qué sitio escondía Texar las víctimas secuestradas desde hacía seis días!

Gilbert volvió a arrodillarse junto a su madre, y mezclaba sus lágrimas a las de ella. Mars, con la faz inyectada y el pecho palpitante, iba y venía de un lado a otro sin poder contenerse. Al fin su cólera estalló.

—¡Voy a matar a Texar! —exclamó—. Iré a Jacksonville mañana, esta noche.

—Sí, vamos, Mars, vamos —respondió Gilbert.

James Burbank les detuvo.

—Si no hubiese habido más que eso, no hubiera esperado yo a que tú vinieras, hijo mío. Sí; ese miserable hubiera pagado ya con su vida todo el mal que nos ha causado. Pero ante todo es preciso que diga lo que él solo puede decir. Y cuando yo te hablo así, Gilbert, cuando a Mars y a ti os recomiendo que esperéis, es que es preciso esperar.

—Sea, padre mío —respondió el joven—; pero al menos registraré el territorio, buscaré.

—¿Y crees tú que no lo he hecho ya? —exclamó Burbank—. Ni un solo día ha pasado sin que hayamos recorrido las riberas del río, los alrededores de la Bahía Negra, los islotes que pueden servir de guarida a Texar. Ni un solo indicio, nada hemos hallado que pudiera ponernos sobre la pista de las infelices secuestradas, ¡de tu hermana, Gilbert; de tu mujer,

Mars! Carrol y Stannard lo han intentado todo conmigo. Hasta aquí nuestras investigaciones han sido inútiles.

—Pero ¿por qué no acudir a las autoridades de Jacksonville? ¿Por qué no perseguir ante los tribunales a Texar, como culpable de haber lanzado esa tropa de bandidos sobre Camdless-Bay, y de haber secuestrado...?

—¿Por qué? —respondió James Burbank—. Porque Texar domina ahora por completo en el país; porque todo el que es honrado, tiembla ante esa banda de forajidos que está a sus órdenes porque el populacho está a su favor, así como las milicias del condado.

—¡Yo iré a matar a Texar! —repitió Mars, como si estuviese bajo la obsesión de una idea fija.

—Ya le matarás cuando sea tiempo de ello —respondió James Burbank—. Ahora, hacer tal cosa sería agravar la situación.

—¿Y cuándo? —preguntó Gilbert.

—Cuando los federales sean dueños de Florida, cuando hayan tomado a Jacksonville.

—¿Y si entonces es demasiado tarde?

—¡Hijo mío, hijo mío, no digas eso, yo te lo suplico! —exclamó la señora Burbank.

—No, Gilbert, no digáis eso —añadió Alicia.

James Burbank cogió la mano de su hijo entre las suyas.

—¡Gilbert, escúchame! —le dijo—. Nosotros queríamos, como tú y como Mars, hacer en Texar una justicia inmediata en el caso de que se hubiera negado a confesar lo que ha sido de Dy y de Zermah. Pero en interés de tu hermana, en interés de tu mujer, Mars, nuestra cólera ha debido ceder ante la prudencia.

Todo hace creer, en efecto, que entre las manos de Texar, Dy y Zermah son rehenes, con los cuales él se ha procurado una salvaguardia. Ese miserable deber temer, y con razón, el ser perseguido por haber ocupado el puesto de los honrados magistrados de Jacksonville, por haber

desencadenado una banda de malhechores sobre Camdless-Bay, por haber incendiado y saqueado la plantación de un nordista. Si yo no lo creyese así, Gilbert, ¿te hablaría con esta convicción? ¿Tendría la suficiente energía para esperar?

—¿Y no estaría yo muerta? —dijo la señora Burbank.

La desgraciada madre había comprendido que, si su hijo iba a Jacksonville, caería en manos de Texar. ¿Y quién, entonces, hubiera podido salvar a un oficial de la armada federal caído en poder de los sudistas, en el momento en que los federales amenazaban Florida?

Sin embargo, el joven oficial no era dueño de sí. Se obstinaba en partir, y, como Mars, repetía: «¡Yo mataré a Texar!».

—Vamos, pues —dijo este.

—Tú no irás, Gilbert.

La señora Burbank se había levantado haciendo un supremo esfuerzo, y fue a colocarse delante de la puerta. Pero, aniquilada por este esfuerzo, y no pudiendo sostenerse, cayó al suelo.

—¡Madre mía! —gritó el joven.

—¡Quedaos, Gilbert! —dijo Alicia.

Fue preciso conducir a la señora Burbank a su habitación, donde quiso permanecer a su lado. Después, James Burbank se reunió de nuevo con Edward Carrol y Walter en el patio.

Gilbert estaba sentado en el diván, con la cabeza apoyada entre las manos; Mars, un poco retirado, no hablaba una palabra.

—Ahora, Gilbert —dijo James Burbank—, estás en posesión de ti mismo; habla, pues. De lo que vas a decirnos dependerán las resoluciones que hemos de tomar. Nosotros no tenemos esperanza más que en la pronta llegada de los federales al condado. ¿Han renunciado a su proyecto de ocupar Florida?

—No, padre mío.

—¿Dónde están?

—Una parte de la escuadra del comodoro Dupont se dirige en este momento hacia San Agustín, a fin de establecer el bloqueo de la costa.

—Pero ¿no piensan en hacerse dueños del condado de San Juan?
—preguntó vivamente Edward Carrol.

—Toda la parte baja del curso del río nos pertenece —respondió el joven teniente—; nuestros cañoneros están ya anclados en el río, a las órdenes del comandante Stevens.

—¿Están en el río y no han procurado todavía apoderarse de Jacksonville? —exclamó Stannard.

—No, pues los buques se han visto obligados a detenerse ante la barra a cuatro millas aproximadamente por bajo del puerto.

—¡Los cañoneros detenidos por un obstáculo insuperable! —dijo James Burbank.

—¡No, padre mío! —respondió Gilbert—. Detenidos por falta de agua. Es preciso esperar que la marea sea bastante fuerte para que podamos pasar esta barra; y aun así, la operación será bastante difícil. Pero Mars conoce perfectamente los pasos, y él es el que nos va a servir de práctico.

—¡Esperar! ¡Siempre esperar! —exclamó James Burbank—. ¿Y cuántos días?

—Tres a lo más, y veinticuatro horas solamente si el viento nos viene favorable, y nos empuja, prestándonos fuerza para pasar la barra.

¡Tres días o veinticuatro horas! ¡Cuán largo va a parecer este tiempo para los habitantes de Castle-House! Y, entretanto si los confederados comprendiesen que no pueden defender la ciudad, si la abandonasen como han abandonado a Fernandina, el fuerte Clinch y los otros puntos de Georgia y de Florida septentrional, ¿no huiría Texar con ellos? Y, entonces, ¿a qué punto podría irse a buscarle?

Y, sin embargo, dirigirse a él en el momento en que daba e imponía la ley en Jacksonville, en que el populacho le sostenía con sus violencias, era imposible. No había remedio; era preciso esperar.

Stannard preguntó a Gilbert si era verdad que los federales habían sufrido un descalabro en el Norte y qué consecuencias se podían esperar de la derrota de Bentonville.

—La victoria de Pea-Ridge —respondió el joven teniente—, ha permitido a las tropas de Curtis recobrar el terreno perdido en un instante. La situación de los nordistas es excelente; ahora asegurar su éxito completo en un plazo fijo, es difícil de decir. Cuando hayan ocupado los puntos principales de Florida, impedirán el contrabando de guerra que se hace por los pasos del litoral, y las municiones y las armas no tardarán en faltar a los confederados. En consecuencia, antes de poco tiempo este territorio habrá recobrado la calma y seguridad bajo la protección de nuestra escuadra. Sí... ¡Dentro de algunos días! ¡Pero, entretanto...!

La idea de su hermana, expuesta a tantos peligros, le vino a la imaginación con tal fuerza, que Burbank mismo hubo de llevar la conversación a otro asunto, y empezó a tratar la cuestión de los beligerantes. ¿No podía Gilbert darles aún algunas otras noticias que no hubiesen podido llegar a Jacksonville o por lo menos a Camdless-Bay?

Había, en efecto, algunas, y de gran importancia para los nordistas de los territorios de Florida.

Ya se recordará que, a consecuencia de la victoria de Donelson, el Estado de Tennessee, casi entero, había entrado bajo la dominación de los federales. Estos, combinando un ataque simultáneo de su ejército y su flota, pensaban hacerse dueños de todo el curso del Mississippi. Habían bajado por el curso de este río hasta la isla 10, donde sus tropas iban a ponerse en contacto con la división del general Beauregard, encargado de la defensa del río. El 24 de febrero, las brigadas del general Pope, después de haber desembarcado en Commerce, en la ribera derecha del río, acababan de rechazar el cuerpo de ejército de J. Thomson; pero llegadas a la isla 10 y a la población de Nueva Madrid, se vieron obligadas a detenerse ante el formidable sistema de defensa preparado por Beauregard. Si desde la derrota de Donelson y de Nashville todas las posiciones del Mississippi, por la parte superior de Memphis, se podían considerar como perdidas, en cambio, se podían todavía defender muy bien las que se encontraban en la parte inferior. En este punto era donde iba a librarse en breve una batalla, acaso decisiva en toda la guerra.

Pero, entretanto, la rada de Hampton-Road, a la entrada de James-River (río de Santiago), había sido teatro de un combate memorable. En este combate acababan de ponerse a prueba las primeras muestras de esos navíos acorazados cuyo empleo ha cambiado la táctica naval y modificado las marinas del Antiguo y del Nuevo Mundo.

Con fecha 5 de marzo, el acorazado *Monitor*, buque federal construido por el ingeniero sueco Ericsson, y el *Virginia*, antiguo *Merrimack*, transformado, se hallaban prestos a lanzarse al mar, el uno en Nueva York, el otro en Norfolk.

Hacia esta época una división federal, reunida bajo las órdenes del capitán Marston, se encontraba anclada cerca de Newport-News. Esta división se componía de los buques *Congress*, *Saint-Laurence* y *Cumberland*, y de dos fragatas de vapor.

De repente, el 2 de marzo por la mañana, aparece el *Virginia*, mandado por el capitán Buchanan. Seguido de algunos otros buques de menor importancia, se arroja primero sobre el *Congress*, después sobre el *Cumberland*, al cual atraviesa con su espolón y echa a fondo, con ciento veinte hombres de su tripulación. Volviendo después sobre el *Congress*, le destroza a cañonazos y por último le entrega a las llamas. La noche solamente le impidió destruir los otros tres buques de la escuadra federal.

Difícilmente podría imaginarse el efecto que produjo esta victoria de un pequeño buque acorazado sobre los navíos de alto bordo del Gobierno de la Unión. Esta noticia se propagó con rapidez verdaderamente maravillosa, produciendo consternación profunda entre todos los partidarios del Norte, puesto que un *Virginia* podía llegar hasta el mismo río Hudson y echar a pique los buques de Nueva York, y, al mismo tiempo, una alegría excesiva entre los sudistas que veían ya el bloqueo levantado y el comercio libre de nuevo en todas sus costas.

Era precisamente este éxito marítimo el que había sido tan calurosamente celebrado la víspera en Jacksonville. Los confederados podían creerse ya al abrigo de los ataques de la escuadra federal. Acaso, pensaban, las consecuencias de esta victoria de Hampton-Road harán que la flotilla del comodoro Dupont sea llamada inmediatamente hacia el Potomac o el Chesapeake. Ningún desembarco amenazaría ya a Florida. Las ideas esclavistas, apoyadas por la parte más violenta de las poblaciones del Sur, triunfarían indudablemente.

Esto sería la consolidación de Texar y sus partidarios en una situación en que tanto mal podían hacer.

Pero los confederados se habían precipitado al gozar del triunfo; y estas noticias, conocidas ya en el Norte de Florida, las completó Gilbert concretando los rumores que circulaban hasta el momento en que él había dejado uno de los cañoneros del comandante Stevens.

El segundo día de combate naval en Hampton-Road fue efectivamente de un éxito muy distinto al primero. En la mañana del 9 de marzo, en el momento en que el *Virginia* se disponía a lanzarse sobre la *Minnesota*, una de las fragatas federales, apareció ante él un enemigo cuya presencia ni siquiera sospechaba. Era una máquina extraña, que se había desprendido de un costado de la fragata, «una caja de queso colocada sobre una balsa», dijeron que era los confederados. Esta caja de queso era el *Monitor*, mandado por el teniente Warden. Había sido enviado por aquellos sitios para destruir las baterías del Potomac; pero llegado a la embocadura del James-River, el teniente Warden oyó los cañonazos de Hampton-Road, y durante la noche condujo el *Monitor* al sitio del combate.

Situados a diez metros el uno del otro, estas dos formidables máquinas de guerra, se cañonearon durante cuatro horas. Después se abordaron sin gran resultado. Al fin, el *Virginia*, destrozado hasta su línea de flotación y próximo a hundirse, se vio obligado a huir en dirección de Norfolk. El *Monitor*, que debía zozobrar también nueve meses más tarde, había vencido completamente a su rival. Gracias a él, el Gobierno federal acababa de recobrar su superioridad en las aguas de Hampton-Road, allí donde pocas horas antes había sufrido un descalabro.

—No, padre mío —dijo Gilbert terminando su relato—; nuestra escuadra no ha sido llamada hacia el Norte. Los seis cañoneros del capitán Stevens han anclado delante de la barra del San Juan, y yo os lo afirmo, dentro de tres días, a lo más, seremos los dueños del río y de Jacksonville.

—Bien ves entonces, Gilbert, que es preciso esperar y volverte de nuevo a bordo. Pero ¿no temes que mientras remontabas el río para venir a Camdless-Bay te hayan seguido?

—No, padre mío —respondió el joven teniente—. Tanto Mars como yo debemos haber pasado sin ser vistos.

—¿Y ese hombre que ha ido a comunicarte lo que había pasado en la plantación, el incendio, el saqueo, la enfermedad de tu madre? ¿Quién es ese hombre?

—Ha dicho que es uno de los guardianes que han sido despedidos del faro de San Pablo, y venía a prevenir al comandante Stevens del peligro que corrían los nordistas en esta parte de Florida.

—¿Sabía él que tú estabas a bordo?

—No, y hasta parece que se ha sorprendido mucho al saberlo —replicó el joven teniente—. Pero ¿por qué todas esas preguntas, padre mío?

—Es que temo siempre algún lazo por parte de Texar. El sospecha, más que sospecha, sabe que tú sirves en la marina federal. Acaso haya sabido que estabas a las órdenes del comandante Stevens, y temo que haya querido atraerte...

—No temáis nada, padre mío. Hemos llegado a Camdless-Bay sin que nadie nos haya visto remontar el río, y lo mismo sucederá cuando nos volvamos.

—¡Para ir a bordo, no a otra parte!

—Os lo he prometido, y os lo cumpliré, padre mío. De vuelta a bordo estaremos Mars y yo antes que sea de día.

—¿A qué hora partiréis?

—Al descenso de la marea; es decir, hacia las dos y media de la mañana.

—¿Quién sabe lo que sucederá! —dijo Edward Carrol—. Acaso los cañoneros de Stevens no estén detenidos durante tres días delante de la barra del San Juan.

—En efecto, hasta que el viento sea favorable para empujar bastante agua sobre la barra —respondió el joven teniente—. Aunque debiéramos sufrir una tempestad, me alegraría que sobreviniese. ¡Que podamos nosotros hallarnos frente a frente a esos miserables, y entonces...!

—¡Yo mataré a Texar! —repitió Mars.

Era ya algo más de medianoche. Gilbert y Mars no debían abandonar Castle-House antes de dos horas largas, puesto que era preciso esperar a que la marea descendiese y les permitiera reunirse a la escuadrilla del comandante Stevens. La oscuridad sería entonces bastante profunda, y había muchas probabilidades de que pudieran pasar inadvertidos aunque hubiese numerosas embarcaciones con la misión de vigilar el curso del San Juan por la parte inferior de Camdless-Bay.

Gilbert quiso, entretanto, subir al lado de su madre. Cuando entró en la alcoba de esta, vio a Alicia sentada a la cabecera del lecho. La señora Burbank, aniquilada por el último esfuerzo que acababa de hacer, había caído en una especie de letargo muy agitado, a juzgar por los sollozos y suspiros que se escapaban de su pecho.

El joven no quiso turbar este estado de sopor en el cual había más abatimiento que sueño. Se sentó cerca del lecho, después que Alicia le hubo hecho señas de que no hablara. Así, silenciosamente, velaron juntos a aquella pobre mujer, a quien la desgracia acaso no había concluido de herir todavía. Pero ¿qué necesidad de palabras tenían ellos para cambiar sus pensamientos? Ninguna. Ambos sufrían el mismo tormento y se comprendían sin decirse nada, porque se hablaban con el corazón.

En fin, la hora de salir de Castle-House llegó. Gilbert se levantó, tendió la mano a Alicia y ambos se inclinaron sobre la señora Burbank, cuyos ojos, medio cerrados, no pudieron ver a los jóvenes.

Después, Gilbert puso sus labios suavemente sobre la frente de su madre, que la joven besó también después de él. La señora Burbank experimentó algo como un doloroso estremecimiento; pero no vio a su hijo retirarse, ni a Alicia seguirle para darle el último adiós.

Gilbert y ella se reunieron con James Burbank y sus amigos, que no habían salido del patio. Mars, que había salido a explorar los alrededores de Castle-House, entraba en aquel momento.

—Es hora de partir, padre mío —dijo el joven oficial.

—Sí, Gilbert —respondió James Burbank—. ¡Parte, pues! Ya no nos veremos hasta que lo hagamos en Jacksonville.

—Sí, hasta Jacksonville; es decir, hasta mañana mismo, si la marea nos permite franquear la barra.

—¡Pero es preciso vivir para entonces; no lo olvides, Gilbert!

—Sí, viviremos.

El joven abrazó a su padre, estrechó las manos de su tío Edward y de Stannard, y después, abriendo la puerta dijo:

—Vamos, Mars.

Los dos, remontando la ribera derecha del río, a lo largo de los límites de la plantación, marcharon rápidamente durante media hora. No encontraron a nadie por el camino. Llegados al sitio en que habían dejado escondido su esquife, entre un espeso macizo de cañas, se embarcaron para tomar el curso de la corriente que debía arrastrarlos con rapidez hada la barra del San Juan.

XV. Sobre el San Juan

El río estaba entonces desierto en aquella parte de su curso. Ni una sola luz aparecía en la ribera opuesta. Las luces de Jacksonville se ocultaban detrás del recodo que hace la bahía de Camdless-Bay, extendiéndose hacia el Norte. Solamente sus reflejos subían por encima, tiñendo de resplandores rojizos la capa de nubes más próximas.

Aunque la noche estuviera oscura, el esquife podía tomar fácilmente la dirección de la barra; pero como no se desprendía ningún vapor de las aguas del río, hubiera sido fácil perseguir el esquife si alguna embarcación confederada lo hubiera esperado al paso, cosa que Gilbert y su compañero no creían fuera motivo de temer.

Ambos, absortos en el mismo dolor, guardaron un profundo silencio.

Ciertamente, en lugar de ir río abajo hubieran querido atravesarlo para ir a buscar a Texar hasta Jacksonville, y encontrarse frente a frente con él.

En vez de descender por el San Juan, hubieran deseado remontarlo para registrar todos los bosques y todas las bahías de sus riberas. Donde James Burbank no había encontrado nada, ellos encontrarían tal vez. Y sin embargo, comprendían que era más prudente esperar. Cuando los federales fuesen dueños de Florida, Gilbert y Mars podrían obrar con más probabilidades de éxito en lo que se relacionaba con Texar. Por otra parte, el deber les ordenaba llegar antes que fuese de día a la flotilla del comandante Stevens. Si la barra se encontraba practicable más pronto de lo que se esperaba, era preciso que el joven teniente estuviera en su puesto de combate, y Mars en el suyo, para conducir los cañoneros a través del canal, cuya profundidad y sinuosidades conocía mejor que nadie.

Mars, sentado en la popa del ligero esquife, manejaba su remo con vigor. Delante de él, Gilbert observaba cuidadosamente el curso del río en su parte superior, presto a señalar cualquier obstáculo o cualquier peligro que se presentara bien fuese alguna barca o algún tronco arrastrado por la corriente de las aguas. Después de haberse apartado oblicuamente de la

ribera derecha, a fin de tomar el centro del canal, la ligera embarcación no tenía más que dejarse llevar por el curso de la corriente, adquiriendo rapidez en la marcha por sí misma. Hasta entonces bastaba un movimiento de la mano de Mars, bien dado a babor, bien a estribor, para que llevase una dirección conveniente.

Verdad es que hubiera sido mejor no alejarse de la faja de sombra que proyectaban sobre la orilla del río los árboles y las cañas gigantescas de la ribera del San Juan. A lo largo, bajo la sombra oscura de las espesas ramas, se corrían menos riesgos de ser vistos; pero un poco más abajo de Camdless-Bay, un recodo muy acentuado del río envía la corriente hacia el lado opuesto. Allí se forma un gran remanso que hubiera hecho la marcha del esquife infinitamente más lenta y penosa. Así es que Mars, no viendo nada sospechoso río abajo, procuró abandonarse a las rápidas aguas del centro, que descienden ligeramente hacia la desembocadura. Desde el pequeño puerto de Camdless-Bay hasta el sitio en que la flotilla estaba anclada por bajo de la barra, habría aproximadamente cuatro o cinco millas, y con la ayuda de la corriente, bajo el empuje del brazo vigoroso de Mars, el esquife no tendría dificultad ninguna en recorrerlas en dos horas. Estarían, por consiguiente, de vuelta a bordo antes que las primeras luces del día hubiesen iluminado la superficie del San Juan.

Un cuarto de hora después de su embarque, Gilbert y Mars estaban en pleno río. Pero, una vez allí, comprendieron que si su rapidez era considerable, la dirección de la corriente les llevaba hacia Jacksonville. Acaso inconscientemente, Mars empujaba hacia este lado, como si se sintiera atraído por irresistible tentación. Sin embargo, era preciso evitar aquel lugar maldito, cuyos alrededores debían estar vigilados con más atención que toda la parte central del río.

—¡Derecho, Mars, derecho! —se contentó con decir el joven marino.

El marido de Zermah obligó al esquife a seguir el curso de la corriente a un cuarto de milla de la ribera izquierda.

El puerto de Jacksonville no estaba sombrío ni silencioso durante la noche. Numerosas luces se veían correr sobre los muelles y oscilar en las embarcaciones y en la superficie de las aguas. Algunas cambiaban de sitio rápidamente, como si se hubiera organizado una activa vigilancia en un extenso radio.

Al mismo tiempo, cánticos, mezclados con gritos, indicaban que los placeres y las orgías continuaban perturbando la ciudad. Parecía que Texar y sus partidarios seguían creyendo en la derrota de los nordistas en Virginia y en la retirada probable de la armada federal de las costas de Florida, o acaso aprovechaban los últimos días de su dominación para entregarse a todos los excesos, en medio de una población ebria de *whisky* y de gin.

Entretanto el esquife continuaba deslizándose a lo largo de la corriente. Gilbert tenía ya motivo para creer que bien pronto estaría al abrigo de todos los peligros que hubieran podido amenazarle, desde el instante que había pasado de Jacksonville. Mas, de repente, hizo a Mars una seña para que se detuviera. A menos de una milla por bajo del puerto acababa de descubrir una línea de manchas negras, sembradas como una serie de escollos de una ribera del río a la otra.

Era una línea de embarcaciones apostadas en aquel sitio, que impedían el paso del San Juan.

Evidentemente, si los cañoneros llegaban a franquear la barra, aquellas embarcaciones eran impotentes para detenerlos, y no tendrían otro remedio que batirse en retirada; pero en el caso de que las chalupas federales intentaran remontar el río, podrían muy bien oponerse a su paso. Sin duda, por esta razón, habían venido allí durante la noche a formar una línea de observación y defensa. Todas estaban inmóviles a través del San Juan, sea que se mantuviesen así con sus remos, sea que estuvieran sujetas con dobles anclas. Aunque no se les veía, no cabía duda alguna de que a bordo de ellas había gran número de hombres armados para la ofensiva y para la defensiva.

Sin embargo, Gilbert observó que la línea de embarcaciones no obstruía todavía el paso del río cuando él había subido por allí para llegar a Camdless-Bay. Esta precaución no había sido tomada hasta después del paso del esquife; y acaso en previsión de un ataque, que en realidad no era de temer en el momento en que el joven teniente dejaba la flotilla del comandante Stevens.

Fue preciso, pues, abandonar el centro del río a fin de procurar ocultarse lo más posible a lo largo de la ribera derecha. Tal vez, pensaban, el esquife pasará sin ser notado, maniobrando por entre los cañaverales y a la sombra de los árboles de la orilla. En todo caso, no existía otro medio de

evitar el obstáculo que en su marcha se presentaba.

—Mars, trata de remar sin ruido hasta el momento en que hayamos pasado esa línea —dijo el joven teniente.

—Está bien, Mr. Gilbert.

—Quizás haya que luchar con los remolinos; si es preciso ayudarte lo haré.

—No es necesario —respondió Mars.

Y haciendo virar su esquife, lo dirigió rápidamente del lado de la ribera derecha, cuando no estaba ya más que a trescientas yardas de la línea de embarcaciones.

Puesto que el esquife no había sido visto mientras atravesaba oblicuamente el río, que es donde más fácilmente hubiera podido serlo, ahora que se confundía con las sombrías masas de la orilla, era imposible que fuera descubierto. A no ser que la extremidad de la línea de embarcaciones se apoyase en la misma ribera, era indudable que el esquife podría franquearla; pero en medio del río, es decir, en el canal mismo, hubiera sido más que imprudente al intentarlo.

Mars remaba en medio de una oscuridad que hacía más profunda todavía la espesa cortina de los árboles. Evitaba cuidadosamente tropezar con los troncos de árboles cortados, cuyas cabezas emergían en muchos puntos, y el remar demasiado fuerte, hiriendo el agua con suavidad, aun cuando a veces tenía que vencer una contracorriente, que ciertas derivaciones de los remolinos hacían bastante ruda. Marchando en estas condiciones, Gilbert retrasaría una hora, sin duda, su llegada; pero poco importaría que entonces fuese ya de día, pues estaría bastante cerca del sitio en que los cañoneros estaban anclados para no tener nada que temer de las embarcaciones de Jacksonville.

Hacia las cuatro de la mañana, el esquife había llegado a la altura de la línea de embarcaciones. Como Gilbert lo había previsto, dada la poca profundidad del río en este sitio, el paso había sido dejado libre en toda la longitud de la ribera. Un poco más allá, una punta que se internaba en el San Juan destacaba confusamente su masa negra, cubierta de gigantescos bambúes.

Se trataba, pues, de bordear esta punta, muy oscura por la parte alta del río. Por la parte baja, al contrario, las masas de verdura cesaban bruscamente y el litoral, menos en declive por efecto de su aproximación a la desembocadura del San Juan, se desarrollaba en una serie de bahías y pantanos, formando una especie de playa muy baja y muy descubierta. No había allí ni un árbol; por consecuencia, nada de cortina que les prestase oscuridad. Las aguas mismas, por esta razón, se presentaban mucho más claras. No era, pues, imposible que un punto negro y movedizo como el esquife, demasiado pequeño para que dos hombres pudiesen echarse en él, fuese visto por alguna embarcación que rondase a lo largo de la punta.

Más allá, es cierto, los remolinos no se sentían ya. Era una corriente bastante viva que seguía la dirección de la ribera, sin buscar la del canal. Si el esquife doblaba felizmente esta punta, sería rápidamente arrastrado hacia la barra y llegaría en poco tiempo al punto en que se estacionaban los cañoneros del comandante Stevens.

Para conseguirlo, Mars se escurría a lo largo de la ribera con una extrema prudencia. Sus ojos procuraban atravesar las tinieblas, observando la parte baja del curso del río. Iba tocando a la orilla lo más posible, luchando contra el remolino, que era todavía muy violento al chocar con la punta. El remo se plegaba al impulso de sus brazos vigorosos, mientras que Gilbert, con la mirada vuelta hacia la parte superior del río, no cesaba de examinar su extensa superficie.

Entretanto, el esquife se aproximaba poco a poco a la punta. Algunos minutos más, y habría alcanzado su extremidad, que se prolongaba en la forma de una lengua de tierra. No distaban ya más que unas veinticinco o treinta yardas, cuando de repente, Mars se detuvo.

—¿Estás cansado? ¿Quieres que te remplace? —preguntó el joven teniente.

—¡Ni una palabra, Mr. Gilbert! —respondió Mars.

Y, al mismo tiempo, de dos violentos golpes de remo lanzó el esquife oblicuamente, como si hubiera querido estrellarse contra la orilla. Tan pronto como estuvo al alcance de su mano, se agarró a una de las ramas que pendían sobre las aguas, y después, apoyándose en ella, hizo desaparecer la ligera embarcación entre un oscuro escondite de verdura. Un instante después, arrollada la amarra del esquife a las ramas de un

bambú, Gilbert y Mars, inmóviles, se encontraban en medio de una oscuridad tan densa que ni ellos mismos podían verse.

Esta maniobra no había durado diez segundos.

El joven teniente cogió entonces por el brazo a su compañero con intención de pedirle explicación de todo aquello, cuando Mars, extendiendo el brazo a través del follaje, mostró un punto movable sobre la parte menos sombría de las aguas.

Era una lancha tripulada por cuatro hombres. Esta lancha remontaba la corriente después de haber doblado la lengua de tierra y llevaba la dirección como si se dispusiese a ir a lo largo de la ribera por encima de la ensenada de arena.

Gilbert y Mars tuvieron entonces el mismo pensamiento. Ante todo, y a pesar de todo, volver a bordo. Por consiguiente, si el esquife era descubierto, no dudarían en saltar a tierra, y metiéndose por entre los árboles huirían por la ribera hasta la altura de la barra.

Después, cuando fuese de día, ya haciendo señales al más próximo de los cañoneros, ya llegando hasta él a nado, harían todo lo que fuese humanamente posible para llegar a su puesto.

Pero un instante después iban a comprender que tenían cortada la retirada por tierra. En efecto, cuando la lancha llegó casi frente al esquife, a unos veinte pies de la espesura en que este se ocultaba, se entabló una conversación entre las gentes que tripulaban la lancha y otra media docena de personas, cuyas sombras aparecían por entre los árboles, sobre el ribazo de la costa.

—¿Está hecho lo más difícil? —gritaron desde tierra.

—Sí —respondió un hombre desde la lancha—; doblar esta punta con la marea baja es tan difícil como remontar un rápido.

—¿Vais a anclar en este sitio ahora que hemos desembarcado sobre la punta?

—Sin duda alguna, en medio del remolino, así guardaremos mejor la extremidad de la línea de barcas.

—Está bien; durante este tiempo, nosotros vigilarémos la ribera, y a menos que se arrojen en los pantanos, tengo la creencia de que no se nos escaparán.

—¿Y si lo han hecho ya?

—No, no es posible. Han de intentar volver a bordo antes que sea de día. Como no pueden franquear la línea de embarcaciones, probarán a deslizarse a lo largo de la ribera, y nosotros estaremos aquí para detenerlos en su marcha.

Este breve diálogo era suficiente para hacer comprender lo que había sucedido. La salida de Gilbert y de Mars debió de haber sido notada. En esto no cabía duda.

Si mientras remontaban el río para llegar al puente de Camdless-Bay habían podido escapar a las embarcaciones encargadas de cortarles el paso, ahora que el río estaba interceptado y que se les espiaba la vuelta, les sería bien difícil, si no imposible, llegar al sitio en que anclaban los cañoneros.

En suma; en aquellas condiciones, el esquife se encontraba preso entre los hombres de la embarcación y los que acababan de desembarcar en la punta. Por consiguiente, si la huida había llegado a ser imposible descendiendo por el río, no lo era menos por el estrecho camino que quedaba en tierra entre las aguas del San Juan y los pantanos del litoral.

Gilbert, pues, acababa de saber que su viaje por el San Juan había sido conocido, pero pensaba que acaso ignorasen que su compañero y él habían desembarcado en Camdless-Bay, y sobre todo que uno de ellos fuese el hijo de James Burbank, oficial de la marina federal, y el otro uno de sus marineros. No sucedía nada de esto desgraciadamente, y el joven oficial no pudo ya dudar del peligro que le amenazaba cuando escuchó las últimas frases que aquellas gentes cambiaron entre sí.

—Conque..., velad bien —dijeron desde tierra.

—¡Sí, sí! —contestaron los del río—. Un oficial federal es siempre buena presa, tanto más si este oficial es el propio hijo de uno de los condenados nordistas de Florida.

—Y que esto nos será bien pagado, puesto que es Texar quien paga.

—Es posible, sin embargo, que no consigamos apoderarnos de ellos esta noche, si han logrado ocultarse en algún escondite de la ribera; pero cuando sea de día, registraremos bien todos los agujeros, de modo que no pueda escaparse ni una rata.

—No olvidemos que hay recomendación expresa de cogerlos vivos.

—¡Sí, convenido! Y en el caso de que los arrestemos en la ribera, no tendremos más que avisar para que la lancha venga a recogerlos, a fin de conducirles a Jacksonville.

—Sí. Pero no será necesario, porque, a menos que haya necesidad de darles caza, aguardaremos anclados aquí.

—Y nosotros en nuestro puesto, a través del camino.

—Pues, ¡vamos! ¡Buena suerte! Verdaderamente, mejor hubiera sido pasar la noche bebiendo en las tabernas de Jacksonville.

—Sí, sobre todo si esos dos truhanes se nos escapan. Pero, no; mañana por la mañana se los presentaremos atados de pies y manos a Texar.

Después de esta conversación, la lancha se alejó a una distancia de dos remos. El ruido de una cadena que se desenrollaba indicó que su ancla estaba en el fondo. En cuanto a los hombres que ocupaban el borde de la ribera, si no se les oía hablar, se escuchaba el ruido de sus pasos sobre las hojas secas desprendidas de los árboles.

Por consiguiente, tanto por el lado del río como por tierra, era imposible la fuga.

Acerca de esto reflexionaban Gilbert y Mars. Ni uno ni otro habían hecho un solo movimiento ni pronunciado una sola palabra. Nada, por consiguiente, podía denunciar la presencia del esquite en aquel sitio, embutido como estaba contra la espesura del ramaje. Pero aquel escondite constituía una verdadera prisión, de la cual era imposible huir. Admitiendo que no fuesen descubiertos durante la noche, ¿cómo escaparían a las miradas de sus perseguidores cuando fuese de día? Además, la captura del joven teniente significaba no sólo su vida amenazada, de la cual había hecho ya voluntario sacrificio como soldado,

sino que, si llegaba a probar que había desembarcado en Castle-House, su padre sería de nuevo reducido a prisión por los partidarios de Texar, acusando a James Burbank de estar en connivencia con los federales, lo cual probarían con facilidad. Si la prueba le había faltado a Texar cuando acusó por vez primera a James Burbank, no le faltaría en esta ocasión, cuando tuviese a Gilbert en su poder. Y entonces, ¿qué sería de la señora Burbank? ¿Qué sería de Dy y de Zermah, cuando el padre, el hermano, el marido, no pudiesen ya continuar sus investigaciones?

Todos estos pensamientos se presentaron en un instante en la mente del joven oficial, adivinando en seguida las fatales consecuencias de tales hechos.

Así, pues, en el caso de que ambos fueran presos, no quedaría más que la esperanza de que los federales se apoderaran de Jacksonville antes que Texar tuviese tiempo de ponerse en salvo y de hacer mayores daños. Puede ser que entonces se les libertara bastante a tiempo para que la sentencia, a la cual seguramente no escaparían, no fuese ejecutada. ¡Sí, toda esperanza estaba allí, y no había otra, ni había que buscarla en ninguna otra parte! Pero ¿cómo apresurar la llegada del comandante Stevens y de sus cañoneros hacia la parte superior del río? ¿Cómo franquear la barra del San Juan, si el agua faltaba todavía? ¿Cómo guiar la flotilla a través de las sinuosidades del canal, si Mars, que debía dirigirla, caía entre las manos de los sudistas?

Gilbert debía, pues, arriesgar hasta lo imposible por volver a bordo antes que fuese de día, y ante todo era preciso partir sin perder un instante. ¿Era esto practicable? ¿No podía Mars, lanzando violentamente el esquife a través de los remolinos, devolverle la libertad? Mientras que las gentes que desde la embarcación vigilaban perdían el tiempo, ya en levar el ancla, ya en lanzar la cadena, ¿no podría tomarles bastante delantera para ponerse fuera de su alcance?

No; eso hubiera sido comprometerlo todo, y el joven teniente lo sabía bien. El remo de Mars no podía luchar con ventaja contra los cuatro remos de la lancha, y el esquife no tardaría en ser alcanzado mientras procuraba desfilarse a lo largo del río. Obrar de esta suerte era, por consiguiente, correr tras una pérdida segura.

¿Qué hacer entonces? ¿Convenía esperar? Pero el día iba a aparecer muy pronto. Eran ya las cuatro y media de la mañana; algunas nubecillas

blancas flotaban en el horizonte hacia el Este.

Sin embargo, importaba mucho tomar pronto un partido; y Gilbert se decidió por el siguiente, que comunicó a Mars, inclinándose hacia su oído, para hablar en voz baja.

—No podemos esperar más tiempo —le dijo—. Cada uno de nosotros está armado con un revólver y un cuchillo. En la embarcación hay cuatro hombres; no son más que dos contra uno. Nosotros tendremos la ventaja de la sorpresa. Vas a empujar vigorosamente el esquife a través del remolino y a lanzarle contra la embarcación, con algunos golpes de remo. Estando anclada no podrá evitar el abordaje. Caeremos sobre esos hombres y les heriremos, sin darles tiempo de prepararse, y nos largaremos rápidamente. Así, antes que los de la orilla hayan podido dar la voz de alarma, acaso hayamos podido franquear la línea de lanchas. ¿Has comprendido, Mars?

Mars, por toda contestación, sacó su cuchillo de la vaina y se lo colocó en la cintura, al lado de su revólver. Hecho esto, largó suavemente la amarra del esquife, y tomó su remo para empujarlo vigorosamente.

Pero en el momento en que iba a comenzar su operación, Gilbert le detuvo con un gesto.

Una circunstancia inesperada vino a hacerle modificar inmediatamente sus proyectos.

Con las primeras luces del día, una espesa niebla comenzaba a elevarse y extenderse sobre las aguas.

Parecían húmedas masas de algodón en rama que se desenvolvían sobre la superficie del río, besando sus rizadas corrientes. Estos vapores, formados en el mar, venían del lado de la desembocadura del río, y arrojados por una ligera brisa, remontaban lentamente el curso del San Juan. Antes de un cuarto de hora, tanto Jacksonville, sobre la ribera izquierda, como los macizos árboles sobre la ribera derecha, todo habría desaparecido en el amontonamiento de aquellas brumas algo amarillentas, cuyo olor característico inundaba el valle.

¿No era esto la salvación deseada para el joven teniente y su compañero? En lugar de arriesgarse en una lucha desigual, en la cual podían sucumbir

los dos, ¿por qué no intentar deslizarse a través de la niebla? Gilbert creyó, por lo menos, que esto era lo mejor que podía hacerse, y por esto fue por lo que detuvo a Mars, en el momento en que este iba bruscamente a separarse de la ribera. Se trataba, por el contrario, de seguir silenciosa y prudentemente, evitando el ser vistos por los de la embarcación y el tropezar con esta, cuya silueta, ya indecisa, iba a borrarse del todo muy pronto.

Pero entonces las voces comenzaron a oírse de nuevo.

Los que estaban en tierra gritaban a los del río:

—Mucho cuidado con la niebla.

—No hay cuidado. Vamos a levar el ancla ahora mismo y a aproximarnos más a la orilla.

—Está bien; pero no dejéis de estar en comunicación con la línea de lanchas. Si pasan algunos por ahí cerca, prevenidles que crucen el río en todos sentidos hasta que desaparezcan las nieblas.

—¡Sí, sí! No temáis nada, y velad bien, por si acaso esos bribones quieren escaparse por tierra.

Evidentemente, esta precaución, perfectamente indicada, iba a ser puesta en práctica en seguida, y un buen número de lanchas se dedicarían a cruzar el río desde una orilla a otra. Gilbert lo sabía, pero no dudó ni un instante. El esquife, dirigido silenciosamente por Mars, abandonó el escondrijo de verdura y avanzó lentamente a través de los remolinos.

La niebla parecía hacerse más espesa, por más que empezase a estar iluminada por una semiclaridad amarillenta.

Ya no se veía nada, ni aun en el radio de algunas yardas.

Si el esquife tenía la buena suerte de no abordar a la lancha de sus perseguidores, que estaba anclada de través, tenía muchas probabilidades de pasar sin ser visto. Y, en efecto, pudo evitarlo, en tanto que los hombres que la tripulaban se entretenían en levar ancla, con un ruido de cadenas que indicaba, poco más o menos, el sitio de donde debían apartarse los perseguidos.

El esquife pasó, y Mars pudo remar con un poco más de violencia y ligereza.

Lo difícil entonces era seguir una dirección conveniente sin exponerse a tomar el canal por el medio del río. Era preciso, al contrario, mantenerse a corta distancia de la ribera derecha. En efecto, nada había que pudiera guiar el esquife a través de las aguas, a no ser el leve rumor del río que se acentuaba al pasar rozando con la orilla. El día empezaba ya a clarear. Sus reflejos aumentaban por encima de la masa de vapores, no obstante lo cual, la niebla continuaba muy espesa sobre la superficie del San Juan.

Durante media hora, el esquife vagó, por decirlo así, a la ventura. Algunas veces una tenue silueta aparecía inopinadamente. Había motivos para temer que fuese una lancha, aumentada desmesuradamente por efecto de la refracción, fenómeno observado muy comúnmente a través de las nieblas del mar. En estos casos todos los objetos aparecen con una rapidez verdaderamente fantástica, produciendo una impresión como si fuesen de inmensas dimensiones. Esto lo observaron Gilbert y Mars varias veces. Felizmente, lo que en algunas ocasiones tomaron por un barco, no solía ser más que un leño arrastrado por la corriente, alguna roca emergiendo de las aguas, o un pie derecho enclavado en el río y cuya punta se perdía entre los vapores y las nieblas.

Varias parejas de pájaros pasaban también, desplegando unas alas desmesuradas, y si no se les veía, se oía al menos el grito que lanzaban a través del espacio. Otros se elevaban desde el mismo lecho del río, en el momento en que el esquife se aproximaba, haciéndoles huir, pero hubiera sido imposible averiguar si iban a posarse sobre la orilla, a algunos pasos solamente, o si volvían a sepultarse en las aguas del San Juan.

De todos modos, puesto que la marea descendía siempre, Gilbert estaba seguro de que el esquife, arrastrado por el reflujo, ganaba camino hacia el sitio en que se hallaban los cañoneros del comandante Stevens. Sin embargo, como la corriente era mucho menos rápida, no había nada que pudiese hacer creer al joven oficial que había por fin pasado la línea de embarcaciones que le acechaba. Acaso, por el contrario, era de temer que se hallasen entonces a su altura y fueran a chocar bruscamente contra una de dichas lanchas.

Así, pues, la eventualidad de grave peligro no había desaparecido. Bien pronto observaron que el esquife se encontraba más expuesto que nunca.

De vez en cuando, y con cortos intervalos, Mars se paraba, dejando su remo bajo las aguas. Ruido de remos lejanos o próximos, se dejaban oír en un radio no muy extenso. Diversos gritos se cruzaban de unas lanchas a otras. Algunas formas, cuyos delineamientos apenas se dibujaban, se veían pasar rápidamente a través de las nieblas. Eran, efectivamente, embarcaciones en marcha, que era preciso evitar. Varias veces ocurría que los vapores se abrían repentinamente, como si un fuerte soplo hubiera penetrado en su masa. El alcance de la vista se prolongaba hasta una distancia de algunos centenares de yardas. Gilbert y Mars procuraban entonces reconocer su posición sobre el río. Pero aquella claridad se borraba en seguida, y el esquife no tenía más remedio que dejarse arrastrar por la corriente.

Eran ya poco más de las cinco de la mañana. Gilbert calculó que debían de encontrarse entonces a unas dos millas del sitio en que anclaban los cañoneros federales. En efecto, no habían alcanzado todavía la barra del río, la cual hubiese sido fácilmente reconocida por la corriente, por las numerosas estrías que formaban las aguas, que se mezclan y chocan allí con estrépito ante el cual los buenos marinos no pueden engañarse. Si el esquife hubiera franqueado la barra, Gilbert se hubiese creído relativamente en seguridad, pues no era probable que las embarcaciones que le perseguían quisieran aventurarse a tal distancia de Jacksonville, bajo el fuego de los cañoneros.

Los dos escuchaban, pues, inclinándose casi hasta el ras del agua. Pero su oído, tan ejercitado, no había podido percibir nada. Preciso era que se hubiesen extraviado, ya hacia la derecha, ya hacia la izquierda del río. En tal caso, ¿no sería mejor tomarlo oblicuamente hasta llegar a una de las orillas y esperar, si era necesario, a que la niebla fuese algo menos espesa, para ponerse de nuevo en buen camino?

Esto era el mejor partido que podía tomarse. En efecto, los vapores comenzaban a subir hasta las más altas zonas. El sol, que se veía ya por encima de ellos, los elevaba y les daba calor. Visiblemente, la superficie del San Juan iba a reaparecer en una vasta extensión, mucho antes que el cielo pudiese verse con claridad. Después la cortina se desgarraría poco a poco y los horizontes saldrían de las brumas. Podría ser que entonces, estando ya a una milla de la barra, pudiesen los fugitivos divisar los cañoneros, a los cuales les sería fácil arribar.

En este momento, un ruido de aguas que se entrechocaban se dejó oír.

Casi en seguida, el esquife comenzó a girar como si hubiese sido llevado por una especie de torbellino. Ya no había medio de engañarse.

—¡La barra! —gritó Gilbert.

—Sí, la barra —respondió Mars—; y una vez franqueada, en algunos minutos estaremos en los cañoneros.

Mars había vuelto a coger su remo y procuraba sostener el esquife en buena dirección.

De repente, Gilbert le detuvo. Durante un esclarecimiento rápido de los vapores, acababa de observar una embarcación velozmente guiada que seguía el mismo camino que ellos. Los hombres que la tripulaban, ¿habrían visto el esquife? ¿Querrían, quizás, interceptarles el paso?

—Viremos a babor —dijo el joven.

Mars hizo evolucionar el esquife, y con algunos golpes de remo lo hubiera lanzado en sentido contrario.

Pero de este lado se oyeron algunas voces, que gritaban acaloradamente. Había de seguro, en esta parte del río, varias lanchas que lo cruzaban por precaución.

Súbitamente, y como si una inmensa escoba hubiese barrido por completo el espacio, los vapores cayeron convertidos en agua menudísima sobre la superficie del San Juan.

Gilbert no pudo contener un grito.

El esquife se hallaba rodeado de una docena de lanchas que vigilaban esta parte del canal, cuyo sinuoso pasaje cortaba la barra después de formar una larga línea oblicua.

—¡Allí van! ¡Allí van!

Tales fueron las exclamaciones que los de las lanchas se lanzaron de unos a otros.

—¡Sí, aquí estamos! —respondió el joven teniente—. ¡Mars! Revólver y cuchillo en mano, a defendernos.

¡Defenderse dos contra una treintena de hombres! En un instante tres o cuatro barcas habían abordado el esquife. Varias detonaciones sonaron. Sólo los revólveres de Gilbert y Mars, a los cuales se quería coger vivos, habían hecho fuego. Tres o cuatro hombres de las embarcaciones fueron muertos o heridos. Pero en esta lucha desigual, ¿cómo era posible que Gilbert y su compañero no sucumbiesen?

El joven teniente, a pesar de su heroica resistencia, fue atado y transportado a una de las lanchas.

—¡Huye, Mars, huye! —le dijo Gilbert por última vez.

De una cuchillada, Mars se desembarazó del hombre que le sujetaba. Antes que hubieran podido cogerle, el intrépido marido de Zermah se había precipitado en el río. En vano procuraron prenderle. Muerto o vivo, había desaparecido en medio de los remolinos de la barra, cuyas aguas tumultuosas se cambian en torrente cuando crece la marea.

XVI. El juicio

Una hora más tarde la barca que conducía a Gilbert atracaba en el muelle de Jacksonville. Se habían oído los tiros de revólver, disparados por el teniente Burbank en la parte inferior del río. Al escucharlos pensaron si se trataría de un combate formal entre las embarcaciones confederadas y las lanchas del comandante Stevens. Hasta llegaron a temer que los cañoneros de la flotilla federal hubiesen franqueado la barra.

Todo esto no había dejado de causar seria emoción entre los habitantes de la ciudad. Una parte de la población se había dirigido rápidamente hacia las estacadas. Las autoridades civiles, representadas por Texar y sus más decididos partidarios, no habían tardado en seguir el mismo camino. Todos miraban en dirección de la barra, que ya en aquellos momentos estaba completamente desembarazada de nieblas. Anteojos de todas clases funcionaban incesantemente. Pero la distancia era demasiado grande, cerca de tres millas, para que desde allí se pudiera comprender la importancia del combate y sus resultados.

De todos modos, lo que se veía perfectamente era que la flotilla se mantenía siempre en el mismo sitio en que había anclado la víspera, y que Jacksonville no debía temer nada todavía de un ataque inmediato por parte de los cañoneros del comandante Stevens. Los más comprometidos entre los habitantes de la ciudad, tenían aún suficiente tiempo para prepararse a huir hacia el interior de Florida.

Por otra parte, aunque Texar y dos o tres de sus compañeros tenían más motivos que los demás para temer por su seguridad propia, comprendieron bien que no había razón para alarmarse por aquel incidente.

El español sabía perfectamente que se trataba de la captura del esquiife, del cual, a toda costa, quería apoderarse.

—Sí, a toda costa —repetía Texar, tratando de reconocer la embarcación que avanzaba hacia el puerto—. A toda costa este hijo de Burbank, que ha caído en el lazo que le he tendido. Ya tengo la prueba de que James

Burbank está en comunicación con los federales. ¡Sangre de Dios! En cuanto haya hecho fusilar al hijo, no pasarán veinticuatro horas sin que haga fusilar al padre.

En efecto, a pesar de que su partido era dueño de Jacksonville, Texar, después de la absolución pronunciada por los tribunales a favor de James Burbank, había querido esperar una ocasión propicia para hacerle arrestar de nuevo. Se le había presentado una oportunidad de atraer a Gilbert a una celada; Gilbert, una vez reconocido como oficial federal, detenido en país enemigo, sería condenado como espía, y Texar podría llevar hasta el último extremo su venganza.

Las circunstancias vinieron a servirle mejor de lo que hubiera podido desear. Era, en efecto, el hijo del colono nordista el que conducía la embarcación al puerto de Jacksonville. Que Gilbert fuese solo, que Mars se hubiera salvado o se hubiese ahogado, poco le importaba, puesto que el joven oficial había sido preso. Ya no había más que llevarle ante un comité, compuesto de partidarios de Texar, y que él presidiría en persona.

Gilbert desembarcó en medio de los gritos y de las amenazas de todo el populacho, que le conocía perfectamente. El joven oficial acogió con desdén todos aquellos clamores. Su actitud no demostró ningún temor, a pesar de que hubo necesidad de llamar una guardia de soldados para que protegieran su vida contra las violencias de la multitud. Pero cuando vio al raptor de su hermana, no fue dueño de sí mismo, y se hubiera arrojado sobre Texar si no hubiese sido detenido por los soldados que le custodiaban.

Texar no hizo un solo movimiento: no pronunció una sola palabra; hasta afectó no ver al joven oficial, y con la más perfecta indiferencia le dejó alejarse en medio de los clamores tumultuosos.

Algunos instantes después, Gilbert Burbank fue encerrado en la cárcel de Jacksonville. No podía hacerse ilusiones acerca de la suerte que le reservaban los sudistas.

Una hora después, Harvey, el corresponsal de James Burbank, estaba a la puerta de la prisión, y trataba de ver a Gilbert; pero no le fue permitido. Por orden de Texar, el joven teniente fue incomunicado. Este deseo de Harvey no tuvo otro resultado que el de ser activamente vigilado por los sudistas.

No se ignoraban las relaciones que tenía con la familia Burbank, y entraba en los proyectos de Texar que el encarcelamiento de Gilbert no fuese conocido inmediatamente en Camdless-Bay. Una vez pronunciado el fallo y publicada la condena, habría ocasión de hacer saber a James Burbank lo que había pasado; y cuando él lo supiese, no tendría ya tiempo de huir de Castle-House para librarse de la venganza de Texar.

Sucedió, pues, que Harvey no pudo enviar un emisario a Camdless-Bay. Por otra parte, las autoridades habían decretado una especie de embargo sobre las embarcaciones de Jacksonville, y toda comunicación quedó interrumpida entre la ribera izquierda y la ribera derecha del río.

La familia Burbank no debía, pues, saber nada respecto a la prisión de Gilbert. Mientras que estaba en la creencia de que el joven había llegado sin novedad a los cañoneros de Stevens, el oficial era detenido en la cárcel de Jacksonville.

¡Con qué emoción se escuchaba en Castle-House si alguna detonación lejana anunciaba la llegada de los federales al otro lado de la barra! Jacksonville en poder de los nordistas, Texar en las manos de James Burbank, y este en libertad de emprender de nuevo con su hijo y con sus amigos, aquellas investigaciones que hasta entonces no habían dado resultado alguno.

¡Pero nada se dejaba oír en la parte inferior del río! El capataz Perry, que llegó a explorar el San Juan hasta la línea de barcas; Pig y uno de los subcapataces enviados por la ribera hasta tres millas por bajo de la plantación, obtuvieron el mismo resultado. La flotilla del comandante Stevens estaba anclada en el mismo sitio, y no parecía que hiciera ningún preparativo para aparejar y subir hasta la altura de Jacksonville.

Y por otra parte, ¿cómo hubiera podido franquear la barra? Admitiendo que la marea la hubiese dejado practicable más pronto de lo que se esperaba, ¿cómo se aventuraría a través de los pasos del canal, cuando el solo piloto que conocía todas las sinuosidades no estaba allí? En efecto, Mars no había reaparecido.

Y si James Burbank hubiese sabido lo que había pasado después de la captura del esquife, no hubiera podido creer otra cosa sino que el valeroso compañero de Gilbert había perecido entre los remolinos del río. Si Mars se hubiese podido salvar, ganando la ribera derecha del San Juan, ¿no

hubiera sido su primer cuidado volver a Castle-House, puesto que le era imposible regresar a bordo?

Mars no apareció en la plantación. Al día siguiente, hacia las once de la mañana, el comité se había reunido, bajo la presidencia de Texar, en la misma sala del Palacio de Justicia donde se reunió el día en que Texar se había constituido en acusador de James Burbank. Esta vez los cargos que pesaban sobre el joven oficial eran suficientemente graves para que no pudiese escapar a su suerte. Puede decirse que estaba condenado con anticipación.

Una vez resuelta la cuestión del hijo, Texar se ocuparía de la cuestión del padre. La pequeña Dy entre sus manos, la señora Burbank sucumbiendo a los golpes recibidos... ¡bien vengado iba a quedar el miserable! Parecía que tenía de su parte todas las circunstancias y que todo venía a servirle según sus deseos, y a punto para satisfacer su implacable odio.

Gilbert fue sacado del calabozo. La multitud le acompañó con sus gritos como el día anterior. Cuando entró en la sala del comité, donde se encontraban ya los más ardientes partidarios de Texar, le recibieron con los más violentos clamores.

—¡A muerte el espía! ¡A muerte!

Esta era la acusación que le lanzaba el vil populacho, acusación inspirada por Texar.

Gilbert, sin embargo, había recobrado toda su sangre fría, y logró dominarse hasta delante de Texar, que no tenía ni siquiera el pudor de recusarse en semejante asunto.

—¿Os llamáis Gilbert Burbank y sois oficial de la marina federal? —dijo.

—Sí.

—¿Y ahora teniente a bordo de uno de los cañoneros del comandante Stevens?

—A bordo del *Ottawa*.

—¿Sois el hijo de James Burbank, un americano del Norte, propietario de Camdless-Bay?

—Sí.

—¿Confesáis haber dejado la flotilla anclada en la barra en la noche del diez de marzo?

—Sí.

—¿Confesáis haber sido capturado cuando intentabais volver a bordo del *Ottawa* en compañía de un marinero de vuestro buque?

—Sí.

—¿Queréis decir qué habéis venido a hacer a las aguas del San Juan?

—Un hombre se ha presentado en el cañonero en que yo soy segundo, y me ha hecho saber que la plantación de mi padre acababa de ser devastada por una cuadrilla de malhechores, y que Castle-House había sido sitiado por esos bandidos. Yo no tengo que decir al presidente que me juzga a quién incumbe la responsabilidad de estos crímenes.

—Y yo —respondió Texar—, no tengo que decir a Gilbert Burbank que su padre había desafiado a la opinión pública, dando libertad a sus negros, que un decreto ordenaba la dispersión de los manumitidos, y que este decreto debía ser puesto en ejecución.

—Con incendio y pillaje —replicó Gilbert—; con un rapto, del cual Texar es personalmente autor.

—Cuando esté delante de mis jueces responderé —replicó fríamente Texar—. Gilbert Burbank, no intentéis cambiar los papeles. Vos sois un acusado, no un acusador.

—Sí, un acusado, en este momento al menos —respondió el joven oficial—. Pero los cañoneros federales no tiene más que franquear la barra del San Juan para apoderarse de Jacksonville, y entonces...

Tumultuosos gritos estallaron en aquel momento; eran amenazas de muerte contra el joven oficial que osaba desafiar cara a cara a los sudistas.

—¡A muerte, a muerte! —vociferaron por doquier.

Al presidente del comité le costó mucho trabajo calmar a la multitud. Después continuó el interrogatorio.

—¿Nos diréis, Gilbert Burbank, por qué la noche última habéis dejado vuestro cañonero?

—Lo he dejado para venir a ver a mi madre moribunda.

—¿Confesáis, entonces, que habéis desembarcado en Camdless-Bay?

—No tengo por qué ocultarlo.

—¿Y ha sido únicamente por ver a vuestra madre?

—Únicamente.

—Tenemos, sin embargo, motivo para pensar —replicó Texar—, que teníais otro objeto.

—¿Y cuál?

—El de conversar con vuestro padre, James Burbank, ese nordista sospechoso, desde hace mucho, de sostener inteligencias con la armada federal.

—Bien sabéis que eso no es cierto —replicó Gilbert, llevado de una indignación bien natural—. Si he venido a Camdless-Bay, no es como oficial, sino como hijo.

—O como espía —replicó Texar.

Los gritos redoblaron. «¡A muerte el espía!».

Gilbert comprendió que estaba perdido; y lo que más le afligió fue el conocer que su padre estaba perdido también.

—Sí —replicó Texar—; la enfermedad de vuestra madre no es más que un pretexto para dar cuenta a los federales del estado de la defensa del San Juan.

Gilbert se levantó.

—He venido para ver a mi madre moribunda —respondió—, y vos lo

sabéis bien. Jamás hubiera creído que en un país civilizado se considerase un crimen el que un soldado viniese al lecho de muerte de su madre, aun cuando fuese en territorio enemigo. El que censure mi conducta, que diga si él no hubiera hecho otro tanto respondiendo a su conciencia.

Un auditorio compuesto de hombres en quienes el odio no hubiera extinguido toda sensibilidad, no habría podido menos de aplaudir esta declaración tan noble y franca. No sucedió así. Fue acogida con vociferaciones y con aplausos para Texar cuando este declaró que, recibiendo un oficial en tiempo de guerra, James Burbank no era menos culpable que este oficial. Existía, por consecuencia, la prueba que Texar había deseado tanto; la prueba de la connivencia de James Burbank con el ejército del Norte.

Por consiguiente, el comité, teniendo en cuenta las confesiones de Gilbert, condenó a muerte al joven oficial de la armada federal.

Gilbert Burbank fue de nuevo conducido a su prisión, en medio de los gritos del populacho, que exclamaba: «¡A muerte, a muerte el espía!».

Al día siguiente un destacamento de la milicia de Jacksonville se presentaba en Camdless-Bay. El oficial preguntó por Mr. Burbank.

James Burbank se presentó. Edward Carrol y Walter Stannard le acompañaban. Alicia había quedado al lado de la señora Burbank.

—¿Qué se me quiere?

—¡Leed esta orden! —respondió el oficial, entregándole un pliego.

Era la orden de prender a James Burbank, de Camdless-Bay, como cómplice de Gilbert Burbank, teniente de la marina federal, condenado como espía por el comité de Jacksonville, y que debía ser fusilado en las cuarenta y ocho horas siguientes.

XVII. Después del secuestro

«¡Texar!» Tal era, ciertamente, el nombre detestable que Zermah había pronunciado en la oscuridad en el momento en que la señora Burbank y Alicia llegaban a la orilla de la Bahía Marino. La joven había reconocido a Texar. No se podía, por consiguiente, dudar de que él fuera el autor del secuestro que había dirigido en persona.

En efecto, era Texar, acompañado de media docena de individuos que podrían llamarse sus cómplices.

Con gran anterioridad había preparado Texar esta expedición, que debía dar por resultado la devastación de Camdless-Bay, el pillaje de Castle-House, la ruina de la familia Burbank, la captura o la muerte de su jefe. Este era el objeto por el cual acababa de lanzar las hordas de bandidos sobre la plantación. Pero él no se había puesto a la cabeza, dejando a los más bribones de sus partidarios el cuidado de dirigirlos. Así se explica que John Bruce, unido a la banda de los asaltantes, hubiera podido afirmar a James Burbank que Texar no se encontraba entre ellos.

Para encontrarle hubiera sido preciso ir a la Bahía Marino que, como sabemos, estaba en comunicación con Castle-House por medio de un túnel. En el caso en que el edificio hubiese sido forzado, era indudablemente por allí por donde sus habitantes buscarían la retirada.

Texar conocía la existencia de este túnel, por lo cual, tomando en Jacksonville una embarcación, a la cual seguía otra con Squambo y dos de sus esclavos, se había dirigido a vigilar aquel sitio, perfectamente indicado para la huida de James Burbank. No se había engañado. Lo comprendió bien cuando vio una de las lanchas de Camdless-Bay estacionada entre las cañas de la bahía. Los negros que guardaban la lancha fueron sorprendidos, atacados y degollados. Ya no había que hacer otra cosa sino esperar. Bien pronto se presentó Zermah, acompañada de la niña. A los gritos que daba la mestiza, Texar, temiendo que alguien viniese en socorro de ella, la arrojó en seguida en brazos de Squambo, y cuando la señora Burbank y Alicia aparecieron en la orilla, ya Zermah era

arrastrada en la embarcación del indio por en medio del río.

Ya se conoce lo demás.

Sin embargo, una vez llevado a cabo el rapto, Texar no había creído prudente reunirse con Squambo. Este hombre, que le era completamente adicto, sabía a qué impenetrable guarida había de conducir a Zermah y a la pequeña Dy; por consiguiente, Texar, en el instante en que los tres cañonazos detenían a los asaltantes, dispuestos a entrar en Castle-House, había desaparecido, cortando oblicuamente el curso del San Juan.

¿Dónde estuvo? Nadie lo sabía; lo cierto es que no volvió a Jacksonville durante aquella noche del día 3 al 4 de marzo. No se le vio sino veinticuatro horas después. ¿Qué fue de él durante esta inexplicable ausencia? Tampoco podía decirlo nadie.

Sin embargo, el acto de haber tomado parte en el rapto de Zermah y de la pequeña Dy era cosa que podía comprometerle cuando fuese acusado de él.

La coincidencia entre este rapto y su desaparición podía perjudicarle. Pero fuese lo que quiera, él no volvió a Jacksonville hasta la mañana del cinco, a fin de tomar las medidas necesarias para la defensa de los sudistas, bastante a tiempo, según hemos visto, para tender un lazo a Gilbert Burbank y presidir el Comité que había de condenar a muerte al joven oficial. Lo cierto es que Texar no estaba a bordo de la embarcación conducida por Squambo y arrastrada en la oscuridad de la noche por la marea creciente en la parte del río que está por encima de Camdless-Bay.

Zermah, comprendiendo que sus gritos no podían ser oídos en las desiertas orillas del San Juan, había callado. Sentada en la popa de la embarcación, estrechaba a Dy entre sus brazos. La niña, asustada, no dejaba escapar una sola queja. Se pegaba al pecho de la mestiza y se ocultaba entre los pliegues de su vestido.

Una o dos veces solamente se entreabrieron sus labios y dejaron escapar estas palabras:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Querida Zermah! ¡Tengo mucho miedo! ¡Quiero ver a mamá!

—Sí, querida mía —respondió Zermah—. Vamos a verla pronto. No tengas miedo. Estoy yo aquí contigo.

En aquellos momentos la señora Burbank, loca por el dolor, remontaba la ribera derecha del río, procurando en vano seguir la embarcación que se llevaba a su hija hacia la otra orilla.

La oscuridad era entonces profunda. Los resplandores de los incendios de Camdless-Bay empezaban a extinguirse, y se oían todavía estampidos y detonaciones.

De entre las humaredas, acumuladas hacia el Norte, no salían sino muy raras llamaradas, que la superficie del río reflejaba como si fueran fugaces relámpagos. Después todo quedaba silencioso y sombrío.

La embarcación siguió el canal del río, del cual ni siquiera se divisaban los bordes. No se hubiera encontrado más aislada ni más sola si se hubiese hallado en plena mar.

¿Hacia qué bahía se dirigía la embarcación cuyo timón dirigía Squambo? Esto era lo que importaba saber ante todo. Interrogar al indio hubiese sido inútil; por consiguiente, Zermah procuraba orientarse, cosa bien difícil entre aquellas profundas tinieblas, en tanto que Squambo no abandonase el centro del San Juan. La marea subía, y empujada la embarcación por los vigorosos golpes de remo de los dos negros, adelantaba rápidamente hacia el Sur.

Sin embargo, ¡cuán necesario hubiera sido que Zermah dejase una huella de su paso para facilitar las investigaciones y las pesquisas hechas por su señor! Más sobre el río era imposible. En tierra, un pedazo de su vestido abandonado en alguna zarza, hubiera podido convertirse en el primer jalón de una pista, que, una vez reconocida, podría seguirse hasta el último extremo. Pero ¿de qué habría servido entregar a la corriente un objeto perteneciente a la niña o a ella? ¿Se podía esperar que el azar o la casualidad hiciera llegar a manos de James Burbank una de aquellas prendas? Era preciso renunciar a este recurso y limitarse a reconocer en qué punto del San Juan iría a tomar tierra la embarcación.

Una hora transcurrió en estas condiciones. Squambo no había pronunciado una sola palabra. Los dos negros remaban silenciosamente. Ninguna luz aparecía sobre las orillas, ni en las casas, ni entre los árboles,

cuyas masas se destacaban confusas en la oscuridad.

En todo este tiempo, Zermah miraba a derecha y a izquierda, ávida de sorprender el menor indicio; y respecto al peligro, ella no pensaba más que el que pudiera correr la pequeña Dy. De los que podían amenazarla a ella personalmente, ni siquiera se preocupaba. Todos sus temores se concentraban en aquella niña. Seguramente era Texar quien la había hecho secuestrar. Respecto a esto, no había duda posible. Había reconocido a Texar, que se había situado en la Bahía Marino, sea con la intención de penetrar en Castle-House franqueando el túnel, sea que esperase a sus defensores en el momento que intentaran escapar por esta salida. Si Texar no se hubiese precipitado, la señora Burbank y Alicia Stannard hubieran caído también en su poder, del mismo modo que habían caído Dy y Zermah. Si él no había dirigido en persona los hombres de la milicia y la banda de forajidos que atacaron a Castle-House, era porque creía golpe más certero atacar a la familia Burbank en la Bahía Marino.

En todo caso, Texar no podría negar que había tomado parte directa y personalmente en el rapto.

Zermah había pronunciado a gritos su nombre; la señora Burbank y Alicia debían haberle entendido. Más tarde, cuando la hora de la justicia llegara; cuando Texar tuviera que responder de sus crímenes, no tendría esta vez el recurso de invocar una de esas inexplicables coartadas que hasta entonces le habían dado tan buenos resultados.

Más, al presente, ¿qué suerte reservaba a sus dos víctimas? ¿Iba a relegarlas en el fondo de aquellos pantanosos Everglades, más allá de los manantiales del río San Juan? ¿Se desharía de Zermah como de un testigo peligroso cuya declaración podría algún día agobiarle? Esto es lo que se preguntaba la mestiza. Hubiera hecho voluntariamente el sacrificio de su vida por salvar la niña raptada con ella. Pero ella muerta, ¿qué sería de la pobre Dy entre las manos de Texar y de sus compañeros? Este pensamiento la torturaba, y entonces estrechaba más fuertemente a la niña sobre su pecho, como si Squambo hubiera manifestado intención de arrancársela.

En aquel momento Zermah pudo observar que la embarcación se aproximaba hacia la orilla derecha del río. ¿Podía servirle esto de indicio? No, pues ella ignoraba que habitase en el fondo de la Bahía Negra, en uno

de los islotes de aquella laguna, como lo ignoraban aun los mismos partidarios de Texar, puesto que nadie había sido jamás recibido en aquella caverna, que habitaba Texar con Squambo y sus negros.

Allí era, en efecto, donde el indio iba a depositar a Zermah y Dy. En las profundidades de aquella región misteriosa estarían al abrigo de todas las investigaciones. La bahía era, por decirlo así, impenetrable para quien no conociese la orientación de sus pasos, y la disposición de sus islotes ofrecía mil escondrijos, donde las prisioneras podían estar tan bien ocultas, que sería imposible dar con sus huellas.

En el caso en que James Burbank intentara explorar aquel inextricable laberinto, estaría Texar a tiempo de transportar la mestiza y la niña hasta el sur de la Península. Entonces se desvanecería toda probabilidad de encontrarlas en medio de aquellos vastos espacios que los habitantes floridianos frecuentaban apenas y cuyas llanuras insalubres eran recorridas solamente por algunas bandas de indios.

Las cuarenta y cinco millas que separaban Camdless-Bay de la Bahía Negra fueron recorridas con rapidez. Hacia las once de la noche la embarcación salvaba el recodo que forma el San Juan a doscientas yardas por la parte inferior de la corriente. No se trataba ya más que de reconocer la entrada de la laguna, maniobra embarazosa a través de la oscuridad profunda que envolvía la orilla izquierda del San Juan.

Así es que, por mucho conocimiento que Squambo tuviera de aquellos parajes, no dejó de dudar un tanto cuando fue preciso dar el golpe de timón para cortar oblicuamente las aguas. Sin duda la operación hubiese sido más fácil si la embarcación hubiera podido seguir a lo largo de esta ribera que se hallaba interrumpida por multitud de pequeñas ensenadas, cubiertas de cañas y de plantas acuáticas. Pero el indio temía zozobrar, y como la marea no había de tardar en llevar las aguas del San Juan hacia su desembocadura, se hubiera encontrado muy apurado en caso de naufragio. Por otra parte, forzado a esperar la marea siguiente, es decir, cerca de once horas, ¿cómo hubiera podido evitar el ser visto cuando fuese día claro? Ordinariamente el río estaba siempre surcado por pequeñas y numerosas embarcaciones. Los sucesos actuales provocaban un incesante cambio de correspondencia entre San Agustín y Jacksonville. Indudablemente, si no habían perecido en Castle-House, los miembros de la familia Burbank emprenderían desde el día siguiente las más activas investigaciones.

Squambo, encallado en una de las orillas, no podría escapar a las persecuciones de que sería objeto. La situación llegaría a ser muy peligrosa. Por todas estas razones, quiso permanecer en medio del canal del San Juan, y aun, si era preciso, estaba dispuesto a echar el ancla en medio de la corriente, y después, apenas empezase a clarear el día, se apresuraría a reconocer los pasos de la Bahía Negra, a través de los cuales sería imposible seguirle.

Entretanto, la embarcación continuaba remontando el río a impulsos de la marea. Por el tiempo transcurrido, Squambo comprendía que aún no debía estar a la altura de la laguna. Procuraba, pues, subir más, cuando un ruido poco lejano se dejó oír. Era un sordo batir de ruedas que se propagaba por la superficie del río. Casi en seguida, hacia la ribera izquierda, apareció una masa en movimiento.

Un *steamer* avanzaba a poco vapor, lanzando en la sombra la blanca luz de su farol. En menos de un minuto debía llegar a la embarcación de Squambo.

Este, con un gesto, ordenó a los negros que dejaran los remos, y con un golpe de timón torció hacia la orilla derecha para no encontrarse con el buque.

Pero su embarcación había sido vista por los vigías de a bordo, y se les llamó, ordenándoles acercarse.

Squambo dejó escapar un horrible juramento. Sin embargo, no pudiendo sustraerse por la huida a la invitación que le había sido hecha en términos formales, debió obedecer.

Un instante después se acercaba al flanco derecho del *steamer*, que había suspendido su marcha para aguardarle.

Zermah se levantó rápidamente. En aquellas condiciones, creyó entrever una esperanza de salvación. ¿No podía llamar, hacerse conocer, pedir socorro y escapar del poder de Squambo?

El indio se colocó en seguida al lado de ella. Tenía en una mano un ancho y afilado cuchillo. Con la otra se había apoderado de la niña, que Zermah trataba en vano de arrancarle.

—Una palabra —dijo—, y la mato.

Si no hubiese tenido más que su vida que sacrificar, Zermah no hubiese dudado. Como era a la niña a quien amenazaba el cuchillo del indio, guardó silencio. Además, desde el puente del *steamer* no se podía ver lo que pasaba en la embarcación.

El *steamer* venía de Picolata, donde había embarcado un destacamento de milicia con destino a Jacksonville, a fin de reforzar las tropas sudistas que debían impedir la ocupación del río.

Un oficial, inclinándose hacia fuera de la barandilla, interpeló al indio.

Las palabras cambiadas entre ellos fueron las siguientes:

—¿Adónde vais?

—A Picolata.

Zermah retuvo este nombre, conociendo, no obstante, que Squambo tenía interés en no hacer conocer su verdadero destino.

—¿De dónde venís?

—De Jacksonville.

—¿Hay algo de nuevo?

—No.

—¿Nada de la flotilla Dupont?

—Nada.

—¿No se han tenido noticias de ella después del ataque de Fernandina y del fuerte Clinch?

—No.

—¿No ha entrado ningún cañonero en los pasos del San Juan?

—Ninguno.

—¿De dónde proceden esas luces que hemos divisado y esas detonaciones que hemos oído hacia el Norte, mientras esperábamos anclados la marea?

—De un ataque que se ha dado esta noche contra la plantación de Camdless-Bay.

—¿Por los nordistas?

—No; por la milicia de Jacksonville. El propietario ha querido resistir a las órdenes del comité.

—¡Ah, vamos!, se trata de James Burbank, de ese condenado abolicionista...

—Precisamente.

—¿Y qué ha resultado?

—Yo no sé; no lo he visto más que al pasar, pero me parece que todo era presa de las llamas.

En este instante, un débil grito se escapó de los labios de la niña; Zermah le puso la mano en la boca, en el momento en que los dedos del indio llegaban ya a su cuello.

El oficial, encaramado en lo alto del puente del *steamer*, no había oído nada.

—¿Ha sido atacado a tiros Camdless-Bay? —preguntó.

—Creo que no.

—¿Qué significaban entonces esas tres detonaciones que hemos oído, y que parecían venir del lado de Jacksonville?

—No puedo decirlo.

—¿De modo que el San Juan está libre desde Picolata hasta su embocadura?

—Enteramente libre y podéis recorrerlo sin temor a los cañoneros.

—Está bien. ¡Adelante!

Inmediatamente envió una orden a la máquina, y el *steamer* se dispuso a continuar la marcha.

—Una pregunta —dijo Squambo al oficial.

—¿Cuál?

—La noche es oscura, y no sé a punto fijo dónde me encuentro. ¿Podéis decirme dónde estoy?

—A la altura de la Bahía Negra.

—Gracias.

Las ruedas del buque batieron las aguas del río, después que la embarcación se había separado algunas brazas.

El *steamer* desapareció poco a poco entre las sombras de la noche, dejando tras sí el agua removida y turbada por el choque de sus poderosas ruedas.

Squambo, solo ya en medio del río, se sentó de nuevo a la popa de la embarcación y dio orden de remar. Conocía la posición en que se encontraba, y virando hacia estribor, se lanzó a través de la abertura en cuyo fondo se abría la Bahía Negra.

Zermah no dudó de que en aquel sitio, de tan difícil acceso, era donde Squambo iba a ocultarse; más de poco le serviría tal conocimiento. ¿Cómo habría podido comunicárselo a su amo, y cómo llevar a cabo investigaciones en medio de aquel impenetrable laberinto? Por otra parte, al otro lado de la bahía, ¿no ofrecían los bosques del condado de Duval todas las facilidades necesarias para inutilizar las pesquisas, en el caso de que James Burbank y los suyos lograsen penetrar en la laguna? Aquella parte occidental de Florida era todavía como un país inexplorado, en el cual hubiera sido imposible descubrir una pista. Además, no era prudente aventurarse en él. Los seminolas, que vagaban por aquellos territorios montañosos y llenos de pantanos no dejaban de ser temibles. Robaban con mucha facilidad a los viajeros que caían entre sus manos y los degollaban cuando intentaban defenderse.

Un hecho muy raro, y del cual se había hablado mucho tiempo, había acontecido últimamente en la parte superior del condado, un poco al noroeste de Jacksonville.

Una docena de floridianos que volvían al litoral desde el golfo de México, habían sido sorprendidos por una tribu de seminolas. Si no recibieron la muerte hasta el último de ellos, fue porque no hicieron ninguna resistencia, que por otra parte hubiera sido inútil, porque los indios eran diez contra uno.

Aquellas gentes fueron escrupulosamente registradas, robándoles cuanto poseían, incluso la ropa que llevaban puesta. Además, se les prohibió bajo pena de muerte, el reaparecer por aquellos territorios que los indios reivindicaban como de su entera propiedad; y para reconocerlos, en el caso de que infringieran dicha orden, el jefe de la banda empleó un procedimiento muy sencillo. Les hizo marcar en el brazo con un signo muy raro, hecho con el jugo de una planta tintórea y sirviéndose de una aguja; de modo que la marca no se borraba jamás. Después los floridianos fueron despedidos sin otros malos tratamientos. Sin embargo, cuando llegaron a las plantaciones del Norte, iban en bastante mal estado, señalados, por decirlo así, con las armas de la tribu india, y poco deseosos de caer de nuevo entre las manos de los seminolas, que esta vez les degollarían sin piedad para hacer honor a su firma.

En cualquier otro tiempo, las milicias del condado de Duval no hubieran dejado impune tal atentado, y en el acto hubiesen salido en persecución de los indios.

Pero en aquella época había otra cosa en que pensar más que en renovar una expedición contra los indios nómadas. El temor de ser el país invadido por las tropas federales lo dominaba todo. Lo que importaba era impedir que llegasen a ser dueños del San Juan, y con él de las regiones que riega. Por consiguiente, no se podía distraer ni la más pequeña parte de las fuerzas sudistas dispuestas desde Jacksonville hasta la frontera georgiana. Tiempo habría más tarde de ponerse en campaña contra los seminolas envalentonados por la guerra civil, hasta el punto de aventurarse a llegar hasta los territorios del Norte, de los cuales se creía haberlos arrojado para siempre. No se contentarían entonces con rechazarlos a las marismas de las Everglades, sino que se intentaría eliminar para siempre hasta el último de ellos.

Era peligroso, en estas circunstancias, aventurarse por los territorios situados al oeste de Florida; y si James Burbank dirigía alguna vez sus investigaciones por este lado, sería un nuevo peligro añadido a todos los que en sí llevaba una expedición de ese género.

Entretanto, la embarcación había llegado a la ribera izquierda del río. Squambo, sabiendo que se hallaba a la altura de la Bahía Negra, que da acceso a las aguas del San Juan, no temía ya encallar en algún bajo; por consiguiente, cinco minutos después ya había metido la embarcación bajo la sombría bóveda de los árboles, en medio de una oscuridad mucho más profunda que la que reinaba en la superficie del río.

Por muy habituado que estuviera Squambo a marchar a través de las inextricables malezas y sinuosidades que ocultaban la laguna, no hubiera podido acertar con el camino en aquellas condiciones. Pero puesto que tenía seguridad de no ser visto, ¿por qué motivo no se había de alumbrar en su marcha?

Arrancó, pues, una rama resinosa de un árbol de la orilla, y la colocó, encendida, en la proa de la embarcación. Su luz fantástica bastaba seguramente al ojo experimentado y práctico del indio para reconocer perfectamente todos los pasos. Durante una media hora aproximadamente anduvo bordeando las sinuosidades de la bahía, hasta que llegó, por fin, al islote en que estaba establecida la guarida de Texar.

Una vez allí, obligó a Zermah a desembarcar. La niña, agobiada de fatiga, dormía entre los brazos de la mestiza, y no se despertó ni siquiera cuando esta atravesó la poterna del fortín, una vez dentro del cual quedó encerrada en una de las reducidas habitaciones contiguas al reducto del centro.

Dy, envuelta en una especie de manta que se hallaba arrojada en un rincón, fue acostada sobre un jergón miserable.

Zermah permaneció velando a su lado.

XVIII. Singular operación

Al día siguiente, 3 de marzo a las ocho de la mañana, Squambo entró en la habitación en que Zermah y Dy habían pasado la noche. Les llevaba algún alimento; pan, un trozo de caza en fiambre, frutas, un jarro de cerveza bastante grande, una vasija de agua, y además algunos utensilios. Al mismo tiempo, uno de los negros que estaban de servicio en el fortín, colocaba en un rincón de la habitación un mueble viejo que podía servir de tocador y de cómoda, con algo de ropa blanca, sábanas, servilletas, toallas y otros objetos menudos, de los cuales podría servirse lo mismo la mestiza que la pequeña.

La pobre niña estaba todavía dormida. Con un gesto, Zermah había suplicado a Squambo que no la despertase.

Cuando, después de marcharse el negro, quedaron solos, la mestiza, dirigiéndose al indio, le preguntó:

—¿Qué quieren hacer de nosotras?

—No lo sé —respondió Squambo.

—¿Qué órdenes habéis recibido de Texar?

—Las haya recibido de Texar o de cualquier otro —replicó el indio—, las órdenes son estas, y haréis bien en conformaros con ellas. En tanto que dure vuestra estancia aquí, esta habitación será la vuestra; y durante la noche seréis encerradas en el reducto del fortín.

—¿Y durante el día?

—Tendréis libertad para ir y venir por el interior del cercado.

—En tanto que estemos aquí —replicó Zermah—; ¿puedo saber dónde estamos?

—En el sitio a que tenía orden de conducirlos.

—¿Y vamos a permanecer aquí bastante tiempo?

—He dicho todo cuanto tenía que decir —replicó el indio—. En adelante, será inútil que me habléis, porque no he de responderos.

Squambo, que estaba, en efecto, advertido para que se limitase a este corto cambio de palabras, salió de la habitación, dejando a la mestiza sola al lado de la niña.

Zermah la miraba con cariño. Algunas lágrimas vinieron a sus ojos, pero trató de enjugarlas en el instante, pues era preciso que al despertarse Dy no notara que la mestiza había llorado. Importaba sobremanera que la niña se acostumbrase poco a poco a la nueva situación, muy amenazadora y tal vez peligrosa, pues se podía esperar todo de parte de Texar.

Zermah reflexionaba en lo que había pasado desde la víspera. Había visto perfectamente a la señora Burbank y a Alicia subir río arriba por la ribera, mientras que la embarcación se alejaba rápidamente. Sus llamamientos desesperados, sus gritos desgarradores, habían llegado hasta ellas. Más, ¿habrían podido llegar a Castle-House, encontrar el túnel, penetrar en la casa sitiada y hacer saber a James Burbank y a sus compañeros la nueva desgracia que acababa de herirles?

¿No podían haber sido apresadas por las gentes de Texar, arrastradas lejos de Camdless-Bay, y acaso muertas? Si esto había sucedido, James Burbank ignoraría que la niña había sido secuestrada con Zermah. Creería que su mujer, Alicia, la niña y la mestiza habían podido embarcarse en la Bahía Marino, y llegar sanas y salvas al refugio de la Roca de los Cedros, donde deberían estar completamente seguras, entonces James Burbank no haría ninguna pesquisa para encontrarlas.

Pero, aun admitiendo que la señora Burbank y Alicia hubiesen podido entrar en Castle-House y que James Burbank estuviera enterado de todo, ¿no era de temer, con fundamento, que la casa hubiese sido invadida por los asaltantes, saqueada, incendiada y destruida? En este caso, ¿qué habría sido de sus defensores? ¿Cuál habría sido su suerte? Prisioneros o muertos, en cualquiera de los dos horribles casos, Zermah no podía esperar ningún socorro por parte de ellos. Aun cuando los nordistas hubieran llegado a hacerse dueños del San Juan, ella y la niña estaban

perdidas. Ni Gilbert ni Mars sabrían que la hermana del uno y la mujer del otro estaban prisioneras en un islote de la Bahía Negra.

Más si esto sucedía, si Zermah no había de contar más que consigo misma, su energía no había de abandonarla. Ella haría todo cuanto fuese preciso para salvar a la pobre niña, que acaso no tenía ya en el mundo más que a la mestiza. Su vida se concentraría toda entera en esta idea. ¡Huir! Ni una hora, ni un minuto siquiera pasaría sin que ella se ocupase en preparar los medios para la evasión.

Y, sin embargo, ¿era posible salir del fortín, vigilado constantemente por Squambo y sus compañeros, librarse de las acometidas de los dos feroces lebreles que rondaban alrededor del cercado y huir de aquel islote perdido entre las mil vueltas y revueltas de la inmensa laguna?

Sí, se podía; pero para ello era preciso contar con el auxilio de uno de los esclavos de Texar, que conociese tan bien como este y Squambo los pasos de la Bahía Negra. ¿Y por qué el atractivo de una fuerte recompensa no decidiría a uno de estos hombres a secundar a Zermah en su evasión? A esto, pues, iban a encaminarse todos los esfuerzos de la mestiza.

Entretanto, la pequeña Dy acababa de despertarse. Las primeras palabras que la niña pronunció fueron para llamar a su madre. Sus miradas recorrieron enseguida todo el interior de la habitación. El recuerdo de los sucesos de la víspera acudió en el instante a su pensamiento. Vio que la mestiza estaba con ella, y corrió a su lado.

—¡Querida Zermah, querida Zermah! —murmuraba la pobre niña—. ¡Tengo miedo; tengo miedo!

—¡No tengas cuidado, querida mía!

—¿Dónde está mamá?

—Mamá vendrá pronto, está tranquila. Nosotras nos hemos visto obligadas a huir para salvamos. Ya lo recuerdas; ahora ya estamos en lugar seguro, aquí nada tenemos que temer; está tranquila. En el momento que papá haya recibido socorros, vendrá a buscarnos.

Dy miraba con atención incrédula a Zermah, como diciéndole:

—¿Es verdad eso?

—Sí —respondió la mestiza, que quería a todo precio tranquilizar a la niña—. Sí; Mr. Burbank nos ha dado orden de que le esperemos aquí.

—Pero... ¿y esos hombres que nos han arrebatado y conducido en su lancha? —replicó la niña.

—Estos son los criados de Mr. Harvey, querida mía. Ya le conoces; Mr. Harvey, el amigo de tu papá, que vive en Jacksonville. Estamos en su dominio de Hampton Red.

—Y mamá y Alicia, que estaban también con nosotras, ¿por qué no se encuentran aquí ahora?

—Porque Mr. Burbank las ha llamado en el momento en que iban a embarcarse. ¿No te acuerdas? En cuanto aquellas malas gentes que atacaban a Camdless-Bay hayan sido arrojadas, que lo serán bien pronto, vendrán a buscarnos tu papá y los demás. ¡Vamos, no llores! No tengas miedo, vida mía, ni te asustes, aunque permanezcamos aquí algunos días. Aquí estamos bien ocultas y resguardadas. ¡Vaya!, ahora ven, que te lave, te peine, te vista y te ponga guapa.

Dy no cesaba de mirar obstinadamente a Zermah, y a pesar de las seguridades que la mestiza le daba con sus palabras, un gran suspiro se escapó de los labios de la niña. La pobrecita no había podido, como de costumbre, sonreír en el momento de despertar. Importaba, pues, ante todo, distraerla.

Todos los cuidados de Zermah se dirigieron a conseguirlo, empleando para ello la más tierna solicitud. Le hizo su *toilette* con tanto cuidado como si la niña estuviese en su bonita habitación de Castle-House, procurando a la vez entretenerla, contándole cuentos e historietas. Después, Dy comió un poco y Zermah compartió con ella este primer almuerzo.

—Ahora, querida mía, si tú quieres, iremos a dar un paseo por fuera; iremos al cercado.

—¿Es quizá muy bonita la posesión de Mr. Harvey?

—Bonita, no —respondió Zermah—. Es, según creo, una antigua casucha.

Sin embargo, hay árboles, corrientes de agua, y, en fin, una especie de jardín para pasearnos. Además, nosotras no estaremos aquí más que algunos días, muy pocos; y si te portas bien, y no lloras ni te aburres, tu mamá estará muy contenta.

—Sí, querida Zermah, sí —respondió la niña.

La puerta de la habitación no estaba cerrada con llave. Zermah cogió de la mano a la pequeña Dy, y las dos salieron.

Encontráronse primeramente en el reducto central, que era sombrío y triste. Un instante después se paseaban por el cercado, al abrigo del follaje de los grandes y copudos árboles, que las resguardaban de los rayos del sol.

El cercado no era muy extenso, y la mayor parte del terreno lo ocupaba la casa, situada en el centro. La empalizada que la rodeaba no permitía a Zermah reconocer la disposición del islote, ni en qué situación se hallaba en el centro de la laguna.

Lo único que pudo observar a través de las rendijas de la vieja portera fue que un canal bastante largo y de aguas cenagosas y sucias le separaba de los islotes vecinos. Una mujer y una niña no podrían, sino muy difícilmente, escaparse de allí. Esto lo comprendió Zermah, desde luego. En el caso poco probable de que la mestiza llegara a conseguir apoderarse de una embarcación, ¿cómo acertaría por sí sola a salir de aquellos inextricables laberintos?

Zermah, además, ignoraba que sólo Texar y Squambo conocían los pasos que daban salida al río. Los negros que estaban al servicio del español no salían nunca del fortín. Desde que entraron, ni una sola vez habían salido de él. No sabían siquiera qué sitio era aquel donde los guardaba su amo. Para encontrar la ribera del río San Juan, o para llegar a los pantanos que por el Oeste confinan con la bahía, hubiera sido preciso confiarse al azar. Pero... fiarse a la casualidad en este asunto, ¿no sería correr a un extravío seguro o a una muerte cierta?

Por otra parte, durante los días siguientes, Zermah, al darse cuenta exacta de la situación, comprendió bien pronto que no tendría ayuda alguna que esperar de los criados de Texar. Estos eran en su mayor parte negros medio embrutecidos y de un aspecto poco tranquilizador. Si Texar no les

hacía arrastrar una cadena, no eran, sin embargo, mucho más libres. Alimentados suficientemente por los productos del islote; aficionados en extremo a los licores fuertes, de los cuales Squambo no les escaseaba la ración; dedicados más especialmente al cuidado y a la defensa en caso necesario, del fortín, aquellos semisalvajes no tenían ni podían tener interés alguno por cambiar esta existencia por otra. La cuestión de la esclavitud, que a algunas millas de la Bahía Negra se ventilaba, no había llegado hasta ellos; por lo tanto, no podía apasionarles. ¿Recobrar su libertad? ¿Para qué? ¿Qué iban a hacer de ella? Texar les aseguraba la subsistencia; Squambo no les maltrataba, no obstante que era hombre capaz de aplastar la cabeza al primero que se atravesase en su camino y del que osara levantarla; por consiguiente, ni siquiera pensaban que se podía ser libre. Eran unos brutos verdaderos, inferiores a los dos lebreles que daban vueltas en derredor del fortín. No hay seguramente exageración alguna al decir que estos animales les superaban en inteligencia. Estos conocían todo el conjunto de la bahía: atravesaban a nado sus múltiples pasos, y corrían de un islote a otro guiados por su instinto maravilloso, que les impedía extraviarse. Sus ladridos resonaban a veces hasta en la ribera izquierda del río, y luego, por sí mismos, volvían a penetrar en la Bahía Negra, y arribaban al islote a la caída de la noche. Ninguna embarcación hubiera podido penetrar en la laguna sin ser al momento señalada y perseguida por estos dos terribles guardianes. Excepto Squambo y Texar, nadie se hubiera atrevido a dejar el fortín sin correr peligro de ser devorado por aquellos salvajes animales, descendientes de los perros caribes.

Cuando Zermah hubo observado detenidamente de qué manera se ejercía la vigilancia alrededor del cercado, cuando vio que no podía esperar ningún socorro de los que la guardaban, cualquiera otra que no hubiese sido tan animosa como ella, ni tan enérgica, se hubiera desesperado y se hubiera abatido. A ella no le sucedió nada de esto. Los socorros tenían que llegar de fuera; y en este caso no podían proceder más que de James Burbank, si estaba libre y en disposición de ayudarla, o de Mars, si este mestizo llegaba a saber la situación en que su mujer se encontraba. A falta de estas dos esperanzas, la mestiza no debía contar más que consigo misma para la salvación de la pequeña Dy, y estaba dispuesta a todo para conseguir lo que se proponía.

Zermah, absolutamente aislada en el fondo de aquella laguna, no se veía rodeada por todas partes más que de figuras feroces. Sin embargo, creyó

notar que uno de los negros, joven todavía, la miraba con alguna conmiseración y la trataba con alguna deferencia. ¿Había en aquello alguna esperanza? ¿Podría confiarse a él, indicarle la situación de Camdless-Bay y obligarle a que se dirigiese a Castle-House a llevar la noticia de su paradero y de su situación? Era dudoso. Además, Squambo había sorprendido indudablemente estas señales de interés por parte del esclavo, pues este fue separado del sitio que ocupaba, y Zermah no volvió a encontrarle durante sus paseos a través del cercado.

Varios días pasaron sin que ocurriese el más ligero cambio en esta situación. Desde la mañana hasta la noche, Zermah y Dy tenían libertad completa para ir y venir de un lado a otro del cercado, y para entrar y salir del fortín.

Por la noche, aunque Squambo no las cerrase en la habitación, les hubiera sido imposible dejar el reducto central. El indio no les hablaba jamás; por consiguiente Zermah se vio obligada a renunciar a interrogarle. Pero no dejaba el islote ni un solo instante. Se comprendía que ejercía su vigilancia atentamente a todas horas. Los cuidados de Zermah se dirigieron, por consiguiente, hacia la niña, que comenzaba a impacientarse y expresar el vivo deseo que tenía de ver a su madre.

—¡Pronto vendrá! —le respondió Zermah—. He tenido noticias tuyas. Tu padre va a venir también, querida mía, con *Miss* Alicia.

Después de estas respuestas, la pobre criatura no sabía qué imaginar. Entonces Zermah se ingeniaba para distraerla, lo cual era muy difícil, pues la niña mostraba más razón que la que es común a su edad, y de lo que entonces era necesario, dada la situación en que se encontraban.

Habían transcurrido los días 4, 5 y 6 de marzo, y aunque Zermah había procurado cuidadosamente oír si alguna detonación lejana anunciaba la presencia de la flotilla federal en las aguas del San Juan, ni el más pequeño ruido había llegado hasta ella. Todo había sido inútil; todo también permanecía silencioso en el centro de la Bahía Negra. Era preciso convencerse, con tales detalles, de que Florida no pertenecía todavía a los soldados de la Unión. Esto inquietaba a la mestiza hasta el más alto grado. A falta de James Burbank y los suyos, para el caso en que estos tuvieran que ser de nuevo atacados e imposibilitados de hacer nada, ¿no podría contar al menos con la intervención y la ayuda de Gilbert y Mars? Si sus cañones hubiesen sido dueños del río, hubieran explorado

minuciosamente ambas riberas, y seguramente hubieran sabido llegar hasta el islote, apenas alguien, no importa quién, del personal de Camdless-Bay les hubiese instruido de lo que había pasado. Pero nada indicaba que se hubiese librado un combate en las aguas del río.

Lo que era también singular y extraño es que Texar no se hubiese dejado ver ni una sola vez en el fortín, ni de día ni de noche. A lo menos, Zermah no había observado nada que pudiese hacerle suponer que había estado allí. Y, sin embargo, la mestiza apenas dormía, y sus largas horas de insomnio las empleaba en escuchar y enterarse de los ruidos más leves; pero hasta entonces todo había sido inútil.

Por otra parte, ¿qué hubiera podido hacer en el caso de que Texar hubiese ido a la Bahía Negra y la hubiese hecho comparecer ante él? ¿Acaso Texar hubiera escuchado, y menos atendido, las súplicas de ella? La presencia de Texar, ¿no sería más de temer todavía que su ausencia?

Por milésima vez pensaba Zermah en todo esto en la noche del día 6 de marzo. Eran aproximadamente las once de la noche. La pequeña Dy dormía con un sueño bastante profundo y apacible. La habitación que servía de celda a las dos prisioneras estaba sumergida en una oscuridad profunda. Ningún ruido se percibía en el interior, a no ser, de vez en cuando, el silbido de la brisa a través de los derruidos paredones del fortín.

En este momento, la mestiza creyó oír pisadas en el interior del reducto.

Al principio supuso que sería el indio que entraba en su habitación, situada enfrente de la que ella ocupaba, después de haber hecho su ronda habitual alrededor del cercado.

Zermah sorprendió entonces algunas palabras pronunciadas en voz baja entre dos individuos. Se aproximó a la puerta y púsose a escuchar con mucha atención, reconociendo al principio la voz de Squambo, y poco después, casi en seguida, la de Texar.

Un estremecimiento agitó todo su cuerpo. ¿Qué iba a hacer Texar en el fortín a hora tan avanzada de la noche? ¿Se trataba acaso de organizar alguna nueva maquinación contra la mestiza y la niña?

¿Iban quizás a ser arrancadas de su habitación y transportadas a algún otro retiro más ignorado, más impenetrable que la impenetrable y oculta

Bahía Negra? Todas estas suposiciones se presentaron rápida e instantáneamente en la imaginación de Zermah, produciéndole terrible impresión. Pero en el mismo instante, renaciendo su indómita energía, se tranquilizó, y apoyándose en la junta de la puerta, se puso a escuchar atentamente.

—¿No hay nada de nuevo? —preguntó Texar.

—Nada, señor —contestó Squambo.

—¿Y Zermah?

—He rehusado contestar a sus preguntas.

—¿Se han llevado a cabo tentativas para llegar hasta ella después del asunto del Camdless-Bay?

—Sí; pero ninguna ha dado resultado.

Al oír esta respuesta, Zermah comprendió que alguien había hecho pesquisas en su busca. ¿Quién podía ser?

—¿Cómo has sabido tú eso? —preguntó Texar.

—Porque he ido varias veces hasta la ribera del San Juan —respondió el indio—, y hace algunos días he observado que una barca rondaba alrededor de la entrada de la Bahía Negra. Hasta he observado que una vez dos hombres han desembarcado en uno de los islotes próximos a la ribera.

—¿Quiénes eran esos dos hombres?

—James Burbank y Walter Stannard.

Zermah estaba tan sobresaltada que apenas podía contener su emoción. Eran James Burbank y Stannard los que la buscaban, decía para sí.

Es decir, que los defensores de Castle-House no habían perecido todos en el ataque de la plantación. Si estos habían comenzado las pesquisas, es claro que conocían el secuestro de la niña y de la mestiza. Y si lo conocían, era sin duda que la señora Burbank y Alicia habían podido entrar de nuevo en Castle-House después de haber escuchado el último

grito lanzado por Zermah cuando pedía socorro contra Texar. James Burbank estaba, pues, al corriente de todo cuanto había pasado; conocía también el nombre del miserable secuestrador; acaso sospecharía en qué sitio tenía ocultas a sus víctimas; por consiguiente, él pondría los medios para llegar hasta ellas.

Este encadenamiento de hechos se verificó instantáneamente en la imaginación de Zermah. Al punto se sintió animada por una esperanza inmensa; pero esta esperanza desapareció bien pronto, apenas nacida, cuando escuchó a Texar responder:

—Sí; que busquen, que busquen, que no encontrarán nada. Además, dentro de algunos días James Burbank no será de temer.

La mestiza, asustada, no acertaba a comprender lo que significaban estas palabras. Pero sí conocía perfectamente que, siendo pronunciadas por el hombre a quien obedecía el comité de Jacksonville, debían constituir una terrible amenaza.

—Y ahora, Squambo —dijo Texar—, tengo necesidad de ti por una hora.

—Estoy a vuestras órdenes, señor.

—Sígueme.

Un instante después, todo estaba en silencio, y amo y criado se habían retirado a la habitación ocupada por el indio.

¿Qué iban a hacer allí? ¿No habría en su conversación algún secreto, del cual Zermah pudiera aprovecharse? En su situación no debía olvidar nada de lo que pudiera servirla.

Ya se sabe que la puerta de la habitación de la mestiza no estaba cerrada ni aun durante la noche. Esta precaución, por otra parte, hubiera sido inútil, pues el reducto estaba cerrado interiormente, y Squambo llevaba la llave siempre consigo. Era, pues, totalmente imposible salir del fortín, y, por consiguiente, intentar una evasión.

Zermah pudo, por tanto, abrir la puerta de su habitación y avanzar algunos pasos sigilosamente, conteniendo el aliento.

La oscuridad era profunda. Algunos rayos de luz solamente se escapaban

por las rendijas de la habitación del indio.

Zermah se acercó a la puerta y miró por el intersticio de dos tablas mal unidas. El espectáculo que se ofreció a su vista era tan singular y extraño, que forzosamente había de sorprenderla al comprender su significación.

Por más que la habitación no estuviese iluminada sino con un trozo de tea resinosa, esta luz bastaba al indio, ocupado entonces en un trabajo delicado.

Texar estaba sentado delante de él, desembarazado de su chaqueta de cuero, con el brazo izquierdo desnudo completamente extendido sobre una mesa, bajo la claridad de la tea resinosa.

Un papel, de forma muy rara, atravesado por infinidad de pequeños agujeros, había sido colocado sobre la parte interna del antebrazo. Por medio de una aguja muy fina, Squambo picaba la piel en todos los puntos que los agujeros del papel dejaban al descubierto. Era la operación de marcar a Texar la que practicaba el indio, operación en la cual debía ser muy experto en su cualidad de semínola. Y, en efecto, lo hacía con bastante destreza y rapidez en la mano, a fin de que la punta de la aguja hiriese solamente la epidermis, sin que Texar experimentase el más insignificante dolor.

Cuando la operación estuvo terminada, Squambo levantó el papel; y después, tomando algunas hojas de una planta que Texar había llevado consigo, frotó con ellas el antebrazo de su amo. El jugo de esta planta, introducido en las picaduras de la aguja, no dejó de acusar viva sensación en Texar; pero este no era hombre que se quejara por tan poca cosa.

Terminada la operación, Squambo aproximó la resina al sitio marcado, y un dibujo rojizo apareció claramente entonces sobre la piel del antebrazo de Texar. Este dibujo reproducía exactamente el que los agujeros hechos por la aguja formaban en el papel. La operación de calcar este dibujo había sido hecha con una exactitud perfecta. Estaba formado por un conjunto de líneas entrecruzadas, representando una de las figuras simbólicas de las creencias semínolas. Esta marca no debía borrarse del brazo en el cual acababa de imprimirla Squambo. Zermah, como ya se ha dicho, lo había visto todo; conocía la operación, pero no podía comprender el objeto de ella. ¿Qué interés podía tener Texar en adornarse con aquella marca? ¿Para qué aquel signo particular que había de añadir una palabra

a las señas escritas en sus pasaportes? ¿Quería, acaso, hacerse pasar por indio? Esto era imposible. Ni su tez, ni su color, ni los rasgos de su fisonomía lo hubieran permitido. ¿No sería preciso acaso establecer una correlación entre esta señal y la que había sido impuesta últimamente a algunos viajeros floridianos de los que habían caído en manos de una partida de seminolas hacia el norte del condado? ¿Quería Texar con este signo tener la posibilidad de establecer una de aquellas inexplicables coartadas de las cuales había sacado hasta entonces tan buen partido?

¿Sería tal vez aquel uno de los secretos inherentes a su vida privada, que revelara su porvenir?

Otra cuestión se presentó entonces a la imaginación de Zermah.

¿No había venido Texar al fortín más que para explotar en su provecho la habilidad de Squambo en materia de marcas? Una vez acabada esta operación, ¿dejaría Texar la Bahía Negra para volverse al norte de Florida y sin duda a Jacksonville, de la que sus partidarios eran todavía los dueños? ¿O tendría acaso la intención de permanecer en el reducto hasta que fuese de día, hacer comparecer a la mestiza ante él y tomar una nueva determinación relativa a sus prisioneras?

En lo que respecta a esto, Zermah se tranquilizó bien pronto. Había vuelto rápidamente a su habitación, mientras Texar se levantaba y salía del cuarto del indio. La mestiza, pegada al interior de su puerta, escuchaba con atención las breves palabras que en voz baja cambiaban Squambo y su señor.

—Vigila con más cuidado que nunca —decía Texar.

—No tengáis cuidado —respondió Squambo.

Y luego añadió:

—Sin embargo, si nos viéramos perseguidos muy cerca de la Bahía Negra por James Burbank...

—Ya te he dicho que de James Burbank no tendremos nada que temer de aquí a algunos días. Por otra parte, si fuera preciso, ya sabes adonde deben ser conducidas la mestiza y la niña. Allí iré yo a reunirme con vosotros.

—Comprendido, señor —replicó Squambo—; porque es preciso también estar prevenidos para el caso de que Gilbert, el hijo de James Burbank, y Mars, el marido de Zermah...

—Antes de cuarenta y ocho horas habré capturado a los dos —respondió Texar—, y cuando ambos estén en mi poder...

Zermah no entendió el final de esta frase tan amenazadora para su marido y para Gilbert.

Texar y Squambo salieron entonces del fortín, cuya puerta se cerró tras ellos.

Algunos instantes más tarde, el esquife, conducido por el indio, dejaba el islote, se dirigía a través de las tortuosas sinuosidades de la laguna, y llegaba hasta una embarcación que esperaba a Texar a la entrada de la Bahía Negra, sobre el San Juan. Squambo y su señor se separaron entonces, después de las últimas recomendaciones que le hizo Texar, el cual, arrastrado por la corriente, descendió con rapidez en dirección a Jacksonville.

Allí llegó precisamente al despuntar el día, y a tiempo oportuno para poner sus proyectos en ejecución. En efecto, algunos días después, Mars desaparecía bajo las aguas del San Juan, y Gilbert Burbank era condenado a muerte.

XIX. La víspera

El día 11 de marzo por la mañana había sido juzgado Gilbert Burbank por el comité de Jacksonville. En la noche de aquel mismo día fue arrestado su padre por orden de dicho comité. Al tercer día de esta sentencia el joven oficial debía ser pasado por las armas, y sin duda James Burbank, acusado de ser su cómplice, y condenado a la misma pena, iba a morir con él.

Como ya se ha visto, Texar podía decirse que tenía el comité en su mano. Su sola voluntad era ley en él. La ejecución del padre y del hijo no sería más que el preludio de los sangrientos excesos a los cuales iban a entregarse los esclavistas, sostenidos por el populacho, contra los nordistas del Estado de Florida y contra los que compartían sus ideas en la cuestión de la esclavitud. ¡Qué de venganzas personales iban entonces a llevarse a cabo, bajo el velo de la guerra civil! ¡Únicamente la presencia de las tropas federales podría evitarlas! Más, ¿llegarían dichas tropas? Y sobre todo, ¿llegarían antes de que estas primeras víctimas hubiesen sido sacrificadas al odio de Texar?

¡Desgraciadamente había ya muchos motivos para dudarlo!

Y prolongándose esta tardanza, se comprenderá fácilmente de qué angustias y de qué pesares vivían rodeados los habitantes de Castle-House.

Por otra parte, parecía que el proyecto de subir por el río San Juan había sido momentáneamente abandonado por el comandante Stevens. Los cañoneros no hacían ningún movimiento que indicase su intención de dejar el sitio en que estaban anclados. ¿Es que no se atrevían a franquear la barra del río desde el momento en que Mars no estaba allí para guiarles a través del canal? ¿Renunciarían quizás al proyecto de apoderarse de Jacksonville, y por consiguiente a garantizar la seguridad de las plantaciones situadas en la parte superior del curso del San Juan? ¿Qué nuevos hechos de armas habían tenido lugar para modificar de tal modo los proyectos del comodoro Dupont?

Esto era lo que se preguntaban Stannard y el capataz Perry durante aquel interminable día 12 de marzo.

En efecto, para esta fecha, según las noticias que corrían en el país, sobre todo en la parte de Florida comprendida entre el río y el mar, los esfuerzos de los nordistas parecían concentrarse principalmente sobre el litoral. El comodoro Dupont, comandando el *Wabash* y seguido de los más fuertes cañoneros de la escuadra, acababa de aparecer en la bahía de San Agustín. Hasta se decía que las milicias se preparaban a abandonar la ciudad sin intentar la defensa del fuerte Marion, del mismo modo que no habían defendido el fuerte Clinch cuando la rendición de Fernandina.

Tales fueron al menos las noticias que el capataz llevó a Castle-House en la mañana de aquel día, y en seguida las comunicó a Stannard y a Edward Carrol, al cual su herida, no cicatrizada todavía, obligaba a permanecer tendido en un diván.

—¡Los federales en San Agustín! —exclamó este último—. ¿Y por qué no llegan hasta Jacksonville?

—Acaso no quieran más que interceptar el río en su parte inferior, sin tomar posesión de la ciudad —respondió Perry.

—James y Gilbert están perdidos si Jacksonville permanece en poder de Texar —dijo Stannard.

—¿No podría yo —replicó Perry—, ir a prevenir al comodoro Dupont del peligro que corren Mr. Burbank y su hijo?

—Sería preciso una jornada para llegar a San Agustín —respondió Carrol—; esto suponiendo que no os encontrarais detenido por las milicias que se baten en retirada. Y antes que el comodoro Dupont haya podido hacer llegar a Stevens la orden de ocupar Jacksonville, habrá pasado demasiado tiempo. Por otra parte, esta barra... ¡esta barra del río! Si los cañoneros no pueden pasar al otro lado, ¿cómo salvar a nuestro pobre Gilbert, que debe ser ejecutado mañana? No; no es a San Agustín adonde es preciso ir; es al mismo Jacksonville. No es al comodoro Dupont a quien es preciso dirigirse: es a Texar.

—Mr. Carrol tiene razón, padre mío, y yo iré —dijo Alicia, que acababa de

escuchar las últimas palabras pronunciadas por Carrol.

La valerosa joven estaba dispuesta a intentarlo todo y a arrostrar todos los peligros por la salvación de Gilbert.

El día antes, al salir de Camdless-Bay, James Burbank había recomendado, sobre todo, que no llegase hasta su mujer la noticia de su partida para Jacksonville. Era muy importante ocultarle que el comité hubiese dado orden de arrestar a su marido. La señora Burbank lo ignoraba, así como ignoraba también la suerte de su hijo, al cual creía a bordo de la flotilla. Si lo hubiera sabido, ¿cómo hubiese podido soportar la desgraciada mujer este doble golpe que la hería? ¡Su marido en poder de Texar, su hijo en vísperas de ser fusilado! Seguramente no hubiera sobrevivido a estas noticias. Cuando había preguntado por James Burbank, o había demostrado intenciones de verle, Alicia se había limitado a responder que estaba ausente de Castle-House a fin de emprender de nuevo las pesquisas relativas a Dy y a Zermah, y que su ausencia podría durar, a lo más, cuarenta y ocho horas. De este modo los pensamientos de la señora Burbank se concentraban entonces en su hija desaparecida. Esto ya era bastante más de lo que podía soportar en el estado en que se encontraba.

Entretanto, Alicia no ignoraba ninguno de los peligros que amenazaban a James y a Gilbert Burbank. Sabía que el joven oficial debía ser fusilado al día siguiente, y que la misma suerte estaba reservada a su padre. Y entonces, contristada por este pensamiento, resolvió ir a ver a Texar, y venía a rogar a Carrol que la hiciera transportar al otro lado del río.

—¿Tú..., Alicia, a Jacksonville? —exclamó Stannard.

—Padre mío, es preciso.

La vacilación tan natural de Stannard, había cedido repentinamente ante la necesidad de obrar sin tardanza. Si había alguna posibilidad de salvar a Gilbert, era por los medios que quería intentar Alicia. Puede ser que arrojándose a los pies de Texar llegara a enternecerle. Acaso pudiera obtener de él el aplazamiento de la ejecución. Tal vez, en fin, encontraría un apoyo entre las gentes honradas a quienes su desesperación sublevaría contra la intolerable tiranía del comité. Era preciso, pues, ir a Jacksonville, a pesar del peligro que hubiera que correr.

—Perry tendrá la bondad de acompañarme hasta la casa de Mr. Harvey —dijo la joven.

—Al instante —respondió el capataz.

—No, Alicia, no te acompañará nadie, sino yo mismo —añadió Stannard—. Sí, yo; partamos.

—¡Vos, Stannard! —dijo Edward Carrol—. Tened cuidado; me parece que os exponéis bastante, porque son muy conocidas vuestras opiniones.

—¡Qué importa! —dijo Stannard—. Yo no he de dejar a mi hija ir sola, sin mí, en medio de esos forajidos. Que Perry se quede en Castle-House, puesto que vos, Edward, no podéis andar todavía, pues es preciso prever el caso de que nosotros seamos detenidos.

—¿Y si la señora Burbank pregunta por vos? —replicó Edward Carrol—. Si pregunta, como preguntará seguramente, por *Miss Alicia*, ¿qué he de responderle?

—Responderéis que hemos ido a reunimos con James y que le acompañamos en las investigaciones que hace al otro lado del río. Decid también, si es preciso, que probablemente iríamos a Jacksonville; en fin, todo cuanto sea preciso para tranquilizarla; pero nada que le haga sospechar los peligros que corren su marido y su hijo. Perry, mandad que preparen una embarcación.

El capataz se retiró en seguida, dejando a Stannard haciendo sus preparativos de viaje.

Sin embargo, era preferible que Alicia no saliese de Castle-House sin haber puesto en conocimiento de la señora Burbank que su padre y ella se veían obligados a ir a Jacksonville. En caso de necesidad, no debía dudar en decir que el partido de Texar había sido derrotado; que los federales eran dueños de todo el curso del río, y que al día siguiente Gilbert estaría en Camdless-Bay. Pero ¿hubiera tenido la joven el valor suficiente para no turbarse y para dar a su voz un acento tranquilo que no le hiciese traición cuando afirmara aquellos hechos, cuya realización parecía entonces imposible?

Cuando llegó a la habitación de la enferma, la señora Burbank dormía, o

más bien estaba sumergida en una especie de amodorramiento doloroso; una pesadez profunda, de cuyo estado no tuvo Alicia valor para sacarla. Acaso valiera más que la joven se encontrara dispensada por esta casualidad de tranquilizar a la enferma con sus palabras.

Una de las doncellas de la señora Burbank velaba cerca del lecho. Alicia le recomendó que no la abandonara ni se ausentara un solo instante, y que se dirigiera a Mr. Carrol para contestar a las preguntas que la señora Burbank pudiese hacerle. Después la joven se inclinó sobre la frente de la desgraciada madre y estampó en ella sus labios, saliendo inmediatamente de la habitación para reunirse con su padre.

En el momento que le vio, dijo:

—Partamos, padre mío.

Los dos salieron de la casa, después de haber estrechado la mano de Edward Carrol.

En medio de la calle de bambúes que conducía al puerto, encontraron al capataz.

—La embarcación está dispuesta —dijo Perry.

—Bien —respondió Stannard—. Vigilad con gran cuidado en Castle-House, amigo mío.

—No temáis nada, Mr. Stannard. Todos nuestros negros vuelven poco a poco a la plantación, y esto se comprende perfectamente. ¿Qué van a hacer ellos con una libertad para la cual no han sido creados por la naturaleza? Traed con vos a Mr. Burbank y los encontraréis todos en su puesto.

Stannard y su hija ocuparon sus puestos en la embarcación, conducida por cuatro marineros de Camdless-Bay. Se izó la vela, y, empujada por una ligera brisa del Este, marchó rápidamente, perdiéndose de vista en breve el pequeño puerto, que desapareció bien pronto detrás de la punta que la plantación proyectaba hacia el Noroeste.

Stannard no tenía intención de desembarcar en el puerto de Jacksonville, donde hubiera sido inmediata e irremisiblemente conocido. Le parecía que sería mejor saltar a tierra en alguna pequeña ensenada de las muchas que

el río ofrece cerca de la ciudad. Desde allí, sería fácil dirigirse a la casa de Harvey, situada en aquella parte de la población.

Entonces, y en vista de las circunstancias, se decidiría qué gestiones y cómo habían de hacerse.

El río se encontraba desierto a aquella hora. Nada por la parte superior de su curso, que era por donde hubieran podido venir las milicias de San Agustín que se refugiaban hacia el Sur. Nada tampoco en la parte inferior. Por consiguiente, era claro que no se había empeñado ningún combate entre las embarcaciones floridianas y los cañoneros del comandante Stevens.

Ni siquiera se podía divisar el punto donde estaban anclados, pues un recodo del San Juan cerraba el horizonte por bajo de Jacksonville.

Después de una travesía bastante rápida, favorecida por el viento del Este, Stannard y su hija tocaron al fin en la ribera izquierda. Los dos, sin haber sido observados por nadie, desembarcaron en el fondo de una pequeña ensenada que no estaba vigilada, y en algunos minutos se encontraron en la casa del corresponsal de James Burbank, bien ajeno a esta visita.

Este quedó sorprendido, y se manifestó muy inquieto al verles. Su presencia no estaba exenta de peligros en medio de aquel populacho cada vez más excitado y más temible, y siempre a las órdenes incondicionales de Texar.

Todo el mundo sabía que Stannard participaba de las ideas antiesclavistas adoptadas en Camdless-Bay. El saqueo llevado a cabo en su misma casa en Jacksonville era una advertencia que no debía olvidar.

Seguramente, tanto él como su hija, iban a correr grandes peligros en Jacksonville.

El mal menos grave que pudiera acontecerle si llegaba a ser reconocido, sería el de ser encarcelado como cómplice de Burbank.

—Es preciso salvar a Gilbert —fue todo lo que pudo responder Alicia a las observaciones de Harvey.

—Sí —respondió este—; es preciso intentarlo, pero que Mr. Stannard no se presente en la población, sino que permanezca oculto aquí, mientras

nosotros hacemos todo cuanto nos es posible.

—¿Se me permitirá entrar en la prisión? —preguntó la joven.

—No lo creo fácil, *Miss Alicia*.

—¿Podría yo ver a Texar?

—Lo intentaremos.

—¿No queréis que os acompañe? —dijo Stannard insistiendo en su resolución.

—No; eso sería comprometer nuestras gestiones cerca de Texar y del comité.

—Vamos, pues, Mr. Harvey —dijo Alicia.

Sin embargo, antes de dejarles partir, Stannard quiso saber si se habían verificado nuevos hechos de armas de los cuales no hubiera llegado todavía noticia a Camdless-Bay.

—Ninguno —respondió Harvey—, por lo menos en lo que concierne a Jacksonville. La flotilla federal ha aparecido en la bahía de San Agustín, y la ciudad se ha entregado sin resistencia. En cuanto al San Juan, hasta ahora no se ha notado en él ningún movimiento. Los cañoneros continúan anclados al otro lado de la barra.

—¿Les falta todavía agua para franquearla?

—Sí, Mr. Stannard, pero hoy tendremos una de las mareas más fuertes del equinoccio. El mar llegará a su mayor altura a eso de las tres de la tarde, y quizá los cañoneros puedan pasarla.

—¡Pasar sin piloto, ahora que Mars no está con ellos para dirigirlos a lo largo del canal! —respondió Alicia con una entonación que indicaba que la pobre joven no se atrevía a confiar en aquella esperanza—. No, es imposible, Mr. Harvey, es preciso que yo vea a Texar, y si me rechaza, deberemos sacrificarlo todo para procurar la evasión de Gilbert.

—Así se hará, *Miss Alicia*.

—¿No se ha modificado el estado de los ánimos de Jacksonville?
—preguntó Stannard.

—No —respondió Harvey—; los revoltosos continúan siendo los amos de la ciudad, y Texar les domina por completo. Sin embargo, ante las exacciones y las Amenazas del comité, las gentes honradas tiemblan de indignación, y bastaría un pequeño movimiento de los federales sobre el río para cambiar este estado de cosas. Este populacho, en suma, es cobarde y miserable. Si se les amenazara, Texar y sus partidarios serían en seguida derribados. Aún espero que el comandante Stevens pueda franquear la barra.

—Nosotros no podemos esperar más —respondió resueltamente *Miss Alicia*—. De aquí a entonces ya habré yo visto a Texar.

Se convino, pues, en que Stannard permanecería oculto en la casa a fin de que nadie conociera su estancia en Jacksonville. Harvey estaba dispuesto a prestar ayuda a la joven en todas las cuestiones que se proponía hacer, cuyo éxito, preciso es decirlo, no estaba, ni mucho menos, asegurado.

Si Texar rehusaba conceder el perdón de Gilbert; si Alicia no podía llegar hasta él, se intentaría, aun a costa de toda su fortuna, la evasión del joven oficial y de su padre.

Serían las once cuando Alicia y Harvey salieron de la casa para dirigirse al Palacio de Justicia, donde el comité, presidido por Texar, estaba en aquel momento en sesión.

La agitación no cesaba ni un momento en la ciudad. Por uno y otro lado pasaban las milicias reforzadas con los contingentes que iban llegando de los territorios del Sur. Durante aquel día se esperaban las que la rendición de San Agustín dejara disponibles; bien que vinieran por el lado del San Juan, bien que emprendieran la marcha a través de los bosques de la orilla derecha para franquear el río a la altura de Jacksonville. La gente iba y venía sin cesar. Mil noticias circulaban a cada instante; y, como sucede siempre en semejantes casos, eran contradictorias, lo cual provocaba un tumulto que casi rayaba en desorden.

Desde luego, era fácil comprender que en el caso en que los federales llegaran a la vista del puerto, no habría ninguna unidad de acción en los

medios de defensa. La resistencia no sería grande. Si Fernandina se había rendido nueve días antes a las tropas que desembarcó el general Wright; si San Agustín había acogido en su puerto la escuadra del comodoro Dupont, sin intentar siquiera cerrarle el paso, fácil era de prever que lo mismo sucedería en Jacksonville.

Las milicias floridianas, cediendo el sitio a las tropas nordistas, se verían obligadas a retirarse al interior del condado. Una sola circunstancia podía salvar a Jacksonville de ser ocupada por las tropas federales, permitiendo así que se cumplieran los proyectos sanguinarios de los revoltosos; esta circunstancia era que los cañoneros, por una u otra razón, por falta de agua o por falta de piloto, no pudieran franquear la barra. Todo lo más, dentro de una hora esta cuestión estaría resuelta.

Entretanto, atravesando por entre una multitud que a cada momento se hacía más compacta, Harvey y Alicia se dirigieron hacia la plaza principal. ¿De qué medio se valdrían para poder penetrar en las salas del Palacio de Justicia? No podían ni siquiera imaginarlo. Y una vez allí, ¿cómo podrían ver a Texar? Lo ignoraban. ¡Quién sabe si Texar, precisamente porque supiera que Alicia Stannard deseaba verle, no intentara desembarazarse de ella y librarse de sus importunas súplicas, haciéndola arrestar y detener hasta después de la ejecución del joven teniente! Pero Alicia no quería, no podía fijarse en ninguna de estas contrariedades que podían ocurrirle. Su intención era llegar hasta Texar y pedirle la gracia de la vida de Gilbert. No había peligro personal, por grande que fuera, que pudiera distraerla de este objeto.

Cuando Harvey y la joven llegaron a la plaza, la encontraron llena de una multitud más tumultuosa que la que hasta entonces habían visto. Los gritos retumbaban en el aire; las vociferaciones más atroces se oían por todas partes, repitiendo de unos a otros grupos estas siniestras palabras:

—¡A muerte, a muerte!

Harvey comprendió que el comité estaba deliberando desde hacía una hora. Un terrible presentimiento se apoderó de él; ciertamente nunca podría estar más justificado.

En efecto, el comité acababa de juzgar, en Jacksonville, a James Burbank, cómplice de su hijo Gilbert, acusándole de haber mantenido inteligencias con la armada federal: crimen y condenación que eran el coronamiento de

la obra de odio que Texar estaba realizando contra la familia Burbank.

Adivinando esto, Harvey no quiso seguir adelante, e intentó alejar de aquel lugar a Alicia Stannard, pues era inhumano que la joven presenciara escenas violentas, a las cuales parecía dispuesta a entregarse la población en el momento en que los condenados saliesen del Palacio de Justicia, después que se hubiera hecho pública su sentencia.

Por otra parte, no era aquel el momento más propicio para presentarse a Texar.

—Venid, *Miss Alicia* —dijo Harvey—; venid, ya volveremos cuando el comité...

—No —respondió Alicia—; quiero arrojarme entre los acusados y sus jueces.

La resolución de la joven era tan firme que Harvey desesperaba de convencerla. Alicia marchaba hacia delante: era preciso seguirla. A pesar de que la multitud era muy compacta, algunos, que sin duda conocían a la joven se apartaban y le dejaban paso. Los gritos de muerte resonaban cada vez más terriblemente en su oído.

Nada pudo detenerla. En tales condiciones llegó la pobre joven ante las puertas del Palacio de Justicia.

En este sitio, el populacho agitado semejaba más que en ninguna otra parte el oleaje del mar; no el oleaje que sigue a la tempestad, sino el que la precede. De su parte se podían temer las más terribles escenas. De repente, un reflujo tumultuoso lanzó a la calle el numeroso público que llenaba las salas del Palacio de Justicia. Las vociferaciones redoblaron: la sentencia del comité acababa de dictarse.

James Burbank, lo mismo que Gilbert, eran condenados por el mismo pretendido crimen a la misma pena. El padre y el hijo serían fusilados por el mismo pelotón cuando llegara la hora de la ejecución.

—¡A muerte, a muerte! —gritó la turba.

James Burbank apareció entonces sobre las últimas gradas. Aparecía tranquilo y dueño de sí. Una mirada de desprecio fue lo único que tuvo para las vociferaciones del populacho.

Un destacamento de la milicia le rodeaba, con orden de conducirlo de nuevo a la prisión.

James Burbank no iba solo; Gilbert marchaba a su lado.

Sacado de la celda donde esperaba la hora de su ejecución, el joven oficial había sido conducido a la presencia del comité, para ser confrontado con James Burbank. Este no había hecho más que confirmar las declaraciones de su hijo, asegurando que no había ido a Castle-House más que para ver, quizá por última vez, a su madre moribunda.

Ante esta afirmación, el cargo de espionaje hubiera debido caer por sí mismo, si el proceso no hubiera estado perdido de antemano. Por consiguiente, en la misma condena habían sido comprendidos los dos inocentes; condena impuesta por una venganza personal y pronunciada por jueces inicuos.

Entretanto, la multitud se precipitaba hacia los condenados. La milicia hacía grandes esfuerzos para conseguir, aunque con dificultad, abrir un camino a través de la plaza del Palacio de Justicia.

En aquel instante se produjo un movimiento. Alicia se había precipitado hacia James y Gilbert Burbank.

Involuntariamente, el populacho retrocedió, sorprendido por esta intervención inesperada de la joven.

—¡Alicia! —gritó Gilbert.

—¡Gilbert! ¡Gilbert! —murmuraba Alicia Stannard, que cayó en los brazos del joven oficial.

—¡Alicia! ¿Cómo y para qué estás aquí? —preguntó James Burbank.

—¡Para implorar vuestra gracia! ¡Para suplicar a vuestros jueces...!
¡Gracia, gracia para vosotros...!

Los gritos de la desgraciada joven eran desgarradores. Se agarraba fuertemente a los condenados, que habían hecho alto un instante. ¿Podía esperar alguna piedad de aquella multitud desenfundada que les rodeaba? No; pero su intervención tuvo por primer efecto el detener su furia en el

momento en que acaso iba a entregarse a violencias inauditas contra los prisioneros, a pesar de los hombres de la milicia.

Por otra parte, Texar, prevenido de lo que sucedía, acababa de aparecer en el umbral de la puerta del Palacio de Justicia. Un gesto suyo contuvo a la multitud.

La orden, que renovó, de conducir a los prisioneros James y Gilbert Burbank a la prisión, fue escuchada y respetada.

El destacamento se puso en marcha.

—¡Gracia! ¡Gracia! —gritó Alicia, que se había arrojado a los pies de Texar.

Este no respondió más que con un signo negativo.

La joven se levantó entonces, erguida y fiera.

—¡Miserable! —exclamó.

En seguida procuró reunirse con los condenados, pidiendo que se le permitiera seguirles a su prisión, y pasar al lado de ellos las últimas horas que les quedaban de existencia.

Los presos estaban ya fuera de la plaza, y la multitud les acompañaba todavía con sus gritos y sus feroces aullidos.

Esto era más de lo que Alicia Stannard podía soportar. Sus fuerzas la abandonaron. Vaciló y cayó. Ya no tenía conocimiento ni sentido cuando Harvey la recibió en sus brazos.

La joven no volvió en sí hasta después de haber sido trasladada a casa de Harvey, cerca de su padre.

—¡A la prisión, a la prisión! —murmuraba—. Es preciso que los dos se escapen.

—Sí —respondió Stannard—; no hay más que ese recurso que intentar. Esperemos la noche.

En efecto, no era posible hacer nada durante el día. Cuando la oscuridad les permitiera obrar con más seguridad, sin temor de ser sorprendidos,

Stannard y Harvey intentarían hacer posible la evasión de los dos prisioneros, con la complicidad de su guardián. Irían pertrechados de una suma de dinero bastante considerable, tanto, que aquel hombre, al menos así lo esperaban, no podría resistir a sus ofrecimientos, sobre todo, cuando un solo cañonazo disparado desde la flotilla del comandante Stevens podía poner fin al poder y a la autoridad de Texar.

Pero, llegada la noche, cuando Stannard y Harvey quisieron poner en ejecución su proyecto, hubieron de renunciar a él.

La casa en que vivía Harvey estaba guardada por una compañía de la milicia y fue en vano que intentaran salir de ella.

XX. Golpe de viento del nordeste

No quedaba ya a los condenados más que una probabilidad de salvación, una sola: la de que antes de doce horas los federales fuesen dueños de la ciudad. En efecto, al día siguiente, al salir el sol, James y Gilbert Burbank debían ser pasados por las armas.

Estando vigilada como estaba la casa de Harvey, ¿cómo habían de poder huir de su prisión, ni siquiera con la connivencia del carcelero? ¿Dónde habían de guarecerse y de quién habían de fiarse?

Entretanto, para apoderarse de Jacksonville no se podía contar con las tropas nordistas desembarcadas hacía pocos días en Fernandina, y que no podían abandonar esta importante posición al norte del Estado de Florida. Sólo a los cañoneros del comandante Stevens incumbía esta tarea. Pero para llevarla a cabo era preciso, ante todo, franquear la barra del San Juan. Entonces, una vez franqueada, la flotilla no tendría más que anclar a la altura del puerto. Desde allí, cuando tuviese la ciudad bajo sus fuegos, no cabía duda ninguna de que las milicias se batirían en retirada a través de los inaccesibles pantanos del condado. Texar y sus partidarios se apresurarían seguramente a seguirlos, a fin de evitar las represalias que con sobrada justicia debían esperar.

Las gentes honradas podrían entonces ocupar los puestos de que tan indignamente habían sido arrojadas, y tratar con los representantes del Gobierno federal las condiciones de la rendición de la ciudad.

Pero el paso de la barra, ¿era posible, y, además, en un breve plazo? ¿Había algún medio de vencer el obstáculo material que la falta de agua oponía siempre a la marcha de los cañoneros? Esto era muy dudoso, como se va a ver.

En efecto, después de pronunciado el juicio, Texar y el comandante de las milicias de Jacksonville se habían dirigido hacia el muelle para observar el curso inferior del río. No causará, por tanto, extrañeza que sus miradas se fijaran obstinadamente en la línea de embarcaciones, colocada algunas

millas más abajo, y que sus oídos estuvieran prontos a recoger toda detonación que viniera del lado del San Juan.

—¿No se ha observado nada nuevo? —preguntó Texar, después de haberse detenido en la extremidad de la estacada.

—Nada —respondió el comandante—. Un reconocimiento que acabo de hacer por la parte Norte, me permite afirmar que los federales no han salido todavía de Fernandina para dirigirse a Jacksonville. Muy verosímilmente, quedarán en observación en la frontera georgiana, esperando que sus flotillas hayan forzado el canal.

—¿No pueden venir tropas del Sur después de haber salido de San Agustín y pasar el río San Juan por Picolata?

—No lo creo —respondió el oficial—. Dupont no tiene más tropas de desembarco que las necesarias para ocupar la ciudad, y su objeto es, evidentemente, establecer el bloqueo en todo el litoral, desde la embocadura del San Juan hasta los últimos límites de Florida. Por consiguiente, no tenemos nada que temer por este lado.

—Queda, pues, el peligro de ser atacados por la flotilla de Stevens si consigue remontar la barra ante la cual está detenida hace tres días.

—Sin duda; pero esta cuestión quedará decidida dentro de algunas horas. Después de todo, puede ser que los federales no tengan otro objeto que interceptar la parte inferior de la corriente del río, a fin de cortar toda comunicación entre San Agustín y Fernandina.

—Os lo repito, Texar, lo importante para los nordistas no es tanto ocupar Florida en este momento, como el oponerse al contrabando de guerra que se hace por los pasos del Sur. Es de creer que su expedición no tiene otro objetivo. Sin esto, las tropas, que son dueñas de la isla Amelia hace unos días, se hubieran puesto ya en marcha contra Jacksonville.

—Es posible que tengáis razón —respondió Texar—. Pero no importa, estoy impaciente porque la cuestión de la barra sea definitivamente resuelta.

—Pues lo será hoy mismo.

—Sin embargo, si los cañoneros de Stevens viniesen a situarse frente al

puerto, ¿qué harías?

—Ejecutaría la orden que he recibido de conducir las milicias al interior, a fin de evitar todo contacto con las tropas federales. ¿Que estas se apoderan de las ciudades del condado? ¡Bueno! No podrán conservarlas largo tiempo, puesto que tendrán cortadas las comunicaciones con Georgia y con las Carolinas, y nosotros podremos muy pronto recobrarlas.

—Entretanto, hay que tener en cuenta —dijo Texar—, que si fuesen dueños de Jacksonville, aunque no fuera más que por un día, sería preciso esperar terribles represalias por su parte. Todas estas gentes que se llaman honradas, estos ricos colonos, estos antiesclavistas, volverían al poder, y entonces... ¡Pero esto no sucederá, no...! Y antes de abandonar la ciudad...

Texar no acabó su pensamiento, pero era fácil comprenderle.

No entregaría la ciudad a los federales, lo cual sería ponerla de nuevo en las manos de aquellos magistrados que habían sido derribados por el populacho. Antes la incendiaría, y acaso estaban ya tomadas las medidas y dadas las disposiciones necesarias para conseguir este resultado y esta obra de destrucción. Entonces, los suyos y él, retirándose tras las milicias, encontrarían en los terrenos pantanosos del Sur guaridas inaccesibles donde esperar los sucesos.

Sin embargo, como ya se ha dicho, esta eventualidad no era de temer más que en el caso en que la barra pudiera ser franqueada por los cañoneros, y ya había llegado el momento en que iba a resolverse definitivamente esta cuestión.

En efecto, un violento reflujo del populacho se produjo hacia el lado del puerto. Un instante bastó para que los muelles, en toda su extensión, se encontrasen completamente ocupados por la multitud. Los gritos más ensordecedores estallaron.

—¡Los cañoneros pasan!

—¡No, no se mueven...!

—Ensayan franquear la barra forzando el vapor.

—¡Mirad! ¡Mirad!

—No hay duda —dijo el comandante de las milicias—. Algo extraordinario ocurre. Mirad, Texar.

Este no respondió. Sus ojos no cesaban un punto de observar hacia la parte inferior del curso del río, la línea del horizonte, cerrada por la línea de embarcaciones que los sudistas habían colocado a través del San Juan para impedir el paso. Media milla más abajo, se divisaban los mástiles y las chimeneas de los cañoneros del comandante Stevens. Una espesa humareda se elevaba por encima de ellos, y empujada por el viento que empezaba a tomar fuerza, iba a esparcirse sobre Jacksonville. Evidentemente, Stevens aprovechaba la mayor fuerza de la marea y hacía esfuerzos por pasar, aumentando sus fuegos hasta hacer saltar las calderas. ¿Lo conseguiría? ¿Encontraría bastante agua en los sitios de menos fondo, aun cuando fuese arañando la quilla de sus cañoneros? Motivo había en aquel espectáculo para provocar una violenta emoción en toda la multitud reunida sobre la ribera del San Juan.

Y las discusiones continuaban con más animación a cada momento, según lo que unos creían ver y lo que otros no veían.

—Han avanzado una distancia de medio cable.

—No, no se han movido de su sitio; parece que sus anclas están clavadas en el fondo.

—Allí hay uno que hace evoluciones.

—Sí, pero se presenta de costado y cabecea porque le falta el agua.

—¡Qué humareda!

—Aunque quemem todo el carbón de los Estados Unidos no pasarán de ahí.

—Y mucho menos ahora que la marea comienza a bajar.

—¡Hurra por el Sur...!

—¡Hurra...!

Esta tentativa hecha por la flotilla duró diez minutos aproximadamente,

diez minutos que parecieron años a Texar, a sus partidarios y a todos aquellos cuya vida y cuya libertad estarían comprometidas si los federales se hacían dueños de Jacksonville. No sabía de cierto a qué atenerse, pues la distancia, en realidad, era demasiado grande para que se pudiesen observar fácilmente las maniobras de los cañoneros. ¿El canal estaba franqueado, o iba a serlo a despecho de los hurras prematuros que lanzaba aquella desenfrenada multitud? Aligerándose de todo peso inútil, haciendo por este medio elevarse las líneas de flotación, ¿no podría conseguir el comandante Stevens ganar el poco espacio que le faltaba para encontrar un sitio en que las aguas fuesen más profundas, y emprender una navegación fácil hasta la altura del puerto? Esto era, indudablemente, de temer por los sudistas, en tanto que durase la marea alta.

Verdad es que, según habían observado algunos, la marea empezaba a bajar, y si esto continuaba, el nivel de las aguas del San Juan descendería muy rápidamente.

De improviso, todos los brazos se extendieron hacia un punto de la parte inferior del río, y este grito dominó todos los otros.

—¡Una lancha! ¡Una lancha! ¡Una lancha!

En efecto, una ligera embarcación se dejaba ver cerca de la ribera izquierda, donde la corriente del flujo se hacía sentir todavía, en tanto que el reflujo iba cobrando fuerzas hacia el centro del canal.

Esta embarcación, conducida a fuerza de remos, avanzaba rápidamente. En la popa se divisaba un oficial que llevaba el uniforme de las milicias floridianas. Bien pronto ganó el pie de la estacada y subió rápidamente las gradas de la escalinata lateral, empotrada en el muelle. Después, habiendo visto a Texar, se dirigió hacia él por en medio de los grupos que se amontonaban por verle y oírle.

—¿Qué hay? —preguntó Texar.

—No hay nada ni habrá nada —respondió el oficial.

—¿Quién os envía?

—El jefe de nuestras embarcaciones, las cuales no tardarán mucho en

replegarse hacia el puerto.

—¿Y por qué?

—Porque los cañoneros han intentado vanamente franquear la barra a pesar de que se han aligerado y han forzado el vapor. En adelante, ya no tenemos nada que temer, por ese lado al menos.

—¿De esta manera? —preguntó Texar.

—Ni de ninguna otra, al menos de aquí a algunos meses.

—¡Hurra! ¡Hurra!

Estos gritos llenaron por todas partes la ciudad; y a la vez que los revoltosos aclamaban una vez más a Texar como al hombre en el cual encamaban todos sus detestables instintos, las gentes sensatas quedaron aterradas al pensar que durante muchos días aún, iban a sufrir la dominación terrorífica del comité y de su jefe.

El oficial había dicho la verdad; a partir de aquel día el mar iría bajando poco a poco y la marea conduciría una cantidad de agua mucho más pequeña cada vez, al cauce del San Juan. Esta marea del 12 de marzo había sido una de las más fuertes del año, y había de pasar un intervalo de varios meses antes que el curso del río volviese a alcanzar el mismo nivel. El canal volvía a ser infranqueable, y, por consiguiente, Jacksonville escapaba a los fuegos del comandante Stevens. Esto era la prolongación de los poderes de Texar y la certidumbre para este hombre terrible de llevar a cabo hasta lo último su obra de venganza.

Aun admitiendo que el general Sherman quisiera hacer ocupar a Jacksonville por las tropas del general Wright, desembarcadas en Fernandina, esta marcha debía durar algún tiempo. Por eso, en lo que concernía a James Burbank y su hijo, como su ejecución estaba fijada para el día siguiente a primera hora, nada podía salvarles.

La noticia llevada por el oficial se esparció en un instante por todos los alrededores. Fácilmente puede comprenderse el efecto que produjo sobre aquella desencadenada porción del populacho. Las orgías y los escándalos volvieron a reanudarse con más animación que antes. Las gentes honradas estaban siempre temerosas, pues comprendían que se

hallaban expuestas a los más abominables excesos. Así es que la mayor parte de ellas se preparaban a salir de una ciudad que, como Jacksonville, no les ofrecía seguridad alguna.

Los hurras y las vociferaciones llegaron hasta los prisioneros, haciéndoles comprender que toda esperanza de salvación acababa de desvanecerse. También llegaron a la casa de Harvey, lo cual, como se comprende fácilmente, fue causa de una gran desesperación para Stannard y su hija.

¿Qué es lo que iban a intentar ya, ni a qué medios podían recurrir para salvar a James Burbank y a su hijo? ¿Tratar de corromper al guardián de la prisión? ¿Provocar a precio de oro la huida de los condenados? Esto era imposible, puesto que ni ellos mismos podían salir de la habitación en la cual habían encontrado refugio. Como hemos dicho, una compañía de la milicia la rodeaba y no la perdía de vista, y sus imprecaciones resonaban incesantemente delante de la puerta.

Por fin se hizo de noche. El tiempo, cuyo cambio sé presentía desde algunos días antes, se había modificado sensiblemente. El viento, después de haber soplado desde la tierra al mar, había cambiado bruscamente hacia el Nordeste. Ya las nubes, amontonándose en grandes masas grises, o desgarrándose en jirones que no tenían ni siquiera el tiempo de resolverse en lluvia, corrían a lo largo con una extrema velocidad y se aplanaban casi al ras del mar. Una fragata de primera clase hubiera llegado ciertamente con el extremo de sus altos mástiles hasta aquel conjunto de vapores condensados, que tanto se aplanaban en medio de aquellas zonas bajas. El barómetro había descendido rápidamente hasta los grados que indican tempestad. Todos los síntomas que se presentaban eran los de un huracán, nacido allá en los lejanos horizontes del Atlántico. Con la llegada de la noche, que invadía el espacio, este huracán no tardó en desencadenarse con una violencia extraordinaria.

Por efecto de su orientación, fácilmente se comprende que recorrió de lleno a través de toda la cuenca del San Juan. Su soplo gigantesco levantaba las aguas de la embocadura del río hasta formar una montaña, y luego las rechazaba formando barras a la manera de las que se forman en las crecidas de los grandes ríos, cuyas altas olas destruyen todas las propiedades ribereñas.

Durante esta noche de tormenta, Jacksonville se vio también barrida por el viento, con espantosa violencia. Un trozo de la estacada del puerto cedió a

los golpes de la resaca, lanzada contra sus pilotes. Las aguas cubrieron una gran parte de los muelles, y contra estos se estrellaron varias embarcaciones, cuyas amarras quedaron quebradas como hilos. Era imposible permanecer en las calles ni en las plazas, obstruidas como estaban por materiales de toda especie. El populacho se refugió en las tabernas, donde los gacznates no perdieron nada y sus aullidos escandalosos lucharon, no sin ventaja, contra el estruendo de la tempestad.

Pero no fue solamente en la superficie del suelo donde este golpe de viento ejerció sus destrozos. A través del lecho del San Juan, la desnivelación de las aguas provocó una ola gigantesca, tanto más violenta cuanto superaba diez veces las ordinarias del río. Las chalupas ancladas delante de la barra fueron sorprendidas por esta montaña de agua, antes de darles tiempo para buscar refugio en el puerto. Sus anclas saltaron, y sus amarras se rompieron. La marea de la noche, por el fuerte empuje del viento, las arrastró irresistiblemente hacia la parte superior del río. Algunas se estrellaron contra los pilotes de los muelles, en tanto que otras, arrastradas más allá de Jacksonville, iban a perderse entre los islotes o los recodos del San Juan, a algunas millas más abajo. Gran número de marineros que las tripulaban perdieron la vida en este desastre, cuya repentina presencia había hecho imposible todas las medidas que se suelen tomar en semejantes circunstancias, siempre inesperadas.

En cuanto a los cañoneros del comandante Stevens, ¿qué había sido de ellos? ¿Habían aparejado y forzado la máquina para buscar un abrigo en las bahías de la parte inferior del río? ¿Habrían logrado, gracias a esa maniobra, escapar a una destrucción completa? En todo caso, sea que hubiesen tomado el partido de descender hacia las bocas del San Juan, sea que se hubiesen sostenido con sólo sus anclas, Jacksonville no debía temerlos ya, puesto que la barra les oponía un obstáculo más infranqueable que antes.

Todo el valle del San Juan estuvo envuelto durante aquella noche en una oscuridad negra y profunda, en tanto que el aire y el agua se confundían, como si alguna acción química hubiese intentado combinarlos en un solo elemento. Fue aquel uno de los cataclismos que se ven con bastante frecuencia en las épocas de los equinoccios; pero cuya violencia sobrepujaba a la de todos los que el territorio de Florida había sufrido hasta entonces.

Pero, precisamente en razón de su fuerza, este meteoro no duró más que algunas horas. Antes de la salida del sol, los vacíos que habían quedado en el espacio fueron rápidamente colmados por el formidable llamamiento del aire, y el huracán fue a perderse por encima del golfo de México, después de haber herido con su último golpe la península floridiana.

Hacia las cuatro de la mañana, con las primeras luces del día que blanquearon un horizonte limpio por la gran barredera de la noche, una calma tranquila había sucedido a las turbaciones de los elementos. Entonces el populacho empezó a esparcirse por las calles, que antes se había visto obligado a abandonar para guarecerse en las tabernas. La milicia volvió a situarse en los puestos de que antes había desertado. Todo el mundo se ocupó, en lo que era posible, en proceder a la reparación de los destrozos causados por la tempestad.

Estos, en particular a lo largo de los muelles de la ciudad, no dejaban de ser considerables, pues había estacadas rotas, lanchas desamparadas, embarcaciones deshechas, que la marea descendente conducía de nuevo desde las altas regiones del río.

Una niebla muy espesa se había extendido sobre el lecho mismo del San Juan y se iba elevando poco a poco hasta las altas zonas, enfriadas por la tempestad. A las cinco de la mañana, el canal no estaba visible en su parte central, y no podría estarlo hasta el momento en que la niebla fuera disipada a impulsos de los rayos del sol.

De repente, un poco después de las cinco, unos formidables estampidos agujerearon las espesas brumas. No había medio de engañarse; aquello no eran los prolongados rugidos del trueno, sino las detonaciones estridentes de la artillería. Varios silbidos característicos se oían a través del espacio. Un grito de espanto se escapó de todo este público, milicia y populacho, que se había dirigido al puerto.

Al mismo tiempo, bajo estas detonaciones repetidas, la niebla comenzaba a disiparse. Sus masas, iluminadas por el fuego de los cañones, se desprendieron de la superficie del río.

Los cañoneros de Stevens estaban allí, anclados delante de Jacksonville, hacia la cual enfilaban sus cañones directamente.

—¡Los cañoneros! ¡Los cañoneros!

Estas palabras, repetidas de boca en boca, recorrieron bien pronto la ciudad hasta los arrabales más extremos. En algunos minutos, la población honrada, con una satisfacción extrema, y el populacho con un terrible espanto, supieron que la flotilla era dueña del San Juan. Si no se rendían inmediatamente, la ciudad sería destruida.

¿Qué es lo que había pasado? ¿Habían encontrado los nordistas una ayuda en la tempestad? Sí; los cañoneros no habían ido a buscar refugio hacia las bahías inferiores de la desembocadura. A pesar de la violencia de las olas y del viento, habían permanecido firmes en el sitio en que estaban. Mientras que sus adversarios se alejaban con las chalupas, el comandante Stevens y sus cañoneros habían resistido el huracán, aun a riesgo de perderse, con tal de intentar el paso que las circunstancias habían hecho practicable. En efecto, el huracán que empujaba las aguas a todo lo largo de la cuenca del río, acababa de elevar su nivel a una altura anormal, y los cañoneros se habían lanzado a través de los pasos. Entonces, forzando el vapor, y aunque las quillas arañasen el fondo de la arena, los cañoneros habían podido franquear la barra.

Hacia las cuatro de la mañana, el comandante Stevens, maniobrando en medio de las tinieblas, dedujo que debía de estar a la altura de Jacksonville. Entonces arrojó las anclas y se decidió a esperar. Después, en el momento oportuno, había desgarrado las brumas con las detonaciones de sus cañones más gruesos, y había lanzado sus primeros proyectiles sobre la ribera izquierda del San Juan.

El efecto fue instantáneo. En algunos minutos la milicia había evacuado la ciudad, siguiendo el ejemplo en las tropas sudistas, tanto en Fernandina como en San Agustín. Stevens, viendo los barrios desiertos, comenzó casi en seguida a moderar el fuego, pues su intención no era destruir Jacksonville, sino ocuparla y someterla. Al poco tiempo una bandera blanca ondeaba en lo alto de la cúpula del Palacio de Justicia.

Fácilmente se comprenderá con qué angustia habían sido escuchados estos primeros cañonazos en casa de Harvey. La ciudad era seguramente atacada; luego este ataque no podía venir más que de los federales, sea que estos hubiesen remontado el San Juan, o sea que se hubieran aproximado por el norte de Florida. ¿Era, por fin, aquella la casualidad inesperada, la única que podía salvar a James y a Gilbert Burbank?

Harvey y Alicia se precipitaron hacia la puerta de la casa. Las gentes de Texar que la guardaban habían emprendido la fuga y marchaban a reunirse con las milicias hacia el interior del condado.

Harvey y la joven se dirigieron en seguida hacia el puerto. La niebla se había disipado y se descubría el río hasta los últimos límites de la ribera derecha.

Los cañoneros cesaron de hacer fuego, pues visiblemente se comprendía que Jacksonville renunciaba a hacer resistencia.

En este momento, varias lanchas atracaron a la estacada, y desembarcaron un destacamento de federales, armados de fusiles, revólveres y hachas.

De repente, un agudo grito se dejó oír entre los marineros que venían mandados por un oficial; el hombre que acababa de lanzar este grito se precipitó al encuentro de Alicia.

—¡Mars, Mars! —dijo la joven, estupefacta de encontrarse en presencia del marido de Zermah, a quien se creía ahogado en las aguas del San Juan.

—¡Gilbert, Gilbert! —respondió Mars—; ¿dónde está Mr. Gilbert?

—¡Prisionero con Mr. Burbank! Salvadle, Mars, salvadle, y salvad a su padre.

—¡A la prisión! —gritó Mars, volviéndose hacia sus compañeros, a los cuales arrastró consigo.

Y todos se apresuraron a correr para impedir que se cometiera el último crimen por orden de Texar.

Harvey y Alicia les siguieron.

Como se ve, Mars, después de haberse arrojado al fondo del río, había podido salvar los remolinos de la barra. Sí, y por prudencia, el valeroso mestizo se había guardado bien de hacer saber en Castle-House que estaba sano y salvo. Ir a buscar allí asilo hubiera sido comprometer su propia seguridad, y era preciso que él quedase libre para llevar a cabo su obra. Así es que, habiendo podido ganar a nado la orilla derecha, logró,

escurriéndose por entre las cañas, descender hasta encontrarse frente a la flotilla. Allí, observando sus señales, le había recogido una lancha que le llevó a bordo del cañonero que mandaba el comandante Stevens. Este fue en seguida puesto al corriente de la situación, y ante el peligro inminente que amenazaba a Gilbert, todos sus esfuerzos se dirigieron a remontar el canal. Hasta entonces, ya se sabe que habían sido infructuosos, y la operación iba a ser abandonada, cuando durante la noche el huracán vino a elevar el nivel de las aguas. Sin embargo, sin una gran práctica en atravesar aquellos pasos difíciles, la flotilla hubiera todavía corrido el peligro de encallar en el fondo del río. Felizmente, Mars estaba allí. Este había conducido diestramente su cañonero, cuya dirección siguieron todos los demás, a pesar del desencadenamiento de la tempestad. De este modo, antes que la niebla hubiera llenado por completo el valle del San Juan ya estaban los cañoneros anclados delante de la ciudad, la cual tenían bajo sus fuegos.

Ya era tiempo, pues los dos condenados debían ser pasados por las armas a primera hora de la mañana. Pero no tenían nada que temer. Los magistrados de Jacksonville habían recobrado su autoridad, usurpada por Texar, y en el momento en que Mars y sus compañeros llegaban delante de la prisión, James y Gilbert Burbank salían de ella en libertad.

En un instante el joven teniente había estrechado a Alicia sobre su corazón, en tanto que Stannard y James Burbank caían también el uno en brazos del otro.

—¿Y mi madre? —preguntó Gilbert en seguida.

—Vive, vive —respondió Alicia.

—Está bien; pues entonces, a Castle-House —gritó Gilbert—. A Castle-House.

—Primero es preciso que se haga justicia —respondió James Burbank.

Mars había comprendido a su amo. Inmediatamente se dirigió hacia la plaza del Palacio de Justicia con intención de encontrar allí a Texar.

¿Habría este emprendido la fuga, a fin de librarse de las represalias? ¿No se habría sustraído a la vindicta pública, con todos los que se habían comprometido como él en este período? ¿Seguiría ya a los soldados de la

milicia que marchaban en retirada hacia las regiones bajas del condado?

Esto debía y podía creerse.

Pero sin esperar la intervención de los federales, gran número de habitantes de Jacksonville se habían precipitado hacia el Palacio de Justicia. Texar, detenido en el momento en que se disponía a emprender la fuga, estaba guardado con centinelas de vista. Por otra parte, parecía haberse resignado bastante fácilmente con su suerte.

Sin embargo, cuando se encontró en presencia de Mars, comprendió que su vida estaba amenazada.

En efecto, el mestizo, al verle, se había arrojado sobre él. A pesar de los esfuerzos de los que le guardaban, le había cogido por la garganta y le estrangulaba, cuando James y Gilbert Burbank aparecieron.

—¡No, no, vivo! —gritó James Burbank—. Es preciso que viva, es preciso que hable.

—Sí, es preciso, respondió Mars.

Algunos instantes más tarde, Texar era encerrado en la misma celda en que sus víctimas habían esperado la hora de la ejecución.

XXI. Toma de posesión

Los federales eran al fin dueños de Jacksonville, y en consecuencia, dueños del San Juan. Las tropas de desembarco, conducidas por el comandante Stevens, ocuparon en seguida los principales puntos de la ciudad. Las autoridades usurpadoras habían emprendido la fuga. Del antiguo comité, sólo Texar había caído entre sus manos.

Por otra parte, fuese cansancio por las exacciones cometidas durante los últimos días, o quizás indiferencia en lo relativo a la cuestión de la esclavitud, que el Norte y el Sur procuraban resolver por las armas, los habitantes de Jacksonville no hicieron mala acogida a los oficiales de la flotilla que representaba al Gobierno de Washington.

Durante este tiempo, el comodoro Dupont, establecido en San Agustín, se ocupaba en poner el litoral floridiano al abrigo del contrabando de guerra. Los pasos de Mosquito-Inlet fueron inmediatamente cerrados. Esta medida cortó por completo el comercio de armas y de municiones que se hacía con las Lucayas y con las islas inglesas de Bahama. Se puede, por consiguiente, decir que, a partir de este momento, el Estado de Florida quedó para siempre bajo la autoridad federal.

Aquel mismo día, James y Gilbert Burbank, Stannard y Alicia rebasaban el San Juan para entrar de nuevo en Camdless-Bay.

Perry y los sub-capataces les esperaban a la entrada del pequeño puerto, acompañados de algunos de los negros que habían ido volviendo a la plantación. Fácilmente se imaginará qué recepción les fue hecha, y con qué demostraciones de alegría les acogerían.

Un instante después, James Burbank y su hijo, Stannard y Alicia estaban a la cabecera del lecho de la señora Burbank.

Al mismo tiempo que contemplaba a su hijo, la enferma se enteraba de todo lo que había pasado. El joven oficial la estrechaba entre sus brazos. Mars le besaba las manos. Ya no se separarían de ella. Alicia podría

ofrecerle sus cuidados y así recobraría pronto sus fuerzas. En adelante ya no habría que temer nada de las viles maquinaciones de Texar, ni de los infames que este había asociado a sus venganzas. Texar estaba entre sus manos, y los federales eran dueños de Jacksonville y de su vida.

Sin embargo, si la mujer de James Burbank, si la madre de Gilbert no tenía nada ya que temer por su marido y por su hijo, todo su pensamiento iba entonces a dirigirse a su hija pequeña secuestrada. Le era precisa Dy, como a Mars le era precisa Zermah.

—¡Nosotros las encontraremos! —gritó James Burbank—. Mars y Gilbert nos acompañarán en nuestras pesquisas.

—Sí, padre mío, sí; y sin perder un solo día —respondió el joven teniente.

—Puesto que tenemos a Texar —replicó Burbank—, será preciso que hable.

—¿Y si rehúsa hablar? —preguntó Stannard—. ¿Y si este hombre pretende que él no tiene que ver nada con el secuestro de Dy y de Zermah?

—¿Y cómo podrá decir eso? —exclamó Gilbert—. ¿No le ha reconocido Zermah en la Bahía Marino? ¿No han escuchado Alicia y mi madre el nombre de Texar que Zermah pronunciaba a gritos en el momento en que la embarcación se alejaba? ¿Se puede dudar de que él sea el autor del secuestro, y de que lo haya efectuado personalmente?

—¡Era él, era él! —respondió la señora Burbank, que se irguió como si hubiera querido arrojarle fuera del lecho.

—Sí —añadió Alicia—; yo le reconocí perfectamente. Estaba en pie en la popa de su embarcación, que se dirigía hacia el centro del río.

—Sea —dijo Stannard—; convenimos en que era Texar. No hay duda posible; pero a pesar de todo, si se niega a decir en qué sitio han sido ocultadas Dy y Zermah por orden suya, ¿adónde iremos a buscarlas, puesto que hemos registrado ya vanamente las orillas del río en una extensión de varias millas?

A esta pregunta, tan claramente expresada, no podía darse ninguna respuesta. Todo dependía de lo que Texar tuviese a bien decir. En qué

estaría su interés: ¿en hablar o en callarse?

—¿De modo que no se sabe dónde habita ordinariamente ese miserable?
—preguntó Gilbert.

—No se sabe, ni se ha sabido jamás —respondió James Burbank—. En el sur del condado hay bosques tan extensos y tantos terrenos pantanosos inaccesibles donde ocultarse, que en vano intentaría explorar todo este país, en el cual los mismos federales no podrán perseguir a las milicias que se retiran. Esto sería trabajo perdido.

—¡Yo necesito mi hija! —exclamó la señora Burbank, a la cual su marido trataba en vano de contener.

—¡Mi mujer, yo quiero mi mujer! —exclamaba Mars—; y yo obligaré bien pronto a ese pillo a decir dónde está.

—Sí —replicó James Burbank—. Cuando ese hombre vea que le va en ello la vida y que puede salvarla hablando, no dudará en hablar. Si él hubiera huido, podíamos desesperar de encontrarlas; pero estando entre las manos de los federales, ya le arrancaremos su secreto. Ten confianza, pobre mujer mía; todos estamos contigo, y entre todos te devolveremos tu hija.

La señora Burbank, aniquilada por el sufrimiento, había caído de nuevo sobre la almohada. Alicia, no queriendo abandonarla, permaneció a su lado, mientras que Stannard, James Burbank, Gilbert y Mars bajaban al salón para conferenciar allí con Edward Carrol.

Entre todos se convino lo siguiente: antes de decidirse a obrar, dejarían a los federales el tiempo necesario para organizar la toma de posesión. Por otra parte, era necesario que el comodoro Dupont fuese informado de los sucesos relativos, no solamente a Jacksonville, sino también a Camdless-Bay. Acaso conviniera que Texar fuese entregado con preferencia a la justicia militar. Si así sucedía, el proceso no podría ser entablado sino mediante diligencias del comandante en jefe de la expedición a Florida.

Sin embargo, Gilbert y Mars no quisieron dejar pasar el fin de esta semana ni la siguiente sin comenzar sus investigaciones. Mientras que James Burbank, Stannard y Edward Carrol iban a hacer las primeras gestiones, ellos quisieron recorrer el San Juan, con la esperanza de que acaso

podieran recoger algún indicio.

¿No podían temer, en efecto, que Texar rehusase hablar? ¿Que, llevado de su odio, llegase hasta preferir sufrir el último castigo antes que devolver sus víctimas? Era preciso poder pasarse sin él. Importaba, por consiguiente, descubrir en qué sitio habitaba de ordinario. Pero esto fue en vano. Nadie sabía nada de la Bahía Negra. Se creía esta laguna absolutamente inaccesible. Así es que Gilbert y Mars pasaron varias veces por delante de ella sin descubrir la estrecha abertura que hubiera podido dar acceso a su ligera embarcación.

Durante el día 13 de marzo, no aconteció ningún incidente que modificara tal estado de cosas; en Camdless-Bay la reorganización del dominio se efectuaba poco a poco. De todos los rincones del territorio de los bosques vecinos por donde habían sido obligados a dispersarse, los negros volvían en gran número. Declarados libres por el acto generoso de James Burbank, no se consideraban por eso desligados de toda obligación para con él. Si ya no eran sus esclavos, serían por lo menos sus servidores. Todos tenían prisa de volver a la plantación, de reconstruir en ella sus barracones, destruidos por la banda de Texar, de reedificar las fábricas, restaurar los talleres, y en fin, de reanudar los trabajos a los cuales, desde hacía tantos años, debían el bienestar y la felicidad de sus familias.

Se comenzó por reorganizar el servicio de la plantación. Edward Carrol, casi curado de su herida, pudo dedicarse de nuevo a sus ocupaciones habituales. Hubo mucho celo por parte de Perry y de los sub-capataces. No había nadie, incluso Pig, que no se diese prisa al trabajo, si bien este no hacía gran cosa. El pobre tonto había olvidado un poco de sus ideas pasadas, aunque se decía y obraba como un emancipado platónico, que se veía muy embarazado para utilizar la libertad de que tenía tanto derecho de gozar. En resumen, cuando todo el personal hubiese vuelto a Camdless-Bay, cuando hubieran reedificado los edificios destruidos, la plantación no tardaría en volver a tomar su aspecto habitual. Cualquiera que fuese el resultado de la guerra de secesión, habría motivos para creer que se aseguraría el orden y la tranquilidad en adelante a los principales colonos de Florida.

En Jacksonville se había restablecido el orden por completo. Los federales no habían intentado siquiera inmiscuirse en la administración municipal. Se habían cuidado exclusivamente de ocupar con sus fuerzas la ciudad, dejando a los antiguos magistrados la autoridad que un tumulto popular les

había arrebatado durante algunas semanas.

Para ellos bastaba que el pabellón estrellado de los Estados Unidos flotase sobre los edificios. Precisamente porque la mayoría de los habitantes se mostraba bastante indiferente en la cuestión que dividía a los Estados Unidos, esta misma población no mostraba gran repugnancia a someterse al partido victorioso. La causa unionista no debía encontrar ningún adversario en los distritos de Florida.

Se comprendía perfectamente que la doctrina esclavista tan querida de los Estados del Sur, en Georgia y las Carolinas, no sería sostenida en Florida con el ardor habitual de los separatistas, aun en el caso mismo de que el Gobierno federal retirase sus tropas.

Entretanto, veamos cuáles eran en esta época los hechos de armas acaecidos en la guerra de que la América del Norte era todavía teatro.

Los confederados, a fin de apoyar el ejército de Beauregard, habían enviado sus cañoneros, a las órdenes del comodoro Hollins, que acababa de tomar posesión en el Mississippi, entre Nueva Madrid y la Isla 10. Allí comenzaba una lucha que el almirante Foote sostenía vigorosamente, con objeto de asegurarse la posesión de la parte alta del curso del río. El mismo día en que Jacksonville caía en poder de Stevens, la artillería federal se ponía en estado y condiciones de contestar a los cañoneros de Hollins.

La suerte debía acabar por favorecer a los nordistas con la toma de la Isla 10 y de Nueva Madrid. Entonces ocuparían todo el centro del Mississippi, en una longitud de doscientos kilómetros teniéndose en cuenta las sinuosidades de la cuenca del río.

Sin embargo, por esta época se manifestaba gran vacilación en los planes del Gobierno federal. El general McClellan había querido someter sus ideas a un consejo de guerra; y aunque dichos propósitos habían sido aprobados por la mayoría de este consejo, el presidente Lincoln, cediendo a influencias sensibles, puso trabas a su ejecución.

El ejército del Potomac dividióse a fin de asegurar la tranquilidad de Washington. Por fortuna, la victoria del *Monitor* y la huida del *Virginia* acababan de hacer libre la navegación del Chesapeake. Además, la precipitada retirada de los confederados después de la evacuación de

Manassas, permitió al ejército transportar sus acantonamientos a esta ciudad. De esta manera estaba resuelta la cuestión del bloqueo sobre el Potomac.

Sin embargo, la política, cuya acción es tan funesta cuando se mezcla en los asuntos militares de un país, iba todavía a producir una decisión perjudicial a los intereses del Norte. Por esta fecha, el general McClellan estaba relevado de la dirección superior de los ejércitos federales.

Su mando se había reducido exclusivamente a las operaciones del Potomac, y los otros cuerpos de ejército, que obraban independientemente, quedaron bajo la sola dirección del presidente Lincoln.

Esta fue una falta grave. McClellan se resintió vivamente de la afrenta de una destitución que no había merecido; pero como soldado que conoce su deber, se resignó. Al otro día mismo formaba un plan de campaña, cuyo objetivo era desembarcar sus tropas en la playa del fuerte Monroe. Adoptado este plan por los jefes de los cuerpos, fue aprobado por el Presidente.

El ministro de la Guerra envió sus órdenes a Nueva York, a Filadelfia y a Baltimore, y varios buques de todas clases llegaron en breve al Potomac, a fin de transportar el ejército de McClellan con su material.

Las amenazas que durante algún tiempo habían hecho temblar a Washington, la capital nordista, iba a sufrirlas a su vez Richmond, la capital de los Estados del Sur.

Tal era la situación de los beligerantes en el momento en que Florida acababa de someterse al general Sherman y al comodoro Dupont. Al mismo tiempo que su escuadra efectuaba el bloqueo de la costa floridiana, se hacían por completo dueños del San Juan, con lo cual aseguraban la completa posesión de la península.

Entretanto, Gilbert y Mars habían explorado inútilmente las riberas y los islotes del río hasta más allá de Picolata. Después de esto, ya no había más recurso que obrar directamente sobre Texar. Este, desde el día en que las puertas de la prisión se habían cerrado para él, no había podido tener relación ninguna con sus cómplices, y en consecuencia, la pequeña Dy y Zermah debían encontrarse todavía en el mismo sitio en que

estuvieran antes de la ocupación del San Juan por los federales.

En este momento, el estado de los asuntos de Jacksonville permitía que la justicia siguiese su curso ordinario con respecto a la causa de Texar, si este rehusaba responder. Sin embargo, antes de llegar a este recurso extremo, podía creerse en que consentiría en hacer algunas indicaciones, aunque fuese a condición de otorgarle la libertad.

El día 14 se resolvió intentar estas gestiones, con la aprobación de las autoridades militares, que la había concedido por adelantado.

La señora Burbank había recobrado sus fuerzas. La vuelta de su hijo; la esperanza de ver bien pronto a su niña; la paz que se había hecho en todo el país; la seguridad, garantizada entonces, que en la plantación de Camdless-Bay se disfrutaba, todo se reunía para darle un poco de aquella energía moral que la había abandonado. Ya no había nada que temer de los partidarios de Texar, que habían aterrorizado a Jacksonville. Las milicias se habían retirado hacia el interior del condado de Putnam. Si más tarde las de San Agustín, después de haber franqueado el río por la parte superior del curso del mismo, intentaban reunirse con ellas a fin de organizar alguna expedición contra las tropas federales, no había en esto sino un peligro muy lejano, del cual no había motivo para preocuparse en tanto que Dupont y Sherman residiesen en Florida.

Quedó, pues, convenido que James y Gilbert Burbank irían aquel mismo día a Jacksonville; pero también irían solos. Edward Carrol, Stannard y Mars permanecerían en la plantación. Alicia no se separaría de la señora Burbank. Por otra parte, el joven oficial y su padre se proponían estar de vuelta por la noche en Castle-House, y ser portadores de alguna feliz nueva. En seguida que Texar hubiera hecho conocer el sitio en que tenía ocultas a Dy y Zermah, se ocuparían de su busca y de su libertad. Algunas horas, un día todo lo más bastaría para esto, sin duda.

En el momento en que James y Gilbert se disponían a partir, Alicia llamó aparte al joven oficial.

—Gilbert —le dijo—; vais a encontraros en presencia del hombre que ha hecho tanto mal a vuestra familia; del miserable que quería enviaros a la muerte a vos y a vuestro padre. Gilbert: ¿me prometéis ser dueño de vos en presencia de Texar?

—¡Dueño de mí! —exclamó Gilbert, a quien el nombre de Texar había hecho palidecer de rabia.

—Es preciso —replicó Alicia—. Dejándoos dominar por la cólera, no obtendréis nada de ese hombre. Olvidad toda idea de venganza, para no ver más que una cosa: la salvación de vuestra hermana, que será bien pronto la mía. A esto es preciso sacrificarlo todo, aunque tuvieseis que asegurar a Texar, por vuestra parte, que no tendrá nada que temer en el porvenir.

—¡Nada! —exclamó Gilbert—. ¡Olvidar que por él ha estado expuesta a morir mi madre, y mi padre a ser fusilado!

—Y vos también, Gilbert —respondió Alicia—; vos, que no creáis ya volverme a ver. Sí; él ha hecho todo eso, y es preciso no recordarlo más. Yo os lo digo, porque temo que Mr. Burbank no pueda dominarse; y si vos no lográis conteneros, vuestra misión no obtendrá resultado. ¡Ah! ¿Por qué se ha decidido que vayáis sin mí a Jacksonville? Puede ser que con suavidad hubiera yo podido obtener...

—¿Y si ese hombre se niega a responder? —replicó Gilbert, que comprendía la justicia de las recomendaciones de Alicia.

—Si rehúsa, será preciso encargar a los magistrados el cuidado de obligarle. Va en ello su vida; y cuando vea que no puede rescatarla más que hablando, hablará seguramente... Gilbert, es preciso que me prometáis lo que os pido. En nombre de nuestro amor, ¿me hacéis esa promesa?

—Sí, querida Alicia —respondió Gilbert—, sí; a pesar de lo que ese hombre ha hecho, que nos devuelva a mi hermana, y yo lo olvidaré.

—Bien, Gilbert. Acabamos de pasar por terribles pruebas; pero estas van a concluir... Estos tristes días, durante los cuales hemos sufrido tanto, Dios los convertirá para nosotros en años de felicidad.

Gilbert estrechó la mano de su prometida, la cual no pudo evitar que algunas lágrimas brotasen de sus ojos, y se separaron.

A las diez, James Burbank y su hijo, después de despedirse de sus amigos, se embarcaron en el pequeño puerto de Camdless-Bay.

La travesía del río la hicieron rápidamente. Sin embargo, por una observación hecha por Gilbert, la embarcación, en lugar de dirigirse a Jacksonville, maniobró de manera que fueron a atracar junto al cañonero del comandante Stevens.

Este oficial desempeñaba entonces el cargo de jefe militar de la ciudad. Era, pues, conveniente que James Burbank le hiciera saber los proyectos que le llevaban a Jacksonville. Las comunicaciones de Stevens con las autoridades eran frecuentes. No ignoraba el papel que Texar había desempeñado en la ciudad, desde que sus partidarios habían llegado a ocupar el poder, cuál era su parte de responsabilidad en los sucesos que habían sembrado la ruina y la consternación en Camdless-Bay; por qué y cómo, a la hora en que las milicias se batían en retirada, había él sido detenido y encerrado en la prisión. También sabía que se había operado una viva reacción contra él; que toda la población honrada de Jacksonville se levantaba para pedir que fuera castigado por sus crímenes.

El comandante Stevens hizo a James y a Gilbert Burbank la acogida cariñosa que merecían. Profesaba al joven oficial una estimación vivísima, habiendo podido apreciar su carácter y su valor desde que Gilbert servía bajo sus órdenes.

Después de la vuelta de Mars a bordo de la flotilla, cuando tuvo noticia de que Gilbert había caído en manos de los sudistas, hubiera querido salvarle a cualquier precio. Pero detenido ante la barra del San Juan, ¿cómo hubiera podido llegar a tiempo?

Ya hemos visto a qué circunstancias se había debido que la flotilla contribuyese con su presencia en Jacksonville a la salvación de Gilbert y de James Burbank.

En breves palabras, Gilbert confirmó al comandante Stevens la historia de lo que había pasado, de lo cual ya le había dado noticias Mars. Si no era dudoso que Texar había asistido personalmente al secuestro llevado a cabo en la Bahía Marino, tampoco lo era el que sólo este hombre era el que podía decir en qué sitio de Florida estaban entonces Dy y Zermah, detenidas por los cómplices de Texar.

La suerte de las secuestradas se encontraba, por consiguiente, en las manos de Texar; esto era, por desgracia, demasiado cierto, y el

comandante Stevens dudó un momento en reconocerlo. Así es que quiso dejar a James y a Gilbert Burbank el cuidado de dirigir este asunto como lo creyeran más conveniente, robando de antemano todo cuanto estos hicieran en pro de la mestiza y de la niña. Si era preciso llegar hasta ofrecer a Texar su libertad en cambio, esta libertad le sería concedida. El comandante saldría garante de esta resolución ante los magistrados de Jacksonville.

James y Gilbert Burbank, encontrándose de este modo con toda la autoridad necesaria para obrar, dieron las gracias a Stevens, el cual les entregó una autorización escrita para que pudieran hablar con Texar, y se hicieron conducir al puerto.

Allí se encontraba Harvey, a quien con antelación había prevenido James Burbank. Los tres se dirigieron en seguida al Palacio de Justicia, donde se dio orden de que las puertas de la prisión les fueran abiertas.

Un fisiólogo no hubiera observado sin interés la figura, o más bien la actitud de Texar desde el momento de su encarcelamiento. Que Texar estuviera sumamente irritado porque la llegada de las tropas federales hubiese puesto término a su situación de primer magistrado de la ciudad; que sintiese haber perdido, con el poder de hacerlo todo de que él gozaba, la facilidad de satisfacer sus odios personales, y que una tardanza de algunas horas no le hubiera permitido pasar por las armas a James y a Gilbert Burbank, ninguna duda había acerca de ello. Sin embargo, su disgusto no pasaba de ahí. El estar en poder de sus enemigos, prisionero, bajo las más graves acusaciones, con la responsabilidad de todos los hechos de violencia que podían serle tan justamente reprochados, esto le era perfectamente indiferente. De aquí lo extraño y poco explicable de su actitud.

No se inquietaba más que por no haber podido llevar a buen término sus maquinaciones contra la familia Burbank; en cuanto a las consecuencias de su prisión, parecía cuidarse muy poco de ellas.

Esta naturaleza tan enigmática, ¿iba a escapar también a las últimas tentativas que habrían de hacerse para obligarle a pronunciar una sola palabra?

La puerta de la celda se abrió: James y Gilbert Burbank se encontraron en presencia del prisionero.

—¡Ah! ¡El padre y el hijo! —exclamó Texar al verlos, con el tono jactancioso que le era habitual—. En verdad que debo mucho reconocimiento a los señores federales. Sin ellos no hubiera tenido el honor de vuestra visita. ¿Venís acaso a ofrecerme la gracia que no quisisteis pedir para vosotros?

Este tono era tan provocativo, que James Burbank estuvo a punto de estallar. Su hijo lo contuvo.

—Padre mío —le dijo—, dejadme responder. Texar quiere llevamos a un terreno en el cual no podemos seguirle: al de las recriminaciones. Es inútil volver a hablar del pasado; es del presente del que nos queremos ocupar; sólo del presente.

—¡Del presente! —exclamó Texar—, o mejor dicho, de la situación presente. Pues me parece que es bien clara. Hace tres días, estabais encerrados en esta celda, de la cual no debíais salir sino para ir a la muerte. Hoy estoy yo en vuestro sitio, y me encuentro mucho mejor que todo cuanto pudierais pensar.

Esta respuesta estaba formulada a propósito para desconcertar a James Burbank y a su hijo, puesto que estos contaban con ofrecer a Texar su libertad a cambio del secreto relativo al rapto.

—Texar —dijo Gilbert—, escuchadme. Vamos a hablar francamente con vos. Todo cuanto habéis hecho en Jacksonville no nos interesa. Lo que habéis hecho en Camdless-Bay estamos dispuestos a olvidarlo. Una sola cosa nos interesa. Mi hermana y Zermah han desaparecido, mientras que vuestros partidarios invadían la plantación y sitiaban a Castle-House. Lo cierto es que las dos han sido secuestradas.

—¿Secuestradas? —dijo con intención maligna Texar—. Pues me alegro mucho de saberlo.

—¡De saberlo! —exclamó James Burbank—. ¿Necesito que me digáis dónde se encuentran?, miserable ¿Os atreveréis a negar...?

—Padre mío —dijo el joven oficial—, conservemos nuestra sangre fría, es preciso. Sí, Texar, este doble secuestro ha tenido lugar durante el ataque de la plantación. ¿Confesáis haber sido vos el autor?

—No tengo nada que responder.

—¿Rehusaréis decimos adónde han sido conducidas mi hermana y Zermah por orden vuestra?

—Os repito que no tengo nada que responder.

—¿Ni siquiera si, en cambio de vuestra respuesta, os devolvemos la libertad?

—Yo no tengo necesidad de vosotros para ser libre.

—¿Y quién os abrirá las puertas de esta prisión? —exclamó James Burbank, a quien tanta fanfarronería ponía fuera de sí, soliviantando su espíritu.

—Los jueces que yo pido.

—Os condenarán sin piedad.

—Entonces yo veré lo que tengo que hacer.

—¿Es decir, que rehusáis absolutamente responder?

—Sí, rehúso.

—¿Aun al precio de la libertad que os ofrezco?

—Yo no quiero esa libertad.

—¿Ni aun al precio de una fortuna que yo me comprometo...?

—No necesito de vuestra fortuna. Y ahora, caballeros, déjenme en paz.

Es preciso convenir en que James y Gilbert Burbank se sintieron completamente desconcertados al ver ponerse de manifiesto tal seguridad y tal aplomo. ¿Sobre qué reposaba? ¿Cómo Texar osaba exponerse a un juicio del cual no podía resultar sino la más grave de las condenas?

Ni la libertad, ni todo el oro que se le ofrecía, habían podido sacar de él una respuesta. ¿Era que el odio inquebrantable que profesaba a la familia Burbank se imponía a su interés? Siempre era el impenetrable personaje

que aun en presencia de las más terribles eventualidades no quería disimularse ni ser otra cosa que lo que había sido hasta entonces.

—Venid, padre mío —dijo el joven oficial.

Y arrastró a James Burbank fuera de la prisión. A la puerta encontraron a Harvey, y los tres fueron a dar cuenta al comandante Stevens del nulo éxito de su tentativa.

En este momento una proclama del comodoro Dupont acababa de recibirse a bordo de la flotilla. Iba dirigida a los habitantes de Jacksonville, y en ella se decía que ninguno sería molestado por sus opiniones políticas ni por los hechos que se hubiesen motivado por la resistencia de Florida desde el principio de la guerra civil.

La sumisión al pabellón estrellado cubría todas las responsabilidades, bajo el punto de vista público y político.

Evidentemente, esta medida, muy prudente por sí misma, tomada siempre en las mismas circunstancias por el presidente Lincoln, no podía tener aplicación a los hechos de orden privado, y en este caso estaba comprendido Texar. Que hubiese usurpado el poder a las autoridades regulares, que lo hubiese ejercido para organizar la resistencia: ¡sea! Esto era una cuestión de nordistas y sudistas de la cual el Gobierno federal quería desentenderse por completo. Pero los atentados hacia las personas, la invasión de Camdless-Bay, dirigida contra un hombre del Norte, la destrucción de su propiedad, el rapto de su hija y de una mujer perteneciente a su personal, estos eran crímenes que lesionaban el derecho común, y a los cuales debían aplicarse las formalidades ordinarias de la justicia.

Tal fue la opinión del comandante Stevens. Tal fue la del comodoro Dupont, desde el momento en que la queja de James Burbank y las peticiones de procedimiento contra Texar llegaron a su conocimiento.

En consecuencia, el día 15 de marzo se dictó una orden que llevaba a Texar ante el tribunal militar, bajo la doble acusación de pillaje y de rapto.

El acusado debía responder de sus atentados ante el consejo de guerra que se hallaba establecido en San Agustín.

XXII. San Agustín

Es esta una de las ciudades más antiguas de América del Norte, pues data del siglo XV. Es la capital del condado de San Juan, el cual, a pesar de lo vasto de su extensión, no cuenta ni siquiera con tres mil habitantes.

De origen español, San Agustín ha permanecido, poco más o menos, como era antes. Se eleva en la extremidad de uno de los islotes del litoral. Los buques de guerra o de comercio pueden encontrar un refugio seguro en su puerto, que está bastante bien protegido contra los vientos, incesantemente desencadenados en esta peligrosa costa de Florida. Sin embargo, para penetrar en él es preciso franquear la peligrosa barra que los remolinos del *Gulf-Stream* desenvuelven a su entrada.

Las calles de San Agustín son estrechas, como las de todas las poblaciones donde el sol hiere perpendicularmente con sus rayos. Gracias a su disposición y a las brisas marinas que vienen mañana y tarde a refrescar su atmósfera, el clima es muy suave en esta ciudad, que es en los Estados Unidos, lo que en Francia son Niza o Menton, bajo el cielo de Provenza.

Hacia el distrito del puerto y las calles que a él se avecinan, es donde parece que la población ha querido concentrarse. Los arrabales, con algunas de sus casas cubiertas con hojas de palmera y sus chozas miserables, están en un estado de abandono, que sería completo sin los perros, los cerdos y las vacas que vagan libremente por allí.

La ciudad propiamente dicha ofrece un aspecto de estilo muy español. Las casas tienen ventanas con sólidas y fuertes rejas, y en el interior el patio tradicional, rodeado de esbeltas columnas con aleros de fantasía y balcones que parecen retablos de altar. Algunas veces, los domingos o días de fiesta, estas casas parece que vierten su contenido en las calles de la ciudad. Entonces se ve una mezcla rara: señoras, negras, mulatas, indias de sangre mezclada, negros, damas inglesas, *gentlemen*, frailes, beatas y sacerdotes católicos, casi todos con el cigarrillo en la boca, hasta cuándo van al Calvario, iglesia parroquial de San Agustín, cuyas

campanas suenan a todo vuelo, casi sin interrupción, desde la mitad del siglo XVII.

No hay que olvidar los mercados, aprovisionados ricamente de legumbres, pescados, aves, cerdos, corderos, que son degollados «*hic et nunc*» a petición de los compradores; huevos, bananas cocidas, frijoles; en fin, de todos los frutos tropicales, anonas, dátiles, aceitunas, granadas, naranjas, guayabas, melocotones, higos, castañas, todo en buenas condiciones de precio, que hacen la vida agradable y fácil en esa parte del territorio floridiano.

En cuanto al servicio de limpieza de las calles, corre generalmente a cargo no de barrenderos de profesión, sino de bandadas de buitres que la ley protege, prohibiendo matarlos, bajo pena de fuertes multas. Estos lo devoran todo, incluso las serpientes, cuyo número es muy considerable todavía, a pesar de la voracidad de estos preciosos volátiles.

No falta la verdura a este conjunto de casas que constituye el núcleo principal de la ciudad. En el cruce de las calles se encuentran con frecuencia grupos de árboles cuyo ramaje sobrepasa los tejados de las casas, ramaje animado con la incesante garrulería de los papagayos salvajes.

Lo que se ve más a menudo son grandes palmeras que balancean su follaje a impulsos de la brisa, semejantes a los grandes abanicos de las mujeres españolas, o a los *pankas* indios.

También pueden admirarse allí algunas encinas ceñidas por las lianas y las glicinias, y *bouquets* de cactus gigantescos, cuyo pie forma una valla impenetrable. Todo esto es alegre, y lo sería más todavía si los buitres hicieran más concienzudamente su servicio. Decididamente estos animales no valen lo que las barrederas mecánicas.

No se encuentran en San Agustín más que una o dos fábricas de vapor para aserrar maderas, una fábrica de cigarros y una destilería de trementina. La ciudad, más comercial que industrial, exporta e importa melazas, cereales, algodón, índigo, resinas, maderas de construcción, pescado y sal. En tiempo ordinario, el puerto está bastante animado por la entrada y salida de los buques empleados en el tráfico y en el transporte de viajeros para los diversos puertos del océano y del golfo de México.

En San Agustín tiene la sede uno de los seis tribunales superiores de justicia (Audiencias) que funcionan en Florida. En cuanto a los medios de defensa, no consisten más que en un fuerte, el fuerte Marion, o San Marcos, construido contra las agresiones del interior y los ataques que pudieran hacerse por el exterior. Es una construcción del siglo XVII, al estilo castellano. Vauban o Cormontaigne, sin duda, hubieran hecho poco caso de él; pero se presta mucho a la admiración de los anticuarios y de los arqueólogos, con sus torres, sus viejas armas y sus viejos morteros, más peligrosos para los que los disparan que para aquellos contra quienes se dirigen.

Este fuerte era precisamente el que la guarnición confederada había abandonado tan precipitadamente a la aproximación de la flotilla federal, a pesar de que el Gobierno, algunos años antes de la guerra, lo había hecho más serio y respetable bajo el punto de vista de la defensa. Así fue que, después de la partida de las milicias, los habitantes de San Agustín lo habían entregado voluntariamente al comodoro Dupont, que lo hizo ocupar sin resistencia alguna.

Entretanto, las persecuciones intentadas contra Texar eran ya conocidas en el condado. Parecía que este debía ser el último acto de la lucha entre este sospechoso personaje y la familia Burbank. El secuestro de la pequeña Dy y de la mestiza Zermah era bastante para apasionar a la opinión pública, que, por otra parte, se pronunciaba vivamente en favor de los colonos de Camdless-Bay.

No ofrecía duda para nadie que Texar era el autor del atentado. Aun para los mismos indiferentes debía ser curioso el ver cómo este hombre saldría del atolladero, y si al fin iba a ser castigado por todos los delitos de que se le acusaba hacía largo tiempo.

La emoción prometía, pues, ser muy considerable en San Agustín. Los propietarios de las plantaciones próximas acudían a la ciudad. La cuestión era de naturaleza a propósito para interesarlos directamente, puesto que uno de los puntos capitales de la acusación se refería a la invasión y al saqueo del dominio de Camdless-Bay. Otros establecimientos habían sido igualmente saqueados por la banda de los sudistas.

Importaba, pues, conocer de qué manera trataría el Gobierno federal estos crímenes de derecho común, perpetrados bajo la bandera separatista.

El principal hotel de San Agustín, City Hotel, había recibido gran número de huéspedes, cuyas simpatías estaban todas al lado de la familia Burbank. Sin embargo, hubiera podido contener mucho mayor número todavía. Nada más apropiado para el uso a que se destinaba que aquel vasto edificio del siglo XVI, antigua vivienda del corregidor, con su puerta principal cubierta de escultura, su ancha sala, la sala de honor, su patio con columnas adornadas de guirnaldas y flores, su terraza, sobre la cual se abren las habitaciones interiores, cuyos techos de madera desaparecen bajo los colores más brillantes de la esmeralda y del amarillo de oro; sus miradores adosados a los muros, según la moda española, sus fuentes bullidoras, sus céspedes, y todo en un vasto recinto, dentro de un patio de elevadas paredes. Era, en resumen, una especie de *caravansérail* (posada donde pernoctan las caravanas) frecuentado solamente por ricos viajeros.

En este hotel era donde James y Gilbert Burbank, Stannard y su hija, acompañados de Mars, habían tomado habitación desde la víspera.

Después de su infructuosa visita a la prisión de Jacksonville, James Burbank y su hijo habían vuelto a Castle-House. Al saber que Texar había rehusado responder una sola palabra en lo que hacía referencia a la pequeña Dy y a Zermah, la familia había sentido desvanecerse sus últimas esperanzas. Sin embargo, la noticia de que Texar iba a ser llevado ante el tribunal militar por los hechos relativos a Camdless-Bay, ya fue consuelo para sus augurios. En presencia de una condena, a la cual seguramente no podría escapar, Texar no guardaría tan obstinado silencio, ya que entonces se trataría de rescatar su vida o su libertad.

En este asunto Alicia debía ser el principal testigo de cargo. En efecto, ella se encontraba en la Bahía Marino en el momento en que Zermah pronunciaba el nombre de Texar, y había reconocido perfectamente a este en la barca que le conducía. La joven se preparó, pues, a partir para San Agustín, y su padre quiso acompañarla, así como a sus amigos James y Gilbert Burbank, citados a petición del fiscal del consejo de guerra. Mars había suplicado también que le dejaran acompañarlos. El marido de Zermah quería estar allí cuando se arrancase a Texar aquel secreto que él solo podía decir. Entonces James Burbank, su hijo y Mars no tendrían más que hacer que ir a rescatar las dos prisioneras de entre las manos de los que por orden de Texar las retenían.

En la tarde del día 16 James Burbank y Gilbert, Stannard, su hija y Mars, se habían despedido de la señora Burbank y de Edward Carrol. Uno de los

barcos que hacen el servicio del río San Juan les había tomado a bordo en el puerto de Camdless-Bay, dejándoles después en Picolata. Desde allí, una silla de postas les había conducido por el camino sinuoso abierto a través de los bosques de encinas, cipreses y plátanos que cubren aquella porción del territorio. Antes de medianoche estaban ya instalados en las habitaciones que se les tenían preparadas en el City Hotel.

No se imagine, sin embargo, que Texar había sido abandonado de todos los suyos. Al contrario, contaba con gran número, casi todos conocidos como esclavistas.

Por otra parte, sabiendo que no habían de ser perseguidos por los sucesos de Jacksonville, no habían querido sus compañeros abandonar a su antiguo jefe. Muchos de entre ellos se habían dado cita para aquel día en San Agustín.

Es verdad que no era en el patio del City Hotel donde hubiera sido preciso buscarlos. No faltan en la ciudad tabernas y tiendas, donde las mestizas venden un poco de todo lo que se come, se bebe y se fuma. En aquellos sitios era donde toda aquella gente de baja estofa se reunía y donde no se cansaba de protestar en favor de Texar.

En este momento, el comodoro Dupont no estaba en San Agustín. Se ocupaba entonces de bloquear con su escuadra los pasos del litoral, los cuales trataba de cerrar completamente al contrabando de guerra. Pero las tropas desembarcadas después de la rendición del fuerte de San Marcos custodiaban perfectamente la ciudad. No era, pues, de temer ningún movimiento de los sudistas ni de las milicias, que se batían en retirada, al otro lado del río. Si los partidarios de Texar hubieran querido intentar una sublevación para derrocar a las autoridades de los federales, hubieran sido inmediatamente aplastados.

En cuanto a Texar, uno de los cañoneros del comandante Stevens le había transportado desde Jacksonville a Picolata. Desde este punto a San Agustín había sido conducido con una buena escolta, y después encerrado en uno de los calabozos del fuerte, en donde le hubiera sido imposible escapar si lo hubiese intentado. Por otra parte, como él mismo había pedido sus jueces, era probable que no pensara en tal cosa. Sus partidarios no ignoraban esto. Si era condenado, entonces verían lo que convendría hacer para conseguir su evasión. Hasta entonces, permanecerían tranquilos.

En ausencia del comodoro Dupont desempeñaba las funciones de jefe militar de la ciudad el coronel Gardner. A él debía corresponder también la presidencia del consejo encargado de juzgar a Texar en una de las salas del fuerte Marion.

Este coronel era precisamente el que había asistido a la toma de Fernandina, y el que ordenó que los fugitivos hechos prisioneros en el ataque del tren por el cañonero *Ottawa* fuesen detenidos durante cuarenta y ocho horas; circunstancia que es necesario recordar aquí.

El Consejo se reunió en sesión a las once en punto de la mañana. Un público numeroso había invadido la sala de audiencias; allí se encontraban, sin duda, entre los más alborotadores, los amigos y partidarios del acusado.

James y Gilbert Burbank, Stannard, su hija y Mars, ocupaban los puestos reservados a los testigos. Lo que, desde luego se veía con extrañeza, era que no había ninguno por parte de la defensa. Parecía que Texar no se había cuidado de citar a nadie para que declarase en su favor. ¿Había, pues, desdeñado toda declaración que pudiese redundar en su beneficio, o es que se había encontrado en la imposibilidad de hallar uno siquiera? Bien pronto iba a saberse en lo que esto consistía. En todo caso, no parecía que pudiera haber duda posible acerca del resultado del asunto.

Sin embargo, un indefinible presentimiento se había apoderado de James Burbank. ¿No era precisamente en aquella misma ciudad de San Agustín donde él había presentado ya una demanda contra Texar? ¿Y no había sido allí donde este pudo escapar de las garras de la justicia inventando una incontestable y extraña coartada? Este mismo recuerdo debía presentarse con seguridad ante la mente del auditorio, pues este primer asunto no hacía aún seis semanas que había acaecido.

Texar, escoltado por dos agentes, apareció en la sala en el momento en que la sesión se declaró abierta. Se le designó el banco de los acusados, y se sentó en él tranquilamente. Parecía que aquel hombre no se turbaba nunca, ni en ninguna circunstancia, ni perdía jamás su impudencia natural. Una sonrisa de desdén para sus jueces, una mirada llena de seguridad para aquellos amigos suyos a quienes reconoció en la sala, y llena de odio cuando la dirigió hacia James Burbank; tal fue su actitud, mientras que el coronel Gardner procedía al interrogatorio.

En presencia del hombre que les había hecho tanto mal y que tanto podía hacerles todavía, James Burbank, Gilbert y Mars tenían que hacer grandes esfuerzos para contenerse.

El interrogatorio comenzó por las formalidades de costumbre, a fin de hacer constar la identidad del detenido.

—¿Vuestro nombre? —preguntó el coronel Gardner.

—Texar.

—¿Vuestra edad?

—Treinta y cinco años.

—¿Dónde vivís?

—En Jacksonville, tienda de Torillo.

—Os pregunto cuál es vuestro domicilio habitual.

—No lo tengo.

James Burbank y sus amigos sintieron latir violentamente su corazón cuando escucharon esta respuesta, hecha con una entonación que denotaba en el acusado la firme voluntad de no dar a conocer el lugar de su residencia.

Y, en efecto, a pesar de la insistencia del presidente, Texar persistió en decir que no tenía un domicilio fijo. Se hizo pasar por un nómada, un habitante de los bosques, un cazador de las inmensas selvas del territorio, que se acostaba en las cavernas y vivía con su fusil y sus reclamos a la ventura.

No se pudo sacar de él otra cosa.

—Sea —respondió el coronel Gardner—; después de todo, poco importa.

—Poco importa, en efecto —respondió descaradamente Texar—. Admitamos si queréis, mi coronel, que mi domicilio es por ahora el fuerte Marión, en San Agustín, donde se me detiene contra todo derecho. ¿De qué soy acusado? ¿Se puede saber? —añadió, como si hubiese querido

desde el principio dirigir este interrogatorio.

—Texar —replicó el coronel Gardner—, no estáis acusado por los hechos que han tenido lugar en Jacksonville. Una proclama del comodoro Dupont declara que el Gobierno no se propone intervenir en las revoluciones locales que han sustituido a las autoridades regulares del condado, con magistrados nuevos, cualesquiera que estos fuesen. Florida ha entrado ya bajo el pabellón federal y el Gobierno del Norte procederá bien pronto a su nueva organización.

—Pues si no soy perseguido por haber derribado al municipio de Jacksonville, hecho que se llevó a cabo de acuerdo con la mayoría de la población —preguntó Texar—, ¿por qué se me ha traído ante este consejo de guerra?

—Voy a decíroslo, puesto que parece fingís ignorarlo —replicó el coronel Gardner—. Durante el tiempo que vos ejercíais el cargo de primer magistrado de la ciudad, se han cometido en ella varios crímenes de derecho común y se os acusa de haber excitado al partido violento de la población a cometerlos.

—¿Qué crímenes?

—Primeramente se trata del pillaje de la plantación de Camdless-Bay, sobre la cual cayó una banda de malhechores.

—Y una compañía de soldados, dirigidos por un oficial de la milicia —añadió vivamente el acusado.

—Sea, Texar. Pero ha habido pillaje, incendio y ataque a mano armada contra la casa de un colono, el cual estaba en su derecho de rechazar con la fuerza, como lo hizo, semejante agresión.

—¿El derecho? —respondió Texar—. El derecho no está de parte del que rehúsa obedecer las órdenes de un comité constituido. James Burbank, puesto que es de él de quien se trata, había dado libertad a sus esclavos, hiriendo con este hecho el sentimiento público, que es esclavista en Florida, como en la mayor parte de los Estados del Sur de la Unión. Este acto podía acarrear graves perturbaciones en las demás plantaciones del país, excitando a los negros a que se sublevaran. El comité de Jacksonville decidió entonces que, en vista de las circunstancias, debía

intervenir en el asunto.

Si no anuló el acta de emancipación, tan imprudentemente llevada a cabo por James Burbank, quiso al menos que los emancipados recientemente fuesen arrojados del territorio. Como James Burbank se negó a obedecer esta orden, el comité se vio obligado a obrar por la fuerza; y ved aquí por qué la milicia, a la cual se unió voluntariamente una parte de la población, ha provocado la dispersión de los antiguos esclavos de Camdless-Bay.

—Texar —respondió el coronel Gardner—, vos explicáis estos actos de violencia bajo un punto de vista que el consejo no puede admitir. James Burbank, nordista de origen, había procedido con toda la plenitud de su derecho dando libertad a su personal; por consiguiente, no hay nada que pueda excusar los excesos de que ha sido teatro su dominio.

—Yo pienso —replicó Texar—, que perdería el tiempo inútilmente discutiendo mis opiniones delante del consejo. El comité de Jacksonville creyó prudente hacer lo que hizo. ¿Se me persigue como presidente de este comité, y se pretende hacer recaer sobre mi persona la responsabilidad de sus actos?

—Sí, Texar, sobre vos, que no solamente erais presidente de ese comité, sino que habéis conducido en persona las bandas de malhechores lanzadas sobre Camdless-Bay.

—Probadlo —respondió fríamente Texar—. ¿Hay siquiera un solo testigo que me haya visto en medio de los ciudadanos y de los soldados de la milicia, encargados de hacer ejecutar las órdenes del comité?

Después de esta respuesta, el coronel Gardner concedió la palabra a James Burbank para que hiciese su declaración.

James Burbank contó los hechos que se habían verificado desde el momento en que Texar y sus partidarios habían derribado a las autoridades regulares de Jacksonville, insistiendo principalmente acerca de la actitud del acusado, que había arrojado al populacho contra su dominio.

Sin embargo, a la pregunta que le hizo el coronel Gardner, relativa a la presencia de Texar entre los asaltantes, se vio obligado a responder que no le había visto por sí mismo. Se recordará, en efecto, que John Bruce, el

emisario de Harvey, interrogado por James Burbank en el momento en que acababa de penetrar en Castle-House, no había podido decir si Texar se había puesto a la cabeza de aquella horda de malhechores.

—En todo caso, lo que no es dudoso para nadie —añadió James Burbank—, es que sobre él recae toda la responsabilidad de este crimen. Él es quien ha provocado a los asaltantes para que invadiesen a Camdless-Bay, y sólo por él ha faltado poco para que mi propia vivienda, entregada a las llamas, no hubiese sido destruida completamente con sus últimos defensores. Sí; su mano está en todo esto, como también vamos a encontrarla bien pronto en otro acto más criminal.

James Burbank guardó silencio entonces. Antes de llegar a lo relativo al secuestro, era conveniente acabar de una vez con la primera parte de la acusación, referente al ataque de Camdless-Bay.

—¿Es decir —replicó el coronel Gardner, digiriéndose a Texar—, que vos creéis no tener más que una parte de la responsabilidad, que incumbiría toda entera al comité, por la ejecución de sus órdenes?

—Absolutamente.

—¿Y persistís en sostener que no os hallabais a la cabeza de los asaltantes que han invadido Camdless-Bay?

—Persisto —respondió Texar—. No hay un solo testigo que pueda afirmar que me ha visto. No; no estaba yo entre los valerosos ciudadanos que quisieron hacer ejecutar las órdenes del comité de Jacksonville.

Y aún añadido más: aquel día estaba yo ausente de la población.

—Sí, eso es muy posible después de todo —replicó James Burbank, que encontró llegado el momento de relacionar la primera parte de la acusación con la segunda.

—Eso es cierto —respondió Texar.

—Pero si no estabais entre los salteadores de Camdless-Bay —replicó James Burbank—, era porque esperabais en la Bahía Marino la ocasión de cometer otro crimen.

—Lo mismo estaba yo en la Bahía Marino —respondió

imperturbablemente Texar—, que en medio de los asaltantes, que, lo repito, en la ciudad de Jacksonville aquel día.

No se habrá olvidado que John Bruce había dicho también a James Burbank que si Texar no se encontraba entre los asaltantes, tampoco había aparecido en Jacksonville durante cuarenta y ocho horas, es decir, del día 2 al 4 de marzo.

Esta circunstancia obligó al presidente del consejo de guerra a dirigir la siguiente pregunta:

—Pues si no estabais en Jacksonville aquel día, ¿queréis decimos dónde estabais?

—Ya lo diré cuando sea tiempo —respondió sencillamente Texar—. Me basta por ahora dejar establecido que no he tomado parte personalmente en el asalto de la plantación. Y ahora, coronel, ¿de qué me acusáis todavía?

Texar, con los brazos cruzados, arrojando unas miradas más impúdicas que nunca sobre sus acusadores, parecía desafiarlos.

La acusación no se hizo esperar. Fue el mismo coronel Gardner quien la formuló, y esta vez debía ser difícil responder a ella.

—Si no estabais en Jacksonville —dijo el coronel—, será fundada la creencia de que estabais en la Bahía Marino.

—¡En la Bahía Marino! ¡Vamos! ¿Qué iba a hacer yo allí?

—Habéis secuestrado o hecho secuestrar una niña, Diana Burbank, hija de James Burbank, y a Zermah, mujer del mestizo Mars, aquí presente, la cual acompañaba a dicha niña.

—¡Ah! ¿Es a mí a quien se acusa de este rapto? —dijo Texar con una entonación profundamente irónica.

—Sí, a vos —exclamaron a la vez James Burbank, Gilbert y Mars, que no habían podido contenerse.

—¿Y por qué había de ser yo, y no otro —respondió Texar—, el que llevara a cabo el secuestro?

—Porque sólo vos tenéis interés en cometer ese crimen —respondió el coronel.

—¿Qué interés?

—El de una venganza ejercida contra la familia Burbank. Más de una vez, ya James Burbank se ha visto obligado a quejarse de vos ante los tribunales. Si por medio de coartadas que invocabais muy a propósito, habéis podido lograr que no se os condene, en cambio habéis manifestado varias veces la intención de vengaros de vuestros acusadores.

—Está bien —respondió Texar—. Que entre James Burbank y yo exista un odio implacable, no lo niego; que yo haya tenido interés en destrozarle el corazón haciendo desaparecer a su hija, no lo niego tampoco; que yo lo haya hecho, esto es otra cosa. ¿Hay testigo que me haya visto?

—Sí —respondió el coronel Gardner.

Y en seguida rogó a Alicia Stannard que tuviese la bondad de hacer su declaración bajo juramento. Alicia refirió entonces lo que había pasado en la Bahía Marino, no sin que la emoción le cortase repetidas veces la palabra. La joven afirmó absolutamente todo lo relativo al hecho de que se trataba. Al salir del túnel la señora Burbank y ella habían escuchado un nombre, pronunciado por Zermah, y este nombre era el de Texar. Las dos mujeres, después de haber tropezado con los cadáveres de los negros asesinados, se habían precipitado rápidamente hacia la orilla del río. Dos embarcaciones se alejaban de ella en aquel momento; una, en la cual iban las víctimas; otra, en la que se veía a Texar en la popa. Y a la luz de los reflejos que el incendio de los talleres de Camdless-Bay enviaba hasta el San Juan, Alicia había reconocido perfectamente a Texar.

—¿Lo juráis? —dijo el coronel Gardner.

—Lo juro —respondió la joven.

Después de una declaración tan precisa, no podía quedar la más mínima duda sobre la culpabilidad de Texar; y, sin embargo, James Burbank y sus amigos, lo mismo que todo el auditorio, pudieron observar que el acusado no había perdido nada absolutamente de su audacia habitual.

—Texar, ¿qué tenéis que responder a esta declaración? —preguntó el

presidente del consejo.

—Lo siguiente —replicó el acusado—. No tengo, en modo alguno, la intención de acusar a *Miss Alicia* de falso testimonio; no la acusaré tampoco de ser instrumento de los odios de la familia Burbank al afirmar bajo juramento que yo soy el autor de un secuestro del cual no he oído hablar una sola palabra hasta después de mi detención. Solamente afirmaré que se engaña por completo cuando dice que me ha visto en pie sobre una de las embarcaciones que se alejaban de la Bahía Marino.

—Sin embargo —replicó el coronel Gardner—, si *Miss Alicia Stannard* puede haberse equivocado acerca de este punto, no puede engañarse cuando dice que ella misma ha oído a Zermah gritar: «¡A mí, es Texar!».

—Bueno —respondió—, si no es *Miss Alicia Stannard* la que se ha engañado, es Zermah; esta es la sola diferencia.

—¿Cómo Zermah hubiera gritado: ¡es Texar! si no hubierais sido vos el que estuviera presente en el momento del secuestro?

—Pues es preciso que así haya sucedido, puesto que yo no estaba en la embarcación, y ni siquiera he ido a la Bahía Marino.

—Eso es lo que hay que probar.

—Aunque no sea a mí a quien corresponde hacer la prueba, sino a los que me acusan, nada me será más fácil.

—¡Todavía una coartada! —dijo el coronel Gardner.

—Todavía —respondió Texar, fríamente.

Al oír esta respuesta, se produjo en el público un movimiento de ironía, y se oyó un murmullo de duda, que no era favorable al acusado, ni mucho menos.

—Texar —preguntó el coronel Gardner—, puesto que habláis de una nueva coartada, ¿podéis establecerla?

—Muy fácil —respondió el reo—; y para ello me bastará dirigiros una pregunta, coronel.

—Hablad.

—Coronel Gardner, ¿no mandabais vos las tropas de desembarco en el momento de la toma de Fernandina y del fuerte Clinch por los federales?

—En efecto.

—Entonces no habréis olvidado, sin duda, que un tren, huyendo hacia Cedar-Keys, fue atacado por el cañonero *Ottawa* sobre el puente que une la isla Amelia al continente.

—Es verdad.

—Entonces recordaréis también que habiendo quedado destrozado sobre el puente el vagón de cola de este tren, un destacamento de las tropas federales se apoderó de todos los fugitivos que conducía; y que estos prisioneros, de los cuales se tomó el nombre y señas, no recobraron su libertad sino cuarenta y ocho horas más tarde.

—Es cierto —respondió el coronel Gardner.

—Pues bien, yo estaba entre esos prisioneros.

—¿Vos?

—Yo.

Un nuevo murmullo, más desaprobador todavía que el primero, acogió esta declaración tan inesperada.

—Por consiguiente —continuó Texar—, puesto que estos prisioneros han estado guardados con centinelas de vista desde el dos al cuatro de marzo y el ataque a la plantación, como el secuestro de que se me acusa, ha tenido lugar la noche del tres de marzo, es materialmente imposible que yo sea el autor de ninguno de ambos hechos. Luego, Alicia Stannard no puede haber oído a Zermah pronunciar mi nombre, ni puede tampoco haberme visto sobre la embarcación que se alejaba de la Bahía Marino, puesto que en aquel momento estaba yo detenido por autoridades federales.

—¡Eso es falso! —exclamó James Burbank—. Eso no puede ser.

—Y yo —añadió *Miss Alicia*—, yo juro que he visto a este hombre; que lo he reconocido.

—Consultad las pruebas —se contentó con responder Texar.

El coronel Gardner hizo buscar entre los documentos puestos a disposición del comodoro Dupont, en San Agustín, la lista de los prisioneros hechos el día de la toma de Fernandina en el tren de Cedar-Keys. Se la trajeron, y no hubo más remedio que convenir en que, en efecto, el nombre de Texar se encontraba allí, con su correspondiente filiación.

Por consiguiente, ya no había duda; Texar no podía ser acusado de aquel rapto. Era imposible que hubiera podido estar aquella noche en la Bahía Marino. Su ausencia de Jacksonville durante cuarenta y ocho horas se explicaba muy naturalmente: estaba entonces prisionero a bordo de uno de los buques de la escuadra.

Una vez más, una indiscutible coartada, apoyada sobre un documento oficial, venía a declarar inocente a Texar del crimen de que se le acusaba. Verdaderamente, era cosa de preguntarse si en las diversas demandas que anteriormente se habían entablado contra él no había habido error manifiesto, como era preciso reconocer entonces que lo había en lo referente al doble asunto de Camdless-Bay y de la Bahía Marino.

James Burbank, Gilbert, Mars y Alicia, quedaron agobiados ante el desenlace de este proceso. Texar se les escapaba una vez más, y con él toda probabilidad de conocer jamás qué había sido de Zermah y de la pequeña Dy.

En presencia de la coartada establecida por el acusado, la sentencia del consejo de guerra no podía ser dudosa. Texar fue absuelto libremente de la demanda entablada contra él acerca de los crímenes de pillaje y secuestro de que se le acusaba. Salió, pues, de la sala de la audiencia con la cabeza erguida, en medio de las aclamaciones entusiastas de sus amigos.

Aquella misma noche Texar había salido de San Agustín, y nadie hubiera

podido decir a qué región de Florida se había dirigido para reanudar su misteriosa vida de aventurero.

XXIII. Últimas palabras y último suspiro

El mismo día 17 de marzo, James y Gilbert Burbank, Stannard y su hija, volvieron con el marido de Zermah a la plantación de Camdless-Bay.

No se pudo ocultar la verdad a la señora Burbank. La desgraciada madre recibió con esta noticia un nuevo golpe, que podía ser mortal en el estado de debilidad en que se encontraba.

Aquella última tentativa para conocer la suerte de su hija no había dado resultado alguno. Texar se había negado a responder. ¿Y cómo se podría haberle obligado a ello, puesto que pretendía no ser el autor del secuestro? Y no solamente lo pretendía, sino que por medio de una coartada, tan inexplicable como las anteriores, probaba que no había podido estar en la Bahía Marino en el momento en que se llevaba a cabo el crimen. Por consiguiente, puesto que había sido absuelto de la acusación lanzada contra él, ya no había medio de darle a escoger entre una pena y una confesión, que hubiese podido poner a la familia Burbank sobre las huellas de las víctimas.

—Pero si no ha sido Texar —repetía Gilbert—, ¿quién es el culpable de este crimen?

—Ha podido muy bien ser ejecutado por gentes tuyas y de su confianza, sin que él haya estado presente —dijo Stannard.

—Esa sería la sola explicación posible —replicó Edward Carrol.

—No, padre mío; no, Mr. Carrol —dijo Alicia con firmeza—. Texar estaba en la embarcación que se llevaba a nuestra pobrecita Dy. Yo le he visto y le he conocido perfectamente en el momento en que Zermah pronunciaba su nombre como último llamamiento. ¡Le he visto, le he visto...!

¿Qué responder a esta declaración tan formal y concreta de la joven? No era posible error alguno por su parte; repetía en Castle-House las mismas palabras y con la misma firmeza que las había dicho ante el consejo de

guerra. Y, sin embargo, si no se engañaba, ¿cómo Texar podía encontrarse en aquel momento entre los prisioneros de Fernandina, detenidos a bordo de uno de los buques de la escuadra del comodoro Dupont?

Esto era inexplicable. Sin embargo, aunque cada uno de ellos conservase algún resto de duda, Mars no abriga ninguna. No trataba de comprender lo que le parecía incomprensible. Estaba resuelto a lanzarse tras la pista de Texar, y si llegaba a encontrarle, él se arreglaría para hacerle confesar su secreto, aunque debiera arrancárselo con la tortura. Así se lo indicó al joven teniente.

—Tienes razón, Mars —respondió Gilbert—. Pero estamos obligados por la necesidad a pasarnos sin las revelaciones de ese miserable, puesto que ignoramos lo que ha sido de él. Es preciso reanudar nuestras investigaciones. Yo tengo autorización para permanecer en Camdless-Bay todo el tiempo que sea necesario, y desde mañana...

—Sí, Mr. Gilbert, desde mañana —replicó brevemente Mars.

Y el mestizo se dirigió a su habitación, donde pudo dar libre curso a su dolor, lo mismo que a su cólera.

Al día siguiente Gilbert y Mars hicieron desde bien temprano sus preparativos de marcha. Querían consagrar todo el día a registrar con más cuidado las más pequeñas bahías y los más insignificantes islotes, por la parte superior del río, tomando como punto de partida Camdless-Bay y recorrer las dos riberas del San Juan.

Durante su ausencia, James Burbank y Edward Carrol se ocuparían en tomar las disposiciones necesarias para emprender una campaña más completa. Víveres, municiones, medios de transporte, personal, nada sería olvidado para que dicha expedición pudiera llegar a feliz término. Si era preciso internarse hasta en las regiones salvajes de la Baja Florida, en medio de los pantanos del Sur, o a través de los Everglades, se haría. Era imposible que Texar hubiera dejado tan pronto el territorio floridiano. Además, si se hubiera dirigido hacia el Norte, hubiera tropezado con la barrera de las tropas federales que se estacionaban en la frontera de Georgia; y si había intentado huir por mar, no hubiera podido hacerlo sino intentando atravesar el estrecho de Bahama, a fin de buscar asilo en las Lucayas inglesas. Pero los buques del comodoro Dupont ocupaban los

pasos desde Mosquito-Inlet hasta la entrada del estrecho, y las chalupas ejercían un bloqueo efectivo en todo el litoral; por consiguiente, por este lado no se ofrecía ninguna probabilidad de evasión a Texar. Debería, pues, estar en Florida, oculto en un sitio o en otro, y sus víctimas estarían guardadas por el indio Squambo. La expedición proyectada por James Burbank tendría, pues, por objeto buscar sus huellas por todo el territorio de Florida.

Por lo demás, este territorio disfrutaba entonces de una tranquilidad completa, debida a la presencia de las tropas nordistas y a los buques que bloqueaban la costa oriental.

Huelga decir que la misma tranquilidad reinaba en Jacksonville. Los antiguos magistrados habían ocupado de nuevo sus puestos en la municipalidad. Ya no había ciudadanos presos por ser de opiniones contrarias o tibias a esta o a la otra idea, y se había verificado una dispersión total de los partidarios de Texar, los cuales, desde los primeros momentos, habían huido en seguimiento y al amparo de las milicias floridianas.

Además, la guerra de secesión continuaba en el centro de los Estados Unidos, con ventajas marcadas por parte de los federales. El día 18 y el 19 la primera división del ejército de Potomac había desembarcado en el fuerte Monroe; el día 22, la segunda se preparaba a salir de Alejandría para el mismo destino. A pesar del genio militar de J. Jackson, designado con el nombre de *Stonewall Jackson*, «el muro de piedra», iban a ser batidos completamente de allí a algunos días en el combate de Kernstown. No había, pues, actualmente nada que temer en lo relativo a un levantamiento en Florida, que se había mostrado siempre algo indiferente, no señalándose nunca demasiado en aquella lucha de pasiones entre el Norte y el Sur.

En estas condiciones, el personal de Camdless-Bay, dispersado después de la invasión del dominio, había podido volver poco a poco. Desde la toma de Jacksonville, los decretos de Texar y de su comité, relativos a la expulsión de los esclavos emancipados, no tenían ya ningún valor. Por aquella fecha, 17 de marzo, la mayoría de las familias de negros vueltas al dominio, se ocupaban en levantar sus barracones. Al mismo tiempo, una multitud de obreros quitaban los escombros producidos por las ruinas de los talleres y de las fábricas, a fin de restablecer la explotación regular de las propiedades de Camdless-Bay y poder exportar sus productos

regularmente. Perry y los sub-capataces desplegaban en esto pasmosa actividad, bajo la dirección de Edward Carrol. Si James Burbank dejaba a este el cuidado de reorganizarlo todo, es porque él se había propuesto desempeñar otra tarea: la de encontrar a su hija.

Así, en previsión de una campaña próxima, se ocupaba de reunir todos los elementos de su expedición. Una docena de negros emancipados, escogidos entre los más útiles de la plantación, fueron designados para acompañarle en sus investigaciones. Bien se podía asegurar que aquellas buenas gentes se dedicarían de todo corazón y con toda su alma al servicio que se les encomendaba.

Quedaba, pues, por decir, de qué modo y por qué sitios había de ser conducida la expedición. Respecto a este punto, eran muchas las dudas que se ofrecían. En efecto, ¿hacia qué parte del territorio debían dirigirse las primeras operaciones? Evidentemente, esta cuestión debía ser la primera que se tratara.

Una circunstancia inesperada, debida únicamente a la casualidad, iba a indicar con cierta precisión qué pista convenía seguir al principio de la campaña.

El día 19, Gilbert y Mars, que habían salido por la mañana de Castle-House, remontaban rápidamente el San Juan en una de las más ligeras embarcaciones de Camdless-Bay. Ninguno de los negros de la plantación les acompañaba durante estas exploraciones. Querían operar todo lo secretamente que fuese posible, a fin de no despertar las sospechas de los espías que indudablemente vigilarían los alrededores de Castle-House, por orden de Texar.

Aquel día los dos exploradores iban siguiendo todo lo largo de la ribera izquierda del río. Su lancha, Introduciéndose por entre las grandes plantas acuáticas, detrás de los islotes, separados de la tierra firme por la violencia de las aguas en la época de las fuertes mareas del equinoccio, no corría riesgo alguno de ser vista. Ni siquiera hubiera sido visible para las grandes embarcaciones que pasaran por el centro del río, ni aun de la misma orilla, cuya altura la ponía al abrigo de las miradas indiscretas de cualquiera que se hubiera aventurado bajo sus sombrías bóvedas de verdura.

Tratábase aquel día de reconocer las ensenadas y los arroyos menos conocidos que, atravesando los condados de Duval y de Putnam, van a

verter sus aguas al San Juan.

Hasta el caserío del Mandarín, el aspecto del río es casi pantanoso. En las mareas altas las aguas se extienden por sus riberas extremadamente bajas, que vuelven a descubrirse a media marea, cuando el decrecimiento de las aguas ha sido lo suficiente para que el San Juan vuelva a su estado normal. Sobre la ribera derecha, sin embargo, el nivel del suelo es un poco más elevado.

Los campos de maíz están allí al abrigo de las inundaciones periódicas, que no hubieran permitido ningún cultivo. Hasta se puede dar el nombre de prado a toda aquella explanada en la cual se elevan las casas que forman el caserío de Mandarín, y que terminan por un cabo proyectado hasta el medio del canal.

Al otro lado, numerosas islas ocupan el lecho del río, más angosto en este sitio. Allí es donde las aguas, reflejando los blancos penachos de los magníficos magnolios, se dividen en tres brazos, creciendo con el flujo y descendiendo con el reflujó; crecimiento y descenso que los bateleros que hacen el servicio en el río pueden aprovechar dos veces cada veinticuatro horas.

Después de haberse introducido por el brazo del Oeste, Gilbert y Mars escudriñaban los menores intersticios de la orilla, buscando si por acaso se abriría alguna desembocadura del río bajo el espeso ramaje de los tulipanes, a fin de seguir todas sus sinuosidades hasta el interior. Por allí no se veían ya los vastos pantanos de la parte baja del río. Eran extensos valles poblados de arbustos arborescentes y de liquidámbares cuyas primeras florescencias, mezcladas con las guirnaldas de serpentarios y de aristoloquios, impregnaban el aire de perfumes penetrantes.

Pero en todos estos diferentes sitios, los arroyos o riachuelos no presentaban sino muy poca profundidad. Se deslizaban entre la verdura bajo la forma de hilos de agua, impropios hasta para la navegación de un esquife, y la marea baja los dejaba inmediatamente en seco. En sus bordes no se veía ni una sola casa. Apenas algunas chozas de cazadores, vacías entonces, y que no parecían haber estado recientemente ocupadas. Algunas veces, a falta de seres humanos, se hubiera podido creer que diferentes animales habían establecido allí su domicilio habitual.

Aullidos de perros, maullidos de gatos, croar de ranas, silbidos de reptiles,

graznidos de zorras, todos estos ruidos variados eran los que primeramente se escuchaban. Sin embargo, no había allí ni ranas, ni zorras, ni gatos, ni perros, ni serpientes; aquellos no eran más que los gritos de imitación lanzados por el pájaro gato, especie de tordo pardusco, con la cabeza negra y las alas de un rojizo anaranjado, que a la aproximación de la lancha levantaba el vuelo rápidamente.

Eran aproximadamente las tres de la tarde. En este momento, la ligera embarcación tocaba con su proa bajo una sombría bóveda de gigantescas cañas, cuando un violento golpe de remo, manejado por Mars, la hizo franquear una barrera de verdura que tenía el aspecto de ser impenetrable. Más allá se ensanchaba el río formando una especie de golfo de bastante extensión, cuyas aguas, ocultas bajo la espesa bóveda de los tulipanes, no debían ser jamás calentadas por los rayos del sol.

—He aquí un estanque que yo no conocía —dijo Mars, que se ponía en pie en la lancha a fin de observar la disposición de las orillas del otro lado de la laguna.

—Visitémoslo —dijo Gilbert—. Debe comunicar con la serie de lagos abiertos a lo largo de la ribera. Puede ser que estén alimentados por algún río que nos permita subir hasta el interior del territorio.

—En efecto, Mr. Gilbert —respondió Mars—; desde aquí diviso la abertura de un paso hacia el Noroeste del sitio en que estamos.

—¿Podrías decir el sitio en que nos encontramos? —preguntó el joven oficial.

—A punto fijo, no —respondió Mars—, a menos que no sea esta laguna la que se llama la Bahía Negra. Sin embargo, yo creía, como todas las gentes del país, que era imposible penetrar en ella, por no tener ninguna comunicación con el San Juan.

—¿No existía antes en esta bahía un fortín construido para defenderse contra los seminolas?

—Sí, Mr. Gilbert; pero desde hace muchos años la entrada de la bahía se ha cerrado por la parte del río, y el fortín ha sido abandonado. Yo no he estado jamás en él, y ahora no deben quedar de este fortín más que ruinas.

—Procuremos llegar a él cuanto antes —dijo Gilbert.

—Procuremos —respondió Mars—, aunque a mi entender será probablemente muy difícil. El agua no tardará en desaparecer, y el suelo pantanoso no será bastante consistente para marchar por él.

—Evidentemente, Mars; en fin, mientras haya agua que nos sostenga, debemos permanecer en la embarcación.

—No perdamos un instante, Mr. Gilbert; ya son las tres de la tarde y la noche vendrá pronto bajo estos sombríos árboles.

Era, en efecto, la Bahía Negra, en la cual Gilbert y Mars acababan de penetrar, gracias al golpe de remo que había lanzado la embarcación a través de la barrera de cañas. Como se sabe, esta laguna no era practicable más que para los ligeros esquifes, semejantes al de que se servía habitualmente Squambo cuando su señor o él se aventuraban en la corriente del San Juan. Por otra parte, para llegar al islote donde estaba el fortín, situado hacia el medio de la bahía, a través del inextricable laberinto de islotes y canales, era preciso estar muy familiarizado con sus mil vueltas y revueltas; y desde hacía largos años nadie se había aventurado por aquellos sitios. Ni siquiera se creía ya en la existencia del fortín. Esto era lo que daba seguridad completa al raro y perverso personaje que había hecho de él su guarida habitual. De aquí el misterio absoluto que rodeaba la existencia privada de Texar.

Hubiera sido preciso el hilo de Ariadna para guiarse por aquel laberinto, siempre oscuro, aun en el momento mismo en que el sol pasaba por el meridiano. Sin embargo, a falta de este hilo, podía suceder que el azar se encargase de descubrir el islote central de la Bahía Negra.

A este guía inconsciente fue al que se vieron obligados a abandonarse Gilbert y Mars. Cuando hubieron atravesado la primera laguna se introdujeron a través de los canales, cuyas aguas subían entonces con la marea creciente, aun en los sitios más estrechos, cuando la navegación parecía practicable. Ambos iban como si hubiesen sido arrastrados por un presentimiento secreto, sin preguntarse de qué manera y por dónde iban luego a volver atrás. Puesto que todo el condado había de ser explorado por ellos, era preciso que no quedase nada en aquella laguna que no fuera objeto de su investigación.

Después de media hora de esfuerzos, según cálculos de Gilbert, la lancha debió haber avanzado lo menos una milla a través de la bahía. Más de una vez, detenidos por algún infranqueable obstáculo, se habían visto obligados a retirarse de un paso para seguir otro. Lo que no ofrecía duda, sin embargo, era que la dirección general que habían seguido había sido hacia el Oeste. Ni el joven oficial ni Mars habían intentado saltar a tierra, cosa que no hubieran podido hacer sin gran dificultad, puesto que el suelo de los islotes apenas estaba más elevado que la altura media del río. Más valía, por tanto, no dejar la ligera embarcación mientras que la falta de agua no hiciera imposible su marcha.

Sin embargo, Gilbert y Mars no habían logrado recorrer la milla sin esfuerzos. Por muy vigoroso que fuese el mestizo, se vio obligado a descansar unos momentos, pero no quiso hacerlo hasta el instante en que llegaron a un islote más vasto y más elevado que los otros, al cual llegaban unos rayos de luz a través de las espesas ramas de los árboles que cubrían la ribera.

—¡Qué cosa más singular! —dijo Mars.

—¿Qué es ello? —preguntó Gilbert.

—Que hay señales de cultivo en este islote —respondió Mars.

Los dos desembarcaron y tomaron tierra en la orilla un poco menos pantanosa.

Mars no se engañaba; las señales de cultivo aparecían en uno y otro lado; el suelo se veía cruzado por cuatro o cinco surcos abiertos por la mano del hombre; una azada abandonada se veía todavía fija en la tierra.

—Luego, ¿está habitada la bahía? —preguntó Gilbert.

—Es preciso creerlo —respondió Mars—; o, por lo menos, es conocida de algunas gentes del país; tal vez algunos indios nómadas que vienen aquí a cultivar sus legumbres.

—Entonces no sería imposible que hubiesen construido aquí habitaciones o cabañas.

—En efecto, Mr. Gilbert, y como haya alguna, nosotros nos arreglaremos para encontrarla.

Como se comprende, los exploradores tenían gran interés en saber qué clase de gentes podían frecuentar la Bahía Negra; si se trataba de cazadores de las bajas regiones que se reunían allí secretamente, o de seminolas, cuyas bandas frecuentasen todavía los pantanos de Florida.

Por consiguiente, sin pensar en la vuelta, Gilbert y Mars volvieron a tomar nuevamente su embarcación y se hundieron, por decirlo así, más profundamente en las sinuosidades de la bahía.

Parecía que una especie de presentimiento les impulsaba hacia sus más sombríos lugares. Sus miradas, acostumbradas a la oscuridad relativa que la espesa enramada de los árboles mantenía en la superficie de los islotes, se sumergían en todas direcciones. Tan pronto creían descubrir una habitación en lo que no era más que una cortina de follaje tendida de un tronco a otro. Otras veces decían: «Allí hay un hombre inmóvil que nos mira»; y no había más que alguna vieja corteza de árbol extrañamente retorcida, cuyo perfil reproducía alguna silueta humana. Entonces se ponían a escuchar atentamente. Acaso, pensaban, lo que no llegaba por los ojos llegaría a los oídos. Bastaba el ruido más insignificante para señalar la presencia de un ser viviente en aquella región desierta.

Una media hora después de su primer descanso, habían llegado cerca del islote central. La casa en ruinas se ocultaba allí tan completamente entre lo más espeso del macizo de verdura, que no podían descubrir nada de ella. Hasta parecía que la bahía misma terminaba en aquel sitio, y que los pasos obstruidos llegaban a ser de imposible navegación. Una infranqueable barrera de espinos y cambroneras se levantaba entre las últimas vueltas de los canales y los pantanosos bosques, cuyo conjunto se extiende a través del condado de Duval, a lo largo de la ribera izquierda del San Juan.

—Me parece imposible ir más lejos —dijo Mars—; el agua falta, Mr. Gilbert.

—Y, sin embargo —replicó el joven oficial—, no hemos podido engañarnos en lo relativo a las señales de la agricultura. Esta bahía está frecuentada por seres humanos. ¿Habrán estado aquí, acaso recientemente? ¿Permanecerán en ella todavía?

—Sin duda alguna —replicó Mars—; pero es preciso aprovechar lo que resta de día para volver al San Juan. Comienza a ser de noche, la

oscuridad será bien pronto profunda, y ¿cómo hallar camino a través de estos innumerables canales? Creo, Mr. Gilbert, que lo más prudente es volver sobre nuestros pasos, sin perjuicio de volver a empezar nuestra exploración mañana al despuntar el día. Volvamos, como de costumbre, a Castle-House, contaremos lo que hemos visto, y organizaremos lo necesario para reconocer la Bahía Negra en mejores condiciones.

—Sí, es preciso —respondió Gilbert—. Sin embargo, antes de partir yo hubiera querido...

Gilbert había permanecido inmóvil, arrojando una última mirada bajo los árboles; ya se disponía a dar la orden de volver atrás con la embarcación, cuando de improviso detuvo a Mars con un gesto.

El mestizo suspendió rápidamente su maniobra, y de pie, con el oído atento, se puso a escuchar.

Un grito, o más bien una especie de gemido continuo, que no se podía confundir con los ruidos habituales del bosque, se escuchaba claramente. Era como un lamento de desesperación. La queja de un ser humano; queja que parecía arrancada por vivos sufrimientos. Se hubiera dicho que era el último llamamiento de una voz que iba a extinguirse.

—¡Allí hay un hombre! —gritó Gilbert—. Y pide socorro, acaso esté expirando.

—Sí —respondió Mars—, es preciso ir allá y averiguar quién es. Desembarquemos.

Esto fue cosa de un instante. La embarcación fue atada sólidamente a la orilla y Gilbert y Mars saltaron sobre el islote y se perdieron a través de los árboles. Por allí también se veían algunas señales de seres humanos, a lo largo de los senderos abiertos a través del ramaje, hasta pasos de hombres cuyas huellas se veían plenamente con las últimas luces de la tarde.

De tiempo en tiempo, Mars y Gilbert se paraban y escuchaban con atención. ¿Se escuchaban todavía los gemidos? Era por ellos, por ellos solos, por los que habían de guiarse.

Ambos los oyeron de nuevo, ya muy próximos esta vez. A pesar de la

oscuridad, que de momento en momento se hacía más profunda, no sería sin duda imposible llegar al sitio de donde partían.

De repente, resonó un grito más doloroso que los anteriores. Ya no había medio de engañarse respecto a la dirección que se debía seguir. Con algunos pasos, Gilbert y Mars habían franqueado un espeso seto y se encontraron en presencia de un hombre que estaba expirando cerca de una empalizada.

Herido de una ancha cuchillada en el pecho, una ola de sangre inundaba a aquel desgraciado; los últimos soplos de su aliento se escapaban de sus labios. No le quedaban más que algunos instantes de vida.

Gilbert y Mars se inclinaron sobre él. El moribundo entreabrió los ojos, pero intentó en vano responder a las preguntas que le hicieron los dos hombres.

—¡Es preciso ver a este hombre! —exclamó Gilbert—. ¡Una antorcha, una rama encendida!

Mars había ya arrancado una rama de uno de los árboles resinosos que crecían en gran número sobre el islote. La encendió con una cerilla y su luz fosforescente esparció alguna claridad en las sombras.

Gilbert se arrodilló cerca del moribundo. Era este un negro, un esclavo, joven todavía. Separada su camisa, dejaba ver en el pecho una profunda y ancha herida, por la cual escapaba la sangre. Esta herida debía ser mortal, pues la hoja del cuchillo había atravesado el pulmón del desgraciado.

—¿Quién eres, quién eres? —preguntó Gilbert.

Pero se quedó sin respuesta.

—¿Quién te ha herido?

El mismo silencio: el esclavo no podía pronunciar una sola palabra.

Entretanto, Mars agitaba la rama, con objeto de reconocer el sitio en que habían cometido el asesinato.

Entonces descubrió la empalizada, y a través de la poterna entreabierta vio la silueta indecisa del fuerte. Aquel era, en efecto, el fortín de la Bahía

Negra, del cual ni aun siquiera se conocía la existencia en toda aquella parte del condado de Duval.

—¡El fortín! —exclamó Mars.

Y dejando a su amo cerca del pobre negro que agonizaba, se lanzó rápidamente a través de la poterna.

En un instante, Mars, había recorrido todo el interior del fuerte, y había visitado todas las habitaciones que se abrían de una y otra parte sobre el reducto central. En una de ellas había restos de fuego, que humeaban todavía. Esto indicaba que el fortín había sido ocupado recientemente. Pero ¿por qué clase de gente lo había sido? ¿Había servido de asilo a los floridianos o a los seminolas? Era preciso saberlo a toda costa, y sólo el herido que agonizaba podía decirlo. Era necesario, por tanto, saber quiénes eran sus asesinos, cuya huida debía datar solamente de algunas horas.

Mars salió del fortín, dio la vuelta a la empalizada por el interior del cercado, examinó con la antorcha en la mano todos los árboles... ¡Nadie! Si Gilbert y él hubiesen llegado por la mañana, seguramente hubiesen encontrado a los que habitaban el fortín... Al presente era demasiado tarde.

El mestizo volvió entonces al lado de su amo, y le hizo saber que, en efecto, se encontraban en el fuerte de la Bahía Negra.

—No —respondió Gilbert—. Ha perdido ya el conocimiento, y dudo que pueda recobrarlo.

—Ensayemos, sin embargo —respondió Mars—. Aquí hay un secreto que importa conocer, y que nadie podrá decírnoslo cuando haya muerto este desgraciado.

—Sí, Mars, transportémosle al fortín. Allí puede ser que vuelva en sí. Después de todo, no podemos dejarle expirar en este sitio.

—Tomad la antorcha, Mr. Gilbert —respondió Mars—. Yo tendré suficientes fuerzas para llevarle allá.

Gilbert cogió la tea resinosa inflamada. El mestizo levantó entre sus brazos aquel cuerpo que no era más que una masa inerte, subió los escalones de

la poterna, penetró por la abertura que daba acceso al cercado y depositó su fardo en una de las habitaciones del reducto.

El moribundo fue colocado sobre un montón de hierbas. Mars, tomando entonces su frasco de viaje, lo introdujo entre los labios del esclavo.

El corazón del desgraciado latía todavía, aunque muy débilmente y con largos intervalos. La vida iba a faltarle. ¿No tendría tiempo de revelar su secreto antes de lanzar el último suspiro?

Las gotas de aguardiente vertidas en su boca parecieron reanimarle un poco. Sus ojos se entreabrieron y se fijaron en Gilbert y Mars, que se esforzaban por disputarle a la muerte.

Quiso hablar, algunos sonidos vagos se escaparon de sus labios; ¡acaso era un nombre!

—¡Habla, habla! —exclamó Mars.

La sobreexcitación del mestizo era verdaderamente indescriptible, como si la tarea a la cual había consagrado toda su vida hubiese dependido de las últimas palabras de aquel moribundo.

El joven esclavo procuraba vanamente pronunciar algunas palabras, pero le faltaba la fuerza para ello.

En este momento Mars notó que un pedazo de papel estaba oculto en la blusa del herido.

Apoderarse de este papel, abrirle, leerle a la luz de la tea resinosa, todo esto fue hecho en un instante.

Escritas con carbón había en él las siguientes palabras:

«Secuestradas por Texar en la Bahía Marino. Conducidas a los Everglades, a la isla Carneral. Esquela confiada a este joven esclavo para Mr. Burbank».

Aquella escritura era perfectamente conocida por Mars.

—¡Zermah! —exclamó.

A este nombre, el moribundo entreabrió los ojos, y su cabeza se inclinó como para hacer un signo afirmativo.

Gilbert le enderezó a medias, preguntándole:

—¿Zermah? —dijo.

—Sí.

—¿Y Dy?

—Sí.

—¿Quién te ha herido?

—Texar.

Esta fue la última palabra pronunciada por el pobre esclavo, que cayó muerto sobre el montón de hierbas.

XXIV. De Camdless-Bay al lago Washington

Aquella misma noche, un poco antes de las doce, Gilbert y Mars estaban de vuelta en Castle-House. ¡Qué dificultades habían tenido que vencer para salir de la Bahía Negra! En el momento en que dejaban el fuerte, la noche comenzaba a extenderse por todo el valle del San Juan. La oscuridad era ya completa bajo los árboles de la laguna. Sin una especie de instinto que guiaba a Mars a través de los canales y entre los islotes confundidos por la oscuridad de la noche, ni uno ni otro hubieran podido llegar al curso del río. Veinte veces su embarcación se había visto obligada a detenerse ante alguna barrera que no podía franquear, y a retroceder en su camino para buscar algún otro canal practicable. Fue preciso encender ramas resinosas y colocarlas en la proa de la lancha a fin de iluminar, siquiera fuese en un corto radio, el camino que seguían. Donde las dificultades llegaron a ser extremas fue precisamente cuando Mars trató de encontrar la única salida que permitía a las lagunas correr hacia el San Juan. El mestizo no reconocía ya la brecha abierta en el macizo de cañas, por la cual los dos habían pasado algunas horas antes. Felizmente, la marea descendía y la lancha pudo dejarse arrastrar por la corriente que se dirigía hacia su salida natural. Tres horas más tarde, después de haber franqueado rápidamente las veinte millas que separan la Bahía Negra de la plantación, Gilbert y Mars desembarcaban en el puertecillo de Camdless-Bay.

En Castle-House les esperaban ya con impaciencia. Ni James Burbank ni ninguno de la casa se había retirado a sus habitaciones. Estaban inquietos por aquella tardanza inesperada. Gilbert y Mars tenían costumbre de volver de sus excursiones al anochecer. ¿Por qué no estaban ya de vuelta aquel día? ¿Debía sacarse en consecuencia de su tardanza que habían encontrado una pista nueva y que sus investigaciones iban tal vez a dar resultado?

¡Qué de angustias durante aquellas largas horas de espera!

Por fin llegaron, y a su entrada en la habitación todos se precipitaron hacia ellos.

—¿Y bien, Gilbert...? —preguntó James Burbank.

—Padre mío —respondió el joven oficial—. Alicia no se había engañado: Texar es el que ha secuestrado a mi hermana y a Zermah.

—¿Tienes la prueba de ello?

—¡Leed!

Y Gilbert presentó el pedazo de papel arrugado que contenía escritas las breves palabras de la mestiza.

—¡Sí! —replicó—. ¡No hay duda posible, es Texar; y ha conducido o hecho conducir a sus víctimas al viejo fortín de la Bahía Negra! Allí es donde permanecía, ignorado de todos. Un pobre esclavo, al cual Zermah había confiado este papel, a fin de que lo hiciese llegar a Castle-House, y por quien ella sin duda ha sabido que Texar iba a conducir las a la isla Carneral, ha pagado con su vida el haber querido favorecerla. Al desembarcar le hemos encontrado moribundo, herido por la mano de Texar, y a estas horas ha muerto. Pero si Dy y Zermah no están en la Bahía Negra, sabemos al menos a qué parte de Florida se las ha arrastrado. A los Everglades; es preciso ir a buscarlas. Mañana mismo, padre mío, mañana mismo partiremos.

—Dispuestos estamos todos, Gilbert.

—Hasta mañana, pues.

La esperanza había vuelto a renacer en Castle-House. Ya no había que perder el tiempo en investigaciones inútiles. La señora Burbank, puesta al corriente de la situación, se sintió revivir. Hasta tuvo fuerzas suficientes para levantarse y dar gracias a Dios.

Ya era cierto, por confesión de la misma Zermah, que Texar en persona había dirigido el secuestro de la niña y la mestiza en la Bahía Marino. Era él a quien Alicia había visto sobre la embarcación que se alejaba por el centro del río. Y, sin embargo, ¿cómo se podía conciliar este hecho con la coartada inexplicable alegada por Texar?

A la misma hora en que él cometía el crimen, ¿cómo podía estar prisionero de los federales, a bordo de uno de los buques de la escuadra?

Evidentemente aquella coartada debía ser falsa, como las otras, sin duda. Pero ¿en qué consistía esta falsedad?

¿Se llegaría alguna vez a conocer este don de ubicuidad, del cual Texar daba pruebas tan repetidas?

Poco importaban, después de todo. Lo que se había conseguido ya era saber que la mestiza y la niña habían sido conducidas, primeramente al fortín de la Bahía Negra, después arrastradas a la isla Carneral. Allí era adonde se necesitaba ir a buscarlas y allí era preciso sorprender a Texar. Esta vez nada podría sustraerle al castigo que merecían desde tan largo tiempo sus criminales maniobras.

Por consiguiente, no había un día que perder. De Camdless-Bay a los Everglades la distancia es bastante considerable, y había necesidad de emplear varios días para recorrerla. Felizmente, conforme lo había dicho James Burbank, la expedición, organizada por él, estaba dispuesta para salir al día siguiente de Castle-House.

En cuanto a la isla Carneral, los mapas de la península floridiana indicaban su situación sobre el lago Okee-cho-bee.

Los Everglades son una región pantanosa que confina con el lago Okee-cho-bee, un poco más abajo del paralelo 27, en la parte meridional de Florida.

Entre Jacksonville y el lago hay una distancia de cerca de cuatrocientas millas, es decir, unas ciento ochenta leguas. Más allá se extiende un país deshabitado casi por completo, y que, por la época en que acontecían estos sucesos, era casi desconocido.

Si el San Juan hubiese sido navegable en todo su curso hasta sus fuentes, el trayecto seguramente hubiera podido recorrerse con rapidez, sin grandes dificultades; pero muy probablemente no se podría utilizar su curso más que en un trayecto de ciento siete millas aproximadamente, es decir, hasta el lago Jorge. Más lejos, sobre su curso, embarazado de islotes, interceptado por las plantas, sin canal suficientemente trazado, varias veces en seco, cuando la marea es muy baja, una embarcación, regularmente cargada, hubiese encontrado grandes obstáculos, o, a lo menos, hubiera tenido que retardar mucho su viaje. Sin embargo, se podía conseguir remontarlo hasta el lago Washington, poco más o menos a la

altura del 28 de latitud; haciendo la travesía por el cabo Malabar, se habría adelantado mucho para el término del viaje. No obstante, valía más no contar con esta probabilidad. Lo mejor era prepararse para recorrer un trayecto de doscientas cincuenta millas por medio de una región casi abandonada, donde faltarían los medios de transporte y todos los recursos necesarios a una expedición que debía ser rápidamente ejecutada. Por consiguiente, teniendo en cuenta todas estas eventualidades, había organizado James Burbank la expedición.

Al día siguiente, 20 de marzo, el personal de la expedición estaba reunido al pie del puerto de Camdless-Bay. James Burbank y Gilbert, no sin experimentar una viva emoción, habían abrazado a la señora Burbank, que aún no podía salir de su habitación. Alicia, Stannard y los subcapataces los habían acompañado. El mismo Pig había acudido a despedirse de Perry, hacia el cual experimentaba cierta cariñosa afección. Se acordaba a menudo de las lecciones que de él había recibido, acerca de los inconvenientes de una libertad para la cual no se hallaba preparado.

La expedición estaba compuesta del modo siguiente:

James Burbank, su cuñado Edward Carrol, ya curado de su herida; su hijo Gilbert, el capataz Perry, Mars, y además, una docena de negros escogidos entre los más bravos y fieles de la plantación; en conjunto, diecisiete personas. Mars conocía bastante el curso del San Juan para servir de piloto en tanto que la navegación fuese posible, tanto del lado de acá como del lado de allá del lago Jorge. En cuanto a los negros, habituados a manejar el remo, iban bien dispuestos a demostrar su voluntad y su fuerza cuando la corriente y el viento les abandonaran.

La embarcación, una de las más grandes de Camdless-Bay, podía soportar una vela que, empujada por el viento, le permitiese seguir las sinuosidades de un canal algunas veces bastante peligroso. Llevaban armas y municiones en cantidad suficiente para que James Burbank y sus compañeros no tuviesen nada que temer de las bandas de seminolas de la Baja Florida ni de los compañeros de Texar, si es que a este se habían unido algunos de sus partidarios. En efecto, había sido preciso adelantarse a esta eventualidad, que podía dificultar el éxito de la expedición.

Por fin, llegó la hora de la despedida. Gilbert abrazó a Alicia y James Burbank la estrechó entre sus brazos, como si ya hubiese sido su hija.

—¡Padre mío! ¡Gilbert! —dijo la joven—. ¡Traed con vosotros a nuestra pobrecita Dy; traed a mi hermana...!

—Sí, querida Alicia —respondió el joven oficial—; sí. Creo que la traeremos. ¡Dios nos proteja!

Stannard y Alicia, los sub-capataces y Pig quedaron sobre el muelle en tanto que la embarcación se separaba. Todos enviaron a los expedicionarios un último adiós, en el momento mismo en que, empujada por el viento y arrastrada por la marea creciente, la barca desaparecía detrás de la pequeña punta de la Bahía Marino.

Eran aproximadamente las seis de la mañana. Una hora después, la embarcación pasaba por enfrente del caserío del Mandarín, y hacia las diez, sin que hubiese sido necesario hacer uso de los remos, se encontraba a la altura de la Bahía Negra en la plenitud de la selva.

El corazón latió a todos cuando pasaban por aquella parte de la orilla izquierda del río, a través de la cual penetraban las aguas de la creciente marea.

Detrás de aquellos macizos de cañas, de bambúes y de higueras silvestres, era adonde Zermah y Dy habían sido conducidas primeramente. Allí era donde, hacía más de quince días, Texar y sus compañeros las habían ocultado tan profundamente, que no había quedado la más insignificante huella de las secuestradas después del rapto. Diez veces James Burbank y Stannard, y después Gilbert y Mars, habían cruzado el río a la altura de aquella laguna, sin sospechar siquiera que el derruido fortín les sirviese de cárcel.

Esta vez ya no había necesidad de detenerse allí. Era preciso llevar las exploraciones a algunos centenares de millas más al Sur; y la embarcación pasó por delante de la Bahía Negra sin hacer alto.

La primera comida fue hecha en comunidad. Los baúles encerraban provisiones suficientes para una veintena de días, además de una provisión preparada en pequeños paquetes para que pudieran ser transportados cuando los viajeros se vieran obligados a seguir su camino por tierra. Algunos objetos de campaña llevaban también para cuando tuvieran necesidad de hacer alto, de día o de noche, en los espesos bosques de que están cubiertos los territorios ribereños del San Juan.

Hacia las once, cuando la marea empezó a descender, el viento continuó favorable; sin embargo, fue preciso auxiliarse de los remos para sostener la velocidad. Los negros se pusieron a su trabajo, y con el empuje de cinco vigorosas parejas, la embarcación continuó subiendo río arriba con rapidez extraordinaria.

Mars, silencioso, no se apartaba del timón, evolucionando con mano segura a través de los brazos de las islas y los islotes formados en medio del San Juan, y teniendo cuidado de seguir los pasos por los cuales la corriente se dirigía con menos violencia. Se lanzaba por ellos sin ninguna duda; jamás se aventuraba por error en un canal impracticable, jamás se ponía en peligro de chocar con algún bajo, que la marea descendente iba bien pronto a dejar en seco. Conocía el lecho del río hasta el bajo Jorge, como conocía las vueltas y revueltas de Jacksonville y dirigía la embarcación con tanta seguridad como los cañoneros del comandante Stevens, que él había conducido a través de las sinuosidades de la barra.

En esta parte de su curso el San Juan estaba desierto. El movimiento de bateleros que se producía allí de ordinario para el servicio de las embarcaciones, no existía desde la toma de Jacksonville. Si alguna embarcación subía o bajaba todavía por el río era únicamente para atender a las necesidades de las tropas federales, o para conducir las comunicaciones del comandante Stevens a los oficiales que estaban a sus órdenes, y aun acaso este mismo servicio sería absolutamente nulo más arriba de Picolata.

James Burbank llegó delante de esta pequeña aldea hacia las seis de la tarde. Un destacamento de nordistas ocupaba entonces el puentecillo que conducía a la escalera del puerto. La embarcación fue detenida y obligada a hacer alto cerca del muelle.

Allí, Gilbert Burbank se dio a conocer al oficial que mandaba la guarnición de Picolata, y provisto del pase que le había entregado el comandante Stevens, pudieron todos continuar su camino.

Esta parada no había durado más que algunos instantes.

Como la marea alta comenzaba a dejarse sentir, los remos volvieron a quedar en reposo, y la embarcación siguió rápidamente su camino por entre los bosques espesos que se extienden a ambas orillas del río. Sobre

la ribera izquierda, el bosque iba bien pronto a ceder la plaza a los pantanos, algunas millas por encima de Picolata; en cuanto a las selvas de la ribera derecha, más espesas y más profundas, verdaderamente interminables, había que pasar todavía el lago Jorge sin poder verlas al fin. Verdad es que sobre esta ribera se apartan un poco del San Juan y dejan una ancha faja de terreno, sobre la cual la agricultura ha ejercido sus derechos. Por todos lados, vastos arrozales, campos de caña y de índigo, plantaciones de algodonereros, atestiguan la fertilidad extraordinaria de la península floridiana.

Un poco después de las seis, James Burbank y sus compañeros habían perdido de vista, detrás de un recodo del río, la torre rojiza del antiguo fuerte español, abandonado desde hacía más de un siglo, que domina las altas cimas de los extensos palmares de la orilla.

—Mars —preguntó James Burbank—, ¿no tienes miedo a extraviarte durante la noche en el San Juan?

—No, Mr. James —respondió Mars—. Además, no tenemos una hora que perder; puesto que la marea nos favorece, es preciso aprovecharla. Cuanto más arriba estemos, será menor su intensidad, tendrá menos fuerza y durará menos. Propongo, pues, navegar de noche y de día.

La proposición de Mars era dictada por las circunstancias. Puesto que él se comprometía a conducir la embarcación, era preciso confiarse a su destreza. Así se hizo, y no tuvieron motivo para arrepentirse de ello. Durante toda la noche, la embarcación subió por el curso del río sin dificultad. La marea le prestó su ayuda durante algunas horas todavía; después, los negros, manejando de nuevo los remos, pudieron ganar una quincena de millas hacia el Sur.

No se hizo alto durante esta noche ni en todo el día siguiente.

Toda la parte alta del curso del río estaba absolutamente desierta. Se navegaba, por decirlo así, por medio de un extenso bosque de viejos cedros, cuyas larguísimas y espesas ramas se unían a veces por encima de la corriente del San Juan, formando un tupido dosel de verdura. Aldeas y caseríos no se veían por ninguna parte; plantaciones, o habitaciones aisladas, tampoco. Las tierras ribereñas no se prestaban a ningún género de cultivo. No hubiera sido posible que a ningún colono se le ocurriese la idea de fundar allí un establecimiento agrícola.

El día 23, con las primeras luces del día, se observó que el río se desbordaba, formando una ancha sabana líquida, cuyas orillas se separaban, al fin, del interminable bosque. El terreno, muy llano, retrocedía hasta los límites de un horizonte que se alejaba varias millas. Era un lago: el lago Jorge, que el San Juan atraviesa de Sur a Norte, y del cual arrastra una parte de sus aguas.

—Sí; este es, efectivamente, el lago Jorge —dijo Mars—, que yo he visitado cuando acompañaba a la comisión encargada de levantar el plano del alto curso del río. Por ahora no estoy desorientado.

—¿Y a qué distancia —preguntó James Burbank—, nos encontramos ahora de Camdless-Bay?

—A cien millas, aproximadamente —repuso Mars.

—No es todavía la tercera parte de la distancia que tenemos que recorrer para llegar a los Everglades —observó Edward Carrol.

—Mars —preguntó Gilbert—, ¿qué es lo que vamos a hacer ahora? ¿Es preciso abandonar la embarcación a fin de seguir a lo largo de una de las orillas del río? Esto nos ocasionaría mucho trabajo, y un gran retraso. ¿No sería posible, una vez atravesado el lago Jorge, seguir este camino de agua hasta el punto en que el río cese de ser navegable? ¿No podríamos ensayarlo, a condición de desembarcar si encallamos y no podemos poner a flote la embarcación? Esto vale la pena intentarlo. ¿Qué te parece?

—Ensayemos, Mr. Gilbert —respondió Mars.

En efecto, era el mejor partido que podía tomarse.

Siempre habría tiempo de saltar a tierra. El viajar por agua les economizaba muchísimas fatigas y evitaba interminables y numerosos retrasos.

La embarcación se lanzó, pues, a través de la superficie del lago Jorge, siguiendo su ribera oriental.

Alrededor del lago, en aquellos terrenos sin relieve, la vegetación no es tan rica ni tan abundante como en las orillas del río. Vastas lagunas se extienden por uno y otro lado casi hasta perderse de vista. Algunas

porciones del terreno, menos expuestas a las invasiones de las aguas, dejan ver sus tapices de líquenes negros, entre los cuales se destacaban los matices violáceos de las pequeñas setas que brotan allí por millares. Sería imprudente el fiarse de aquellas tierras movedizas que no ofrecen al caminante un punto de apoyo sólido donde fijar la planta.

Si James Burbank y sus compañeros se hubieran decidido a caminar a pie por aquella parte del territorio floridiano, no lo hubieran conseguido sino a costa de grandes esfuerzos, de las más extremas fatigas y de retrasos infinitamente prolongados, admitiendo que no se hubieran visto obligados a volver atrás. Solamente las aves acuáticas, la mayor parte palmípedas, pueden aventurarse a través de aquellos terrenos pantanosos donde se encuentran en número infinito los patos, los ánades y las becasas. Había allí de qué aprovisionarse sin trabajo si los viajeros se hubieran encontrado escasos de víveres. Por otra parte, para cazar en estas riberas hubiera sido necesario afrontar toda una legión de serpientes muy peligrosas, cuyos agudos y penetrantes silbidos se oían bajo el tapiz de verdura que cubría el suelo. Verdad es que estos reptiles encuentran enemigos encarnizados en las bandadas de pelícanos blancos, bien armados para esta guerra sin tregua, que pululan por las riberas malsanas del lago Jorge.

Entretanto, la embarcación se deslizaba con rapidez. Un viento del Norte empujaba su rizada vela en buena dirección. Gracias a esta fresca brisa, los remeros pudieron descansar durante todo el día, sin que se ocasionase ningún retraso. Así fue que, cuando llegó la noche, las treinta millas de longitud que el lago Jorge mide del Norte al Sur, habían sido rápidamente recorridas sin fatiga alguna.

Hacia las seis, James Burbank y su pequeña escolta se paraban enfrente del ángulo inferior, por el cual el San Juan se arroja en el lago.

Si se hizo alto (alto que no duró más que una media hora), fue porque en aquel sitio se veían agrupadas tres o cuatro casas. Estaban ocupadas por algunos de esos floridianos nómadas que se dedican más especialmente a la caza y a la pesca al principio de la primavera. A propuesta de Edward Carrol, pareció oportuno pedir algunas indicaciones relativas al paso de Texar por aquel sitio y luego se verá que hicieron muy bien en hacer tales preguntas.

Uno de los habitantes de dichas casas fue interrogado.

—Durante uno de los días precedentes —le preguntaron—, ¿habéis visto alguna embarcación que atravesara el lago Jorge, dirigiéndose hacia el lago Washington, embarcación que debía contener siete u ocho personas entre las cuales iban una mujer de color y una niña pequeña, blanca de origen?

—En efecto —respondió el hombre—; hace cuarenta y ocho horas he visto pasar una embarcación que debe ser la misma de que vos habláis.

—¿Ha hecho alto en este caserío? —preguntó Gilbert.

—No; por el contrario, se ha apresurado a ganar la parte alta del curso del río. He visto distintamente a bordo —añadió el floridiano—, a una mujer con una niña pequeña en brazos.

—¡Amigos míos! —gritó Gilbert—. ¡Buenas esperanzas! Estamos, efectivamente, sobre las huellas de Texar.

—Sí —respondió James Burbank—; no lleva sobre nosotros más que una ventaja de cuarenta y ocho horas, y si nuestra embarcación pudiera todavía conducirnos durante algunos días, nos acercaríamos mucho a él.

—¿Conocéis el curso del San Juan, más arriba del lago Jorge? —preguntó Edward Carrol al floridiano.

—Sí, señor —respondió este—, y aun he subido por él una distancia de más de cien millas.

—¿Pensáis que pueda ser navegable para una embarcación como la que nosotros llevamos?

—¿Qué calado tiene?

—Tres pies, como máximo —respondió Mars.

—¿Tres pies? —dijo el floridiano—. Vendrá justo en ciertos sitios; sin embargo, sondando los pasos, creo que podréis llegar hasta el mismo lago Washington.

—Y una vez allí, ¿a qué distancia estaremos del lago Okee-cho-bee?

—Cincuenta millas, aproximadamente.

—Gracias, amigo mío.

—Embarquémonos —exclamó Gilbert—, naveguemos hasta que el agua falte.

Cada uno de los viajeros volvió a ocupar en la barca su sitio. Habiéndose calmado el viento con la noche, fue necesario manejar los remos con fuerza y vigor. Las riberas del río, que ya se veían más próximas, desaparecieron rápidamente. Antes de que fuera de noche por completo se adelantó varias millas hacia el Sur. Nadie pensó un momento en detenerse, puesto que se podía dormir cómodamente a bordo. La luna estaba casi en su plenilunio; el tiempo, por lo tanto, continuaría todavía bastante claro para poder seguir navegando.

Gilbert había cogido la barra del timón. Mars se había colocado en la proa con un largo mástil en la mano, con el cual sondaba el río sin cesar, y cuando tocaba el fondo ordenaba que la embarcación virase a babor o a estribor. Esta apenas tocó el fondo cinco o seis veces durante aquella travesía nocturna y fue desencallada con facilidad y sin gran esfuerzo; hacia las cuatro de la mañana, en el momento en que el sol salía sobre el horizonte, Gilbert calculó que no se había recorrido menos de quince millas durante la noche.

¡Qué de probabilidades en favor de James Burbank y los suyos si el río, navegable algunos días más, los llevaba cerca del sitio deseado!

Sin embargo, durante la jornada de aquel día surgieron algunas dificultades materiales.

A consecuencia de la sinuosidad del río, se proyectaban frecuentemente algunas puntas a través de su curso. Las arenas acumuladas multiplicaban los bajos y escollos, que era preciso evitar cuidadosamente, haciendo virar la embarcación.

Todas estas maniobras eran otras tantas prolongaciones de cambio y, por tanto, originaban retrasos.

No se podía tampoco utilizar siempre el viento, que no hubiera cesado de ser favorable si los numerosos rodeos no hubiesen modificado la marcha que la embarcación seguía. Entonces los negros se encorvaban sobre sus

remos y desplegaron tal vigor, que conseguían recobrar el tiempo perdido.

También se presentaban algunos obstáculos particulares al río San Juan. Eran islas flotantes, formadas por una prodigiosa acumulación de una planta exuberante, la pistia, que ciertos exploradores del río floridiano han comparado justamente a una gigantesca lechuga, abierta sobre la superficie de las aguas. Este tapiz herbáceo ofrece bastante solidez para que las nutrias y las aves palmípedas puedan establecer en él sus refugios haciendo aquella parte casi intransitable.

Importaba, por consiguiente, no embarcarse a través de aquellas masas vegetales, de cuyas redes no se hubiese salido sin gran trabajo. Cuando se alcanzaban a ver, Mars tomaba todas las precauciones posibles para evitar su encuentro.

En cuanto a las riberas del río, extensos y poblados bosques las cubrían de nuevo. No se veían ya aquellos innumerables cedros cuyas raíces baña el San Juan en la parte inferior de su curso. Allí crecen cantidades extraordinarias de juncos, de una altura de ciento cincuenta pies, pertenecientes a la especie de pino austral, que encuentran elementos favorables a su vegetación en medio de aquellos terrenos cuyos subsuelos están inundados de agua, recibiendo el nombre de barrens. El humus presenta allí una elasticidad muy sensible, hasta un grado tal, que en algunos puntos un peatón puede perder el equilibrio cuando marcha por su superficie. Felizmente, la pequeña escolta de James Burbank no tuvo necesidad de hacer la prueba. El San Juan continuaba transportándola a través de las regiones de la Florida inferior.

El día pasó sin incidente; la noche también. El río continuaba desierto. Ni una embarcación sobre sus aguas, ni una cabaña sobre sus riberas. Por otra parte, de esta circunstancia no tenían por qué quejarse los exploradores. Más valía no encontrar a nadie en aquel país lejano, donde los encuentros son generalmente malos, pues las gentes que recorren los bosques, los cazadores de profesión y los aventureros de toda especie, son personas más que sospechosas.

Debía temerse igualmente la presencia de las milicias de Jacksonville o de San Agustín que Dupont y Stevens habían obligado a retirarse hacia el Sur. Esta eventualidad hubiera sido más temible todavía. Entre esos destacamentos había seguramente partidarios de Texar que hubieran querido vengarse de James Burbank y de su hijo Gilbert. Como se ve, la

reducida escolta debía evitar todo combate, a no ser con Texar, en el caso en que fuera necesario arrancarle sus prisioneros por la fuerza.

Felizmente, James Burbank y los suyos estuvieron tan bien servidos por las circunstancias, que el día 21 por la noche habían salvado ya la distancia que separa el lago Jorge del lago Washington.

Llegada a la orilla de aquel conjunto de aguas casi cenagosas, la embarcación se vio obligada a detenerse. Lo estrecho del río por aquella parte, la poca profundidad de su curso, le impedían subir más arriba, hacia el Sur.

En suma, las dos terceras partes del camino estaban recorridas. James Burbank y los suyos no se encontraban ya más que a ciento cuarenta millas de los Everglades.

XXV. El gran bosque de cipreses

El lago Washington, cuya longitud es de unas diez millas, es uno de los menos importantes de esta región de Florida meridional. Las aguas, poco profundas, están cubiertas de hierbas que la corriente arranca de las praderas flotantes, verdaderos nidos de serpientes, que hacen muy peligrosa su navegación por toda su superficie. Está, pues, desierto lo mismo que sus riberas, pues siendo poco propicio para la caza y para la pesca, es raro que las embarcaciones del San Juan se aventuren a llegar hasta él.

Al sur del lago, el río vuelve a emprender su curso, dirigiéndose más directamente hacia el mediodía de la península. Por aquellos parajes no es todavía más que un arroyo sin profundidad, cuyas fuentes están situadas a treinta millas hacia el Sur, entre los 28 y 27 grados de latitud.

El San Juan cesa de ser navegable un poco más abajo del lago Washington. Por mucho que lo lamentara James Burbank, era preciso renunciar a] transporte fluvial, a fin de emprender la vía terrestre por en medio de un país muy difícil, muy a menudo pantanoso a través de bosques sin fin, en los cuales el suelo, cortado por ríos y cascadas, no puede menos de retardar la marcha de los viajeros.

Se desembarcó. Las armas y los paquetes que contenían las provisiones fueron repartidos entre los negros. Todo ello no era bastante para fatigar ni para dificultar la marcha al personal de la expedición. Por este motivo no surgiría ninguna causa de retraso. Todo había sido arreglado con anticipación. Cuando fuese necesario hacer alto, el campamento podría estar organizado en algunos segundos.

Antes de pensar en ninguna otra cosa, Gilbert, ayudado por Mars, se ocupó en esconder la embarcación. Era muy importante que esta pudiera escapar a todas las miradas, en el caso de que una partida de floridianos o de semínolas llegase a visitar las riberas del lago Washington. Era preciso que se tuviese la seguridad de encontrarla a la vuelta para hacer el viaje por el curso del San Juan.

Bajo la enramada que caía sobre la ribera entre las cañas gigantescas que crecen dentro de las aguas, se pudo fácilmente arreglar un escondite para la embarcación, cuyo mástil había sido tendido con anterioridad. Quedó tan perfectamente oculta entre la espesa verdura, que hubiera sido imposible descubrirla desde lo alto de la ribera.

Lo mismo sin duda había sucedido con otra barca que Gilbert hubiera tenido gran interés en encontrar. Era esta la que había conducido a Dy y a Zermah al lago Washington. Evidentemente, en vista de la imposibilidad de navegar por aquellas aguas, Texar había debido abandonarla en los alrededores de aquella especie de embudo por el cual el lago vierte sus aguas en el río. Lo que James Burbank se veía obligado a hacer entonces, Texar debía de haberlo hecho también.

Por este motivo se hicieron minuciosas exploraciones durante las últimas horas del día, a fin de encontrar dicha embarcación. Esto hubiera sido un precioso indicio, y la prueba más clara de que Texar había seguido el curso del río hasta el lago Washington.

Todas las investigaciones fueron inútiles; la embarcación no pudo ser descubierta, fuera porque no hubiesen buscado bien, o porque Texar la hubiese destruido, pensando que no tendría que servirse más de ella, si es que había partido sin esperanzas de volver.

¡Cuán penoso había debido ser el viaje entre el lago Washington y los Everglades! Ya no había río que economizara tan grandes fatigas a una mujer y a una niña. Dy, llevada en brazos de la mestiza Zermah, obligada a seguir el paso de hombres acostumbrados a semejantes marchas a través de aquel país dificultoso; los insultos, las violencias, los golpes que no le escasearían para obligarla a marchar más de prisa; las caídas, de las cuales ella procuraría preservar a la niña, sin pensar en sí misma; todos tuvieron en la mente la visión de estas lamentables escenas. Mars, que se representaba a su mujer expuesta a tantos sufrimientos, palidecía de cólera, y con frecuencia se escapaban de su boca estas palabras:

—¡Yo mataré a Texar!

¡Qué ansias tenía ya de encontrarse en la isla Carneral, en presencia del miserable cuyas abominables maquinaciones habían sido la causa de tantas desdichas y tantos disgustos a la familia Burbank, y que le había

robado a Zermah, su mujer!

El campamento se estableció en la extremidad del pequeño cabo que se proyecta hacia el ángulo norte del lago. No hubiera sido prudente internarse en medio de la noche a través de un territorio desconocido, en el cual, el horizonte que la vista alcanzaba había de ser necesariamente muy restringido. Comprendiendo esto, se decidió, después de una detenida deliberación, que se esperarían a que empezara a amanecer para ponerse en marcha. El riesgo de extraviarse en aquellas espesas selvas era demasiado grande para que se quisieran exponer a él.

Por lo demás, ningún incidente ocurrió durante la noche. A las cuatro de la mañana, en el momento en que el día empezaba a clarear, dióse la señal de partida. La mitad del personal debía bastar para llevar los paquetes de víveres y los efectos del campamento. Los negros podrían, por tanto, relevarse en la marcha. Todos, amos y criados, iban armados de carabinas «Minié», que se cargan con una bala y cuatro perdigones gruesos, y de revólveres «Colt», cuyo uso estaba tan extendido entre los beligerantes desde el principio de la Guerra de Secesión.

En estas condiciones se podía resistir sin desventaja una partida de sesenta seminolas, y aun, si era preciso, atacar a Texar, aunque estuviese rodeado de un número igual de sus partidarios.

Había parecido conveniente marchar todo el tiempo que fuera posible, siguiendo la ribera del San Juan. El río corría entonces hacia el Sur, y por consiguiente en la dirección del lago Okee-cho-bee. Era como un hilo tendido a través de aquel largo laberinto de bosques. Se le podía seguir sin exponerse a cometer error: por consiguiente, se le siguió.

Esto fue bastante fácil. Sobre toda la ribera derecha se dibujaba una especie de sendero, verdadera carretera que hubiera podido servir para remolcar alguna embarcación por la parte alta del curso del río. Se marchó con paso rápido, Gilbert y Mars delante, James Burbank y Edward Carrol detrás, y en medio el capataz Perry con su personal negro, que se relevaban cada hora en el transporte del equipaje. Antes de partir se había hecho una comida ligera. Detenerse a mediodía para comer, a las seis de la tarde para cenar, acampar, si la oscuridad no permitía ir más adelante, ponerse en camino de nuevo, si parecía posible continuar avanzando a través de la selva; tal era el programa adoptado, que debía observarse rigurosa y exactamente.

Primero era preciso dar la vuelta a la ribera oriental del lago Washington, ribera bastante llana y de un suelo casi movible. Los bosques volvieron a aparecer entonces. Ni como extensión ni como espesor eran todavía lo que debían ser más adelante. Esto se relacionaba con la naturaleza misma de los árboles que los componían.

En efecto, allí no había más que arbustos de campeche, de hojas pequeñas y amarillentos racimos, cuyo corazón, de un color pardusco, es utilizado para los tintes; después, olmos de México, guazumas de penachos blancos, empleados en tantos usos domésticos, y cuya sombra cura, según dicen, los resfriados más tenaces, incluso los del cerebro. En algunos sitios crecían también algunos grupos de arbustos de quina, que no son en aquel sitio más que simples plantas arborescentes, en lugar de los magníficos árboles que crecen en el Perú, su país natal. En fin, formando como anchas canastillas de flores, sin haber conocido jamás los cuidados del cultivo sabio, se veían plantas de colores vivos, gencianas, amarilis, asclepias, cuyas finas fibras sirven para la fabricación de ciertos tejidos. Todas, plantas y flores, según la observación de uno de los exploradores más competentes de Florida^[2], «amarillas o blancas en Europa, revisten en América los diversos matices del rojo, desde el púrpura hasta el rosa más tenue».

Al llegar la noche estos arbustos desaparecieron para dejar sitio al gran bosque de cipreses que se extiende hasta los Everglades.

Durante esta jornada se habían recorrido unas veinte millas, por lo cual Gilbert preguntó a sus compañeros de viaje si no se sentían demasiado fatigados.

—Estamos prontos a caminar, Mr. Gilbert —dijo uno de los negros, hablando en nombre de sus compañeros.

—¿No nos exponemos a extraviarnos durante la noche? —observó Edward Carrol.

—De ninguna manera —respondió Mars—, puesto que continuaremos siguiendo la orilla del San Juan.

—Además —añadió el joven oficial—, la noche será clara; el cielo no presenta una sola nube y la lima, que va a salir a las nueve, durará hasta

el día. La enramada de los cipreses es poco espesa y la oscuridad es aquí menos profunda que en cualquier otro bosque.

Se partió, pues. A la mañana siguiente, después de haber caminado una parte de la noche, la pequeña caravana se detenía al pie de uno de los gigantescos cipreses que se encuentran por millones en aquella región de Florida.

El que no ha explorado estas maravillas de la naturaleza, no puede figurárselas. Imagínese una pradera completamente verde, elevada a más de cien pies de altura, sostenida por fustes derechos, como si estuviesen hechos a tomo, y sobre la cual se desearía poder caminar. Por bajo, el suelo es blando y pantanoso. El agua se estaciona allí incesantemente sobre aquel terreno impermeable, donde pululan por millares ranas, sapos, lagartos, escorpiones, arañas, tortugas, serpientes y aves acuáticas de todas clases. Más alto, en tanto que los orioles, especie de loritos con largas plumas doradas, pasean como estrellas errantes, las ardillas juegan en las ramas altas, y los papagayos llenan el bosque con sus chirridos ensordecedores. En suma, este es un país muy curioso, pero difícil de recorrer.

Era, preciso, pues, estudiar con cuidado el terreno en el cual se aventuraban. Un peatón hubiera podido sepultarse hasta las ingles en los numerosos cenagales que llenan el suelo. Sin embargo, con alguna atención y gracias a la claridad de la luna, que atravesaba el alto follaje, se logró salir de allí.

El río permitía continuar el camino en buena dirección. Esto era una cosa muy importante, pues todos los cipreses se parecen, con sus troncos torneados, retorcidos, huecos en su base, arrojando largas raíces, que llenan de jorobas el suelo, y elevándose a una altura de veinte pies, como postes cilíndricos. Son verdaderos mangos de paraguas, de puño rugoso, cuyo tallo soporta una inmensa sombrilla verde, la cual, a decir verdad, no protege ni de la lluvia ni del sol.

Bajo la enramada de estos árboles se internaron James Burbank y sus compañeros un poco después de salir el sol.

El tiempo era magnífico; no había que temer ninguna tempestad, lo cual hubiera podido convertir el suelo en una laguna impracticable. Sin embargo, era preciso buscar bien los pasos a fin de evitar los charcos, que

no se secan jamás. Por fortuna, a todo lo largo del San Juan, cuya ribera derecha se encuentra un poco más elevada, las dificultades debían ser menores. Aparte de los cauces de los arroyos que desaguan en el río y que era preciso rodear o pasar por los vados, el retraso no tuvo importancia.

Durante esta jornada no se descubrió ninguna huella que indicase la presencia de alguna partida de sudistas o de seminolas; ningún vestigio había tampoco de Texar ni de sus compañeros. Acaso era posible que Texar hiciera el viaje por la ribera izquierda del río, lo cual no sería un obstáculo, pues lo mismo por una orilla que por la otra, se iba directamente hacia aquel sitio de la Baja Florida indicado por la esquela de Zermah.

Cuando llegó la noche, James Burbank y sus compañeros de viaje descansaron durante seis horas. Después, todo el resto, hasta el día, se empleó en una marcha rápida. La caminata se hacía silenciosamente bajo el bosque de cipreses, que parecía dormido. La bóveda de follaje no se turbaba con el menor soplo de viento. La luna, en su cuarto menguante ya, recortaba en negro sobre el suelo la ligera red de ramaje, cuyo dibujo se agrandaba por la altura de los árboles. El río murmuraba apenas sobre su lecho, de una pendiente casi insensible. Gran número de escollos emergían de su superficie, y no hubiera sido posible atravesarlo si esto fuera necesario.

Al día siguiente, después de un descanso de dos horas, la reducida escolta emprendió de nuevo su marcha en el orden adoptado y en dirección hacia el Sur. Sin embargo, durante esta jornada el hilo conductor que habían ido siguiendo hasta entonces iba a romperse, o mejor dicho, a llegar a su término. En efecto, el San Juan, reducido ya a un simple hilo líquido, desapareció bajo un bosquecillo de árboles de quina que tomaban su savia en la misma fuente del río.

Más allá el bosque de cipreses ocultaba el horizonte en las tres cuartas partes de su perímetro.

En este sitio apareció un cementerio dispuesto según la costumbre indígena por los negros convertidos al cristianismo, y que habían permanecido hasta la muerte fieles a la fe católica.

En varios sitios, modestas cruces, unas de piedra y otras de madera, clavadas sobre el suelo, indicaban las sepulturas entre los árboles. Dos o

tres tumbas aéreas, sostenidas por ramas fijas en el suelo contenían, a merced del viento, algún cadáver reducido al estado de esqueleto.

—La existencia de un cementerio en este sitio —observó Edward Carrol—, podría indicar perfectamente la proximidad de una aldea o de un caserío.

—Que no debe existir actualmente —respondió Gilbert—, puesto que no se le encuentra señalado en nuestros mapas. Estas desapariciones de aldeas son, por lo general, muy frecuentes en la Baja Florida, sea porque los habitantes las han abandonado, o porque hayan sido destruidas por los indios.

—Gilbert —dijo James Burbank—, ahora que ya no tenemos el San Juan para guiamos, ¿cómo nos arreglaremos para marchar?

—La brújula nos indicará la dirección, padre mío —respondió el joven oficial—. Cualesquiera que sean la extensión y el espesor del bosque, es imposible que nos extraviemos.

—Pues bien, en marcha, Mr. Gilbert —exclamó Mars, que durante las paradas no podía permanecer quieto—. En marcha, y que Dios nos conduzca.

Una media milla más allá del cementerio de los negros, la pequeña caravana se internó bajo un verdadero techo de verdura y, ayudada por la brújula, descendió casi directamente hacia el Sur.

Durante la primera parte de la jornada no hubo ningún incidente que relatar. Hasta entonces nada había dificultado esta campaña de exploración. ¿Continuaría siendo así hasta el final? ¿Alcanzaría el objeto que se proponía, o la familia Burbank estaría condenada a la desesperación? No encontrar a la niña y a Zermah; saber que se hallaban entregadas a todas las miserias, expuestas a todos los ultrajes, y no poderlas librar de tan infeliz existencia, hubiera sido un suplicio en todos los instantes.

Hacia mediodía se detuvieron. Gilbert, teniendo en cuenta el camino recorrido hasta el lago Washington, calculaba que se encontrarían a unas cincuenta millas del lago Okee-cho-bee. Ocho días habían transcurrido desde la salida de Camdless-Bay, y más de ochocientas millas habían sido recorridas con una rapidez excepcional. Verdad es, que el río primero, casi

hasta sus fuentes, y el bosque de cipreses después, no habían presentado obstáculos verdaderamente serios. Con la ausencia de las grandes lluvias, que hubieran podido imposibilitar la navegación por el San Juan y hacer impracticables los terrenos por donde caminaban, con aquellas hermosas noches que la luna impregnaba de una claridad magnífica, todo había favorecido al viaje y a los viajeros.

Al presente, una distancia relativamente corta los separaba de la isla Carneral. Animados como estaban por ocho días de esfuerzos constantes, tenían la esperanza de llegar al término de su viaje antes de cuarenta y ocho horas. Entonces se tocaría el desenlace, que todavía era imposible prever.

Sin embargo, si la buena fortuna les había secundado hasta entonces, James Burbank y sus compañeros tuvieron motivos para temer, durante la segunda parte de la jornada, tropezar con dificultades insuperables.

La marcha había sido emprendida de nuevo en las condiciones habituales después de la comida del mediodía. Nada nuevo se observaba en la naturaleza del terreno; numerosos charcos de agua y muchos cenagales que evitar, algunos arroyos que era preciso pasar con el agua hasta media pierna. En suma, el camino no había hecho más que alargarse un poco, por los rodeos que había sido preciso dar.

Sin embargo, hacia las cuatro de la tarde, Mars se detuvo repentinamente. Después, cuando fue alcanzado por sus compañeros, les hizo notar huellas de pasos impresas en el suelo.

—No puede caber la menor duda —dijo James Burbank—, de que un grupo de hombres ha pasado recientemente por aquí.

—Y un grupo numeroso —añadió Edward Carrol.

—¿De qué lado vienen estas huellas y hacia qué parte se dirigen? —preguntó Gilbert—. Esto es lo que precisa averiguar antes de tomar ninguna resolución.

En efecto, así se creyó oportuno, y el examen se efectuó con cuidado.

En un espacio de quinientas yardas hacia el Este, se podían seguir las señales de los pasos, que continuaban mucho más allá; pero pareció inútil

continuar examinándolas más lejos. Lo que se había demostrado, por la dirección de aquellos pasos, era que una tropa, lo menos de ciento cincuenta a doscientos hombres, después de haber dejado el litoral del Atlántico acababa de atravesar aquella parte del bosque de cipreses. Del lado del Oeste, estas huellas de pisadas continuaban dirigiéndose hacia el golfo de México atravesando así por una secante toda la península floridiana, la cual, en esta latitud, no mide doscientas millas de anchura. Se pudo igualmente observar que aquel destacamento, antes de volver a emprender su marcha en la misma dirección, había hecho alto precisamente en el mismo sitio que James Burbank y los suyos ocupaban entonces.

Además, después de haber recomendado a sus compañeros que estuviesen preparados para lo que pudiera suceder, Gilbert y Mars se habían adelantado más de un cuarto de milla hacia la izquierda del bosque, y pudieron convencerse de que las huellas que seguían tomaban francamente la dirección del Sur.

Cuando los dos estuvieron de vuelta en el campamento, Gilbert dijo lo siguiente:

—Nosotros marchamos precedidos por un grupo de hombres que sigue exactamente el mismo camino que venimos siguiendo desde el lago de Washington. Son gentes armadas, puesto que hemos encontrado los trozos de cartucho que les han servido para encender el fuego, del cual no queda más que algunos carbones apagados. ¿Quiénes son estos hombres? Lo ignoramos. Lo que es cierto es que marchan hacia los Everglades y que son en gran número.

—¿No será, quizás, una banda de seminolas nómadas? —preguntó Edward Carrol.

—No —respondió Mars—. La huella de los pasos indica claramente que estos hombres son americanos.

—¿Serán soldados de la milicia floridiana? —observó James Burbank.

—Es de temer —respondió Perry—. Son en demasiado número para pertenecer al personal de Texar.

—A menos que este hombre no haya vuelto a reunir una banda de sus

partidarios —dijo Edward Carrol—, en cuyo caso no sería sorprendente que estuviesen allí varios centenares de aquellos desalmados.

—¡Contra diecisiete! —dijo el capataz.

—¿Y qué importa? —exclamó Gilbert—. Si nos atacan o si es preciso atacarlos, ninguno de nosotros retrocederá.

—¡No, no! —exclamaron los valerosos compañeros del joven oficial.

Era aquel un entusiasmo muy natural, sin duda; y, sin embargo, ante la más sencilla reflexión debían preverse todas las malas consecuencias que hubiera traído consigo un encuentro semejante.

Pero aunque este pensamiento se hubiese presentado acaso en la mente de todos, no disminuyó en nada el valor de cada uno. ¡Tan cerca del objetivo, se decían, y encontrar un obstáculo! ¡Y qué obstáculo! Un destacamento de sudistas, acaso de partidarios de Texar, que trataban de reunirse con él en los Everglades, a fin de esperar allí el momento de reaparecer en el Norte de Florida.

Sí; aquel era el peligro más terrible, ciertamente. Todos lo sentían; por consiguiente, no es de extrañar que, pasado el primer movimiento de entusiasmo, permaneciesen mudos y pensativos, contemplando a su joven jefe y preguntándose qué orden les daría.

También Gilbert había sufrido la impresión común; pero irguiendo la cabeza, dijo:

—¡Adelante!

XXVI. Encuentro

Sí, era preciso ir adelante. Entretanto, en previsión de eventualidades, debía tomarse todo género de precauciones. Era preciso explorar el camino, reconocer las espesuras de la selva y estar preparados a todo evento.

Se examinaron las armas con cuidado especialísimo, y puestas en estado de servir a la primera señal. Al menor alerta, todos dejarían en tierra los equipajes y tomarían parte en la defensa. En cuanto a la disposición del personal en marcha, esta no se modificaría. Gilbert y Mars continuarían marchando a vanguardia, a una distancia mayor, a fin de prevenir toda sorpresa. Cada uno de los expedicionarios estaba dispuesto a cumplir con su deber, por más que aquellas buenas gentes tuviesen verdaderamente el corazón oprimido desde el momento en que un obstáculo se alzaba entre ellos y el resultado que se proponían alcanzar.

La marcha no se había retrasado nada. Sin embargo, había parecido prudente no seguir las huellas, que continuaban indicadas con claridad. Más valía, si era posible, no encontrarse con el destacamento, que seguramente avanzaba en dirección de los Everglades. Desgraciadamente se reconoció bien pronto que esto había de ser bastante difícil. En efecto, la desconocida tropa no marchaba en línea recta. Las huellas hacían numerosos ángulos a derecha y a izquierda, lo cual indicaba cierta duda en la marcha. No obstante, su dirección general era hacia el Sur.

Todavía transcurrió otro día. Ningún encuentro había obligado a James Burbank y a los suyos a detenerse. Habían caminado a buen paso, y ganaban terreno, evidentemente hacia la tropa que se aventuraba a través del bosque de cipreses.

Esto se adivinaba perfectamente en las huellas múltiples que se notaban sobre aquel suelo tan blanco y movedizo. Nada hubiese sido más fácil que contar el número de paradas, sea a las horas de la comida, pues entonces las huellas se entrecruzaban indicando las idas y venidas en diferentes sentidos, o cuando sólo había sido un breve descanso, sin duda para

tomar alguna deliberación acerca del camino que debían seguir.

Gilbert y Mars no cesaban de estudiar estas huellas con minuciosa atención. Como indudablemente podían revelarles muchas cosas, las observaban con tanto cuidado como los mismos seminolas, tan hábiles en estudiar y reconocer los indicios sobre los territorios que recorren en épocas de caza o de guerra.

Después de uno de estos exámenes detenidos, pudo Gilbert decir afirmativamente a su padre:

—Padre mío, tenemos la certidumbre de que ni Zermah ni mi hermana forman parte de la gente que nos precede. Como en todo el camino no se encuentra ni una sola huella de caballería, si Zermah fuese con ellos es evidente que marcharía a pie, llevando a mi hermana en sus brazos, y tanto los vestigios de Zermah como los de Dy se reconocerían perfectamente en las paradas que ha hecho la caravana; pero no existe ni una sola huella de pie de mujer ni de niña. En cuanto a este destacamento, no cabe duda alguna de que va pertrechado de armas de fuego. En varios sitios han podido verse las señales de las culatas de los fusiles sobre el suelo. He notado hasta la siguiente circunstancia: que estas culatas deben ser semejantes a las que tienen los fusiles de la marina. Es, pues, probable que las milicias floridianas tuviesen a su disposición armas de este modelo, sin lo cual esto sería inexplicable. Además, y esto es desgraciadamente demasiado cierto, esta tropa es por lo menos diez veces más numerosa que la nuestra; por consiguiente, es preciso conducirnos con extraordinaria prudencia a medida que nos aproximemos a ella.

No había otro remedio que seguir las recomendaciones del joven oficial y así efectivamente se hizo. En cuanto a las deducciones que sacaba de la forma y el número de las huellas, debían ser indudablemente justas. Que ni la pequeña Dy ni Zermah formaban parte de aquel destacamento, era cosa demasiado cierta. De aquí se deducía la conclusión lógica de que los expedicionarios no se encontraban sobre la pista de Texar. El personal que había salido de la Bahía Negra no podía ser tan importante, ni estar tan bien armado; por consiguiente, no parecía dudoso que hubiese allí una numerosa tropa de milicias floridianas dirigiéndose hacia las regiones meridionales de la Península y por consecuencia, hacia los Everglades, adonde Texar habría llegado probablemente uno o dos días antes.

En suma, aquel destacamento, de tal manera formado era temible para los compañeros de James Burbank.

Avanzada la tarde, hicieron alto en el centro de una especie de plazoleta, donde los cipreses estaban más claros. Sin duda había debido de estar ocupada algunas horas antes, pues así lo indicaban en aquel momento varios montones de ceniza apenas enfriada, restos de los fuegos que habían sido encendidos por el destacamento.

Se tomó entonces el partido de no ponerse en marcha sino después del crepúsculo. La noche sería oscura, el cielo estaba lleno de nubarrones y la luna, casi en su último cuarto, no debía salir hasta muy tarde.

Esto permitiría ir aproximándose al destacamento en mejores condiciones.

Acaso fuera posible reconocerle sin ser vistos, pasarle dando un rodeo, ocultándose entre las espesuras de la selva, y tomar así la delantera para dirigirse hacia el Sudeste, de modo que pudieran llegar antes que él al lago Okee-cho-bee y a la isla Carneral.

La reducida caravana, llevando siempre a Mars y Gilbert como exploradores, se puso en marcha hacia las ocho y media de la noche y se internó silenciosamente bajo la bóveda formada por los árboles, en medio de una oscuridad muy profunda. Durante dos horas aproximadamente, todos caminaron así, apagando en lo posible el ruido de sus pasos para no denunciarse.

Un poco después de las diez, James Burbank detuvo con una palabra al grupo de negros, a la cabeza del cual marchaba, acompañado del capataz. Su hijo y Mars acababan de replegarse rápidamente hacia ellos. Todos esperaban inmóviles la explicación de aquella brusca retirada de Gilbert y Mars.

Esta explicación fue dada en breves palabras.

—¿Qué hay, Gilbert? —preguntó James Burbank a su hijo—. ¿Qué habéis encontrado Mars y tú?

—Un campamento establecido bajo los árboles, cuyos fuegos son todavía muy visibles.

—¿Lejos de aquí? —preguntó Edward Carrol.

—A cien pasos.

—¿Habéis podido reconocer qué clase de gentes son las que ocupan ese campamento?

—No, pues los fuegos empiezan a extinguirse —respondió Gilbert—, pero creo que no nos hemos engañado mucho calculando su número en unos doscientos hombres.

—¿Duermen?

—Sí, casi todos; pero no sin haber establecido centinelas. Hemos visto vigilando algunos de estos, que con el fusil al hombro, van y vienen por entre los cipreses.

—¿Y qué crees que debemos hacer? —preguntó Edward Carrol, dirigiéndose al joven oficial.

—Lo primero de todo es reconocer, si es posible, qué clase de gente es la que compone este destacamento, antes de procurar adelantarle.

—Yo estoy dispuesto a ir a ese reconocimiento —dijo Mars.

—Y yo a acompañaros —añadió Perry.

—No, yo iré —respondió Gilbert—. No puedo fiarme en estos momentos más que de mí mismo.

—Gilbert —dijo James Burbank—, no hay aquí ninguno de nosotros que no esté dispuesto a arriesgar su vida en el interés común, mas para hacer este reconocimiento con probabilidades de no ser visto, es preciso ir solo.

—Pues solo iré yo.

—No, hijo mío, yo te ruego que permanezcas con nosotros —respondió Burbank—. Mars bastará.

—Estoy dispuesto, señor.

Mars, sin hablar más palabra, desapareció en la sombra.

Al mismo tiempo, James Burbank y los suyos se prepararon para resistir

cualquier ataque que intentara hacérseles. Los equipajes fueron depositados en tierra, y los negros que los conducían tomaron sus armas. Todos, con el fusil en la mano, se situaron detrás de los troncos de los cipreses, de manera que pudieran reunirse en un instante, si se hacía necesario un movimiento de concentración.

Desde el sitio que James Burbank ocupaba no se podía distinguir el campamento; era preciso aproximarse por lo menos unos cincuenta pasos para que los fuegos, ya muy amortiguados, llegasen a ser visibles. De aquí la necesidad de esperar a que el mestizo estuviese de vuelta, antes de tomar el partido que exigiesen las circunstancias. Gilbert, consumido por la impaciencia, se había adelantado algunos pasos del sitio que ocupaban sus compañeros.

Mars avanzaba entonces con extrema prudencia, no dejando el abrigo que le ofrecía el tronco de un árbol sino para guarecerse tras otro; de esta manera se aproximaba, corriendo menos riesgo de ser descubierto. Obrando así, se proponía llegar bastante cerca del campamento para observar la disposición en que estaba situado, averiguar el número de hombres que en él había, y, sobre todo, lo que era más importante, cerciorarse de la clase de gente que era y del partido a que pertenecía. Esto, indudablemente, había de ser bastante difícil. La noche estaba oscura, y los fuegos no despedían ninguna claridad. Para conseguirlo era preciso arrastrarse hasta el campamento; pero Mars tenía bastante audacia para intentarlo y suficiente destreza para burlar la vigilancia de los centinelas que estaban de guardia.

El mestizo ganaba terreno poco a poco. A fin de que no le estorbasen las armas en un caso adverso, no llevaba consigo ni fusil ni revólver; no había cogido más que un hacha, pues convenía evitar toda detonación, y defenderse, en caso necesario, sin ruido.

Bien pronto el bravo mestizo se encontró a muy corta distancia de uno de los hombres que hacían centinela, el cual, a su vez, no se hallaba más que a siete u ocho yardas del campamento. Todo estaba silencioso. Evidentemente, fatigadas por una larga marcha, aquellas gentes estaban entregadas a un profundo sueño. Solamente los centinelas velaban en su puesto con mayor o menor vigilancia, de lo cual Mars no tardó en enterarse.

En efecto, si bien uno de los centinelas, al cual observaba hacía unos

instantes, estaba de pie, no se movía lo más mínimo. Su fusil descansaba sobre el suelo, y él, a su vez, recostado contra un árbol, con la cabeza inclinada, parecía próximo a sucumbir al sueño. Acaso no sería imposible deslizarse por detrás de él y llegar de este modo al límite del campamento.

Mars se aproximaba lentamente hacia el centinela, cuando el ruido de una rama seca que acababa de quebrar con el pie, descubrió repentinamente su presencia.

En seguida el centinela se enderezó, levantó la cabeza, y luego se inclinó mirando a derecha e izquierda.

Sin duda vio alguna cosa sospechosa, pues en seguida cogió su fusil y se lo echó a la cara ya dispuesto a disparar.

Antes de que hubiese hecho fuego, Mars le había arrancado el arma que iba dirigida contra su pecho, y le derribó en tierra después de haberle aplicado su ancha mano sobre la boca para que no pudiera lanzar un grito.

Un instante después aquel hombre estaba amordazado y atado; y levantado en vilo por los brazos del vigoroso mestizo, contra el cual se defendió vanamente, fue conducido con rapidez al sitio en que esperaba James Burbank.

Los otros centinelas que guardaban el campamento no habían oído nada, prueba de que velaban con negligencia. Algunos instantes después Mars llegaba con su carga y la depositaba a los pies de su joven señor.

En un instante, el grupo de negros se aproximó formando corro alrededor de James Burbank, de Gilbert, de Edward Carrol y del capataz Perry. El centinela, medio sofocado, no hubiera podido pronunciar una sola palabra, aunque en aquel momento no hubiera llevado la mordaza.

La oscuridad no permitía ver su rostro ni reconocer por sus vestidos si pertenecía o no a las milicias floridianas.

Mars le quitó el pañuelo que oprimía su boca, pero fue preciso esperar a que se tranquilizase un tanto para interrogarle.

—¡A mí! —exclamó por fin.

—Ni un grito —dijo James Burbank, conteniéndole—; nada tienes que

temer de nosotros.

—¿Qué se me quiere?

—Que respondas francamente.

—Eso dependerá de las preguntas que me hagan —replicó el prisionero, que parecía haber recobrado cierta seguridad—. Ante todo, ¿sois partidarios del Sur o del Norte?

—Del Norte.

—Entonces estoy pronto a responder.

Gilbert fue quien continuó el interrogatorio.

—¿Cuántos hombres —preguntó—, componen el destacamento de que formas parte?

—Cerca de doscientos.

—¿Y adónde se dirigen?

—Hacia los Everglades.

—¿Quién es su jefe?

—El capitán Howick.

—¡Cómo! ¿El capitán Howick? ¡Uno de los oficiales del *Wasbah!* —exclamó Gilbert.

—El mismo.

—Entonces, ¿este destacamento está compuesto de marinos de la escuadra del comodoro Dupont?

—Sí; federales, nordistas, antiesclavistas, unionistas —respondió el soldado, que parecía estar orgulloso de publicar los diversos nombres dados al partido de la buena causa.

Por lo que se ve, en vez de una tropa de milicias floridianas, que James Burbank y los suyos creían tener delante de sí, en lugar de una banda de

partidarios de Texar eran amigos; los que encontraban, eran compañeros de armas, cuyo refuerzo venía tan a propósito.

—¡Hurra, hurra! —gritaron todos con tal fuerza y alegría, que despertaron a los del campamento.

En seguida brillaron las antorchas entre la sombra. Se reunieron los de una y otra expedición en el sitio en que acampaban, y el capitán Howick, antes de toda explicación, estrechó la mano del joven teniente, al cual no esperaba encontrar, ni por asomo, en el camino de los Everglades.

Las explicaciones no fueron largas ni complicadas.

—Mi capitán —preguntó Gilbert—, ¿podéis decirme lo que venís a hacer en la Baja Florida?

—Mi querido Gilbert —respondió el capitán Howick—, venimos enviados en expedición por el comodoro.

—¿Y de dónde venís?

—De Mosquito-Inlet, desde donde nos hemos trasladado a Nueva Esmirna, en el interior del condado.

—¿Me permitís preguntaros, mi capitán, cuál es el motivo de vuestra expedición?

—Tiene por objeto castigar una banda de partidarios sudistas que ha hecho caer en una emboscada a dos de nuestras chalupas, y vengar así la muerte de nuestros bravos camaradas.

El capitán Howick contó el hecho siguiente, que no podía ser conocido de James Burbank por haber tenido lugar dos días después de su salida de Camdless-Bay.

No se habrá olvidado que el comodoro Dupont se ocupaba entonces en organizar el bloqueo efectivo del litoral. A este efecto su flotilla recorría el mar desde la isla Anastasia, más arriba de San Agustín, hasta la entrada del canal que separa las islas de Bahama del cabo Sable, situado en la punta meridional de Florida. Pero esto no le pareció suficiente, y resolvió perseguir las embarcaciones sudistas hasta en los pequeños cursos de agua de la península.

Con este objeto, una de estas expediciones, compuesta de un destacamento de marinos y dos chalupas de la escuadra, fue enviada bajo el mando de dos oficiales, que, a pesar del personal restringido que llevaban, no dudaron en lanzarse hacia las riberas del Condado.

Pero por este sitio, numerosas bandas de sudistas espiaban estos movimientos de los federales. Dejaron, pues, a las chalupas internarse por aquella parte salvaje de Florida, lo cual era una flagrante imprudencia, puesto que aquella región estaba ocupada por las milicias y por los indios. Lo que resultó fue lo siguiente: que las chalupas fueron atraídas a una emboscada por la parte del lago Kissimmee, a ochenta millas al oeste del cabo Malabar. En aquel punto fueron atacadas por numerosos enemigos, y allí perecieron, con un crecido número de marineros, los dos comandantes que dirigían aquella funesta expedición. Los supervivientes no llegaron a Mosquito-Inlet sino por milagro. En seguida el comodoro Dupont ordenó que se pusieran sin tardanza en persecución de las milicias floridianas para vengar la muerte de los federales.

Un destacamento de doscientos marinos, bajo las órdenes del capitán Howick, desembarcó inmediatamente cerca del Mosquito-Inlet, llegando en poco tiempo a la pequeña ciudad de Nueva Esmirna, situada a algunas millas de la costa. Después de haber hecho las averiguaciones que le eran necesarias, el capitán Howick se puso en marcha hacia el Sudoeste. En efecto, hacia los Everglades se proponía encontrar la partida a la cual se atribuía la emboscada de Kissimmee, y hacia allí conducía su destacamento, no encontrándose ya, como se ve, sino a muy poca distancia del término de su viaje.

Tal era el hecho, que ignoraban James Burbank y sus compañeros, en el momento en que acababan de reunirse con el capitán Howick en aquella parte del bosque de cipreses.

Entonces se cambiaron rápidamente, entre el teniente y el capitán multitud de preguntas y respuestas a propósito de lo que podía interesar a ambos en el presente y también en el porvenir.

—Ante todo —dijo Gilbert—, sabed, mi capitán, que también nosotros marchamos hacia los Everglades.

—¿Vos también? —repuso el oficial, muy sorprendido por esta

comunicación—. ¿Y qué vais a hacer allí?

—Perseguir bribones, mi capitán, y castigarlos como vos vais a castigar a los otros.

—¿Qué bribones son esos?

—Antes de responderos —dijo Gilbert—, permitidme haceros una pregunta. ¿Desde cuándo estáis fuera de Nueva Esmirna con vuestros hombres?

—Desde hace ocho días.

—¿Y no habéis encontrado ninguna partida sudista en el interior del condado?

—Ninguna, mi querido Gilbert —respondió el capitán Howick—; pero sabemos a ciencia cierta que varios destacamentos de las milicias se han refugiado en la Baja Florida.

—¿Cuál es, pues, el jefe del destacamento que perseguís? ¿Le conocéis?

—Sí, le conozco, y aun puedo añadir que si logramos apoderarnos de su persona, Mr. Burbank no tendrá motivos para sentirlo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó vivamente James Burbank al capitán Howick.

—Quiero decir que este jefe es precisamente el individuo a quien el consejo de guerra de San Agustín ha absuelto recientemente, por falta de pruebas, en el asunto de Camdless-Bay.

—¿Texar?

Todos repitieron a un tiempo este nombre y se comprenderá sin trabajo con qué acento de sorpresa la pronunciaron.

—¡Cómo! —exclamó Gilbert—. ¿Es Texar el jefe de la partida que venís a perseguir?

—El mismo.

—Es el autor de la emboscada de Kissimmee, de aquellos asesinatos

llevados a cabo por unos cincuenta bribones de su especie, a quienes él mandaba en persona, y que, según hemos sabido en Nueva Esmirna, se han refugiado en la región de los Everglades.

—¿Y qué haréis si lográis apoderaros de ese miserable? —preguntó Edward Carrol.

—Será fusilado en el acto —respondió el capitán Howick—. Es la orden formal que nos ha dado el comodoro, y esta orden, Mr. Burbank, tened por seguro que será puesta en ejecución inmediatamente.

Fácilmente se comprenderá el efecto que esta resolución produjo en James Burbank y los suyos. Con el refuerzo conducido por el capitán Howick era casi segura la libertad de Dy y de Zermah; era la captura asegurada de Texar y de sus cómplices: era el inmediato castigo, que haría pagar al fin tantos crímenes. Ante tales noticias, se cambiaron fuertes apretones de manos entre los marineros del destacamento federal y los negros libertos de Camdless-Bay resonando los hurras de una y otra parte.

Gilbert puso entonces al capitán Howick al corriente de lo que conducía a sus compañeros y a él al sur de Florida. Para ellos, ante todo, lo primero era rescatar a Zermah y a la niña, arrastradas hasta la isla Carneral, según lo que indicaba la esquela de la mestiza. El capitán supo al mismo tiempo que la coartada de que se había valido el español ante el consejo de guerra no debía tener ninguna verosimilitud, aunque no podía comprenderse cómo la había establecido. Pero ahora, teniendo que responder a la vez del rapto y de los degüellos de Kissimmee parecía difícil que Texar pudiera escapar al castigo de este doble crimen.

Sin embargo, una observación inesperada hizo James Burbank, dirigiéndose al capitán Howick.

—¿Podéis decirme —le preguntó—, en qué fecha ha tenido lugar el hecho relativo a las chalupas federales?

—Exactamente, Mr. Burbank. Nuestros marinos han sido degollados el día veintidós de marzo.

—Está bien —respondió James Burbank—; en esa fecha del veintidós de marzo Texar estaba todavía en la Bahía Negra, de la cual se preparaba a

salir. Por consiguiente, ¿cómo ha podido tomar parte en la emboscada hecha a los marinos, que se verificaba a doscientas millas de allí, cerca del lago Kissimmee?

—¿Qué decís? —exclamó el capitán.

—Digo que Texar no puede ser el jefe de esos sudistas que han atacado a vuestras chalupas.

—Os engañáis Mr. Burbank —replicó el capitán Howick—. Texar ha sido visto por los marineros que han escapado al desastre. Estos marineros han sido interrogados por mí mismo, y conocían perfectamente a Texar, al cual habían visto varias veces en San Agustín.

—Eso no puede ser, capitán —replicó James Burbank—. La carta escrita por Zermah, carta que está en nuestras manos, prueba que en la fecha del veintidós de marzo Texar estaba todavía en la Bahía Negra.

Gilbert había escuchado sin interrumpir. Comprendía que su padre debía de tener razón; Texar no había podido encontrarse el día del degüello en los alrededores del lago Kissimmee.

—Pero ¿qué importa, después de todo? —dijo entonces—. Hay en la existencia de este hombre cosas inexplicables, que yo no trataré de aclarar. El veintidós de marzo se encontraba en la Bahía Negra, según dice Zermah; en la misma fecha se encontraba a la cabeza de una partida de floridianos a doscientas millas de allí, según decís vos, informado por vuestros marinos; mi capitán, sea, pero lo que es cierto es que ahora se encuentra en los Everglades. Por consiguiente, dentro de cuarenta y ocho horas podremos haberle alcanzado.

—Sí, Gilbert —respondió el capitán Howick—; y bien sea por el rapto, o bien por la emboscada, sí logramos fusilar a ese miserable, yo le tendré por justamente fusilado. Conque... en marcha.

El hecho, sin embargo, no era por eso menos incomprensible, como tantos otros que se relacionaban con la vida privada de Texar. Sin duda había allí también alguna inexplicable coartada, y se hubiese dicho que Texar poseía verdaderamente el poder de multiplicarse.

¿Llegaría a ponerse en claro este misterio? Era cosa que no se podía afirmar; pero fuera lo que fuese, lo importante era apoderarse de Texar, y a conseguir tal resultado iban a dirigirse los esfuerzos de los marineros del capitán Howick, reunidos con los compañeros de James Burbank.

XXVII. Los Everglades

Región soberbia, y a la vez terrible, es esta de los Everglades. Está situada en la parte meridional de Florida, y se prolonga hasta el cabo Sable, última punta de la Península. Esta región, a decir verdad, no es más que una inmensa marisma, casi al nivel del Atlántico. Las aguas del mar la inundan en grandes masas cuando las tempestades del océano o del golfo de México las precipitan en ella, y allí quedan mezcladas con las aguas del cielo que la estación invernal vierte en espesas cataratas. Esto da lugar a un territorio mitad líquido, mitad sólido, casi imposible de habitar.

Estas aguas están ceñidas por cuadros de arena blanca, que hacen resaltar más su color sombrío; espejos múltiples en los cuales se refleja solamente el vuelo de innumerables pájaros que pasan por su superficie. No son venenosas, pero las serpientes pululan en ellas en infinito número.

No hay que creer, sin embargo, que el carácter general de esta región sea la aridez. No; precisamente en la superficie de las islas bañadas por las aguas pútridas de los lagos, es donde la naturaleza parece que usa de su fuerza con más bríos. La malaria es, por decirlo así, vencida por los perfumes que esparcen las admirables flores de esta zona. Las islas están embalsamadas por los olores de mil plantas de un esplendor que justifica el poético nombre de la península floridiana. Por eso los indios nómadas van a refugiarse a estos oasis saludables de los Everglades, durante sus épocas de reposo, cuya duración no es nunca larga.

Cuando se ha penetrado algunas millas dentro de este territorio, se encuentra una vasta sabana de agua; es el lago Okee-cho-bee, situado un poco más abajo del paralelo 27. Allí, en un ángulo del lago, se encuentra la isla Carneral, donde Texar se había proporcionado un retiro, en el que podía desafiar toda persecución.

¡País digno de Texar y de sus compañeros! Cuando Florida pertenecía todavía a los españoles, a esta parte del territorio huían particularmente los malhechores de raza blanca a fin de escapar a la justicia de su país. Mezclados a las poblaciones indígenas, entre las cuales se encuentra

todavía la sangre caribe, han sido origen de los creeks, de los seminolas y de otros indios nómadas, para reducir a los cuales ha sido precisa una larga y sangrienta guerra, y cuya sumisión, poco más o menos completa, no data más allá del año 1845.

La isla Carneral parece que por su posición debía de estar al abrigo de toda agresión. Verdad es que en su parte oriental no está separada de la tierra firme más que por un estrecho canal, si se puede dar este nombre a la especie de pantano que rodea el lago. Este canal mide un centenar de pies, que es preciso franquear en una grosera barca. No hay otro medio de comunicación.

Escaparse por este lado y pasar nadando, es imposible. ¿Quién se atrevería a arriesgarse a través de aquellas aguas cenagosas, erizadas de largas hierbas que se entrelazan, en las cuales hormigean los reptiles?

Más allá empieza el bosque de cipreses, con sus terrenos medio sumergidos que no ofrecen más que estrechos parajes, muy difíciles de reconocer. Y además, ¡qué obstáculos! Un suelo arcilloso que se pega al pie, como engrudo, y enormes troncos arrojados por todas partes, estorbando el paso. Allí brotan también temibles plantas como las *philacias*, cuyo contacto es mucho más venenoso que el de los cardos de aquel territorio; y sobre todo, millares de *pecices*, especie de hongos gigantescos que son explosivos, como si encerrasen cartuchos de algodón pólvora o dinamita. En efecto, al menor choque se produce una violenta detonación, y en un instante la atmósfera se llena de espirales de un polvo rojizo. Este polvo, de átomos muy tenues, se agarra a la garganta, y engendra una erupción de ardientes pústulas. Es, por tanto, muy prudente evitar estas vegetaciones perjudiciales, como se evita el roce de los más peligrosos animales del mundo teratológico.

La habitación de Texar no era más que una antigua choza india, cubierta de paja, colocada al abrigo de los grandes árboles, en la parte oriental de la isla. Oculta enteramente en medio de la verdura, no se la podía descubrir ni siquiera desde la orilla más próxima. Los dos lebreles la guardaban con tanta vigilancia como guardaban el fortín de la Bahía Negra. Acostumbrados desde hacía tiempo a la caza del hombre hubieran hecho pedazos a cualquiera que se hubiese aproximado a la choza.

Allí era adonde, desde hacía dos días, habían sido conducidas Zermah y la pequeña Dy. El viaje, bastante fácil mientras remontaban el curso del

San Juan hasta el lago Washington, había llegado a ser muy rudo a través del bosque de cipreses, aun para hombres vigorosos, habituados a aquel clima malsano, y acostumbrados a las prolongadas marchas a través de los pantanos y de los bosques. Puede comprenderse perfectamente lo que habían debido sufrir una mujer y una niña. Zermah, sin embargo, era fuerte, valerosa y dispuesta a sacrificarse por la pequeña Dy. Durante todo el trayecto llevaba a la niña en brazos, pues la pobrecita se hubiera fatigado muy pronto en tan larga y penosa jornada.

Zermah hubiera caminado de rodillas para evitar a la niña semejante fatiga; así es que cuando llegaron a la isla Carneral, la pobre mestiza había agotado sus fuerzas.

Y ahora, después de lo que había pasado desde el momento en que Texar y Squambo las arrastraron fuera de la Bahía Negra, ¿cómo no había de desesperarse la pobre mestiza? Si ella ignoraba que la esquila remitida al joven esclavo había llegado a las manos de James Burbank, en cambio sabía que el pobre negro había pagado con su vida el acto de generosidad que quería llevar a cabo por salvarlas. Sorprendido en el momento en que se disponía a dejar el islote para dirigirse a Camdless-Bay, había sido herido mortalmente. Entonces la mestiza creyó que James Burbank no llegaría jamás a saber lo que ella había comunicado al desgraciado negro; es decir, que el miserable Texar y su personal se preparaban a salir para la isla Carneral. En estas condiciones, ¿cómo lograría Mr. Burbank encontrar sus huellas?

Zermah no podía, por consiguiente, conservar ni la sombra de una esperanza. Además, toda probabilidad de salvación iba a desvanecerse en medio de aquella región, de la cual conocía, por referencia, los salvajes horrores. Demasiado comprendía que en tal situación toda tentativa de evasión sería imposible.

Al llegar a la isla, la niña se encontraba en un estado de debilidad extrema. Primero, la fatiga que había sufrido, a pesar de los cuidados incesantes de Zermah; después, la influencia de un clima detestable, habían alterado su salud profundamente. Pálida, enflaquecida, como si hubiese sido envenenada por las emanaciones de aquellos pantanos, la pobre niña no tenía fuerzas para sostenerse en pie; apenas tenía la energía necesaria para pronunciar algunas palabras, y estas eran siempre para preguntar por su madre; Zermah no podía ya decirle, como lo hacía durante los primeros días de su estancia en la Bahía Negra, que volvería a ver bien pronto a la

señora Burbank; que su padre, su hermano, Alicia y Mars no tardarían en reunirse con ellas.

Con su inteligencia tan precoz, que parecía serlo más todavía por la desgracia, desde las espantables escenas de la plantación, Dy comprendía perfectamente que había sido arrancada por la fuerza del hogar materno, que estaba entre las manos de un hombre perverso, y que si no acudían pronto en su socorro, no volvería a ver más a Camdless-Bay.

Ya Zermah no sabía qué responder, y a pesar de todo su interés y todo su cariño, veía con tristeza que la pobre niña se iba desesperando.

La habitación no era, como ya se ha dicho, más que una grosera cabaña, que hubiera sido insuficiente durante el período invernal.

Entonces, el viento y la lluvia penetrarían en ella por todas partes. Pero en la estación cálida, cuya influencia se dejaba ya sentir bajo aquella latitud, podía al menos proteger a sus habitantes contra los ardores del sol.

Esta choza estaba dividida en dos departamentos de muy desigual extensión; el uno muy estrecho, apenas iluminado, que no comunicaba con el exterior, sino que tenía su entrada por la otra habitación. Esta, mucho más vasta, recibía la luz por una puerta practicada en la fachada principal, es decir, en la que miraba a la orilla del cercano canal.

Zermah y Dy habían sido relegadas a la habitación pequeña, donde no tuvieron a su disposición más que algunos groseros utensilios y un montón de hierba que les servía de cama.

La otra habitación estaba ocupada por Texar y el indio Squambo, el cual no se separaba jamás de su amo. Allí, por muebles, había una mesa con varias vasijas de aguardiente, vasos y algunos platos; una especie de armario para las provisiones, un tronco de árbol, apenas descortezado, como banco, y dos haces de hierbas por todo lecho. El fuego necesario para la preparación de las comidas se hacía en un fogón de piedra, construido en el exterior, en un ángulo de la cabaña. Tal como era bastaba para las necesidades de una alimentación que no se componía más que de carne seca de animales montaraces, de los cuales un cazador podía fácilmente hacer provisiones en la isla; de legumbres y de frutas, casi en estado salvaje; en fin, de algo para no morir de hambre.

En cuanto a los esclavos, en número de media docena, que Texar había conducido desde la Bahía Negra, estos dormían fuera, como los perros, y como ellos velaban los alrededores de la choza, no teniendo por abrigo más que los grandes árboles, cuya ramas bajas se entremezclaban por encima de sus cabezas.

Sin embargo, desde el primer día, Zermah y Dy tuvieron libertad para ir y venir de un lado a otro. No estaban prisioneras en su habitación, si bien lo estaban en la isla Carneral. Se contentaban con vigilarlas, precaución bien inútil, por cierto, pues era imposible de todo punto franquear el canal sin servirse de la barca, que estaba guardada sin cesar por uno de los negros. Mientras que sacaba a pasear a la pequeña Dy, Zermah se dio bien pronto cuenta de las dificultades que presentaría una evasión.

Aquel día, si la mestiza no fue perdida de vista por Squambo, en cambio no encontró por ninguna parte a Texar; pero cuando llegó la noche escuchó la voz del forajido que cambiaba algunas palabras con Squambo, al cual recomendaba cuidadosamente una vigilancia muy severa; y pasado algún tiempo, excepto Zermah, todos dormían en la choza.

Hasta entonces, preciso es decirlo, la mestiza no había podido arrancar una sola palabra a Texar. Conforme subían hacia el lago Washington, le había interrogado inútilmente acerca de lo que pensaba hacer de la niña y de ella, llegando algunas veces hasta la súplica, y otras hasta la amenaza.

Mientras que hablaba, Texar se contentaba con fijar en ella sus ojos fríos y terribles. Después, encogiéndose de hombros, hacía un gesto, como de un hombre a quien se importuna y desdeña responder.

Sin embargo, Zermah no se daba por vencida. Llegada a la isla Carneral, tomó la resolución de volver a hablar con Texar, a fin de excitar su piedad si no para ella, al menos para la pobre niña; o, a falta de piedad, tratar de vencerle por el interés.

La ocasión se presentó.

Al día siguiente, mientras que la niña dormía, Zermah se dirigió hacia el canal.

Texar se paseaba por la orilla. Acompañado de Squambo, daba algunas órdenes a sus esclavos, ocupados en extraer las hierbas acuáticas de que

estaba lleno el canal, cuya acumulación hacía muy difícil el servicio de la barca.

Durante esta tarea, dos negros se ocupaban en golpear la superficie del canal con largos palos, a fin de asustar a los reptiles, cuyas cabezas repugnantes asomaban por fuera de las aguas cenagosas y turbias.

Un instante después Squambo se separó de su amo, y este se disponía también a retirarse cuando Zermah fue en dirección hacia Texar.

Este la dejó llegar, y cuando la mestiza estuvo bastante cerca de él, se paró.

—Texar —dijo Zermah con voz firme—, tengo que hablaros; esta será sin duda la última vez que lo haga; os ruego, por tanto, que me escuchéis.

Texar, que acababa de encender un cigarrillo, no respondió; por consiguiente, Zermah, después de haber esperado vanamente algunos instantes, continuó de este modo:

—Texar, ¿queréis decirme al fin lo que pensáis hacer con Dy Burbank?

Texar guardó silencio.

—No trataré —añadió la mestiza—, de hacer que os apiadéis de mi propia suerte; no se trata más que de esta niña, cuya vida está comprometida, y que se os escapará bien pronto.

Ante esta afirmación, Texar hizo un gesto que demostraba la más absoluta incredulidad.

—Sí, bien pronto —añadió Zermah—. Si no es por la huida, será por la muerte.

Texar, después de haber arrojado al aire lentamente una bocanada de humo de su cigarrillo, se contentó con responder:

—¡Bah! La pequeña se repondrá con algunos días de reposo, y yo cuento, Zermah, con tus buenos cuidados para conservarnos esta preciosa existencia.

—No; os lo repito, Texar; antes de poco esta niña estará muerta, y muerta

sin provecho para vos.

—¿Sin provecho —replicó Texar—, cuando la tengo lejos de su madre moribunda, de su padre y de su hermano, reducidos a la más completa desesperación?

—Sea —dijo Zermah—; ya os habéis vengado; pero creedme, Texar; os reportaría más ventajas devolver esta niña a su familia, que retenerla aquí.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Quiero decir que ya habéis hecho sufrir bastante a James Burbank; ahora debe hablar vuestro interés.

—¿Mi interés?

—Seguramente, Texar —repuso Zermah, animándose—. La plantación de Camdless-Bay ha sido devastada; la señora Burbank está moribunda, acaso ha muerto en el momento en que os hablo, su hija ha desaparecido y Mr. Burbank tratará vanamente de encontrar sus huellas. Todos estos crímenes, Texar, han sido cometidos por vos. Lo sé perfectamente y tengo el derecho de decíroslo cara a cara. Pero, tened cuidado: esos crímenes se descubrirán algún día, y entonces pensad en el castigo que os será impuesto. Sí, vuestro interés os aconseja tener piedad. No hablo de mí misma, a quien mi marido no encontrará ya a su vuelta; no hablo más que por esta pobre niña que va a morir. Retenedme a mí, si así lo queréis; pero envidad a esta niña a Camdless-Bay; devolvedla a su madre. No se os pedirá jamás cuentas del pasado, y aun, si lo exigís, se os pagará a precio de oro la libertad de esta pobre niña. Texar, si yo me atrevo por mi cuenta a hablaros de este modo, si yo os propongo este cambio, es porque conozco hasta el fondo el corazón de James Burbank y de los suyos; es porque sé que sacrificaría toda su fortuna por salvar a esta niña, y pongo a Dios por testigo de que cumplirán la promesa que os hace su esclava.

—¿Su esclava? —exclamó Texar irónicamente—. ¡Si ya no hay esclavos en Camdless-Bay!

—Sí, Texar; pues para permanecer al lado de mis señores no he aceptado yo la libertad.

—Verdad, Zermah, verdad —respondió Texar—; pero, en fin, puesto que

no te repugna ser esclava, todavía podremos entendernos. Hace seis o siete años quise comprarte a mi amigo Tickborn. Ofrecí por ti, sola, una suma considerable; y tú me pertenecerías desde aquella época si James Burbank no te hubiese llevado consigo para su provecho; por consiguiente, ahora que te tengo, no quiero soltarte.

—Sea, Texar —respondió Zermah—; yo seré vuestra esclava; pero ¿devolveréis esta niña a sus padres?

—¿La hija de James Burbank —replicó Texar con el acento del más violento odio—, devolverla a sus padres? ¡Jamás!

—¡Miserable! —exclamó Zermah, ciega ya por la indignación—. Pues bien; si no es su padre, será Dios quien la arrancará de tus manos infames.

Una risa burlona y un encogimiento de hombros fue toda la respuesta de Texar. Había liado un segundo cigarrillo que encendió tranquilamente con el resto del primero, y se alejó por la ribera del canal sin siquiera mirar a Zermah. Seguramente si la valerosa mestiza hubiese tenido un arma le hubiera herido como a una bestia feroz aun a riesgo de ser despedazada por Squambo y sus compañeros, pero la infeliz no podía hacer nada. Quedóse inmóvil, mirando a los negros que trabajaban en la ribera del canal. Por ninguna parte un rostro amigo; no veía más que caras feroces de brutos, que no parecían pertenecer a la especie humana. Desconsolada y triste volvióse a la choza para continuar ejerciendo su papel de madre cerca de la desgraciada niña, que la llamaba con voz débil.

Zermah trató de consolar a la pobre criatura, a la cual tomó en sus brazos. Sus besos la reanimaron un poco; le hizo una bebida caliente que preparó en el fogón exterior, cerca del cual acababa de trasportarla, y le prodigó todos los cuidados que le permitían su miseria y su abandono. Dy le daba las gracias con una sonrisa. Y ¡qué sonrisa!, más triste que lo hubieran podido serlo las lágrimas.

Zermah no volvió a ver a Texar en todo el día. Por otra parte, ya no le buscaba. ¿Para qué? Él no había de dar muestras de mejores sentimientos, y la situación se empeoraría con nuevas recriminaciones.

En efecto, si hasta entonces, durante su estancia en la Bahía Negra, y desde su llegada a la isla Carneral, los malos tratos no habían sido prodigados, ni a la niña ni a Zermah, esta empezaba ya a temerlo todo de

semejante hombre. Bastaba un acceso de furor para que se dejase llevar hasta los últimos límites de la violencia. Ninguna piedad podía esperarse de aquella alma perversa; y puesto que su interés no había vencido a su odio, Zermah comprendió que debía renunciar a toda esperanza del porvenir. En cuanto a los compañeros de Texar, Squambo y los esclavos, ¿cómo había que pedirles que fuesen más humanos que su señor? Todos sabían perfectamente qué suerte esperaba a cualquiera de ellos que hubiese demostrado por ella un poquito de simpatía. Por otra parte, no había nada que esperar. Zermah estaba, pues, entregada a sí misma, y en aquel instante tomó su partido. Resolvió intentar la fuga desde la noche siguiente.

Pero ¿de qué manera? ¿No era preciso que la cintura de agua que rodeaba la isla Carneral fuese franqueada? Si delante de la choza aquella parte del lago no tenía sino muy poca anchura, no se podía, sin embargo, atravesar a nado. Quedaba, pues, un solo recurso: el de apoderarse de la barca para llegar a la otra orilla del canal.

Llegó la noche, noche que debía ser muy oscura, hasta desapacible, pues la lluvia comenzaba a desencadenarse sobre el pantano.

Si era imposible que Zermah saliese de la cabaña por la puerta de la habitación grande, acaso no le sería difícil hacer un agujero por la parte posterior de la pared, salir por él al campo y llevar consigo a la pequeña Dy. Una vez fuera, ya pensaría lo que debía hacer para poder escaparse.

Hacia las diez de la noche, no se escuchaba ya en el exterior más ruido que los silbidos del vendaval. Texar y Squambo dormían; los perros, guarecidos en algún rincón, no rondaban alrededor de la cabaña.

El momento era favorable.

Mientras que Dy reposaba sobre el montón de hierbas, Zermah comenzó a separar suavemente la paja y las cañas que formaban el muro lateral de la choza.

Al cabo de una hora, el agujero no era suficiente para que la pequeña y ella pudiesen pasar por él, y ya se disponía a continuar agrandándolo, cuando un ruido repentino la hizo detenerse.

Aquel ruido se producía por la parte exterior, en medio de la oscuridad

más profunda. Eran los aullidos de los lebreles, que señalaban que alguien iba y venía por la ribera. Texar y Squambo, despertados súbitamente, salieron con precipitación de la choza.

Entonces escucharon algunas voces. Evidentemente una partida de hombres acababa de llegar a la ribera opuesta del canal Zermah debió suspender por entonces su tentativa de evasión, irrealizable en aquel momento.

A pesar de los rugidos del vendaval le fue posible distinguir el ruido de numerosos pasos sobre el suelo.

Zermah, con el oído atento, escuchaba. ¿Qué era lo que sucedía? ¿Se habría apiadado de ella la Providencia? ¿Le enviaría algún socorro imprevisto, con el cual no pensaba contar?

Bien pronto comprendió que no. Si esto hubiera sido así, habría habido lucha entre los que llegaban y las gentes de Texar; ataque durante la travesía del canal, gritos de una parte y de otra, detonaciones de armas de fuego, y nada de esto había sucedido. Más bien sería un refuerzo que llegaba a la isla Carneral.

Un instante después, Zermah observó que dos personas entraban en la cabaña. Texar regresaba acompañado de otro hombre que no podía ser Squambo, puesto que la voz del indio se oía en el exterior, del lado del canal.

Sin embargo, dos hombres estaban en la habitación. Habían comenzado a hablar en voz muy baja, cuando de repente se interrumpieron.

Uno de ellos, con una linterna en la mano, acababa de dirigirse hacia la habitación de Zermah, la cual no tuvo más que el tiempo preciso para arrojar sobre el montón de hierbas y ocultar de este modo el agujero que había hecho en el muro lateral.

Texar, pues era él, entreabrió la puerta, echó una mirada por el interior de la habitación y vio a la mestiza tendida cerca de la niña, y que parecía dormir profundamente. Después de haber hecho esta inspección se retiró.

Zermah se levantó entonces y volvió a ocupar su puesto detrás de la puerta, que había sido cerrada de nuevo.

Si bien no podía ver nada de lo que pasaba en la habitación ni reconocer al interlocutor de Texar, podía, en cambio, oírle.

Y oyó lo siguiente:

XXVIII. Lo que oye Zermah

—¿Tú en la isla Carneral?

—Sí, desde hace algunas horas.

—Yo te creía en Adamsville^[3], en los alrededores del lago Opopka^[4].

—Allí estaba hace ocho días.

—¿Y por qué has venido?

—Porque era preciso.

—Bien sabes que no debíamos volver a encontrar jamás sino en las marismas de la Bahía Negra, y eso solamente cuando algunas líneas, escritas por tu mano, me dieran aviso de ello.

—Te lo repito: me ha sido preciso partir precipitadamente y refugiarme en los Everglades.

—¿Por qué?

—Vas a saberlo.

—¿No te expones a comprometernos?

—No; he llegado de noche, y ninguno de tus esclavos ha podido verme.

Si hasta entonces Zermah no perdía palabra, tampoco comprendía nada de aquella conversación, ni adivinaba siquiera quién podía ser aquel huésped inesperado en la choza. Allí había, ciertamente, dos hombres que hablaban y, sin embargo, parecía que era un solo hombre el que hacía las preguntas y las respuestas. La misma inflexión de voz la misma sonoridad. Se hubiese dicho que todas aquellas palabras salían de la misma boca. Zermah trataba vanamente de mirar a través de algún intersticio de la puerta. La habitación, débilmente iluminada, estaba en una semioscuridad

que no permitía distinguir el menor objeto. La mestiza debió, pues, limitarse a sorprender todo lo que pudiera de aquella conversación que podía ser para ella de enorme importancia.

Después de un momento de silencio, los dos hombres continuaron la conversación. Evidentemente, fue Texar quien hizo esta pregunta:

—¿No has venido solo?

—No, algunos de nuestros partidarios me han acompañado hasta los Everglades.

—¿Cuántos?

—Cuarenta.

—¿No temes que puedan haberse enterado de lo que hemos ocultado durante tanto tiempo?

—De ninguna manera. No nos verán nunca juntos, y cuando hayan dejado la isla Carneral, no habrán sabido nada; por consiguiente, nada se cambiará en el programa de nuestra vida.

En aquel momento Zermah creyó escuchar el choque de dos manos que acababan de estrecharse.

Después de dicha conversación se volvió a reanudar esta en los siguientes términos:

—¿Qué ha pasado desde la toma de Jacksonville?

—Un asunto bastante grave. Ya sabes que Dupont se ha apoderado de San Agustín.

—Sí, lo sé, y tú, sin duda, no ignoras el motivo que tengo para saberlo.

—En efecto, la historia del tren de Fernandina ha venido a propósito para permitirte probar una coartada que ha puesto al consejo de guerra en la obligación de absolverte.

—Y bien a regañadientes. Pero ¡bah!, no es esta la primera vez que escapamos así.

—Y no será la última. Pero ¿acaso tú ignoras cuál ha sido el objeto de los federales al ocupar San Agustín? No era tanto por reducir la capital del condado de San Juan, como para organizar el bloqueo del litoral del Atlántico.

—Lo he oído decir.

—Pues bien; al comodoro Dupont no le ha parecido bastante vigilar la costa desde la desembocadura del San Juan hasta las islas de Bahama, y ha querido perseguir el contrabando de guerra en el interior de Florida. Decidió, pues, enviar dos chalupas con un destacamento de marinos mandados por dos oficiales de la escuadra. ¿Tenías conocimiento de esta expedición?

—No.

—¿Pues en qué fecha has salido de la Bahía Negra? ¿Algunos días después de la absolución?

—Sí, el veintidós de este mes.

—En efecto, el asunto es del veintidós.

Es preciso hacer observar que Zermah no podía tampoco saber nada de la emboscada de Kissimmee, de la cual el capitán Howick había hablado a Gilbert Burbank la noche de su encuentro en la selva.

Ella supo, pues, al mismo tiempo que Texar, cómo después del incendio de las chalupas, apenas una docena de supervivientes habían podido llevar al comodoro Dupont la noticia del desastre.

—¡Bien, bien! —exclamó Texar.

—Este es un feliz desquite de la toma de Jacksonville, y ¡ojalá pudiéramos atraer todavía a esos condenados nordistas al fondo de nuestra Florida!

—¡Aquí habían de quedar hasta el último!

—¡Sí, hasta el último! —replicó el otro—; sobre todo si se aventuran por medio de esos pantanos de los Everglades. Y precisamente los veremos aquí dentro de poco.

—¿Qué quieres decir?

—Que Dupont ha jurado vengar la muerte de sus oficiales y de sus marineros, y en consecuencia ha enviado una expedición al condado de San Juan.

—¿Los federales vienen por este lado?

—Sí, pero más numerosos, bien armados, marchando con mucha precaución y desconfiando de las emboscadas.

—¿Los has encontrado?

—No, pues nuestros partidarios no eran bastantes esta vez y hemos tenido que retroceder; pero retrocediendo les atraeremos poco a poco, y cuando hayamos reunido las milicias que recorren el territorio, caeremos sobre ellos y no se nos escapará ni uno.

—¿De dónde han salido?

—De Mosquito-Inlet.

—¿Por dónde vienen?

—Por el bosque de cipreses.

—¿Dónde podrán estar en este momento?

—A cuarenta millas aproximadamente de la isla Carneral.

—Está bien —respondió Texar—; es preciso dejarles que se internen hacia el Sur, pues no hay un día que perder para concentrar las milicias. Si es preciso, desde mañana mismo partiremos para buscar refugio del lado del canal de Bahama.

—Y allí, si nos vemos muy apurados, antes de poder reunir nuestros partidarios, encontraremos asegurada la retirada en las islas inglesas.

Los diversos asuntos que acababan de ser tratados en aquella conversación eran del mayor interés para Zermah. Si Texar se decidía a salir de la isla, ¿llevaría consigo a sus prisioneras o las dejaría en la cabaña bajo la vigilancia de Squambo? En este último caso sería

conveniente no intentar la evasión hasta después de la marcha de Texar. Puede ser que entonces la mestiza pudiera obrar con más probabilidades de éxito. Y, además, ¿no podía suceder que el destacamento federal que recorría en aquel momento la Baja Florida llegase hasta los bordes del lago Okee-cho-bee, a la vista de la isla Carneral?

Pero esta esperanza, a la cual Zermah acababa de agarrarse se desvaneció bien pronto.

En efecto: a la pregunta sobre lo que haría de la mestiza y de la niña, Texar respondió sin dudar:

—Las conduciré, si es preciso, hasta las islas de Bahama.

—¿Podrá soportar la niña las fatigas del viaje?

—Sí, yo respondo de ello; y además, Zermah sabrá evitárselas cuidadosamente durante el camino.

—Sin embargo, ¡si esa niña llegase a morir...!

—Quiero mejor verla muerta que devolvérsela a su padre.

—¡Cómo odias a los Burbank!

—Tanto como los odias tú mismo.

Zermah, no pudiendo contenerse, estuvo a punto de empujar la puerta y presentarse frente a frente de aquellos dos hombres tan semejantes el uno al otro, no solamente en la voz, sino también en los malos instintos, y por la falta absoluta de conciencia y de corazón. Por fin logró dominarse, comprendiendo que valía más escuchar hasta la última de las palabras que se cambiasen entre Texar y su cómplice.

Cuando su conversación hubiese terminado, tal vez se entregarían al sueño, y entonces sería la ocasión más propicia para intentar la evasión, que ya era inevitable antes que la partida se efectuase.

Evidentemente, Texar se encontraba en la situación de un hombre que espera saberlo todo de parte del que hablaba; por consiguiente, él mismo fue quien volvió a reanudar la conversación.

—¿Qué hay de nuevo en el Norte? —preguntó.

—Nada que sea importante. Desgraciadamente parece que los federales llevan ventaja, y es muy de temer que la causa de la esclavitud esté perdida para siempre.

—¡Bah! —dijo Texar, con un gesto de indiferencia.

—Después de todo, nosotros no somos partidarios del Norte ni del Sur.

—No; y lo que nos importa es que durante el tiempo que los dos partidos empleen en desgarrarse, nosotros estemos siempre en el lado del que tenga algo que ganar.

Hablando así, Texar se retrataba de cuerpo entero. Pescar en el río revuelto de la revolución y de la guerra civil, era lo único que se proponían aquellos dos hombres.

—Pero —añadió—, ¿qué ha pasado especialmente en Florida, desde hace ocho días?

—Nada que tú no sepas. Stevens continúa dueño del río hasta Picolata.

—No parece que tenga intención de subir más arriba por el curso del San Juan.

—No; los cañoneros no intentan reconocer el sur del condado. Por otra parte, creo que esta ocupación no tardará en terminar, y así el río quedaría libre por completo a la navegación de los confederados.

—¿Qué quieres decir?

—Corre el rumor de que Dupont tiene intención de abandonar Florida, no dejando más que dos o tres buques para el bloqueo de las costas.

—¿Será posible?

—Te repito que se habla de esto; y si así sucede, San Agustín será evacuado bien pronto.

—¿Y Jacksonville?

—Jacksonville igualmente.

—¡Mil diablos! Entonces podré volver allá, reformar nuestro comité y volver a conquistar el puesto que los federales me han hecho perder. ¡Ah..., malditos nordistas...! Como el poder vuelva a mis manos, ya veréis cómo uso de él.

—¡Bien dicho!

—Y si James Burbank y toda su familia no han salido de Camdless-Bay, si la fuga no les ha sustraído a mi venganza, esta vez no se me escaparán.

—¡Yo lo apruebo...! Todo lo que tú has sufrido por esa familia, lo he sufrido como tú; lo que tú quieres, lo quiero yo también; lo que tú odias, yo también lo odio: los dos no somos más que uno.

—¡Sí..., uno! —respondió Texar.

La conversación se interrumpió por un momento; el choque de dos vasos hizo comprender a Zermah que Texar y el otro bebían juntos.

Zermah estaba aterrada. Escuchándoles parecía que aquellos dos hombres tenían igual parte en todos los crímenes cometidos últimamente en Florida, y más particularmente contra la familia Burbank. Aún pudo comprenderlo más escuchándolos durante otra media hora. Entonces conoció algunos detalles de la extraña vida de Texar. Y siempre la misma voz haciendo las preguntas y dando las respuestas como si Texar hubiese estado hablando solo en su habitación.

Había allí un misterio que la mestiza tenía gran interés en descubrir. Pero si aquellos hombres feroces hubiesen sospechado que Zermah acababa de sorprender una parte de sus secretos, ¿hubieran dudado en conjurar este peligro matándola? ¿Y qué sería entonces de la niña, una vez que no existiera Zermah?

Serían entonces aproximadamente las once de la noche. El tiempo no había cesado de ser tormentoso. El viento y la lluvia soplaban y caían sin descanso. Con toda certeza podía asegurarse que Texar y su compañero no irían a exponerse a tan terrible temporal. Pasarían la noche en la choza, y no pondrían en ejecución sus proyectos hasta el día siguiente.

Zermah no lo dudó cuando oyó al cómplice de Texar, pues debía de ser él, preguntar:

—Bien, ¿y qué partido tomaremos?

—El siguiente —respondió Texar—. Mañana por la mañana iremos con nuestra gente a reconocer los alrededores del lago; exploraremos el bosque de cipreses en una extensión de tres o cuatro millas, después de haber destacado, como vanguardia, aquellos de nuestros compañeros que lo conocen mejor, y más particularmente Squambo. Si nada indica la aproximación del destacamento federal, volveremos y esperaremos hasta el momento en que sea preciso batirse en retirada; si, por el contrario, la situación es más crítica, reuniré a nuestros partidarios y mis esclavos, y llevaré a Zermah al canal de Bahama. Tú, por tu parte, te ocuparás en reunir las milicias esparcidas en la Baja Florida.

—Entendido —respondió el otro—; mañana, mientras que vosotros hacéis el reconocimiento, yo me ocultaré en el bosque de la isla; es preciso que no nos vean juntos.

—¡No, ciertamente! —exclamó Texar—. El diablo me guarde de arriesgarme a cometer semejante imprudencia, que descubriría nuestro secreto. Por consiguiente, no nos veremos hasta la noche próxima en la choza. Y aun si me veo obligado a partir en el mismo día tú no dejes la isla hasta después que yo. Punto de cita: los alrededores del cabo Sable.

Zermah comprendió perfectamente que no podía contar con los federales para conseguir su libertad.

En efecto, si al día siguiente Texar tenía conocimiento de la aproximación del destacamento, ¿no dejaría precipitadamente la isla, llevándose consigo la mestiza y la niña?

Zermah no podía, pues, ser salvada más que por sí misma, cualesquiera que fuesen los peligros, por no decir las imposibilidades, de una evasión en condiciones tan difíciles.

Y, sin embargo, ella la hubiera intentado con muchísimo brío si hubiera sabido que James Burbank, Gilbert, Mars y algunos de sus camaradas de la plantación se habían puesto en campaña para arrancarla de las manos de Texar, que su esquila les había hecho saber por qué sitio era preciso llevar las exploraciones; que ya Mr. Burbank había recorrido el curso del San Juan, más allá del lago Washington; que una gran parte del bosque

de cipreses había sido recorrida; que la pequeña expedición de Camdless-Bay acababa de reunirse al destacamento del capitán Howick; que era Texar, Texar mismo, a quien se creía autor de la emboscada de Kissimmee; que iba a ser perseguido con encarnizamiento y que sería fusilado sin más formalidades en el mismo instante en que lograsen apoderarse de su persona.

Pero Zermah no podía saber nada, y, por consiguiente, no podía esperar ningún socorro. Así es que la pobre estaba completamente decidida a arrostrarlo todo por salir de la isla Carneral.

Sin embargo, era preciso retrasar veinticuatro horas la ejecución del proyecto, a pesar de que la noche, completamente negra, era favorable a una evasión.

Los partidarios que no habían buscado abrigo bajo los árboles, ocupaban entonces los alrededores de la cabaña. Se les oía ir y venir por la orilla del lago, fumando y hablando, y si su tentativa fracasaba y su plan era descubierto, la situación de Zermah hubiera empeorado mucho, y acaso se hubieran concitado las violencias de Texar.

Por otra parte, ¿no se presentaría al día siguiente ocasión más propicia de huir? ¿No había dicho Texar que sus compañeros, sus esclavos y hasta el indio Squambo le acompañarían, a fin de observar la marcha del destacamento federal? ¿No habría en esto una circunstancia de la cual Zermah podría aprovecharse para aumentar las probabilidades del éxito? Si llegaba a franquear el canal sin haber sido vista, una vez en el bosque no tenía duda alguna de que se salvaría con la ayuda de Dios. Ocultándose, ella lograría evitar el caer de nuevo en manos de Texar.

El capitán Howick no debía estar lejos, puesto que avanzaba hacia el lago Okee-cho-bee; ¿no tenía algunas probabilidades de ser liberada por él?

Convenía, pues, esperar al día siguiente. Pero un incidente imprevisto vino a destruir todo el castillo sobre el cual descansaban las últimas esperanzas de Zermah, y a comprometer más su situación con respecto a Texar.

En aquel momento sonaron golpes en la puerta de la choza. Era Squambo, que se dio a conocer a su amo.

—Entra —dijo Texar.

Squambo entró.

—¿Tenéis órdenes que darne para esta noche? —preguntó.

—Que se vigile con cuidado —respondió Texar—, y que se me avise a la menor novedad.

—Yo me encargo de ello —replicó Squambo.

—Mañana por la mañana iremos a verificar un reconocimiento a algunas millas en el interior del bosque de cipreses.

—Entonces, ¿la mestiza y Dy...?

—Permanecerán también guardadas como de costumbre. Ahora, Squambo, que no venga nadie a molestarnos.

—Está bien.

—¿Qué hacen nuestros hombres?

—Se pasean de un lado a otro, y me parecen muy dispuestos a retirarse a descansar.

—Que no se aleje ni uno de ellos.

—Ni uno.

—¿Qué tiempo hace?

—Menos malo; la lluvia ha cesado, y el viento no tardará en amainar.

—Bien.

Zermah no había dejado de escuchar. La conversación iba evidentemente a llegar al fin, cuando un suspiro ahogado, una especie de ronquido, se dejó oír.

Toda la sangre de Zermah afluyó a su corazón.

Se levantó rápidamente y se precipitó hacia el montón de hierbas,

inclinándose sobre la niña.

Dy acababa de despertarse, y ¡en qué estado! Un ronquido sordo se escapaba de sus labios, sus manecitas agitaban el aire como si hubiera querido llevarlas a su boca.

Zermah no pudo comprender más que estas palabras:

—¡Agua! ¡Agua!

La desgraciada niña se ahogaba. Era preciso sacarla inmediatamente al exterior. En aquella oscuridad profunda, Zermah, como loca, la cogió entre sus brazos para reanimarla con su propio aliento. Entonces la sintió estremecerse presa de una violenta convulsión. Dando un grito empujó la puerta de la habitación.

Dos hombres estaban allí en pie, delante de Squambo; pero tan semejantes de rostro y de cuerpo, que Zermah no hubiera podido reconocer cuál de los dos era Texar.

XXIX. Una vida doble

Algunas palabras bastarán para explicar lo que hasta aquí haya parecido inexplicable en esta historia.

Se verá lo que pueden imaginar ciertos hombres cuando su mala naturaleza, ayudada de una regular inteligencia, les impulsa por el camino del mal.

Aquellos hombres, ante los cuales Zermah acababa de aparecer súbitamente, eran dos hermanos, y dos hermanos gemelos.

¿Dónde habían nacido? Ellos mismos no lo sabían exactamente. En alguna pequeña aldea del Estado de Texas, sin duda, de cuyo nombre se derivaba el de Texar.

Ya se sabe lo que es este vasto territorio, situado al sur de los Estados Unidos, sobre el golfo de México.

Después de haberse insurreccionado contra los mexicanos, el Estado de Texas, sostenido por los americanos en su obra de independencia, se anexionó por fin a la federación en 1845, bajo la presidencia de John Tyler. Unos quince años después de esta anexión fue cuando dos niños abandonados fueron encontrados en una pequeña aldea del litoral de Texas, recogidos y educados por la caridad pública.

Al principio, estos dos niños habían llamado mucho la atención por su maravilloso parecido. El mismo semblante, la misma voz, la misma actitud, y aun los mismos instintos, que demostraban una perversidad precoz.

De qué manera fueron educados, en qué medida recibieron alguna instrucción, cosa es que no puede decirse, ni tampoco a qué familia pertenecían. Acaso pertenecieran a alguna de aquellas familias nómadas que recorrían el país desde la guerra y la declaración de la independencia.

Cuando los hermanos Texar, impulsados por un irresistible deseo de libertad, creyeron que podían bastarse a sí mismos, desaparecieron.

Entonces tenían doce años. Desde aquel momento, no cabe duda alguna de que sus únicos medios de existencia eran el robo en los campos, en las casas de labranza, aquí pan, allí frutas, esperando el momento en que pudieran ejercer el pillaje a mano armada y las expoliaciones en los caminos, a los cuales estaban preparados desde su más tierna infancia.

En una palabra, no se les volvió a ver en las aldeas ni en los caseríos del territorio que antes tenían la costumbre de frecuentar, en compañía de malhechores que explotaban ya su semejanza.

Pasaron varios años. Los hermanos Texar fueron por completo olvidados, ocurriendo lo mismo hasta con su nombre. Y aunque este nombre debía tener más tarde deplorable resonancia en Florida, nadie ni nada vino a revelar que los dos hubiesen pasado los primeros años de su vida en las provincias litorales de Texas.

¿Y cómo había de ocurrir de otra manera, si desde su desaparición, por una combinación de que ya hemos hablado, no se conocieron jamás dos Texar?

Sobre esta misma combinación fue precisamente sobre la que se había basado toda aquella serie de iniquidades que debía ser tan difícil de probar y de castigar.

Efectivamente, se supo más tarde, cuando esta dualidad fue descubierta y materialmente establecida, que durante cierto número de años, unos veinte o treinta lo menos, los dos hermanos vivieron separados. Buscaban la fortuna por todos los medios; no se veían sino muy pocas veces, y después de largos intervalos, al abrigo de toda mirada, ya en América, ya en alguna otra parte del mundo donde los hubiera arrastrado el destino.

Se supo también que el uno o el otro, cuál de ellos no hubiera podido decirse, acaso los dos, habían hecho el oficio de negreros. Transportaban, o más bien hacían transportar cargamentos de esclavos desde las costas de África a los Estados del Sur de la Unión. En estas operaciones no desempeñaban más que el papel de intermediarios entre los tratantes del litoral y los capitanes de los buques empleados en este tráfico humano.

¿Prosperó su comercio? No se sabe. Sin embargo, es poco probable. En todo caso, disminuyó en una proporción notable, y se interrumpió finalmente, cuando la trata, denunciada como un acto de barbarie, fue

poco a poco abolida en el mundo civilizado. Los dos hermanos debieron renunciar a este género de tráfico.

Sin embargo, esta fortuna, detrás de la cual corrían desde tan largo tiempo, que querían adquirir a toda costa; esta fortuna no estaba hecha, y era preciso hacerla. Entonces fue cuando estos dos aventureros resolvieron sacar provecho de su inmenso parecido.

En semejante caso, sucede a menudo que estos fenómenos se modifican cuando los niños llegan a ser hombres.

Para los Texar no sucedió así. A medida que los años pasaban, el parecido físico y moral no diremos que se acentuaba, pero permanecía siempre lo mismo que había sido, absoluto. Era imposible distinguir el uno del otro, no solamente por los rasgos, sino también por el sonido y las inflexiones de la voz.

Los dos hermanos resolvieron utilizar esta particularidad natural para llevar a cabo las acciones más detestables, con la posibilidad, si uno de ellos era acusado, de probar una coartada para establecer su inocencia.

Así, mientras que el uno ejecutaba el crimen concertado entre ellos, el otro se mostraba públicamente en algún sitio, de manera que, gracias a la coartada, la no culpabilidad fuese demostrada *ipso facto*.

No hay necesidad de decir que toda su destreza y su más especial cuidado había de ser no dejarse coger *infraganti*, pues en este caso la coartada no podría ser establecida, y la maquinación no hubiera tardado en ser descubierta.

Establecido así el programa de su vida, los dos gemelos se dirigieron a Florida, donde ni el uno ni el otro eran conocidos todavía. Lo que les llevaba a aquel territorio eran las numerosas ocasiones que debía ofrecer un Estado en que los indios sostenían siempre una lucha encarnizada contra los americanos y los españoles.

Hacia 1850 ó 1851 fue cuando los Texar aparecieron por allí.

Es Texar, y no los Texar, lo que nos conviene decir. En conformidad con su programa, jamás se dejaron ver juntos, jamás se les encontró en el mismo día ni en el mismo lugar; jamás se supo que existían dos hermanos

de este nombre.

Por otra parte, al mismo tiempo que ocultaban su persona con el más completo incógnito, habían hecho no menos misterioso e ignorado el sitio de su vivienda habitual.

Como es sabido, fue en el fondo de la Bahía Negra donde se refugiaron. El islote central, el fortín abandonado, lo descubrieron en una exploración que efectuaron por las riberas del San Juan. Allí condujeron algunos esclavos, a los cuales no les fue revelado el secreto. Sólo Squambo conocía el misterio de su doble existencia. De una fidelidad a toda prueba para los dos hermanos; de una discreción absoluta en todo lo que les concernía, este digno confidente de los Texar era el ejecutor inexorable de sus voluntades.

No hay que decir que estos no aparecían jamás juntos en la Bahía Negra. Cuando tenían que hablar de algún negocio, se avisaban por correspondencia. Ya hemos visto que a este efecto no empleaban el correo. Una esquela metida entre las nervaduras de una hoja, esta hoja fija en una de las ramas de un tulipanero que crecía en el pantano vecino a la Bahía Negra, no les era preciso más. Todos los días, no sin precauciones, Squambo se dirigía al pantano. Si era portador de una carta escrita por aquel de los Texar que estaba en la Bahía Negra, la depositaba en la rama del tulipanero; si era el otro hermano el que había escrito, el indio tomaba su carta en el sitio convenido y la llevaba al fortín.

Después de su llegada a Florida, los Texar no habían tardado en ponerse en relación con todo lo peor de la población del territorio. Muchos malhechores llegaron a ser sus cómplices en infinitos robos cometidos en aquella época; después, más tarde, sus partidarios, cuando las circunstancias les llevaron a desempeñar un papel importante durante la guerra de secesión. Tan pronto el uno, tan pronto el otro, se ponían a su cabeza; y ninguno de sus cómplices supo jamás que el nombre de Texar pertenecía a dos gemelos.

Ahora se explica cómo, cuando se les perseguía encarnizadamente a propósito de tan diversos crímenes, pudieron ser invocadas tantas coartadas por los Texar; coartadas que debieron ser admitidas incontestablemente. Así sucedió con motivo de los crímenes denunciados a la justicia en el período anterior a esta historia, entre otros el que se refería a una casa de campo incendiada. Aunque James Burbank y

Zermah hubiesen reconocido positivamente a Texar como el autor del incendio, este fue absuelto por el tribunal de San Agustín, puesto que en el momento del crimen probó que estaba en Jacksonville, en la tienda de Torillo, lo cual pudieron confirmar numerosos testigos. Lo mismo ocurrió con la devastación de Camdless-Bay. ¿Cómo hubiera podido Texar conducir a los asaltantes al saqueo de Castle-House, cómo hubiera podido secuestrar a Zermah y a la pequeña Dy, puesto que se encontraba entre los prisioneros hechos por los federales en Fernandina, y detenido en uno de los buques de la flotilla? El Consejo de Guerra se había visto, por consiguiente, en la necesidad de absolverle, a pesar de tantas pruebas, y a pesar también de la declaración bajo juramento prestada por Alicia Stannard.

Y aun admitiendo que la dualidad de los Texar fuera al fin conocida, muy probablemente no se sabría jamás cuál de los dos había tomado personalmente parte en tan diversos crímenes. Después de todo, ¿no eran los dos culpables en el mismo grado, tan pronto cómplices, tan pronto autores principales en estos atentados que desde hacía tantos años desolaban el territorio de la Alta Florida? Sí, ciertamente, y no sería sino muy merecido el castigo que alcanzara al uno y al otro.

En cuanto a lo que había pasado últimamente en Jacksonville, era probable que los dos hermanos hubiesen desempeñado por turno el mismo papel, sobre todo después que la conmoción popular derribó a las autoridades regulares de la ciudad. Cuando Texar I se ausentaba para alguna expedición convenida, Texar II le remplazaba en el ejercicio de sus funciones, sin que sus partidarios pudiesen notarlo. Se puede, pues, admitir que tomaron una parte igual en los excesos cometidos por aquella época contra los colonos de origen nordista, y contra los plantadores del Sur, partidarios de las opiniones antiesclavistas.

Ya se comprende que los dos debían estar siempre al corriente de lo que pasaba en los Estados del centro de la Unión, en que la guerra civil ofrecía tantas fases imprevistas como en el Estado de Florida. Por otra parte, habían adquirido gran influencia sobre los blancos pobres de los condados, sobre los de origen español, lo mismo que sobre los americanos partidarios de la esclavitud, en fin, sobre toda la parte abyecta de la población.

En estas circunstancias, ambos estaban en correspondencia frecuente, a fin de darse citas en algún sitio secreto, conferenciar para la continuación

de sus operaciones y separarse con objeto de preparar las correspondientes coartadas.

Este es el motivo porque, mientras el uno estaba detenido en uno de los buques de la escuadra, el otro organizaba la expedición contra Camdless-Bay; y ya se ha visto cómo esta previsión les valió el ser absueltos de las acusaciones que se le hicieron ante el Consejo de Guerra en San Agustín.

Se ha dicho anteriormente que la edad había respetado este fenómeno de semejanza entre los dos hermanos. Sin embargo, era posible que un accidente físico, una herida, por ejemplo, viniese a alterar este parecido, y que el uno o el otro quedase marcado por un signo particular, lo cual hubiera bastado para comprometer el éxito de sus maquinaciones.

Y en esta vida aventurera, expuesta a tantos contratiempos, ¿no corrían este peligro, cuyas consecuencias hubiesen sido irreparables, y no les hubieran permitido sustituirse el uno al otro?

Pero desde el momento en que estos accidentes pudieran remediarse, la semejanza no debía sufrir lo más mínimo.

Así fue que, durante un ataque de noche, uno de los Texar quedó con la barba quemada por el fogonazo de un tiro que le dispararon a boca de jarro, poco tiempo después de su llegada a Florida. En seguida el otro se apresuró a afeitarse completamente, a fin de estar imberbe como su hermano; y se recordará que esto ha sido mencionado con referencia al Texar que se encontraba en la Bahía Negra al principio de esta historia.

Otro hecho que exige también una explicación. No se habrá olvidado que una noche, mientras que estaba en la Bahía Negra, vio Zermah que Texar se hizo tatuar un brazo. La causa fue la siguiente: Su hermano estaba entre el número de viajeros floridianos, presos por una banda de seminolas, que habían sido marcados con un signo indeleble en el brazo izquierdo. Inmediatamente remitióse un calco de este signo al fortín, y Squambo pudo reproducirlo en el brazo de Texar, que no lo tenía. La identidad continuó, pues, siendo absolutamente completa.

No sería aventurado afirmar que, si a Texar I se le hubiera amputado un brazo, Texar II se hubiera sometido inmediatamente a la misma operación.

En resumen, durante una docena de años, los hermanos Texar no cesaron

de llevar esta vida por partida doble, pero con tal habilidad y tal prudencia, que habían podido lograr hasta entonces burlar todas las precauciones de la justicia floridiana.

¿Se habían enriquecido en este oficio los dos hermanos? Sí, sin duda, en cierta medida. Una suma bastante fuerte de dinero, economizada de los productos del pillaje y de los robos, había estado oculta en un sitio secreto del fortín de la Bahía Negra. Por precaución, Texar había llevado consigo su tesoro cuando se decidió a partir para la isla Carneral, y se puede estar seguro de que no lo dejaría en la choza si se veía obligado a huir al otro lado del estrecho de Bahama.

Sin embargo, esta fortuna no les parecía suficiente, por cuya causa se proponían acrecentarla antes de ir a gozar de ella sin peligro en alguna capital de Europa o del norte de América.

Por otra parte, sabiendo que el comodoro Dupont tenía la intención de evacuar bien pronto Florida, los dos hermanos se habían dicho que aún se presentaría ocasión de enriquecerse, y que harían pagar caras a los colonos nordistas aquellas pocas semanas de la ocupación federal. Estaban, pues, resueltos a ver venir las cosas. Una vez en Jacksonville, gracias a sus partidarios, gracias a todos los sudistas comprometidos con ellos, sabrían muy pronto volver a ocupar la posición que un tumulto les había dado, y que otro tumulto podría devolverles.

Los Texar, tenían, sin embargo, un medio seguro de adquirir lo que les faltaba para ser ricos, aún más todavía que lo que ellos deseaban.

En efecto, ¿por qué no escuchaban la proposición que Zermah acababa de hacer a uno de ellos? ¿Por qué no consentían en devolver la pequeña Dy a sus padres desesperados? James Burbank hubiera ciertamente rescatado al precio de su fortuna la libertad de su hija. Se hubiera comprometido a no dar ninguna queja, a no provocar ninguna persecución contra Texar. Pero en los dos hermanos el odio hablaba más alto que el interés, y si es verdad que ellos querían enriquecerse, querían también vengarse de la familia Burbank antes de salir de Florida para siempre.

Ya se sabe, pues, todo lo que importa conocer con relación a los hermanos Texar. Ya no hay más que esperar el desenlace de esta historia, que no se hará esperar.

Inútil es añadir que Zermah lo había comprendido todo cuando se encontró de repente en presencia de los dos hermanos. La reconstrucción del pasado se hizo instantáneamente en su imaginación. Mirándolos estupefacta, permaneció inmóvil como si hubiera echado raíces en el suelo, teniendo a la niña en sus brazos. Felizmente, el aire, más abundante en aquella habitación, había alejado todo peligro de asfixia en la niña.

En cuanto a Zermah, su presencia ante los dos hermanos, aquel secreto que acababa de descubrir, era para ella una sentencia de muerte.

XXX. Zermah trabaja

Al ver a Zermah, los Texar, por dueños de sí mismos que fuesen, no habían podido contenerse. Desde su infancia, puede decirse, era la primera vez que habían sido vistos juntos por una tercera persona, y esta persona era precisamente su mortal enemiga.

El primer movimiento de los dos hermanos, al verla, fue el de arrojarse sobre ella para matarla, a fin de salvar de esta manera el resto de su doble existencia.

La niña se había incorporado en los brazos de Zermah, y tendiendo los suyos, descarnados, exclamaba:

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

A una indicación muda de los dos hermanos, Squambo avanzó bruscamente hacia la mestiza, le puso la mano sobre el hombro, y empujándola hacia su habitación, cerró violentamente la puerta tras ella.

Entonces Squambo volvió al lado de los Texar. Su actitud indicaba bien claramente que no tenían más que mandarles, y él obedecería.

Sin embargo, lo imprevisto de aquella escena les había turbado más de lo que hubieran podido imaginarse dado su carácter audaz y violento. Se habían quedado indecisos, y parecía que se consultaban con la mirada.

Entretanto, Zermah se había arrojado en un rincón de la habitación después de haber depositado a la niña sobre su cama de hierbas. Había vuelto a recobrar su sangre fría. Se aproximó a la puerta, a fin de escuchar lo que pudiera interesarle. En aquel momento indudablemente iba a decidirse su suerte. Pero los Texar y Squambo acababan de salir de la choza, y sus palabras no llegaban a los oídos de Zermah.

La conversación que sostuvieron fue la siguiente:

—¡Es preciso que Zermah muera!

—¡Es preciso! Si por casualidad llegara a escaparse, o si por acaso los federales lograran libertarla, estaríamos perdidos. ¡Que muera, pues!

—Al instante —respondió Squambo.

Y ya se dirigía hacia la choza con el cuchillo en la mano, cuando uno de los Texar le detuvo:

—Esperemos —dijo—. Siempre estaremos a tiempo para hacer desaparecer a Zermah, cuyos cuidados son sumamente necesarios a la niña hasta que encontremos quien la remplace. Antes de obrar, procuremos damos cuenta de la situación. Un destacamento de nordistas escudriña en estos momentos el bosque de cipreses, por orden de Dupont. Pues bien, exploraremos primeramente los alrededores de la isla y del lago. Nada prueba que este destacamento, que desciende hacia el Sur, se haya de dirigir hacia este lado. Si viene, tendremos tiempo suficiente para huir; y si no viene, permaneceremos aquí, dejándole internarse en las profundidades de Florida. Allí estará a merced nuestra, pues habremos tenido tiempo suficiente de reunir la mayor parte de las milicias que vagan por el territorio. Entonces, en lugar de huir, seremos nosotros los que les persigamos con tenacidad. Será fácil cortarles la retirada y si algunos marineros han podido escapar al degüello de Kissimmee, esta vez no quedará ni uno solo con vida.

En las circunstancias actuales, aquel era el partido más prudente. Un gran número de sudistas ocupaban entonces aquella región, no esperando más que una ocasión de intentar un golpe contra los federales. Cuando uno de los Texar y sus compañeros hubieran llevado a cabo un reconocimiento, decidirían si debían permanecer en la isla Carneral o si deberían replegarse hacia la región del cabo Sable. Una de estas dos resoluciones sería adoptada al día siguiente. En cuanto a Zermah, cualquiera que fuese el resultado de la exploración, Squambo se encargaría de asegurar su discreción por medio de una puñalada.

—Respecto a la niña —añadió uno de los dos hermanos—, está en nuestro poder, y en interés nuestro debemos conservarla con vida. Ella no ha podido comprender lo que ha comprendido Zermah, y puede llegar a ser el precio de nuestro rescate en el caso de que cayéramos en poder del capitán Howick. A fin de rescatar a su hija, James Burbank aceptaría todas las proposiciones que tuviéramos a bien imponerle: no solamente la

garantía de nuestra impunidad, sino el precio que quisiéramos fijar por la libertad de la niña.

—Si Zermah muere —dijo el indio—, ¿no es de temer que la pequeña sucumba?

—No; los cuidados no le faltarán —respondió uno de los Texar—; yo encontraré fácilmente una india que remplace a la mestiza.

—¡Sea! Pero, ante todo, es preciso que no tengamos nada que temer de Zermah.

—Bien pronto, suceda lo que quiera, habrá dejado de existir.

Así concluyó la conversación de los dos hermanos, y Zermah les oyó entrar en la cabaña.

¡Qué noche pasó la desgraciada mujer...! Comprendía que estaba condenada a muerte, y no pensaba en sí misma. De su suerte se inquietaba poco, habiendo estado siempre dispuesta a dar la vida por sus señores. Pero su muerte sería dejar a Dy abandonada a las crueldades de aquellos hombres sin piedad. Aun admitiendo que tuvieran interés en que la niña viviese, ¿no sucumbiría esta cuando Zermah no estuviera a su lado para cuidar de ella?

Pensando en esto, la idea de la fuga volvió a su mente con gran obstinación; era, por decirlo así, una obsesión continua la de huir antes que Texar la hubiese separado de la niña.

Durante esta interminable noche, la mestiza no pensó más que en poner en ejecución su proyecto. Sin embargo, de la conversación escuchada había ella retenido en la memoria, entre otras cosas, la de que uno de los Texar y sus compañeros iban a ir al día siguiente a efectuar una exploración por los alrededores del lago. Evidentemente, esta exploración a los alrededores del lago, como antes se ha dicho, no sería hecha sino en la posibilidad de resistir al destacamento federal si lo encontraba Texar, pues se haría acompañar de todo su personal y de los partidarios conducidos por su hermano. Este se quedaría sin duda en la isla, tanto para no ser reconocido como para vigilar la choza. Entonces sería cuando Zermah intentaría huir. Acaso lograra encontrar un arma cualquiera, y, en caso de ser sorprendida, no vacilaría en servirse de ella.

En estos pensamientos transcurrió la noche. Vanamente había procurado Zermah sacar alguna indicación de los ruidos que se producían en la isla, siempre con el pensamiento de que las tropas del capitán Howick iban quizás a llegar para apoderarse de Texar.

Algunos momentos antes de amanecer, la niña, después de haber reposado un poco, se despertó. Zermah le dio algunas gotas de agua que la refrescaron. Después, mirándola como si sus ojos no hubieran de volver a verla más, la estrechó sobre su corazón. Si en este momento hubiesen entrado para separarla de ella se hubiera defendido con el furor de una fiera rabiosa a quien se quisiera separar de sus hijitos.

—¿Qué tienes, querida Zermah? —preguntó la niña.

—Nada, nada —murmuró la mestiza.

—Y mamá, ¿cuándo la veremos?

—Muy pronto —respondió Zermah—. Hoy puede ser; sí, querida mía. Hoy espero que ya estaremos lejos...

—¿Y esos hombres que he visto esta noche...?

—¡Esos hombres! —respondió Zermah—. ¿Los has mirado bien?

—Sí, y me daban mucho miedo.

—Pero los has visto bien, ¿no es verdad? ¿Has notado cómo se parecían?

—Sí, Zermah.

—Pues bien, acuérdate de decir a tu padre y a Gilbert que son dos hermanos, ¿comprendes? Dos hermanos Texar, y tan parecidos que no se puede distinguir el uno del otro.

—Tú también se lo dirás, ¿verdad?

—Sí, también se lo diré. Sin embargo, si yo no estuviese allí, es preciso que no lo olvides.

—¿Y por qué no estarías tú allí? —preguntó la niña, que rodeaba con sus pequeños brazos al cuello de la mestiza, como para unirse más a ella.

—Yo estaré, querida mía; yo estaré. Ahora, si partimos, como tendremos que hacer una larga caminata, será preciso tomar fuerzas; voy, pues, a darte tú almuerzo.

—¿Y tú?

—Yo he comido mientras tú dormías, no tengo hambre.

La verdad es que Zermah no hubiera podido comer, por poco que fuese, en el estado de sobreexcitación en que se encontraba. Después de su comida, la niña se volvió a acostar en su cama de hierbas.

Zermah fue entonces a colocarse cerca de la abertura que las cañas de la choza dejaban entre sí en el ángulo de la habitación. Desde allí, durante una hora, no cesó de observar lo que pasaba en el exterior, pues todo era para ella de suma importancia.

Se hacían los preparativos del viaje. Uno de los hermanos, uno solo, presidía la formación de la tropa que había de conducir al bosque de los cipreses. El otro, que nadie había visto, sin duda había debido esconderse, ya en el interior de la choza, o ya en algún rincón de la isla.

Esto es al menos lo que pensó Zermah, conociendo el cuidado que ponían en guardar el secreto de su existencia. Entonces se dijo a sí misma que sería seguramente el que se quedara en la isla el que se encargase de vigilar a la niña y a ella.

Zermah no se engañaba, como vamos a ver bien pronto.

Entretanto, los partidarios y los esclavos estaban reunidos en número de unos cincuenta delante de la choza, esperando las órdenes de su jefe para ponerse en marcha.

Eran aproximadamente las nueve de la mañana cuando la tropa se dispuso a ganar la orilla del bosque, lo que exigió cierto tiempo, pues la barca no podía transportar más que cinco o seis hombres a la vez.

Zermah los vio descender en pequeños grupos y después marchar por la otra orilla. Sin embargo, a través de las cañas de la choza no podía descubrir la superficie del canal, situado mucho más bajo que el nivel de la isla.

Texar, que se había quedado el último, desapareció a su vez seguido de uno de sus perros, cuyo instinto debía utilizar durante la exploración. A una señal de su amo, el otro lebrél volvió a la choza, como si hubiera sido el único encargado de guardar su puerta.

Un instante después, Zermah vio a Texar que marchaba por la orilla opuesta, y que se paraba un momento para poner en orden su tropa. Después, todos, con Squambo a la cabeza, acompañado del perro, desaparecieron detrás de las gigantescas cañas y bajo los primeros árboles del bosque. Sin duda uno de los negros había debido traer la barca a la orilla de la isla, a fin de que nadie pudiese pasar a esta. Sin embargo, la mestiza no pudo verle, y pensó que había debido seguir los bordes del canal.

Ya no dudó más.

Dy acababa de despertarse. Causaba pena mirar por entre los jirones de sus vestidos, desgarrados por tantas fatigas, el extenuado cuerpecito de la niña.

—Ven, querida mía —dijo Zermah.

—¿Adónde? —preguntó la niña.

—Allá, hacia el bosque, acaso encontraremos allí a tu padre. ¿Tendrás miedo?

—Contigo, jamás.

Entonces la mestiza entreabrió la puerta de su habitación con mucho cuidado. Como no había escuchado ningún ruido en la habitación contigua, suponía que Texar no debía estar en la choza.

En efecto, allí no había nadie. En primer lugar Zermah buscó alguna arma, de la cual estaba decidida a servirse contra cualquiera que se propusiese detenerla.

Allí, sobre la mesa, había uno de esos anchos cuchillos de que los indios hacen uso en sus cacerías.

La mestiza se apoderó de él y lo ocultó entre sus vestidos. Tomó también

un poco de carne seca que debía bastar para su sostenimiento durante algunos días. En aquel momento en que se trataba de salir de la choza, Zermah miró a través de las paredes, en la dirección del canal. Ningún ser viviente vagaba por aquella parte de la isla; ni siquiera aquel de los dos perros que habían dejado para guardia de la habitación.

Tranquilizada la mestiza, trató de abrir la puerta exterior.

Esta puerta, cerrada por fuera, resistió.

En seguida Zermah entró en su habitación con la niña. No había más que una cosa que hacer, utilizar el agujero, medio descubierto ya a través de la pared de la choza.

Este trabajo no fue difícil. La mestiza pudo servirse de su cuchillo para cortar las cañas que estaban entrelazadas, operación que fue hecha con el menor ruido posible.

Sin embargo, si el lebrel, que no había seguido a Texar, no había aparecido hasta entonces, ¿sería lo mismo cuando Zermah saliese fuera? Aquel feroz animal, ¿no acudiría presuroso, y se arrojaría contra ella o sobre la pobre niña? Tanto hubiera valido encontrarse frente a frente con un tigre.

Sin embargo, era preciso no vacilar. Por consiguiente, cuando el paso estuvo franco, Zermah cogió a la niña, a la cual besó y abrazó apasionadamente. La pobre Dy le volvió sus caricias con efusión. Todo lo había comprendido; era preciso huir, huir por aquel agujero que acababa de abrirse.

Zermah deslizóse a través de la abertura. En seguida, después de haber dirigido sus miradas a derecha e izquierda, escuchó atentamente; ni el menor ruido se dejaba oír. La pequeña Dy apareció entonces por el orificio abierto en la pared.

En este momento resonó un aullido, todavía muy lejano, pero que parecía venir de la parte Oeste de la isla. Zermah se precipitó a coger la niña. El corazón le latía hasta romperse dentro del pecho. No se creería relativamente en seguridad hasta después de haber desaparecido detrás de las cañas de la orilla opuesta.

Pero atravesar lo menos un centenar de pasos, esto es, el espacio que separaba la choza del canal, era precisamente lo más difícil de la evasión. Se exponía a ser descubierta por Texar o por el esclavo que había debido permanecer en la isla.

Felizmente, a la derecha de la choza, un espeso bosquecillo de plantas arborescentes, entremezcladas de cañas, se extendía hasta el borde del canal, a algunas varas solamente del sitio en que debía encontrarse la barca.

Zermah resolvió internarse por entre la vegetación espesa del bosquecillo, proyecto que fue en seguida puesto en ejecución. Las altas plantas abrieron un paso a las dos fugitivas, y el follaje se cerró tras ellas. En cuanto a los aullidos del perro, no se oyeron ya más.

Esta marcha a través de la espesura no se hizo sin trabajo. Era preciso introducirse por entre los altos tallos de los arbolillos y de los arbustos, que no dejaban entre sí más que un pequeño espacio.

Bien pronto Zermah tuvo todos sus vestidos hechos jirones, y sus manos ensangrentadas. Pero poco le importaba si podía evitar que la niña fuese desgarrada por aquellas largas espinas. No era la valerosa mestiza a quien aquellas picaduras hubieran podido arrancar un signo siquiera de dolor. Sin embargo, a pesar de todos los cuidados que tomó, la pobre niña fue herida varias veces en los brazos y en las manos. Dy no exhaló ni el más pequeño grito, ni dejó oír ni una sola queja.

Aunque la distancia que había que franquear fuese relativamente corta, unas sesenta varas todo lo más, fue precisa no menos de media hora para llegar a la orilla del canal.

Zermah se paró entonces, y a través de las cañas miró por el lado de la choza, y luego por el lado del bosque.

Nadie se veía sobre las más altas mesetas de la isla. Sobre la otra orilla, no había tampoco ningún indicio de Texar ni de sus compañeros, que debían estar entonces a una o dos millas en el interior. A menos de un encuentro con los nordistas, no estarían de vuelta antes de algunas horas.

Sin embargo, Zermah no podía creer que se la hubiese dejado sola en la choza. No era de suponer tampoco que uno de los Texar, que había

llegado la víspera con sus partidarios, hubiese dejado la isla durante la noche, ni que el perro le hubiese seguido. Por otra parte, ¿no había oído ella misma los aullidos, que probaban que el lebrél rondaba entre los árboles? De un instante a otro podía verlos aparecer, juntos o separados. Acaso apresurándose lograría llegar, antes que la descubrieran, al bosque de los cipreses.

Como se recordará, en tanto que Zermah observaba los movimientos de los compañeros de Texar, no había podido ver la barca en el momento en que atravesaba el canal, cuyo lecho estaba oculto por la altura y el espesor de las cañas.

Pero Zermah no dudaba de que esta barca hubiese sido conducida a la orilla de la isla por uno de los esclavos. Esto era muy importante para la seguridad del campamento, en el caso de que los soldados del capitán Howick hubieran llegado en ausencia de los sudistas.

Sin embargo, ¿y si la barca hubiera quedado en la otra orilla, si hubiera parecido prudente el no alejarla, a fin de asegurar más rápidamente el paso de Texar y los suyos, seguidos muy de cerca por los federales? ¿Cómo se valdría la mestiza para trasladarse al otro lado? ¿Le sería preciso huir a través de las malezas de la isla? Y una vez allí, ¿debería esperar a que Texar hubiera partido para ir en busca de nuevo refugio en el fondo de los Everglades? Pero si él se decidía a intentar esto, no sería sin haber apelado a todos los medios para encontrar a Zermah y a la niña. Por consiguiente, la única salvación estaba en poder servirse de la barca para atravesar el canal. Zermah no tuvo más que deslizarse entre las cañas, un espacio de cinco o seis varas. Llegada a aquel sitio, se detuvo...

La barca estaba en la otra orilla.

XXXI. Los dos hermanos

La situación era desesperada. ¿Cómo pasar? Un audaz nadador no hubiera podido hacerlo sin correr el riesgo de perder veinte veces la vida. ¿Que no había más que un centenar de pies desde una orilla a la otra...? Verdad, pero sin una barca era imposible franquearlos. Mil cabezas triangulares asomaban acá y allá entre las aguas, y las hierbas se agitaban, movidas por el rápido paso de los reptiles.

La pequeña Dy, en el colmo del espanto, se pegaba materialmente a Zermah. ¡Ah! Si para la salvación de la niña hubiese bastado arrojarse al fondo del canal, en medio de aquellos monstruos que la hubiesen enlazado como un gigantesco pulpo de mil tentáculos, la mestiza no hubiera vacilado un instante.

Pero para salvarla era precisa una circunstancia providencial. Esta circunstancia sólo Dios podía proporcionarla; Zermah no tenía más recurso que ÉL Arrodillada en la orilla del canal imploraba la misericordia del que dispone del azar, del cual Él hace muy a menudo el agente de sus voluntades.

Entretanto, de un momento a otro, aquel de los Texar que había permanecido en la isla, podía aparecer en la linde del bosque. Si de un momento a otro cualquiera de los compañeros de Texar volvía a la choza, y no encontraba en ella ni a Dy ni a Zermah, ¿no sería lo más natural el que se pusiera en seguida en su busca?

—¡Dios mío! —exclamó la desgraciada mujer—: ¡Tened piedad de nosotras!

De repente sus miradas se dirigieron hacia la derecha del canal. Una ligera corriente arrastraba las aguas hacia el Norte del lago, donde corren algunos afluentes del Caloosahatchee, uno de los pequeños ríos que desaguan en el golfo de México, y por el cual se alimenta el lago Okee-cho-bee en la época de las grandes mareas mensuales.

Un tronco de árbol que seguía la corriente por la derecha, acababa de tocar en la orilla. ¿No podría este tronco servir de barco para la travesía del canal, puesto que un recodo de la ribera, haciendo desviarse la corriente algunas varas más abajo, la empujaba hasta el lado del bosque de cipreses? Sí, evidentemente. Por el contrario, si por desgracia este tronco volviese hacia la isla, las fugitivas se verían más comprometidas de lo que se veían en aquel momento.

Sin reflexionar más, como por instinto, Zermah se precipitó hacia el árbol flotante. Si se hubiese tomado tiempo para reflexionar, acaso se hubiese dicho que cientos de reptiles pululaban bajo las aguas, o que las hierbas podían detener el tronco en medio del canal. Sí, esto podía ser, pero todo era preferible a permanecer un momento más en la isla. Zermah, pues, llevando a Dy en los brazos, después de haberse asegurado bien sobre el tronco, hizo un movimiento de empuje, y se apartó de la orilla.

En seguida el tronco volvió a enfilear la corriente, la cual tendía a conducirlo hacia la otra ribera.

Sin embargo, Zermah trataba de ocultarse entre el ramaje que en parte le cubría, no obstante que las dos orillas estaban absolutamente desiertas. Ningún ruido se oía, ni del lado de la isla ni por la parte del bosque. Una vez atravesado el canal, la mestiza se arreglaría para buscar un abrigo seguro hasta la noche esperando que pudiera internarse en el bosque sin correr el riesgo de ser descubierta. La esperanza había vuelto a su corazón. Apenas se cuidaba de los reptiles, cuyas asquerosas fauces se abrían a uno y otro lado del tronco del árbol.

La pobre niña había cerrado los ojos. Zermah, con una mano la tenía apretada contra su pecho, y con la otra estaba preparada para defenderse de los monstruos. Pero fuese que estos estuviesen asustados a la vista del cuchillo que les amenazaba, o que no fuesen temibles más que bajo las aguas, no se atrevieron a lanzarse sobre el tronco.

Este llegó lentamente al centro del canal, desde cuyo punto la corriente se dirigía en sentido oblicuo hacia la orilla del bosque. Antes de un cuarto de hora, si no se detenía entre las plantas acuáticas, debería haber llegado a la otra orilla, y entonces, por grandes que los peligros fuesen todavía, Zermah se creería fuera de las maniobras y del poder de Texar.

De repente, la mestiza apretó más fuertemente a la niña contra su pecho.

Furiosos aullidos se dejaron oír en la isla. Casi en seguida, un perro apareció a lo largo de la ribera, por la cual marchaba rápidamente, lanzando sordos gruñidos.

Zermah reconoció al lebel que había quedado en la isla para la vigilancia de la choza, y que Texar no había llevado consigo.

Allí, con el pelo erizado, los ojos fulgurantes, se hallaba presto a lanzarse en medio de los reptiles que se agitaban en la superficie de las aguas.

En el mismo momento, un hombre apareció en la orilla.

Era uno de los hermanos Texar, el que había quedado en la isla. Puesto sobre aviso por los aullidos del perro, acababa de llegar al sitio en que este se encontraba.

Hasta qué grado llegó su cólera cuando descubrió a Dy y a Zermah sobre el árbol que seguía la corriente de las aguas, sería difícil imaginarlo. No podía lanzarse en su persecución, puesto que la barca se encontraba en la otra orilla del canal. Para detenerlas no había más que un medio: matar a Zermah, a riesgo de hacer morir a la niña con ella.

Texar, armado de su fusil, se lo echó a la cara y apuntó a la mestiza, que trataba de cubrir a la niña con su cuerpo.

De repente, el perro, presa de una excitación loca, se precipitó al canal. Texar pensó que era conveniente dejarle hacer.

El perro se aproximaba rápidamente al tronco. Zermah, con su cuchillo fuertemente asido, se preparaba para herirle. Pero esto no fue necesario.

Los reptiles enlazaron en un instante al animal, que después de haber respondido con feroces dentelladas a las venenosas mordeduras de aquellos, desapareció bien pronto bajo las hierbas.

Texar había asistido a la muerte del perro sin haber tenido tiempo ni medios de socorrerle. ¡Zermah iba a escapársele...!

—¡Muere, pues! —exclamó ebrio de cólera, disparando sobre ella.

Pero la improvisada embarcación alcanzaba entonces la otra orilla y la

bala no hizo más que rozar el hombro de la mestiza.

Algunos momentos después, el tronco se detenía. Zermah, llevando siempre en brazos a la niña, poniendo el pie en tierra, desaparecía entre las cañas, donde un segundo tiro disparado por Texar no pudo alcanzarla, y se internaba bajo los primeros cipreses del bosque.

Sin embargo, si la mestiza no tenía nada que temer del Texar que había quedado en la isla, corría el riesgo todavía de caer entre las manos del otro Texar.

Así, su primera preocupación, y de lo primero que se cuidó, fue alejarse todo lo posible, y con toda la rapidez que le permitiera su estado, de la isla Carneral. Cuando llegara la noche, trataría de dirigirse hacia el lago Washington.

Empleando todo cuanto poseía de fuerza física y de energía moral, corrió más bien que anduvo, al azar, llevando en brazos a la niña, que no hubiera podido seguirla sin retrasar su marcha. Las endebles piernas de Dy se hubieran negado a correr por aquel suelo desigual, en medio del ramaje, que hería en el rostro, y detiene, como si fuera trampa de cazadores, entre aquellas largas raíces, cuyos cruces y enlazamientos oponían tantos obstáculos a su marcha, que eran para ella verdaderamente insuperables.

Zermah continuó, pues, llevando sobre sí su querida carga, de la cual parecía que ni siquiera sentía el peso. Algunas veces se detenía, menos para tomar aliento que para prestar atento oído a todos los ruidos del bosque. Tan pronto le parecía oír aullidos, que hubieran sido indudablemente del otro lebrél conducido por Texar, tan pronto algunos tiros de fusil, disparados a lo lejos. Entonces se preguntaba a sí misma si los partidarios sudistas estarían librando un combate con el destacamento federal. Después, cuando se convenció de que todos aquellos ruidos no eran más que los gritos del pájaro imitador, o la detonación de alguna rama seca cuyas fibras saltaban, produciendo una detonación como la de un tiro de pistola, volvía a emprender su marcha, interrumpida un instante.

En aquellos momentos, su corazón, lleno de esperanza, no quería ver los peligros que la amenazaban antes de haber alcanzado el curso del San Juan.

Durante una hora, se alejó así del lago Okee-cho-bee, yendo en dirección

oblicua hacia el Este, a fin de aproximarse al litoral del Atlántico. Se decía, con razón, que los navíos de la escuadra debían cruzar por la costa de Florida, para esperar el destacamento enviado bajo las órdenes del capitán Howick. ¿Y no podía suceder que varias chalupas estuviesen en observación a lo largo de la ribera?

De repente, Zermah se detuvo. Esta vez no se engañaba. Un furioso aullido resonaba bajo los árboles y se aproximaba a ella sensiblemente. Zermah reconoció en este aullido el que había escuchado con tanta frecuencia mientras que los lebreles rondaban alrededor del fortín de la Bahía Negra.

—Este perro está sobre nuestra pista —dijo para sí—; por consiguiente, Texar no puede encontrarse muy lejos.

Su primer cuidado fue buscar un escondrijo donde meterse con la niña. Pero ¿podría escapar al olfato finísimo de un animal tan inteligente como feroz, adiestrado desde pequeño a perseguir los esclavos fugitivos y a descubrir sus huellas?

Los aullidos se aproximaban cada vez más, y ya hasta se podían oír algunos gritos lejanos.

A pocos pasos de allí se erguía un viejo ciprés, hueco ya y carcomido por la edad, sobre el cual las serpentarias y los bejucos habían echado una espesa red de follaje.

Zermah se metió en aquella cavidad, bastante grande para contener a ella y a la niña, quedando las dos cubiertas por la red de las plantas trepadoras.

Pero el lebrél estaba sobre sus huellas instantes después. Zermah le vio aparecer delante del árbol. Aullaba con furor creciente, y de un salto se lanzó sobre el ciprés.

Un fuerte golpe con el cuchillo le hizo retroceder, y después aullaba con más violencia.

Casi en seguida sonó un ruido de pasos. Varias voces se llamaban y se respondían mutuamente y entre ellas, las voces, tan fáciles de reconocer, de Texar y de Squambo.

Eran, en efecto, Texar y sus compañeros, que marchaban rápidamente

hacia el lago, a fin de escapar del destacamento federal. Lo habían encontrado de improviso en el bosque, y no considerándose con fuerzas suficientes para hacerles frente, se alejaban de él a toda prisa. Texar procuraba llegar a la isla Carneral por el camino más corto, a fin de poner una barrera de agua entre los federales y él. Como aquellos no podrían franquear el canal sin una embarcación, se verían obligados a detenerse ante tal obstáculo. Entonces, durante aquellas horas de detención, los partidarios sudistas tratarían de alcanzar el otro lado de la isla, y llegada que fuese la noche intentarían utilizar la barca para desembarcar en la ribera meridional del lago.

Cuando Texar y Squambo llegaron enfrente del ciprés, ante el cual el perro aullaba todavía, vieron el suelo manchado con la sangre que corría por una ancha herida abierta en un costado del animal.

—¡Mirad, mirad! —exclamó el indio.

—¿Ha sido herido el perro? —preguntó Texar.

—¡Sí! Herido de una cuchillada, y no hace más que un instante, su sangre humea todavía.

—¿Quién ha podido...?

En aquel momento el perro se precipitó de nuevo sobre la pared de follaje, que Squambo apartó con su fusil.

—¡Zermah! —exclamó.

—¡Y la niña! —añadió Texar.

—¡Sí! ¿Cómo habrán podido huir?

—¡A muerte, Zermah, a muerte!

La mestiza, desarmada por Squambo en el momento en que iba a herir a Texar, fue sacada tan brutalmente de la cavidad del árbol, que la pobre Dy se le escapó de los brazos y rodó en medio de las gigantescas setas y de los hongos, que tan abundantes son en los bosques de cipreses.

Al choque, uno de aquellos hongos *pecices* estalló como un arma de fuego. El aire se llenó de un polvo luminoso. En el mismo instante otros *pecices*

estallaron a su vez. Fue aquello un estruendo general, como si el bosque hubiera estado lleno de fuegos artificiales que se cruzaran en todos sentidos.

Ciego por aquellas miríadas de aporos, Texar se había visto obligado a soltar a Zermah, que ya tenía bajo su cuchillo, en tanto que Squambo se hallaba también ciego por aquel polvo luminoso y ardiente.

Por fortuna, la mestiza y la niña, tendidas en el suelo, no habían sido atacadas por aquellos átomos que oscilaban por encima de ellas.

Sin embargo, Zermah no podía escapar a la venganza de Texar. Ya después de una última serie de explosiones, el aire se había hecho respirable.

Nuevas detonaciones se oyeron entonces; pero esta vez eran detonaciones de armas de fuego.

Era el destacamento federal que se arrojaba contra los partidarios de Texar. Estos, rodeados instantáneamente por los marineros del capitán Howick, se vieron obligados a rendir las armas.

En el mismo momento, Texar, que había vuelto a coger a Zermah, la hirió en medio del pecho.

—¡La niña! ¡Coge la niña! —gritó a Squambo.

Ya el indio había cogido a la pequeña y corría con ella hacia el lago, cuando sonó un tiro y Squambo cayó muerto, atravesado el corazón por una bala que Gilbert acababa de dispararle.

Ya estaban allí todos; James y Gilbert Burbank, Edward Carrol, Perry, Mars, los negros de Camdless-Bay y los marineros del capitán Howick, que tenían rodeados a los sudistas, entre los cuales estaba Texar en pie, cerca del cadáver de Squambo.

Pero ¿qué importaba? La pequeña Dy ya estaba en brazos de su padre, que la estrechaba febrilmente contra su corazón, como si temiese que se la hubieran de arrebatarse de nuevo. Gilbert y Mars, inclinados sobre Zermah, intentaban reanimarla.

La pobre mujer aún respiraba, pero no podía hablar. Mars la sostenía por

la cabeza, la llamaba, la besaba sin cesar.

Zermah abrió los ojos, vio a la niña en brazos de Mr. Burbank, reconoció a Mars, que la cubría de besos, y le sonrió. Después sus párpados se cerraron.

Mars, levantándose entonces, vio a Texar, y se lanzó sobre él, repitiendo estas palabras que tan a menudo habían salido de su boca:

—¡Yo mataré a Texar! ¡Yo mataré a Texar!

—¡Detente, Mars! —dijo el capitán Howick—. Déjanos hacer justicia a este miserable.

Y volviéndose hacia Texar, le preguntó:

—¿Sois vos Texar, el de la Bahía Negra?

—No tengo por qué responder —replicó Texar.

—James Burbank, el teniente Gilbert, Edward Carrol y Mars os conocen y os reconocen.

—Está bien.

—Vais a ser fusilado.

—Hacedlo.

Entonces, con extraordinaria sorpresa de todos los que lo escucharon, la pequeña Dy, dirigiéndose a James Burbank, dijo:

—Papá, son dos hermanos, dos hombres malos que se parecen.

—¿Dos hombres?

—Sí; mi querida Zermah me ha encargado mucho que te lo diga.

Hubiera sido difícil comprender lo que significaban estas singulares palabras de la niña; pero la explicación fue dada bien pronto, de una manera inesperada.

En efecto, Texar había sido conducido al pie de un árbol. Allí, mirando a

James Burbank frente a frente, fumaba un cigarrillo que acababa de encender, cuando de repente, en el momento en que se alineaba el pelotón que había de fusilarle, un hombre salió del bosque y vino a colocarse cerca del condenado.

Era el segundo Texar, al cual los partidarios que habían podido llegar a la isla Carneral acababan de comunicar el apresamiento de sus compañeros y la muerte de Squambo.

La presencia de aquellos dos hombres tan parecidos, explicó lo que significaban las palabras de la niña. Se tuvo, por fin, la explicación de aquellas inexplicables coartadas, y ya el pasado de los Texar, reconstituido con su sola presencia, era claro para todos.

Sin embargo, la intervención del hermano iba a llevar cierta duda en el cumplimiento de las órdenes del comodoro. En efecto, la orden de ejecución inmediata, dada por Dupont, no concernía más que al autor de la emboscada, en la cual habían perecido los oficiales y los marineros de las chalupas federales. En cuanto al autor del pillaje de Camdless-Bay y del raptó, aquel debía ser conducido a San Agustín, donde sería juzgado de nuevo y condenado sin duda alguna.

Y, sin embargo, ¿no podía considerarse a los dos como igualmente responsables de aquella serie de crímenes que habían podido cometer impunemente gracias a su semejanza?

Sí, ciertamente; pero, sin embargo, por respeto a la legalidad, el capitán Howick creyó deber hacerles la siguiente pregunta:

—¿Cuál de los dos —les dijo—, se reconoce culpable del degüello de Kissimmee?

No obtuvo ninguna respuesta.

Evidentemente, los Texar estaban resueltos a guardar silencio a todas las preguntas que les fuesen hechas.

Solamente Zermah hubiera podido indicar la parte que a cada uno correspondía en aquellos crímenes. En efecto, el de los dos hermanos que se encontraba con ella en la Bahía Negra el día 22 de marzo, no podía ser el autor del degüello cometido aquel mismo día a cien millas hacia el sur

de Florida. Luego, este era el verdadero autor del rapto, y Zermah hubiera tenido un medio de reconocerle. Pero... ¿no estaba muerta ya la pobre mestiza?

No; y sostenida por su marido, se la vio aparecer. Después, con una voz que apenas se entendía, dijo:

—El que es culpable del rapto tiene el brazo izquierdo marcado por el indio.

A estas palabras se pudo ver dibujada la misma sonrisa de desdén en los labios de los dos hermanos; y levantando su manga, mostraron cada cual sobre su brazo izquierdo una marca igual.

Ante esta nueva imposibilidad de distinguir el uno del otro, el capitán Howick se limitó a decir:

—El autor del degüello de Kissimmee debe ser fusilado. ¿Cuál de vosotros es?

—Yo —respondieron al mismo tiempo los dos hermanos.

Al oír esta respuesta, el oficial que había de ejecutar la sentencia puso frente a él a los hermanos, que se habían abrazado por última vez en la vida.

Se oyó el ruido de una descarga, y los dos, estrechándose las manos, cayeron muertos.

Así acabaron aquellos dos hombres, cargados de todos los crímenes que una extraordinaria semejanza les había permitido cometer impunemente desde hacía tantos años. El único sentimiento humano que habían sentido durante su vida, aquella feroz afección de hermano a hermano, les había seguido hasta la muerte.

XXXII. Conclusión

Entretanto, la guerra civil proseguía con diversas fases. Algunos sucesos habían ocurrido recientemente, de los cuales James Burbank no había podido tener conocimiento después de su partida de Camdless-Bay; sucesos que no supo hasta su vuelta.

En suma, parecía que durante este período las ventajas habían estado de parte de los confederados, reunidos alrededor de Corinto, en el momento en que los federales ocupaban el Pittsburg-Landing.

El ejército separatista estaba mandado y dirigido por Johnston, general en jefe y bajo él Beauregard, Hardee, Braxton-Bagg, el obispo Polk, antiguo alumno de West-Point, cuyos jefes aprovecharon hábilmente la imprevisión de los nordistas. El día 5 de abril, en Shiloh, estos se habían dejado sorprender, lo cual había traído, como consecuencia, la dispersión de la brigada de Peabody y la retirada de Sherman. Sin embargo, los confederados pagaron cruelmente el éxito que acababan de obtener: el heroico Johnston fue muerto en tanto que hacía declararse en retirada al ejército federal.

Tal había sido el primer día de la batalla del 5 de abril. Al día siguiente, se empeñó el combate en toda la línea, y Sherman logró apoderarse de nuevo de Shiloh. A su vez, los soldados confederados se vieron obligados a huir, ante los soldados de Grant. ¡Sangrienta y cruel batalla! De ochenta mil hombres que en ella tomaron parte, veinte mil quedaron heridos o muertos.

Este fue el último hecho de armas de que James Burbank y sus compañeros tuvieron noticia al día siguiente de su llegada a Castle-House, donde entraron, por fin, el día 7 de abril.

En efecto, después de la ejecución de los hermanos Texar, habían seguido al capitán Howick y a su destacamento, que conducían los prisioneros hacia el litoral. En el cabo Malabar estacionábase uno de los buques de la flotilla que cruzaba por delante de la costa. Este buque los

condujo a San Agustín. Después, un cañonero que les tomó a bordo en Picolata, fue a desembarcarlos en el pequeño puerto de Camdless-Bay.

Todos estaban, pues, de vuelta en Castle-House, incluso Zermah, que había sobrevivido a sus heridas.

Transportada hasta el buque federal por Mars y sus camaradas, no le había faltado a bordo ninguna clase de cuidados. Y por otra parte, siendo tan feliz por haber salvado a su pequeña Dy, y por haber encontrado de nuevo a todos los que amaba, ¿cómo hubiera podido morir?

Después de tantas pruebas, se comprende cuánta debió ser la alegría de esta familia, cuyos miembros estaban al fin todos reunidos para no separarse ya.

La señora Burbank, con su hija al lado, volvió poco a poco a recobrar la salud. ¿No tenía cerca de sí a su marido, a su hija a Alicia, que iba a ser hija suya, a Zermah y a Mars? Y, además, no tenía nada que temer en adelante del miserable o de los dos miserables cuyos principales cómplices estaban ya en manos de la justicia federal.

Sin embargo, se había esparcido una noticia que, según se recordará, había sido tratada en la conversación de los dos hermanos en la isla Carneral. Se decía que los nordistas iban a evacuar Jacksonville; que el comodoro Dupont, limitando su acción al bloqueo del litoral, se preparaba a retirar los cañoneros que aseguraban la tranquilidad del San Juan. Este proyecto podía, evidentemente, comprometer la seguridad de los colonos cuya simpatía por las ideas antiesclavistas eran conocidas, y más particularmente de James Burbank.

La noticia tenía fundamento. En efecto, con fecha del 8, al día siguiente de aquel en que toda la familia Burbank se hallaba reunida en Castle-House, los federales operaban la evacuación de Jacksonville. En consecuencia, algunos de los habitantes que se habían mostrado favorables a la causa unionista creyeron que debían refugiarse, los unos en Port-Royal, los otros en Nueva York.

James Burbank no juzgó a propósito imitarles. Los negros habían vuelto a la plantación, no como esclavos, sino como libertos, y su presencia bastaba para asegurar la tranquilidad de Camdless-Bay. Por otra parte, la guerra tomaba un aspecto favorable al Norte, lo cual permitía a Gilbert

permanecer algún tiempo en Castle-House para celebrar su matrimonio con Alicia Stannard.

Los trabajos de la plantación se habían, pues, reanudado, y la explotación iba bien pronto a dar buenos resultados.

Ya no había razón para obligar a James Burbank a expulsar sus esclavos emancipados del territorio de Florida. Texar y sus partidarios no estaban ya allí para sublevar al populacho. Por otra parte, los cañoneros del litoral hubieran restablecido prontamente el orden en Jacksonville.

En cuanto a los beligerantes, iban a estar tres años todavía en sangrienta lucha, y Florida misma estaba destinada a sentir de nuevo los desastres de la guerra.

En efecto, en aquel año, por el mes de setiembre, los navíos del comodoro Dupont aparecieron a la altura del San Juan, hacia la desembocadura misma del río.

Jacksonville fue tomada por segunda vez. La tercera vez, en 1863, fue ocupada por el general Seymour, sin haber experimentado resistencia alguna de importancia.

El día 1.º de enero de 1863, una proclama del presidente Lincoln había abolido la esclavitud en todos los Estados Unidos. Sin embargo, la guerra no terminó completamente hasta el 9 de abril de 1865.

Aquel día, en Appomatox Court-House el general Lee se rindió con todo su ejército al general Grant, después de una capitulación que hizo honor a las dos partes contratantes.

Cuatro años había durado, pues, la lucha sangrienta entre el Norte y el Sur. Había costado dos mil setecientos millones de dólares y las vidas de medio millón de hombres; pero la esclavitud estaba abolida en toda la América del Norte.

Así quedó para siempre asegurada la individualidad de la república de los Estados Unidos, gracias a los esfuerzos de esos americanos cuyos antecesores, cerca de un siglo antes, habían libertado a su país, en la guerra de la Independencia.

Julio Verne



Jules Gabriel Verne, conocido en los países hispanohablantes como Julio Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), fue un escritor, poeta y dramaturgo francés célebre por sus novelas de aventuras y por su profunda influencia en el género literario de la ciencia ficción.

Nacido en el seno de una familia burguesa en la ciudad portuaria de Nantes, Verne estudió para continuar los pasos de su padre como

abogado, pero muy joven decidió abandonar ese camino para dedicarse a escribir. Su colaboración con el editor Pierre-Jules Hetzel dio como fruto la creación de Viajes extraordinarios, una popular serie de novelas de aventuras escrupulosamente documentadas y visionarias entre las que se incluían las famosas Viaje al centro de la Tierra (1864), Veinte mil leguas de viaje submarino (1870) y La vuelta al mundo en ochenta días (1873).

Julio Verne es uno de los escritores más importantes de Francia y de toda Europa gracias a la evidente influencia de sus libros en la literatura vanguardista y el surrealismo, y desde 1979 es el segundo autor más traducido en el mundo, después de Agatha Christie. Es considerado, junto con H. G. Wells, el «padre de la ciencia ficción». Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.